

OBRAS

DE LA

DE LA

ENDECIA

650

CARTE

Emilio de Urarte



EX-LIBRIS

Clasificación

Número general

Estante Tabla

Número (Legajo))

N. A. 362210
94(460).061

R. 253.768

658

MD



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

8

GM/650

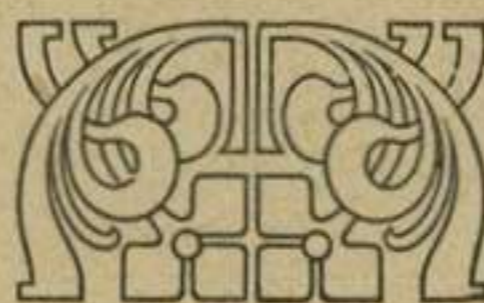
EL MARISCAL SOULT EN PORTUGAL

SOCIEDAD MILITAR DE EXCURSIONES

EL MARISCAL SOULT

EN PORTUGAL

(CAMPAÑA DE 1809)



MADRID

Imp. de la «Revista Técnica de Inf.^a y Cab.^a»

Ponciano, 2 duplicado.

1909

El mariscal Soult en Portugal

(CAMPAÑA DE 1809)

Objeto de este estudio.

A fin de proseguir la serie de estudios histórico-militares que desde hace años viene realizando la *Sociedad Militar de Excursiones*, se organizó una durante el pasado mes de Abril, cuyo objeto había de ser el análisis de la campaña dirigida personalmente por el mariscal Soult, Duque de Dalmacia, desde la cuenca del Miño á la del Duero, tomando á Tuy por origen y rematándola en la opulenta ciudad de Oporto (1).

Para todo militar observador, esta campaña memorable ofrece una serie de enseñanzas tan rica y tan variada, que pocas le sobrepujarán ciertamente. Si esos militares son portugueses ó españoles, el interés sube de punto, por referirse á un fragmento de la epopeya contra las águilas napoleónicas, que nuestros padres trazaron con su heroísmo, su perse-

(1) Componían la expedición: El presidente de la Sociedad D. José Ibáñez Marín, teniente coronel jefe del batallón Cazadores de Figueras núm. 6; el tesorero D. Federico Berenguer Fusté, capitán del regimiento Infantería Covadonga núm. 40; el secretario D. Julio Valera y Gutiérrez de Cabiedes, primer teniente del regimiento de Infantería Covadonga número 40; el vicesecretario D. Antonio Bonilla San Martín, primer teniente del regimiento de Infantería de Wad-Rás núm. 50; el vocal D. Adolfo Hernández López, primer teniente del regimiento de Infantería Covadonga núm. 40, y los socios D. Adolfo Pérez del Camino, comisario de Guerra; D. Fernando Berenguer Fusté, capitán del batallón Cazadores de Figueras núm. 6; D. Angel Izarduy é Insa, capitán del batallón Cazadores de Madrid núm. 2; D. Luis Rodríguez de Rivera, capitán del regimiento de Infantería Covadonga núm. 40; D. Francisco Romero Hernández, primer teniente del regimiento Infantería Covadonga núm. 40, y D. Antonio Aspiazu Ramos, primer teniente del batallón Cazadores de Figueras núm. 6.

verancia y su amor patrio, desde las márgenes del Guadalquivir y del Tajo á las del Garona, luchando «como un hombre herido en su honor» para lavar las afrentas inferidas á su nombre y salvar la independencia y las Instituciones de los dos pueblos peninsulares.

Sin duda, no hay método más fructífero para el estudio de la guerra durante la paz, que la observación de casos concretos, singularmente de aquellos que tuvieron por protagonistas Ejércitos afamados, guiados, además, por capitanes ilustres.

La campaña del Norte de Portugal en 1809, nos brinda con una excelente lección, porque ella fué sustentada, de un lado, por el mariscal, que entonces gozaba fama con Lannes, de ser uno de los mejores maniobreros del Ejército francés, acreditado, particularmente, en Austerlitz, hombre de guerra sutil, administrador y político, además, de relieve. De otro, figuran hombres como el malogrado Freire, como Silveira y como nuestro Marqués de la Romana, llevando uno y otros en su espíritu, conjuntamente con su experiencia y su arte, la pasión de servir al Emperador para ser y dominar; el ansia de servir á su Patria y de realzar su gloria para librarla del yugo del invasor. Cuanto más que el teatro de la lucha había de ser el laberinto granítico que emerge desde el Océano y se extiende, bronco y difícil, entre el Miño y el Duero, zona desemejante á las que Soult había recorrido en Europa, sin caminos, sin abastecimientos, sin recursos de ninguna clase, y, por el contrario, envuelta en una atmósfera de pasiones viriles, nacidas del enojo con que vibraba el alma nacional, traidoramente herida por la mano del Titán corso.

Por otra parte, el dramático episodio de la guerra peninsular, tiene por inspirador el propio genio de Napoleón, y muestra con un realismo elocuentísimo todas las lacerías que devoraban al Imperio, á sus legiones aguerridas é innúmeras, á sus reinos vasallos, á sus mariscales y á sus generales.

* * *

Napoleón, requerido por la gravedad de los sucesos que se preparaban en París dentro de la política interior y hacia el Danubio por el desasosiego militar del Imperio austriaco, tuvo que abandonar la persecución de los ingleses al pie mismo de los muros de Astorga, dejando á Soult el cuidado de perseguirle, y de *les jeter à la mer, l'épée dans les reins*.

La crítica ha juzgado, no muy favorablemente, la manera cómo el

insigne mariscal cumplió la difícil misión que su Emperador le confiara. De todas suertes, mal que bien, el Duque de Dalmacia libró batalla al Ejército de sir John Moore el 16 de Enero de 1809 en las puertas de la Coruña, matando al caudillo británico é infligiéndole un serio quebranto, es verdad, pero sin evitar por ello el reembarco de los residuos de las fuerzas que quedaron tras la vandálica retirada. Luego de esto y de ocupar el Ferrol, parecía señorear en la hermosa región denominada por nuestros abuelos *el reino*.



SOULT

Más cuando el táctico de la meseta de Pratzen comenzaba á descansar de las penosas operaciones realizadas contra los ingleses y á dar reposo y reorganización á los elementos de sus huestes, una orden del mariscal Berthier le encargaba de otra empresa no menos árdua ni trascendental, es á saber: de una invasión desde Galicia al vecino país de Portugal.

Tosca y machaconamente expuesto, el pensamiento del Emperador

se encuentra en dos documentos de Berthier. Es uno las instrucciones dejadas por él para ser trasmitidas á su hermano José Napoleón I, Rey de España; el otro lo transcribimos á la letra, por ser el que comenta y señala lo relativo á la campaña del mariscal.

Ordenes del Emperador.

«EL MAYOR GENERAL AL MARISCAL SOULT.

Valladolid 21 Enero 1809.

El Emperador, Sr. Duque de Dalmacia, tiene previsto el embarque del Ejército inglés, y S. M., antes de ausentarse de España, redactó las instrucciones para vuestras ulteriores operaciones, así como las destinadas al Cuerpo del Duque d'Elchingen (1).

El Emperador, Sr. Duque, ordena que en el momento en que el Ejército inglés haya reembarcado, marchéis sobre Oporto con vuestras cuatro divisiones, es decir, la división Merle, la división Mermet, la división Delaborde y la división Heudelet, la división de Dragones de La Houssaye, la división de Dragones Lorge y la división Franceschi, exceptuando dos regimientos de Caballería que S. M. ordena pongáis á disposición del Duque d'Elchingen, á fin de que, con los dos regimientos que ya tiene, reuna cuatro

Es la intención del Emperador que el Duque d'Elchingen con las dos divisiones de su Cuerpo de Ejército, sus dos regimientos de Caballería y los otros dos que le enviaréis, quede en situación de guardar, defender y organizar Galicia. El Duque d'Elchingen se encargará de asegurar sus comunicaciones hasta Astorga y Benavente. En cuanto á vos, señor mariscal, os concertaréis inmediatamente con el Duque d'Elchingen, para combinar vuestros movimientos, según la posición actual de las tropas de uno y otro Cuerpo de Ejército. León quedará guarnecido por los terceros batallones de los 12 de Infantería ligera, 58 de línea, más el regimiento de Cazadores auxiliares del coronel Tascher.

El general Bonnet, con los 119 y 120 regimientos de Infantería que se encuentra en Santander y San Vicente do la Barquera, guardará y or-

(1) El mariscal Ney, según es sabido.

ganizará esa región; estarán bajo las órdenes del Duque d'Istria (1), que tiene su Cuartel general en Valladolid, desde donde manda la Guardia Imperial. Tiene también bajo sus órdenes la provincia de San Sebastián, las de Vitoria, Bilbao, Burgos, Aranda, Valladolid, Palencia y Santander, los generales y tropas que en ellas se encuentren, así como la 2.^a división de Dragones que manda el general Kellermann. Ya véis que el Duque d'Istria tiene el mando de la España septentrional.

Vuestro Cuerpo de Ejército, Sr. Duque, compuesto de 17 regimientos de Infantería y de 10 regimientos de Caballería, está destinado á la expedición de Portugal, combinando esta operación con la que realizara el Duque de Bellune (2).

Doy orden al general Loison y á los oficiales de Ingenieros, de Estado Mayor, comisarios de guerra, así como á trece oficiales portugueses que formaban parte del Ejército de Portugal, mandado por el Duque de Abrantes (3), que se incorporen sin pérdida de tiempo á vuestro Cuartel general; os serán útiles por el conocimiento que tienen del país.

Estamos hoy á 21 de Enero; no es de presumir que podáis estar en Oporto antes del 5 de Febrero y en Lisboa antes del 16. Por lo tanto, para esta época, es decir, en los momentos en que estéis próximos á Lisboa, el Cuerpo de Ejército del Duque de Bellune, compuesto de sus tres divisiones, más la división Leval, y de 10 á 12 regimientos de Caballería, formando una masa de 30.000 hombres, estará en Mérida, para hacer una fuerte diversión que favorezca vuestro movimiento sobre Lisboa, y aun para que pueda lanzar una cabeza de columna sobre Lisboa, en el caso de que temiérais encontrar serios obstáculos para posesionaros de esta ciudad, lo que no es presumible.

La división de Infantería del general Lapisse, que se encuentra en estos instantes en Salamanca, y la brigada de Caballería del general Maupetit, recibirán órdenes del Duque d'Istria de ponerse en marcha por los días en que, con vuestro Cuerpo de Ejército, os encontréis á la altura de Oporto, siguiendo el rumbo Ciudad-Rodrigo-Abrantes, ó bien esta división pasará á las órdenes del Duque de Bellune, quien le dará instrucciones para que se reuna á su Cuerpo de Ejército en Mérida. Creo debo daros

(1) Mariscal Bessières.

(2) Mariscal Víctor.

(3) General Junot.

cuenta de este movimiento, Sr. Duque, á fin de que conozcáis la marcha de esta división sobre vuestra izquierda hasta Abrantes.

Inmediatamente después que os hayais apoderado de Lisboa, ordena el Emperador que el Duque de Bellune se ponga en marcha sin perder momento para caer sobre Sevilla. Para entonces, el pensamiento de S. M. es que, con la división Mermet, con seis regimientos de Caballería, vuestros obuses y vuestras piezas de á 12, hagáis sostener al Duque de Bellune, y si no tenéis inquietud alguna en Lisboa, S. M. ordena que podéis enviar una segunda división para apoyarle, de suerte que podrán marchar sobre Sevilla 40.000 hombres.

En el momento en que comencéis vuestra operación sobre Oporto, enviaréis orden á la división Heudelet de ponerse en marcha para que se os reuna en la dirección y por el camino que le indiquéis, de manera que tengáis en Oporto todo vuestro Ejército reunido, es decir, las divisiones Merle, Mermet, Delaborde y Heudelet, más 10 regimientos de Caballería.

Lo primero pues que hay que hacer, Sr. Duque de Dalmacia, es uniros con el Duque d'Eldusigen, para que le entreguéis el mando en Galicia; que enviéis por duplicado al Rey el itinerario de vuestra marcha sobre Oporto, la época en que llegaréis, la en que presumís estar en Lisboa, á fin de que el Rey pueda dar sus órdenes al Duque de Bellune y dirigir sus movimientos, que se subordinarán á esas épocas de vuestra marcha para que llegue á Mérida casi al tiempo mismo que vos á Lisboa.

Debéis también prevenir al Duque d'Istria en Valladolid, del día en que llegaréis á Oporto, así como del en que emprendáis la operación, con objeto de que pueda ordenar al general Lapisse y al general Maupetit que se ponga en movimiento desde Salamanca para avanzar por Ciudad-Rodrigo á Abrantes al tiempo mismo que vos salís de Oporto para Lisboa. Os entenderéis, señor mariscal, con el Duque d'Elchingen, para que, en los movimientos que realicéis con vuestro Cuerpo de Ejército, no quede ningún punto al descubierto.

Tales son, Sr. Duque, las últimas órdenes é instrucciones que estoy encargado de daros en nombre del Emperador. Deberéis dar cuenta al Rey y recibir sus órdenes para las operaciones ulteriores. S. M. tiene una absoluta confianza en vuestros talentos y confía en el éxito de la preciosa expedición á Portugal que os confía.

Espero salir de aquí el 25 para reunirme al Emperador, y podéis, para mayor celeridad, dirigir á París una relación sucinta de vuestras

operaciones, al tiempo mismo que dáis cuenta y tomáis las órdenes del Rey que es quien manda el Ejército (1).

Unas veces por el desbordamiento de su fantasía oriental, otras por cálculo, el Emperador sabía exagerar la cifra de los efectivos que mandaban sus lugartenientes, disminuyendo, en cambio, el de sus adversarios. Creía él, ó aparentaba creer, que el Cuerpo de Ejército del mariscal Soult llegaba á 40.000 hombres, cuando en realidad no pasaba de 24.000.

Véase su orden de batalla:

Comandante jefe: mariscal Soult, Duque de Dalmacia.

Jefe de Estado Mayor: general de brigada, Ricard.

Comandante de Artillería: general de división, Dulanloy.

Comandante de Ingenieros: general de brigada, Garbé.

Ordenador de pagos: Lenoble (2).

Inspector de revistas: Evrard.

1.^a División: general Merle.

Generales de brigada: Sarrut, Reynault y Thomières.

Regimientos 2.^o y 4.^o de Infantería ligera, 15 y 36 de línea.

Fuerza presente: 5.920 hombres.

2.^a División: general Mermet.

General Jardon, Forey, Lefebvre.

Regimientos: 31 de Infantería ligera, 47 y 122 de línea, dos batallones del 2.^o y uno del tercer regimiento suizo.

Fuerza: 5.200 hombres.

3.^a División: general Delaborde.

Generales: Foy y Arnaud.

Regimientos: 17 de ligeros, 70 y 86 de línea, un batallón del 4.^o suizo.

Fuerza: 4.100 hombres.

4.^a División: general Heudelet.

Generales: Gramdòge y Moransin.

Dos batallones del 66, otros dos del 82 de línea, uno de cada uno de los regimientos del 4.^o de la Legión del Mediodía, de la hannoveriana, de la guardia de París.

(1) CAMPAGNE DE L'EMPÉREUR NAPOLEON EN ESPAGNE, Tomo V, pág. 527.

(2) Autor de las *Memorias* que han servido de piedra angular á casi todos los historiadores de esta campaña.

Fuerza: 3.450 hombres.

Total de Infantería: 18.670.

1.^a División de Caballería: general La Houssaye.

17, 18, 19 y 27 de Dragones, llevando á su frente á los generales Marisy y Caulincourt.

Fuerza: 2.100.

2.^a División: general Lorges.

13, 15, 22 y 26 regimientos de Dragones, llevando con ellos á los generales Vialannes y Fournier.

Fuerza: 1.200 hombres.

Caballería ligera: general Franceschi-Delonne.

1.^o de Húsares, Cazadores hannoverianos, 22.^o de Cazadores y 8.^o de Dragones; fuerza, 1.400 hombres. Total fuerza de Caballería, 4.700 hombres.

Con el cuartel general del mariscal iban los generales Loison y Quesnel, así como el Estado Mayor del antiguo VIII Cuerpo, capitulado en Vimeiro.

Parte del Ejército era extranjero y su artillería era escasa, por cuanto sólo reunía 53 piezas.

Como consecuencia de la dura persecución hecha á los ingleses, los soldados del mariscal estaban mal vestidos y su moral no era muy pujante, por encontrarse entre ellos parte del antiguo Ejército de Junot, que miraba con recelo, por justificada y dolorosa experiencia, una nueva campaña en Portugal. Aparte la influencia perniciosa de la flaca moral del alto mando, que contrastaba, ciertamente, con la capacidad guerrera de los generales.

Porque el mariscal Sout, de carrera tan brillante, frisaba, como el Emperador, en los cuarenta años de edad. Delaborde, que se había distinguido en varias campañas, tenía cuarenta y cinco años; Loison, con treinta y ocho años, era un soldado de gran porvenir, á pesar de sus vicios y malandanzas; Heudelet rayaba en los treinta y nueve años, y se había hecho notar por sus condiciones de mando; Merle, con cuarenta y tres años, había hecho la anterior campaña, y se distinguió ventajosamente en Alemania; Franceschi-Delonne era de la madera de los Lassalle, y no había cumplido los cuarenta y dos años; y Foy, el insigne Foy, historiador, elocuente tribuno, patriota ardiente y soldado ejemplar siempre, sumaba á la sazón escasamente treinta y cuatro años...

Todos habían aprendido el arte de combatir en su mejor escuela, guerreando durante veinte años contra los Ejércitos reputados por invencibles. Todos habían aprovechado el trastrueco convulsivo nacido de la revolución. Todos, en fin, habían tenido por maestro al propio Napoleón ó á sus mariscales y divisionarios insignes.

Portugueses y españoles.

Los restos del desventurado Ejército de la izquierda, regidos por la Romana, en su huída hacia la provincia de Orense, tenían escasa importancia orgánica, es cierto. Pero el bélico ardor de los gallegos, estimulados por sus inmortales abades, la naturaleza misma del suelo y la situación que ocupaban en los momentos en que el mariscal Soult comenzaba sus operaciones de invasión, le daban un valer militar singularísimo, porque cualquiera que fuese su número, y aun reconociendo su carencia de armas y municiones, podía constituir un medio de acción vigorosa y tal vez resolutiva, si combinaba sus operaciones con las de los portugueses, establecidos en sus fronteras y por el curso del Támeiga.

El prestigio, la edad, la independendencia que con relación á la Junta Central gozaba en su mando el Marqués de la Romana, eran estímulos más que sobrados para que realizase una acción movida y concertada, de resultados seguros para la causa peninsular en aquellos momentos.

El 26 de Enero de 1808 recibía Soult en Ferrol la orden del mayor general para la expedición á Portugal, y por los mismos días la Romana se movía hacia el Alto Támeiga desde el Miño.

El general Bernardino Freire d'Andrade recibía el 28 de ese mes de Enero el encargo de su Gobierno «de mandar todas las fuerzas de la provincia del Miño y del partiáo de Oporto que pudiese emplear activamente para ocupar las posiciones que juzgase más propias para favorecer la defensa de la provincia del Miño ó la entrada por Tras-os-Montes, teniendo á la vista siempre la necesidad de cubrir y defender la ciudad de Oporto» (1).

Las fuerzas verdaderas con que contaba el ilustre Freire en los comienzos de su mando, eran:

(1) Ved en Taveira la documentación y crítica de la campaña.

684 hombres del regimiento Infantería núm. 21.

600 de los regimientos números 6 y 18, pero sin sus jefes.

Un batallón del regimiento núm. 9.

160 del regimiento Artillería núm. 4, con ocho piezas del calibre 6 y seis piezas del 3.

Además ocho regimientos de Milicias, todos ellos sin armas y en triste estado, á excepción del de Villa do Conde.

Los Cuerpos de *Ordenanzas* en las provincias del Norte de Portugal eran numerosos. El ardor patriótico de los naturales y la excitación provocada por el clero, daban de sí, como en España, un estado general de protesta y un ansia de lucha y de sangre. Pero esas mismas condiciones de tales fuerzas las hacían peligrosas para el mando militar, que, evidentemente, tenía que carecer de la independencia necesaria para el desarrollo de toda operación militar.

Cantidad y calidad semejante de tropas tenía el brigadier Francisco da Silveira Pinto da Fonseca. Según él mismo declara en el parte de sus operaciones, cuando tomó el mando de Tras-os-Montes, en 24 de Febrero, tenía dos regimientos de Infantería de línea, con 2.800 hombres; cinco regimientos de Milicias, de los cuales estaban armados solamente 2.500 hombres; 50 caballos, que al cabo de pocos días se inhabilitaron «pela actividade do serviço», y de alguna artillería.

Una acción común y combinada de los tres núcleos militares hubiese, seguramente, hecho punto menos que imposible la entrada de los franceses por Chaves. Más para ello, debió seguirse el criterio empleado por Silveira de hacer guerra en pequeño, verdadera guerra de guerrillas, molestando incesantemente al invasor, obligándole á desplegar y á luchar cada día, disputándole las divisorias de los ríos y el paso de éstos, barreándole los puertos en los montes y las calles en los poblados, quitándole las subsistencias, hostigándole por flancos y retaguardia, matándole por hambre y con plomo, en aquella zona tan pobre en recursos como rica en asperezas y en posiciones, para aprovecharse de ellas con la cooperación decisiva del espíritu de sus naturales. Todo menos pretender luchar en torneo campal con las tropas mejores del mundo, regidas por un mando experto, sereno y, singularmente, activo y resuelto como ninguno otro en Europa.

Por acariciar siempre los generales españoles de entonces el propósito de medirse en campo abierto, manejando grandes núcleos, con los

Ejércitos franceses y con sus generales, vinieron muchas lacerías á nuestras armas y se malogró una campaña que, como la de Marzo-Mayo de 1809, hubiera podido ser decisiva para la causa de Europa, contrarestando los triunfos que el Emperador en persona alcanzaba nuevamente sobre los austriacos.

La línea del Miño.

Taveira, historiador y crítico de enjundia, describe magistralmente la tarea de Soult y la manera cómo tuvo el ilustre general Freire la suerte de estorbarla. Nuestro gran Gómez de Arteche, siempre sesudo é imparcial, lo hace más amplia y sintéticamente. El mariscal Jourdan, jefe de Estado Mayor del buen José Bonaparte, nos ofrece un comentario de autoridad indiscutible. Con los tres á la vista principalmente y nuestra propia observación, vamos á dar somera idea de la primera parte de la campaña (1).

Apenas recibió Freire la orden de su Gobierno á que antes hemos hecho referencia, entregó el mando de la plaza de Oporto al brigadier Caetano José Vaz Parreiras, con carácter de interinidad, marchando para Braga, desde donde siguió á Ponte de Limia, Vianna y Caminha, encontrando por todas partes el más deplorable desorden y al pueblo exaltadísimo á causa de la aproximación de los franceses á la frontera del Miño. Pero no era el espíritu de Freire flaco ni desanimado; por el contrario, no obstante los embarazos y las dificultades que tal estado de cosas le causara, y á pesar de la escasez de fuerzas de que disponía, aprovechó admirablemente las ventajas defensivas de la vía fluvial que sirve de límite á los dos países vecinos. Y bien espléndido fué el resultado de sus disposiciones.

El Miño, en la parte última de su curso, sirve de frontera en una extensión de 65 kilómetros. Su anchura, que no es mucha hasta Valença, crece agua abajo y alcanza más de 1.500 metros en Caminha, y como la época en que se iniciaba la campaña era la de los deshielos, y las lluvias abundaron más de la cuenta, el río constituía en verdad un serio obstáculo.

Freire distribuyó sus tropas á lo largo del río por las posiciones que

(1) Ya daremos ampliamente las fuentes bibliográficas.

creyó más ventajosas, estableciendo su Cuartel General en Gaufés, cerca de Valença, centro de la línea. En realidad, y como consecuencia de la escasez de fuerzas de que disponía, lo que hizo fué establecer un cordón de observación, apoyado en las plazas fuertes de la frontera. Además, requisó y mandó retirar á la margen portuguesa del río todos los barcos españoles ó nacionales, aun cuando no pudo conseguir que algunos de la Guardia, abandonaran las aguas de esta villa.

* * *

En el entretanto, el Duque de Dalmacia reunía en Santiago su Cuerpo de Ejército en los primeros días de Febrero. En la ciudad del Apóstol permaneció hasta el 9 de este mes, á fin de reparar los carruajes de su Artillería, esperar la incorporación de algunos destacamentos y proveer á sus tropas de calzado. Y para acelerar sus operaciones destacó á La Houssaye á Salvatierra y á Franceschi-Delonne á Vigo y Tuy.

Ocupadas las plazas españolas del Miño y sabiendo Soult que los portugueses habían llevado á la orilla izquierda todos los barcos ó la mayor parte al menos, quiso cruzar el río aprovechando los barquitos pescadores de la Guardia, capaces sólo de transportar 300 hombres. Mas para que las lanchas llegasen al punto de embarque, no pudiendo hacerlas remontar la corriente del Miño, fué preciso transportarlas por tierra, esquivando los fuegos del fuerte portugués de Insua. Estas dificultades, sumadas á la de los malos caminos y á las inundaciones producidas por las lluvias, retrasaron el paso del río hasta el día 15 de Febrero.

A la una de la madrugada de este día, 300 cazadores mandados por el general Thomières, se embarcaron en la flotilla, cuyo mando se confió á un marino tan experto como el capitán de fragata Lallemand. La expedición debía descender por el Miño, bordeando su orilla derecha, y en seguida cruzarlo frente á Campo-Saúcos (1). Los regimientos franceses estaban dispuestos y preparados para embarcár sucesivamente en las unidades de la flotilla, aumentadas con los que encontraría la primera expedición en la margen izquierda. Mas apenas llegada la flotilla al centro del

(1) Quienes deseen conocer detalles, lean á Da Luz Soriano y á Napier; Gómez de Arce lo resume muy ampliamente.

río, se separaron sus unidades; tres solamente consiguieron desembarcar en la playa de Camerido, los 35 hombres que llevaban; los otros, arrastrados por la corriente y tras angustiosos trabajos, lograron volver al punto de salida, perseguidos por los vigilantes soldados portugueses y por la Artillería de los fuertes de la orilla izquierda. En cuanto á los franceses que pisaron tierra lusitana, cayeron prisioneros del pueblo y de los soldados que mandaba el bravo teniente coronel Champalimaud.

Tras esta infructuosa tentativa, el mariscal Soult tomó inmediatamente la resolución de entrar en Portugal por la provincia de Tras-os-Montes. Al efecto, dispuso la marcha para Orense por la derecha del Miño.

De Tuy á Orense.

Por el levantamiento de los patriotas gallegos, Soult comenzaba con dificultad sus comunicaciones con Pontevedra y Santiago, lo mismo en su primera línea de operaciones que en la nueva que se proponía seguir.



Urgía, pues, castigar, disipándola, la protesta armada de los valerosos gallegos.

El 16 de Febrero mismo, el Ejército francés inició su marcha hacia Rivadavia.

La división Lahoussaye seguía el camino próximo á la derecha del río, y la de Heudelet, el que á través de las montañas va por más arriba. Uno y otro, pero particularmente el primero, en Mourentan y Cequeliños, tuvieron que luchar con el coraje de los campesinos, capitaneados por abades y abogados, que aprovecharon gentilmente las asperezas de sus montañas, los escarpes de sus barrancos y los torrentes de sus valles.

La acción de Francelos, frente á Rivadavia, fué por igual sangrienta y honrosa para el brío de nuestros compatriotas.

Mas ninguno de estos esfuerzos aislados, sostenidos por grupos de aldeanos, sin otras armas que su ardor patriótico, fué parte á detener seriamente al invasor. Otra cosa hubiera sido de haberse realizado un esfuerzo verdaderamente militar y concertado entre los núcleos que capitaneaban Silveira y la Romana.

El paso de la frontera (I).

El mariscal Duque de Dalmacia, dió pruebas en toda esta campaña de una envidiable fuerza de carácter.

(I) Véase, por somerísimo modo, el itinerario seguido por los excursionistas, así como las noticias más interesantes de cuanto les aconteció en la hermosa tierra portuguesa:

Se comenzó la expedición saliendo los excursionistas el día 16 de Abril de 1909 de la estación del Norte de Madrid, en el correo de Galicia de las 5,55 de la tarde.

Llegaron á Orense al día siguiente 17, á las tres menos cuarto de la tarde, siendo recibidos en la estación por una Comisión de jefes y oficiales de la guarnición, que acompañaron á los expedicionarios al hotel, donde fueron recibidos por el coronel del regimiento de Infantería de Ceriñola, núm. 42 y gobernador militar de la plaza, D. Tomás Fernández, quien, en unión de la Comisión antes citada, acompañó á los expedicionarios en su visita á la población y al cuartel que ocupa el citado regimiento, el cual recorrieron detenidamente.

Por la noche fueron obsequiados los excursionistas con un banquete por toda la guarnición, y al final de él brindaron el gobernador militar de la plaza, que saludó á los expedicionarios, deseándoles un éxito feliz en la expedición que iban á emprender, y el presidente de la Sociedad, que dió gracias por los obsequios recibidos y los buenos deseos de los allí reunidos, y brindó por el Ejército y por el Rey, su augusto jefe.

El día 18, á las siete y media de la mañana, salieron los excursionistas de Orense en el

Forzosamente tenían que llegar hasta él los sentimientos de recelo y de duda que embargaba el ánimo de todo su Ejército y que ya venimos viendo cómo se manifestaban en todas las clases y jerarquías que lo constituían. Por si alguna prueba pudiera necesitar de la gravedad que encerraba la empresa que el Emperador le encomendaba, véase el interesantísimo documento que publica Guillon en su excelente libro LES COM-

automóvil que presta el servicio público á Verín, á cuya población llegaron á las once y cincuenta de la mañana.

Allí se almorzó, y, acompañados por el capitán de Carabineros que manda la compañía de Verín, D. Martín París y Pascual Sedano, se emprendió la marcha á pie por la carretera de Chaves, á las dos y cuarto de la tarde.

El teniente de la Guardia civil, jefe de la línea, D. Gumersindo Salinas Fernández, se adelantó á los expedicionarios para prevenir en Chaves la llegada de aquéllos.

La carretera, completamente llana, se extiende en la orilla izquierda del Támeaga, del que la separan unos 1.000 metros. En el kilómetro 7 se hizo el primer alto, y después de emprender de nuevo la marcha, y al poco tiempo, se pasó por Tamaguelos, donde se unió á los expedicionarios el teniente de Carabineros jefe de la línea, D. José Rodríguez Alonso. Poco después del kilómetro 14 se pasó por Feces de Abajo, último pueblo español, donde se hizo el segundo descanso. A unos 500 metros de este pueblo está el puente internacional, donde se despidió el capitán de Carabineros, que regresó á Verín, y se entró ya en territorio portugués.

En el kilómetro 8 de la carretera portuguesa se encuentra la aduana de la nación vecina, cuyo jefe, sargento de la Guardia fiscal, se unió á los expedicionarios por haber recibido órdenes de ponerse á su disposición, y poco después se halla el primer pueblo portugués, Villaverde, donde tiene su cuartel la Guardia fiscal.

Frente al kilómetro 4 dejaron los expedicionarios la carretera, para seguir por el camino viejo á Chaves, á cuyo punto se llegó á las siete y media de la tarde, habiendo sido la jornada de 24 kilómetros, siendo recibidos los excursionistas por el ayudante del general gobernador de la plaza y una Comisión de oficiales á la entrada de aquélla. Dichos oficiales acompañaron á los excursionistas al paseo, donde en un kiosco tocaba la música del 19 de Infantería, que al divisarlos hizo sonar los acordes de la Marcha Real española, que fué oída por todos en el primer tiempo del saludo.

Acompañados después al hotel, los expedicionarios fueron recibidos en él por el coronel del 19 de Infantería, Excmo. Aurelio Augusto de Moraes Soares; el del 6 de Caballería, Excmo. Julio César da Cunha Vianna, y los jefes y oficiales de ambos regimientos.

Después de las presentaciones de ritual, se sentaron á la mesa los excursionistas, y durante la comida tocó á la puerta del hotel la banda del regimiento núm. 19, que comenzó con la Marcha Real española y el himno de la Carta, que fueron escuchados de pie por todos.

Al final de aquélla brindó el coronel del 19, que dijo que levantaba su copa en honor del Ejército español y de los oficiales que allí lo representaban, los cuales venían á estudiar una de las campañas más célebres de la guerra peninsular; lucha épica de los dos pueblos

PLOTS MILITAIRES SOUS LE CONSULAT ET L'EMPIRE. El documento fué depositado en manos de Soult en Orense, por Mr. de Dressac, ayudante de campo del general Dulauloy:

Santiago 25 Febrero 1809.

En nombre de los intereses más caros al Emperador y á la Francia, suplico á V. E. renuncie á su expedición á Portugal.

español y portugués, en la que derribaron al Coloso, que venía rehaciendo la política del mundo, arreglando naciones y distribuyendo coronas.

Le contestó el presidente de la Sociedad agradeciendo las frases dedicadas al Ejército español y bebiendo su copa en honor de las glorias del Ejército portugués, tan dignamente representado por la oficialidad de la guarnición de Chaves.

Día 19.—Los expedicionarios fueron á ofrecer sus respetos al gobernador militar de la plaza. A la puerta de la Comandancia general se hallaba una música de Infantería, que tocó la Marcha Real, y en aquella fueron recibidos los expedicionarios por el excelentísimo señor general José do Carvalhal é Carvalho, comandante de la 111 brigada de Infantería, que se hallaba rodeado de su Estado Mayor, los jefes de los Cuerpos de la guarnición y representaciones de cada uno de ellos.

Presentados los expedicionarios al general, fueron obsequiados con una copa de champagne, brindando aquél diciendo que bebía á la salud de los oficiales del Ejército español, allí presentes, viva representación de la nación amiga, que, con Portugal, había luchado contra Napoleón.

A continuación, el capitán de Infantería Augusto César Ribeiro de Carvalho, director del polígono de tiro de Chaves, brindó por la Infantería española, que se había inmortalizado por sus virtudes en Flandes, Italia y en la guerra peninsular.

Contestó á ambos el presidente de la Sociedad agradeciendo las atenciones de que era objeto esta modesta representación del Ejército español, así como las frases dedicadas á nuestra Patria, y terminó brindando por las glorias del Ejército portugués y por su encarnación más alta: el Rey D. Manuel II.

Terminado este acto, fueron acompañados los expedicionarios al polígono de tiro, del cual hizo los honores el ya citado capitán Carvalho, director del mismo, que, después de haber hecho visitar detenidamente todas las dependencias, invitó á los oficiales españoles á tirar con el fusil Velgueiro, reglamentario en el Ejército portugués, aceptando la invitación el capitán Izarduy y los tenientes Bonilla y Aspiazu, que hicieron buenos blancos, así como el capitán Carvalho, que tiró á continuación.

Inmediatamente visitaron los expedicionarios el cuartel del regimiento núm. 6 de Caballería, cuyos dormitorios, cuadras, almacenes de repuesto y demás dependencias fueron recorridas minuciosamente, haciendo los honores del mismo su coronel, y en el álbum del regimiento firmaron los excursionistas, que luego giraron una visita al cuartel que ocupa el regimiento núm. 19 de Infantería, donde fueron recibidos por su coronel, que les acompañó á todas las dependencias y en cuyo álbum también firmaron los excursionistas.

En la noche de este día obsequiaron éstos con una copa de champagne á la oficialidad

Tenéis á vuestra retaguardia 25.000 paisanos, armados y en rebelión. Si vos, señor mariscal, avanzáis, nos veremos nosotros obligados á evacuar Galicia. No nos cabe duda de que vuestros parques caerán en poder del enemigo y de que nuestra Artillería no podrá pasar por los caminos. Si vuestros propósitos son volver á Santiago, podríais, sin pérdida de tiempo, hacer pasar dos divisiones por las montañas, donde hallarán sub-

de la guarnición de Chaves, brindando el general Carvalhal, que pronunció cariñosas frases de despedida y de afecto para la Sociedad Militar de Excursiones y para el Ejército español. También brindó el médico del regimiento 19, que lo hizo con elocuencia por la misión civilizadora que, así en paz como en guerra, realizan los Ejércitos todos del planeta, y levantó su copa en honor del Cuerpo de Sanidad Militar de España.

El presidente de la Sociedad contestó á tan elocuentes brindis con palabras de reconocimiento y de afecto, haciendo votos por el porvenir glorioso del Ejército portugués, que siempre había cumplido gallardamente su deber, y que en la guerra peninsular había peleado con denuedo, siendo espléndida demostración de ello la historia del 19, cuyos soldados se cubrieron de gloria en Bussaco, Fuentes de Oñoro y Vitoria.

Día 20 de Abril.—Salieron los expedicionarios de Chaves á las cinco y diez de la mañana, siendo acompañados por el alférez del 19 de Infantería D. Gualdino Augusto Videira, que se les unió para realizar con ellos toda la excursión. El capitán de la Guardia fiscal, jefe de la compañía de Chaves, D. Antonio Gualberto Fonseca Antunès, puso también á la disposición de aquéllos una pareja de guardias, que, relevándose en el camino, les acompañaría hasta Braga para todo aquello que pudieran necesitar.

La carretera bordea el Támea hasta el puente de Poldrado de Curalha, desde donde se separa torciendo á la derecha. Frente á Casas Novas se hizo alto, á las ocho de la mañana, para almorzar, emprendiendo de nuevo la marcha á las ocho y media y llegando á Boticas á las once y cuarto. En esta población recibió á los expedicionarios, poniéndose á su disposición el Padre Domingos José Gomes, abbade de Beça y administrador del concelho.

Después de comer se reanudó de nuevo la marcha, á las dos y cuarto, dejando la carretera y tomando un camino de herradura, que, siempre ascendiendo por las estribaciones de la Sierra Cabreira, condujo á los expedicionarios á Alturas de Barroso, á cuyo punto se llegó á las siete menos cuarto de la tarde y donde se pernoctó, habiendo sido la jornada de aquel día de 45 kilómetros y con fuerte calor.

Día 21 de Abril.—A las cinco y cuarto de la mañana se emprendió la marcha, para atravesar la divisoria de la sierra, por un camino al principio de herradura y que después se convirtió en senda. A las siete y media de la mañana empezó á llover de una manera torrencial, acompañando á la lluvia un violento viento y algo de granizo que hería en la cara á los expedicionarios y haciéndoles muy penosa la jornada. Se hizo un pequeño alto en unas casuchas poco antes de Vendas Novas y se emprendió de nuevo la marcha, siempre con lluvia, aunque no tan violenta como al principio. Después de Vendas Novas y terminado el paso de la sierra, se encontró la carretera que había de conducirles á Braga. Esta carretera, que es la de Montealegre, va en continuos zis-zás bordeando los contrafuertes de la sierra y atravesando una porción de arroyuelos, afluentes todos del Cávado, cuyo curso se divisa á lo lejos

sistencias; si demoráis esta solución, temo verme obligado á abandonar Santiago.

Los ingleses tienen 60 buques en la ría de Muros. Os escribo esta carta por encargo del mariscal Ney.

El general de división, *Marchand*.

Ney era ya víctima del nervionismo que le producía la guerra en Es-

siempre que alguna clara permitía descubrir algo más de horizonte, pues la lluvia continuó con pequeños intervalos.

A la altura de Santa Leocadia y á unos tres kilómetros de Ruivaes se dejó la carretera, tomando un atajo que condujo á los expedicionarios á dicho pueblo de Ruivaes, adonde se llegó á las once y media de la mañana. Los expedicionarios procuraron secarse algo las ropas que se hallaban empapadas, y casi logrado este objeto, tuvo lugar la comida, emprendiéndose de nuevo la marcha á las cuatro de la tarde. Continuó la lluvia, aunque con intervalos más grandes que los de la mañana; á las cinco y cuarto se pasó por Sallamonde, y á las siete y media de la tarde se llegó á Penedo, término de la jornada, en la que se recorrieron 47 kilómetros.

Cuando los excursionistas se hallaban en los postres de la cena, se presentaron el coronel de Estado Mayor, D. Rafael Aparici, agregado militar de España en Lisboa; el vicecónsul de España en Braga, D. Joaquín María Martins, con su hijo, y el capitán del 8 de Infantería portugués, José Antonio Pereira, que habían hecho el viaje en automóvil y venían á adquirir noticias de los expedicionarios que despidieron á aquéllos, después, cuando regresaron á Braga para pernoctar ellos en Penedo.

Día 22 de Abril.—Se emprendió la marcha á las siete y media de la mañana y á unos 500 metros del cruce, con la carretera que va á Santo Tirso y en el sitio denominado Rendofinho, se hizo alto para almorzar en una venta. Momentos después pasaron unos automovilistas de Braga que, al reconocer á los expedicionarios, prorrumpieron en vivas á España y á su Ejército; retrocedieron para saludarles, descendiendo del automóvil y acompañándoles en el almuerzo para volver después á emprender la marcha, siendo despedidos con vivas y aclamaciones de una y otra parte.

Reanudada la marcha en Piñeiro, á 15 kilómetros de Braga, esperaba á los expedicionarios, uniéndose á ellos el capitán Pereira, y á la altura del kilómetro 10 fueron aquéllos esperados por el coronel del 8 de Infantería, Excmo. Sebastiao Mesquita, el cual, apeándose del caballo que montaba y después de saludar á los excursionistas, condujo á éstos por un atajo al campo donde tuvo lugar en 1809 la batalla de Braga, cuyos incidentes explicó minuciosamente y los llevó después al Polígono de tiro, donde fueron recibidos por el capitán de Infantería 8, Arnaldo Augusto Reballo de Silva, Director del Polígono y una comisión de jefes y oficiales de la guarnición de Braga, siendo obsequiados los expedicionarios con un *lunch*, en el cual el coronel Mesquita dió la bienvenida á los oficiales que realizaban el interesante estudio de la marcha seguida por el mariscal Soult.

A continuación, el capitán director del Polígono de tiro bebió en honor de sus camaradas del Ejército español y por la gloria de las dos naciones vecinas. El Presidente de la So-

paña, exacerbado por su aislamiento; pero no se puede negar que su aviso constituía una profecía.

Pero el mariscal Soult se impuso á los desfallecimientos y temores que predominaban en gran parte de sus subordinados, y cumpliendo las órdenes del Emperador, no titubeó en realizar la invasión, para la cual, solamente se reservó la Artillería más ligera, compuesta de 20 piezas de á cuatro y de á ocho, más cuatro obuses de seis pulgadas.

ciudad contestó á ambos brindis con frases de alta consideración para la brillante oficialidad del Ejército portugués, agradeciendo además tantas atenciones recibidas.

Terminado el *lunch* y acompañados por los jefes y oficiales allí presentes, emprendieron la marcha de nuevo los excursionistas, dirigiéndose al Bom Jesús do Monte, colina convertida en parque de recreo, situada á unos tres kilómetros de Braga, y en cuya cima hay un santuario. En este sitio los esperaba el Gobernador militar de la Plaza, rodeado de su Estado Mayor y del resto de los jefes y oficiales de la guarnición, así como también del coronel D. Rafael Aparici, que hizo la presentación de los excursionistas, los cuales fueron recibidos á los acordes de la Marcha Real, tocada por la música del 8 de línea.

Después de recorrer el parque los excursionistas, que fueron aclamados por los estudiantes y paseantes, la guarnición de Braga los obsequió con un banquete en el Hotel del Elevador, que fué amenizado por la música del 8, y á cuyo final, el comandante de la quinta brigada de Infantería, Excmo. José de Mello Pereira de Vasconcellos levantó su copa en honor de los oficiales del Ejército español, huéspedes, en aquéllos momentos, de Portugal, deseando que visitas tan interesantes se repitan, y terminando con nobles palabras de salutación á Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII y á su augusta familia.

El coronel, D. Rafael Aparici, contestó en portugués á tan hermosas palabras, agradeciendo la acogida dispensada á los oficiales del Ejército español, y brindando á su vez por las glorias de Portugal y por su más alta representación el Rey D. Manuel II, á quien envió el homenaje de sus respetos, así como también á S. M. la Reina Doña Amelia.

En este momento, los estudiantes del Liceo de Braga, que habían permanecido á las puertas del comedor durante el banquete, invadieron aquél aclamando á España, á sus augustos soberanos, el Rey D. Alfonso XIII y la Reina doña Victoria, á S. M. la Reina doña Maria Cristina, al Ejército español, á la Patria de Cervantes, etc., etc., y acompañados por estos vítores, que no cesaron hasta la puerta del hotel donde se hospedaron los excursionistas en Braga, emprendieron éstos la bajada del Bom Jesus en el funicular allí establecido, y montaron después en un tranvía de vapor que les condujo al hotel, hasta donde fueron acompañados por todos los asistentes al banquete.

Día 23 de Abril.—La mañana de este día la dedicaron los excursionistas á las presentaciones oficiales al general gobernador militar de la Plaza y al señor vicecónsul de España; visitaron después la población y el cuartel que ocupa el regimiento de Infantería 8, donde hizo los honores su coronel, Excmo. Sebastián Mesquita, y donde presenciaron algunos ejercicios de esgrima y gimnasia, practicados por los soldados de aquel Cuerpo, además de visitar detenidamente todas las dependencias del cuartel y de firmar en su álbum.

A las doce de la mañana, los excursionistas, con toda la oficialidad de la guarnición, se

Su resolución es tanto más de admirar, porque si grande era el hervor de las pasiones viriles del pueblo que tenía á retaguardia, no lo era menos el del que tenía á su frente, reforzado este último peligro además, por la acción de las fuerzas organizadas, que hacia el Támeiga y por la frontera, tenían los generales la Romana y Silveira.

Entre el 3 y el 4 de Marzo de 1809, las fuerzas de Soult reanudaban su marcha hacia la frontera portuguesa, por el mejor camino que enton-

trasladaron en el tranvía de vapor y después en el funicular á Bom Jesús, en cuyo hotel del Elevador tuvo lugar el almuerzo que los excursionistas ofrecieron á los jefes y oficiales de Braga.

En la mesa donde se sentaron hubo dos presideucias: una, ocupada por el comandante de la brigada, y la otra, por el vicecónsul de España en Braga.

Al destaparse el champagne, brindaron el coronel Mesquita, que saludó con palabras de afecto á la gloriosa Infantería española y á su representación en aquel acto, brindando también por todo el Ejército español.

Contestóle el Presidente de la Sociedad, diciendo que había en el pecho de los oficiales de todos los Ejércitos un sentimiento común de amor á la bandera, de culto al honor militar y de compañerismo, que allí en la brillante representación del Ejército portugués ostentaba un hermoso relieve, dejando en el alma de los españoles presentes un recuerdo de cariño tan hondo, que solamente podría apreciarse el día en que los españoles tuviésemos la fortuna de poder corresponder á tan espléndido recibimiento. Concluyó bebiendo por la gloria del heroico Ejército portugués.

Terminado el almuerzo, se regresó en el funicular y el tranvía de vapor al hotel donde los excursionistas cambiaron de traje, y emprendieron la marcha á las cuatro y media de la tarde.

Se unieron en Braga á la expedición, para acompañarles hasta Oporto, los alférces de infantería 8, Gaspar Teixeira de Souza da Silva Alcofurado y Horacio d'Amorín.

Hasta las puertas de la ciudad fueron acompañados todos por el agregado militar de España en Lisboa, el comandante de la brigada, el coronel del 8, los jefes y oficiales de la guarnición y no poco público. Hechas las despedidas, todavía acompañaron á los expedicionarios hasta el kilómetro 11 gran número de oficiales y algunos paisanos, que los despidieron en el mencionado sitio con vivas y aclamaciones.

Se llegó á Villanova de Famalicao, donde se pernoctó, á las ocho de la noche, habiéndose recorrido 24 kilómetros.

Día 24 de Abril.—Se emprendió la marcha á las siete y media de la mañana, almorzando los expedicionarios en Carriza, adonde se llegó á las once y media.

Reanudada de nuevo la marcha á las dos de la tarde, se entró en Oporto á las cinco y media, habiendo hecho una jornada de 30 kilómetros.

A las puertas de la ciudad esperaba á los expedicionarios el señor coronel agregado militar, y ya dentro de la ciudad se les unió también el señor cónsul de España en Oporto.

Inmediatamente después de llegar, se hizo la presentación al excelentísimo señor general gobernador militar de la Plaza.

ces, al igual que hoy, existe para llegar á la plaza de Chaves, esto es, por Allariz, Ginzo de Limia y Verín.

La Romana estaba entonces solicitado por dos tendencias: la una, que era la popular y acaso la salvadora si días antes hubiese imperado, la personificaba el alférez D. Pablo Morillo, quien, con el coronel García del Barrio, acababan de llegar al Cuartel General del Marqués, procedente de Sevilla y con misión de la Central. Quería Morillo pelear á todo trance, con los procedimientos adecuados á la situación, esto es, inquietando y desangrando sin cesar al enemigo, dando caza cuando se pudiera, y cuando no apelando al ardid y á la sorpresa. García del Barrio, de temperamento más sosegado, se unió al propósito del general en jefe de esquivar toda lucha, desliziéndose por la frontera hacia Castilla, para caer sobre las comunicaciones generales con el centro de la Península, hacia el fragoso territorio del Vierzo.

Más, á pesar de la diligencia con que procuró realizar su operación, el ímpetu de los jinetes franceses, capitaneados por Franceschi, ocasionó el encuentro de La Tropa, que nos costó 300 bajas, sin evitar por ello detener ni una hora á los invasores.

Esta retirada de los españoles, llevaba aparejada la de la vanguardia de Silveira, mandada por el valiente teniente coronel Pizarro, estableci-

Día 25 de Abril.—Después de la presentación de despedida al gobernador militar de la Plaza, visitaron los excursionistas la ciudad y el puerto.

Asistieron por la tarde á una fiesta de caridad, hicieron la presentación en el Consulado de España, donde se les obsequió con un té, y por la noche asistieron á un banquete, seguido de recepción, que les brindó el capitán de Artillería ayudante de S. M. el Rey, Excmo. Antonio Bernardo Ferreira, el cual sentó á su mesa, además de los excursionistas, al agregado militar de España, al cónsul y al vicecónsul de España en Oporto y á las autoridades y jefes de los Cuerpos de la guarnición.

A la hora de los brindis, el capitán Ferreira levantó su copa en honor de sus camaradas de la valiente Infantería española, del Ejército español todo y de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

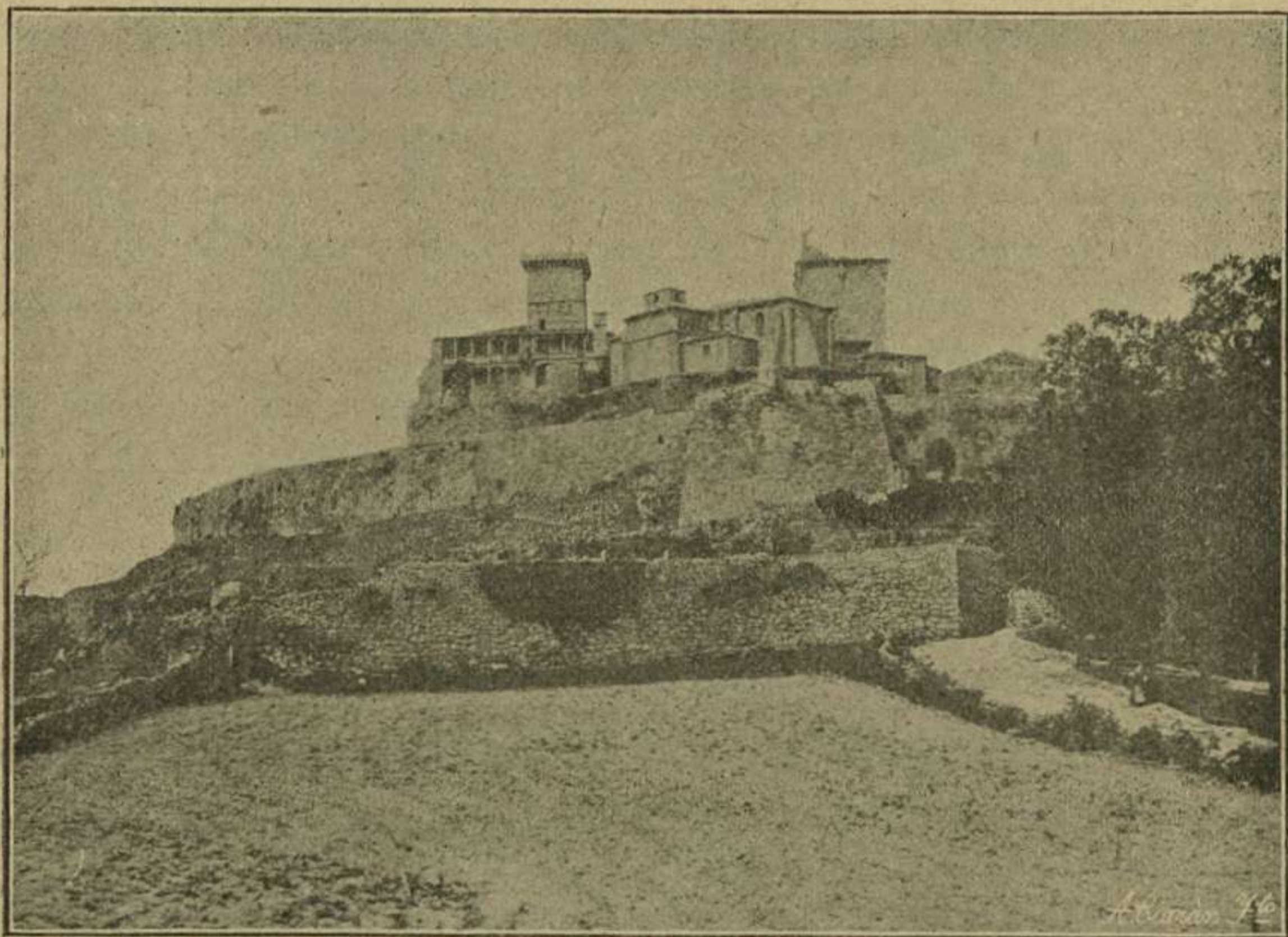
Le contestó nuestro agregado militar con palabras de gratitud, saludando al Ejército portugués, dechado de virtudes militares, y enviando un respetuoso homenaje á S. M. el Rey don Manuel II y á su augusta madre la Reina doña Amelia.

Día 26 de Abril.—A las doce de la mañana tomaron el tren los excursionistas para regresar á España, siendo despedidos en la estación por el coronel Aparici, capitán Ferreira, el cónsul y vicecónsul de España, los jefes de los Cuerpos de la guarnición y algunos elementos de la colonia española.

da en la frontera hacia el Támega, operación que verificó ciñéndose á las órdenes que tenía y tras un ligero combate.

Quedaba, pues, franca la entrada de Portugal para Soult, sin que las admirables posiciones que brindan las cuencas del Arnoya, del Limia y del Támega, desde Orense á Verín, le costaron apenas una baja.

Su prudencia, no obstante, le hizo arreglar el viejo castillo de Mon-



EL CASTILLO DE MONTEREY

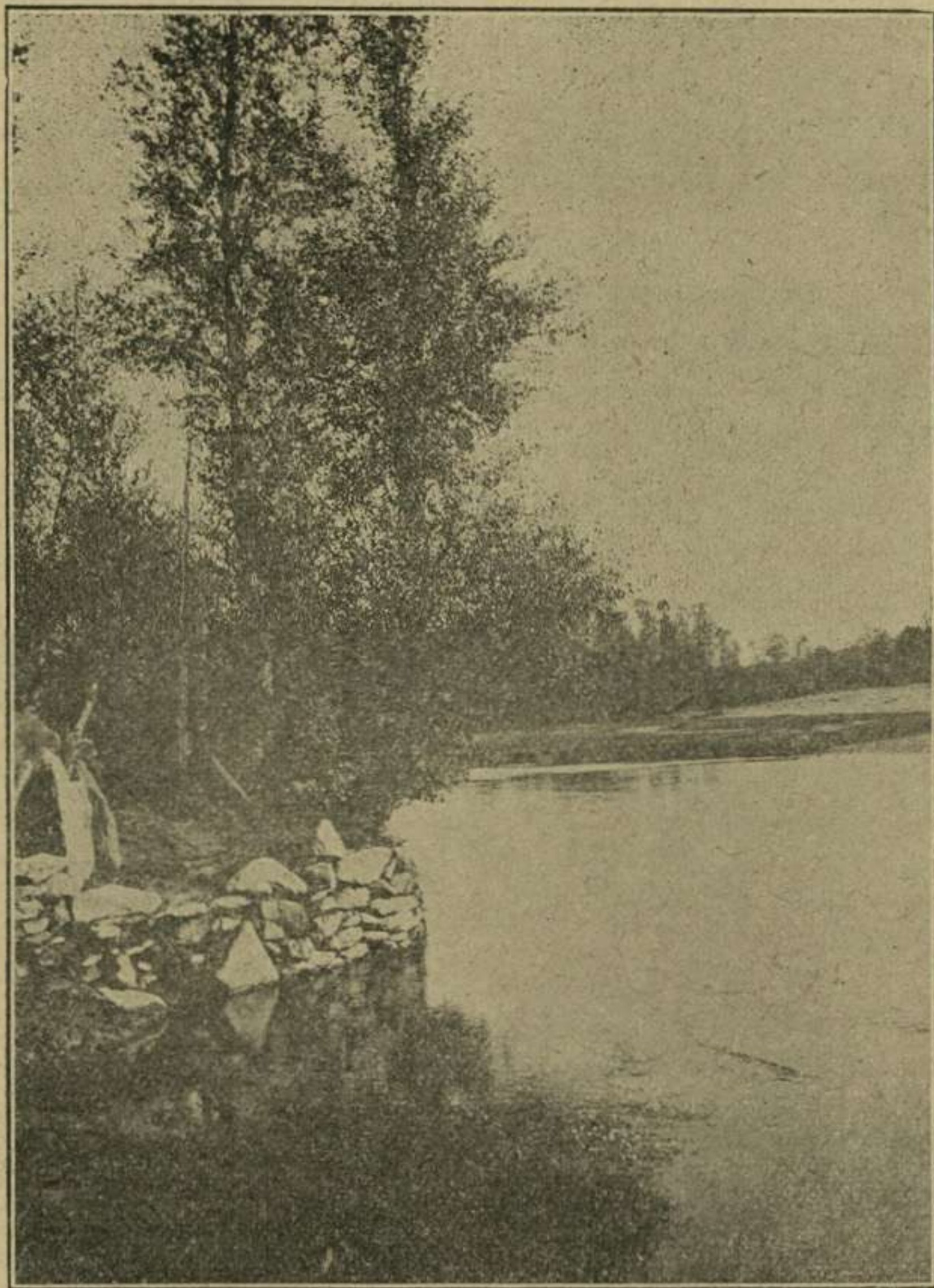
terey y el convento inmediato, donde dejó un depósito y un hospital, custodiados por un fuerte destacamento.

El mayor Adriano Beça, en su excelente resumen de la acción militar en la guerra de la Península del general Silveira, escribe:

«La plaza de Chaves no disponía de medios suficientes de resistencia, pero la anarquía de las masas populares dominaba allí y procuraba obligar al elemento militar á la defensa de la villa, ganando vida esta idea entre las Ordenanzas, algunos Cuerpos de las Milicias y un pequeño núcleo de fuerzas regulares.

Reconociendo la gravedad de la situación, Silveira decidió abandonar

á los revoltosos á su loca y temeraria resolución de defender la plaza, marchando el día 7 de Marzo á acampar con las fuerzas disciplinadas á las alturas de la sierra de Santa Bárbara, cercanas á Chaves.



EL TÁMEGA EN LA FRONTERA

El siguiente día 8, realizó Silveira un reconocimiento por las avanzadas del Ejército francés, hacia las proximidades de Oimbra, regresando por Chaves, donde procuró convencer á los fanatizados patriotas de la imposibilidad de la defensa, pasando por el disgusto de que sus observaciones no fueran atendidas.

El día 9, Silveira volvió á la plaza, donde convocó en Consejo

de Guerra á todos los oficiales superiores, en el cual se decidió la imposibilidad de la defensa, no llegando á levantar acta del acuerdo por tocar á rebato en aquel instante por causa de la aproximación de los franceses.

En aquellos instantes también el capitán de Ingenieros José María, amotinó á la tropa y al pueblo, diciendo que la plaza era defendible, y distribuyendo á la vez entre las masas las armas tomadas en el parque. Ante tamaña anarquía, Silveira regresó al campamento de Santa Bárbara, dejando el gobierno interino de la plaza al teniente coronel Pizarro. La plaza fué invertida seguidamente por los franceses.

Soult mandó al campamento de Santa Bárbara una intimación al general Silveira para que entregase Chaves, ofreciéndole en nombre de Napoleón el gobierno de la provincia de Tras-os-Montes; pero Silveira respondió altivamente que no podía acceder á tal proposición, porque tenía el honor de mandar tropas portuguesas. En cuanto á la plaza de Chaves, á su gobernador competía la respuesta.»

Chaves caía en poder de las tropas imperiales, sin resistencia alguna, el 12 de Marzo de 1809.

Conviene conocer, para el cabal conocimiento, las impresiones que acerca de estos hechos había en el Ejército francés:

Chaves (Portugal) 13 Marzo 1809.

El 1.º de este mes la división abandonó Fea para ir á Orense, donde se detuvo el 2 y el 3.

El país está desierto. Todos los campesinos que pueden manejar un arma, acudiendo á la voz del Marqués de la Romana, á quien secundan resueltamente los frailes, están reunidos en distintos puntos, dispuestos á caer sobre destacamentos poco resistentes. El enemigo nos ataca en todas partes y no le encontramos en ninguna. Se predica y se recompensa el asesinato, con el que se cree ganar el Paraíso. El VI Cuerpo, que fué á Orense antes que el II, ha perdido una porción de soldados ahorcados aisladamente. Varias de estas víctimas han sido enterradas en un campo vecino, donde han ido nuestros soldados á aprender una lección de prudencia contemplando los restos de sus compañeros, visibles aún por estar sólo cubiertos por algunas paletadas de tierra: brazos y piernas que salen aquí y acullá, en este suelo, removido recientemente, parece

que llaman á los vengadores; no hay duda que éstos acudirán y la sangre será lavada con sangre: haremos una guerra de exterminio.

Una pequeña parte del pueblo de Orense nos ha esperado en sus hogares. Yo me he alojado en casa de un viejo honrado que me ha descu-



CHAVES

bierto toda la indignación de que está poseída la nación entera contra nosotros. Como mi opinión sobre los ataques actuales le ha parecido razonable, ha sacado en consecuencia que estoy dispuesto á negar mi cooperación, y me ha excitado mucho para que me dejara conducir á un subterráneo, situado á tres leguas, en las altas montañas, donde están reunidos su familia y sus amigos, y en el que podía estar escondido hasta que encontrara ocasión propicia de volver á Francia, si es que no prefería instalarme en España. Es el único medio, me decía con calor, de salvar vuestra alma y vuestro cuerpo, pues ni uno solo de vosotros podrá escapar de la cólera divina y de las armas españolas. El patriotismo del buen viejo me ha impresionado y le he dado gracias expresivas por el interés que por mí demostraba.

Desde Tuy, la dirección que seguíamos nos alejaba cada vez más de Portugal, objeto de nuestra expedición; pero el 4, al salir de Orense, hemos vuelto á tomar el camino, torciendo á la derecha y dejando el Miño detrás de nosotros.

El 6, después de haber marchado algún tiempo muy penosamente á través de este país montuoso, nuestra vanguardia encontró, no lejos de Monterey, á un Cuerpo español, mandado por el Marqués de la Romana, y lo derrotó. El mismo día batimos á una columna portuguesa que había acudido para sostener á Romana. Todo esto se ha realizado con tal presteza que la división Mermet, que aceleró su marcha al ruido del combate, sólo llegó para ver huir al enemigo en todas direcciones.

El 10, por fin, pisó el Cuerpo de Ejército este suelo de Portugal, alrededor del cual acechaba hacía un mes como el lobo alrededor de un aprisco. Allí no había un río sin puente que nos detuviera como en Tuy. Los portugueses no nos han querido dejar entrar en su casa sin combatir. Atacados vigorosamente en la posición que ocupaban, se les obligó á meterse en ella dejando algunos cientos de muertos. Los restos de esta columna han sido empujados hasta Chaves; pero cuando estuvimos á la vista de esta plaza fuerte, tenida por la llave de Portugal en la frontera de Galicia, el fuego hecho desde sus baterías puso fin á la persecución. Vivaqueamos á un cuarto de legua de Chaves.

Una vez que el mariscal se hizo cargo de todo en la mañana del 11 y tomó sus disposiciones para el sitio, envió un parlamentario al gobernador, aunque inútilmente. Al principio, pues por poco es ahogado por el pueblo, que estaba agrupado en derredor de la muralla dando gritos espantosos y haciendo llegar hasta nosotros injurias sin fin. Como gente que no entiende nada de guerra, tiraban una porción de cañonazos sólo para hacer ruido, como los cobardes en la oscuridad cantan para cobrar ánimo. Otro emisario tuvo más suerte. El mariscal hablaba de un asalto y de pasar á todos por las armas, y entonces empezaron á ablandarse. Consintieron, por fin, en abrir las puertas, pero antes de hacerlo preguntaron si estaba entre nosotros el general *Maneta* (1), jurando ha-

(1) Loison: nacido en 1771; salido de familia acomodada que cuidó su instrucción y educación; su vida desarreglada y aventurera le llevó como voluntario á un regimiento colonial en 1787; oficial en 1791, capitán en 1793; conoció á Bonaparte el 13 de vendimiario; general de brigada en 1795; divisionario por la campaña de Helvecia en 1799; se distinguió en las campañas de 1800 y 1805. En la de Portugal de 1807 alcanzó «la más hermosa impopulari-

cerse matar todos antes de permitir entrar en su país á tal hombre.

Hay que saber que desde un extremo á otro de Portugal, el general Loison es llamado *Maneta*, es decir, el *Manco*, por la conducta que tuvo en Lisboa bajo el mando del general Junot, que le encargó de varias ejecuciones militares, cosa que hace á maravilla. En conciencia no se podía asegurar á los portugueses que el terrible *Maneta* no pertenecía al II Cuerpo, puesto que realmente figura en él; pero estaba en la retaguardia y no se uniría por el momento á nosotros; en consecuencia, el mariscal, dando una respuesta jesuítica, juró que el general Loison no estaba en el número de los asaltantes. Orillada esta dificultad, se firmó la capitulación.

Ayer tomamos posesión de la plaza. La defendían unos 6.000 hombres, de los cuales tres cuartas partes eran campesinos sublevados. Estos han sido desarmados y enviados á sus casas, como en El Ferrol. De los soldados, los que no han desertado en el momento de la capitulación, han formado un batallón, que ha jurado fidelidad á Francia. Las fortificaciones de Chaves están en mal estado y su Artillería es de poca importancia; sin embargo, si no hubiesen causado efecto nuestras amenazas terribles, la invasión hubiera podido encontrar en Chaves una causa de retraso muy desagradable.

Dejamos aquí, custodiados por una guarnición sacada de nuestros regimientos, un gran número de enfermos y heridos que entorpecían nuestra marcha. Lo mismo se hizo en Vigo, pequeño puerto de Galicia, y en Tuy. Todos estos destacamentos debilitan el pequeño Ejército del mariscal Soult, que hoy cuenta á lo sumo 22.000 combatientes, de ellos 3.000 jinetes» (1).

Silveira en derredor de Chaves.

Cerrado el camino de la costa y el Miño, y á pesar de la flaqueza militar de Chaves, urgía á los portugueses recuperarla, porque de ese modo

dad» por su sangriento proceder. Su fama de cruel y sanguinario corrió por todo el vecino reino, al extremo de que las madres, para asustar á sus pequeñuelos, les decían *que viene Maneta*. Había perdido un brazo en un accidente de caza.

(1) JOURNAL DU GÉNÉRAL FANTIN DES ODOARDS. Fantin había nacido en 1778, de buena familia, que le educó entre los jesuítas; llevado del movimiento general que impulsaba á la juventud de su tiempo, trocó los estudios por las Armas, y aparecido en Italia primero, en Alemania después, lleno de entusiasmos y de esperanzas. Cuando vino á la Península era capitán de Cazadores del 31 regimiento.

quedaban los franceses cercados moralmente, ya que mediante una acción vigorosa, podían reabrir la vía que habían seguido.

El general Silveira, trasmontano de origen, alma enardecida por el



EL GENERAL SILVEIRA

coraje de la ofensa inferida á su Patria, decidió reconquistar á Chaves. Tamaña resolución basta para acreditarle como hombre de guerra pers-

picaz y vigoroso. Sin duda, por atavismo, por el conocimiento que tenía del país y de la clase de lucha que convenía en aquellos instantes, sentía en su alma la energía suficiente para la consecución de la empresa.

Mientras Soult realiza el avance hacia Braga, que luego recordaremos, Silveira marchó desde Villa Pouca á su antiguo campamento de Santa Bárbara el día 19 de Marzo, invistiendo á Chaves, donde Soult había dejado guarnición francesa y lusitana, desde el día 21 con los regimientos de Infantería 12 y 24, cuatro regimientos de Milicias y el batallón Cazadores de Montealegre, viéndose el enemigo obligado á recogerse en el fuerte de San Francisco, abandonando la villa á Silveira, después de perder 300 muertos y 200 prisioneros. El 25 capitulaba el fuerte, entregándose 1.400 prisioneros, 80 caballos y la Artillería que poseía.

La influencia de este hecho de Armas, en la suerte de la campaña, tenía que ser extraordinaria (1).

La marcha á Braga.

«Après cette conquête—la de Chaves—le maréchal Soult prit le titre de gouverneur général du Portugal...» (2). Y, en seguida, aceleró su avance á Oporto como si un agujoneo secreto le acuciara. Sin duda, comenzaba ya á iniciarse en su espíritu aquella codiciosa pasión de ser y de dominar desbordada y avasalladora que caracterizaba, para perdición del Imperio, á los primates encumbrados por Napoleón.

De los dos caminos que se presentaban al mariscal para marchar sobre Oporto, el de la orilla izquierda del Tâmega, que era el más franco y mejor, le obligaba á pasar por Villarreal, teniendo que recorrer una zona en que Silveira tenía, por así decirlo, sus reales, viéndose obligado después á repasar el Tâmega por el puente de Amarante, que podría constituir un serio obstáculo para el avance, si los portugueses lo fortificaban convenientemente.

El camino de Chaves por alturas de Barroso, salvando la divisoria del Tâmega al Cavado, le llevaba directamente á Braga, ciudad que ofrecía recursos propios y desde la cual podría arrimarse al Miño, donde contaba con recursos y cuya línea nunca dejó de atender, tal vez por acari-

(1) Con un alto sentido patriótico y militar, nuestros vecinos han celebrado con fiestas bien solemnes el Centenario de este acontecimiento de la Guerra peninsular. El folleto publicado con tal motivo: *COMMEMORAÇÃO DO CERCO É TOMADA DE CHAVES*, es muy interesante.

(2) *MÉMOIRES MILITAIRES DU MARÉCHAL JOURDAN*. Pág. 205.

ciar también en lo profundo de su alma el propósito de utilizarla en caso de retirada, probabilidad esta que no dejaría de vislumbrarla hombre tan experto y tan soldado como el Duque de Dalmacia.

Aspero y difícil como pocos, es este camino elegido; ahora, y con más razón entonces, lo constituye un veredón por el cual marchan solamente y malamente además, las carretas del país, especie de «corredoira gallega» seca y pedregosa, que al llegar á la cima degenera en senda de cabras. Por aquellos peñascales y por los tajos por donde se descuelgan



LOS OFICIALES ESPAÑOLES EN EL CAMPO DE TIRO DE CHAVES

los torrentes, se engolfó Soult con Artillería y con Caballería. Cuanto más que la esterilidad de la tierra sólo puede sustentar aldeas miserables que, por añadidura, estaban casi desiertas, porque el odio de sus naturales los había lanzado al monte para hacer más daño á los invasores. Solamente viendo aquellas guajaras que emergen laberínticamente entre las nevadas cimas do Gerez y la Cabreira, recorriéndolas por sus veredas y morando ó cruzando por sus aldeas misérrimas, ennegrecidas por el humo y por la basura, es como puede apreciarse bien la empresa del

Duque de Dalmacia y particularmente los servicios de su Caballería.

Llevaba la vanguardia Franceschi-Delonne, apoyado por la Infantería de Foy y seguido por el grueso del Ejército, mientras que flanqueaba por la izquierda Mermet y Lorges fué destacado hacia Villa-Pouca, centro de operaciones de Silveira.

Aunque el territorio ardía en coraje y los aldeanos corrían presurosos á defender su independencia, la marcha por tales asperezas no topó con resistencia alguna, pues la acción ú acciones de los desfiladeros de la Cabreira, por Salto, Ruivaes y Salamonde, carecieron de importancia. Solamente en la desembocadura del barrancón de Vendas Novas es donde Silveira obligó á desplegar á Mermet, pero ni aun este hecho constituyó dificultad para los franceses; las jornadas, pues, del 14 al 17, pasaron sin accidentes dignos de mención.

Con su habitual sentido militar, el general Freire, que tan hábil y felizmente había sabido cerrar la línea del Miño á los franceses, trató con medidas acertadas de ir atajando y castigando en su avance á los invasores, huyendo de toda batalla campal. Con ello, además de cumplir con su cometido principal, que era «*cobrir é defender a cidade do Porto*», iba instruyendo y educando al paisanaje que sin cesar se le incorporaba, el cual vería, por otra parte, en las escaramuzas diarias y en el vigor del avance de los imperiales, que no era empresa tan mollar la de vencerlos y destruirlos.

Pero tales procedimientos de prudencia impuestos por la realidad y aconsejados por el alto interés del país, no pesaban sobre aquellas muchedumbres, ciegas como todas y como todas también propicias á lo fantástico que hiere sus sentidos y á los sueños que se acomodan con sus pasiones y sus instintos. Cuanto más, que, en trances tales, nunca faltan alucinados, ambiciosos ó malvados, que rompen con toda cadena y entran atropelladamente por los campos de la más loca temeridad.



Freire tenía á sus órdenes un oficial hannoveriano, el barón d'Eben, guerrero de los muchos que acudieron á España llevados unos de su odio á Napoleón, codiciosos los más de aventuras y emociones. Y mientras la voz y el proceder de Freire fueron siempre de prudencia y de previsor patriotismo, d'Eben tiraba al mangoneo acelerado y bravucón, tan del gusto de las masas ignaras é impresionables. Querían éstas dar una batalla con sus chuzos y sus hoces, para concluir de golpe con los invasores, y aun cuando Freire procuraba ir sosteniendo el espíritu valiente de sus compatriotas, buscaba siempre el sostenerse defensivamente en posiciones como las de Carvalho d'Este, que cubrían á Braga, y otras de las que pudieran servir para su consigna principal, que era, según va dicho, la defensa de la gran ciudad comercial del reino.

Prestamente corrió la voz de «traición», y más prestamente aun fué preso por los *ordenanzas* de Tobossa, conducido á Braga y asesinado por las turbas tan generosas de sangre ilustre é inocente, como fáciles y ligeras para huir del enemigo... Así murió aquel caudillo ilustre, soldado sin tacha, caballeresco y leal patriota, «único homén que, n'aquello histórico momento, podía ter defendido eficazmente ó Porto, e salvado, porventura, ó paiz (1).

El coronel Taveira, en su concienzudo estudio, hace las siguientes reflexiones acerca de la horrible muerte de Freire, que son aplicables á muchos países...

«He ahí la suerte que espera á todos los generales, á sus Estados Mayores y á las demás autoridades, si algún día se viera Portugal en análogas circunstancias por la incuria de los Gobiernos. Lo cual quiere decir: todos los esfuerzos para defender el territorio patrio serían inútiles, si durante los períodos de paz no se cuida seriamente de organizar el Ejército y la Marina y de apercibir las fortificaciones, como hacen todas las naciones previsoras que miran como supremo interés la independencia. Los motines que ocurrieron en el Miño, en Chaves, en Braga, y los que después veremos en Oporto, demuestran bien la necesidad de instruir y disciplinar las reservas. Si el pueblo no está educado para la guerra, el levantamiento en masa ha de ser, naturalmente, lo que fué en 1809: *armar la plebe para practicar todos los excesos que quiera*; principalmente si, como ocurrió entonces, se explota por las predicaciones sanguina-

(1) Para más detalles, ver Da Luz Soriano, Napier, Taveira.

rias de los clérigos y de todos aquellos que tienen influencia en la opinión pública.»

La sentencia del Consejo de guerra reunido en Vianna para ver y fallar acerca de las atrocidades cometidas contra el general Bernardino Freire de Andrade, termina de esta elocuentísima manera:

«El Consejo, en vista de los hechos arriba referidos y que están comprobados por los documentos y por las declaraciones que figuran en el proceso, decide unánimemente que el teniente general Bernardino Freire de Andrade, como era de esperar de sus conocidas virtudes, correspondió en todo en su última comisión, á la regia confianza que en él tenía puesta el Príncipe Regente, confiado en las pruebas decisivas que constituyen antiguos y eficaces servicios; que su conducta militar en esta provincia fué, no sólo irreprochable, sino digna de loor; que su fidelidad supera á toda prueba; que su honra queda pura é inmaculada; que su nombre debe ser mirado con respeto y su memoria ensalzada y recomendada como ejemplar; y que su desolada familia tiene también derecho bien fundado á esperar y á pedir por sus relevantes y briosos servicios, gracias y recompensas... Y, finalmente, que los honrados oficiales de su Estado Mayor, así como los otros oficiales que fueron presos ó muertos, sean declarados inocentes, reparada su fama, acreditada su honra y publicada su lealtad.»

Acción de Braga.

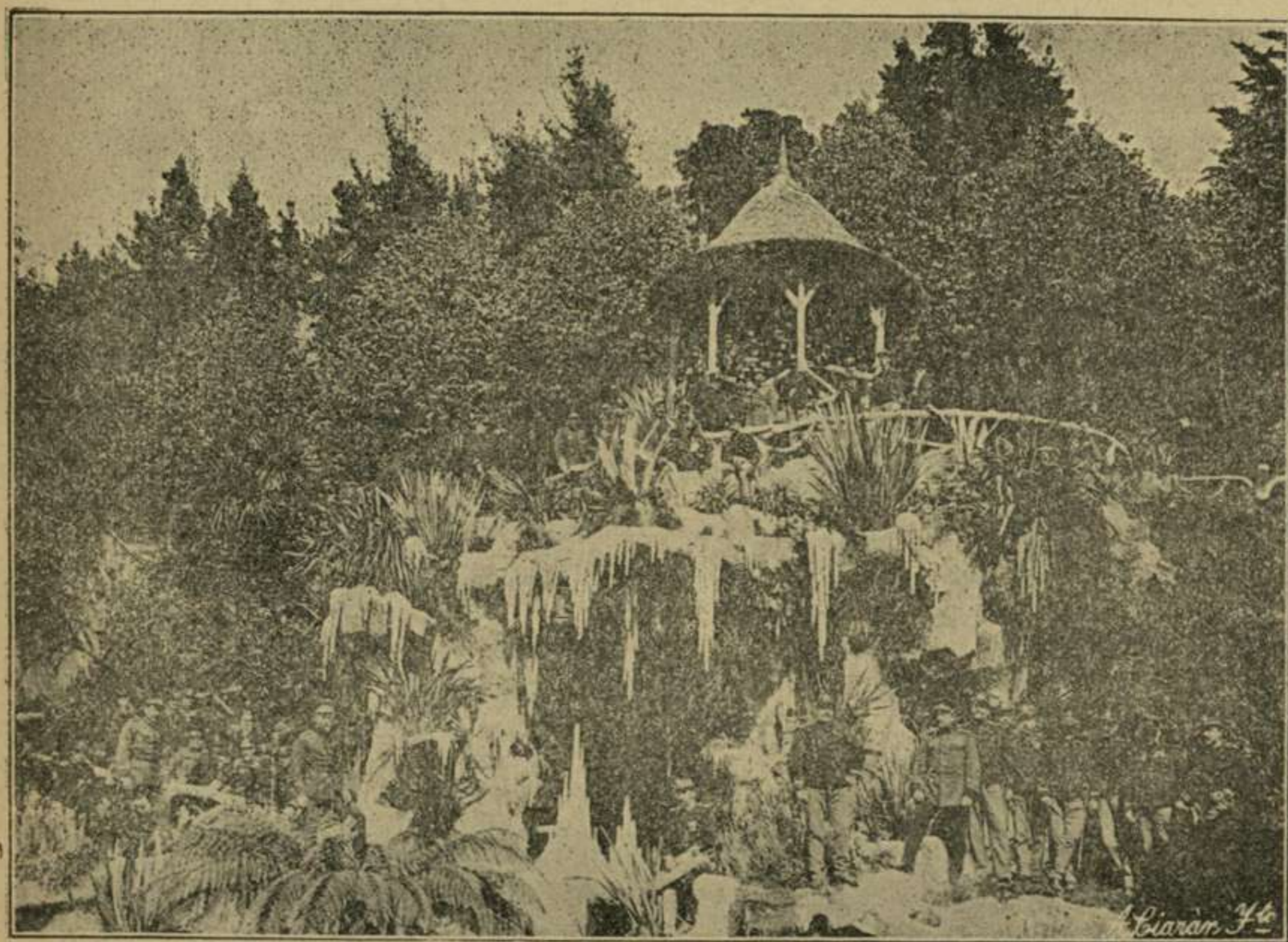
Acción, no batalla, como pomposamente la llaman muchos, entre otros el discreto mariscal Jourdan.

La histórica ciudad lusitana tenía una excelente defensa en la serie de alturas de Carvalho d'Este, ligadas á los montes de Falperra y Adufe, por sus derecha é izquierda respectivamente. ¿Habían sido éstas escogidas por Freire? Es de creer, por cuanto su elección entraba en el plan defensivo que él se había propuesto é iniciado ya con indudables resultados.

El barón d'Eben, caudillo aclamado por las turbas, se deferdió como pudo del ataque hábilmente dirigido por Soult; pero el paisanaje y las tropas colecticias son siempre pésimos elementos para una acción verdaderamente militar, tanto más cuanto que tenían que habérselas con las mejores tropas del mundo. El mismo lo declara bien concisamente:

«El 20 de mañana, los puestos de vigilancia tocaron generala, avanzando los enemigos en tres columnas, una en la dirección de Guimarães por la sierra de Falperra, la más fuerte por el centro de nuestra línea, ó sea por Carvalho d'Este, y la tercera por el monte Adufe y puente do Oporto, izquierda de nuestro frente. Empeñado el ataque, á las diez de la mañana todo había terminado...»

El *rapport* del mariscal Soult declara que los portugueses tuvieron 5.000 muertos sobre el campo de batalla y 400 prisioneros, perdiendo además toda su Artillería. La pérdida de los franceses consistió en 40



OFICIALES PORTUGUESES Y ESPAÑOLES EN EL BOM JESÚS (BRAGA)

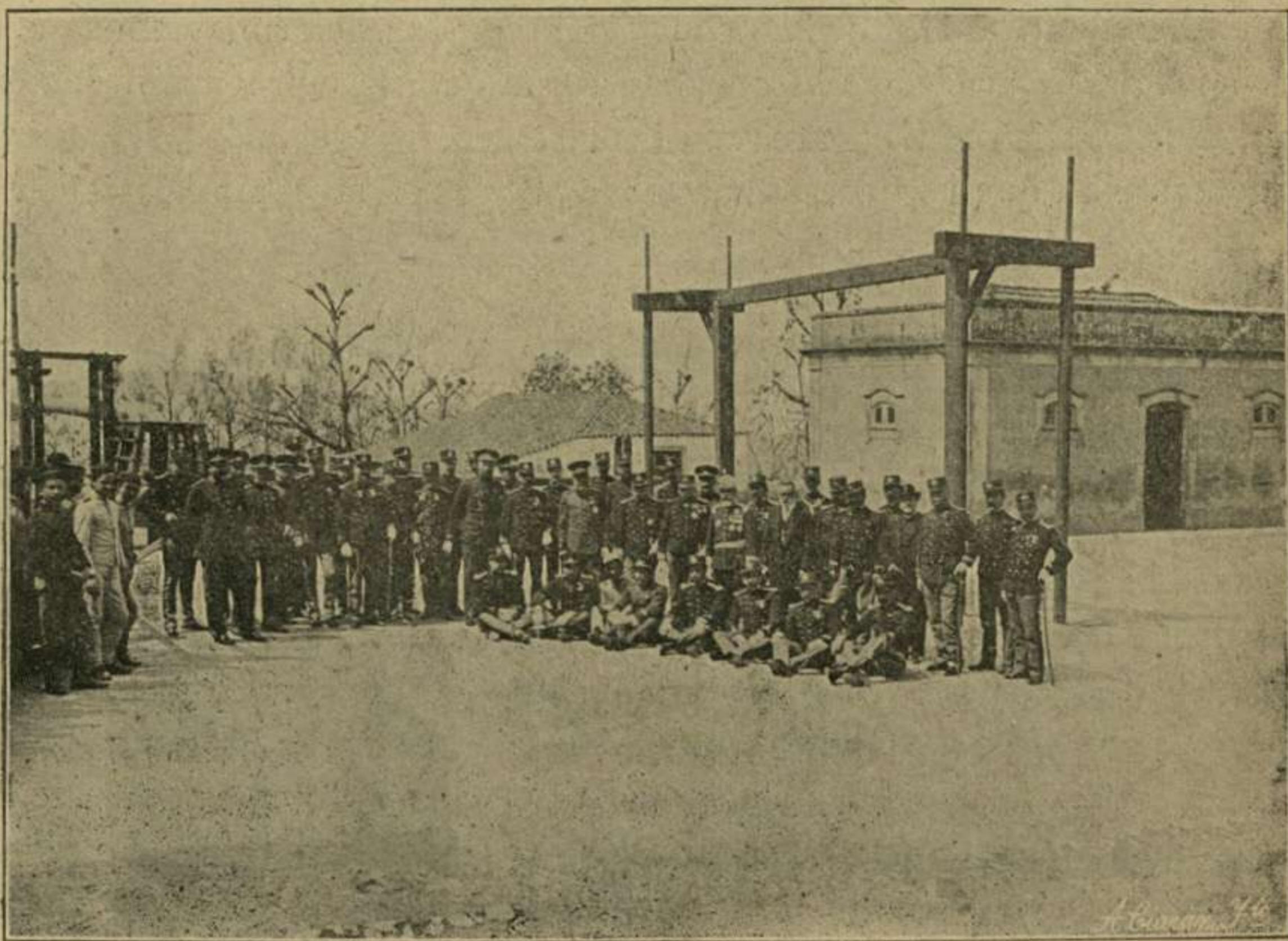
muertos y 160 heridos. Altas parecen las primeras cifras, aun cuando bien será recordar que los franceses llevaban el coraje acumulado en la sangre á causa de las muertes, emboscadas y represalias que cometía el brioso patriotismo portugués.

Mucha parte de la población de Braga huyó á la aproximación de los franceses, que se alojaron cómodamente en las casas, disfrutando algunos días de la abundancia de una ciudad rica y populosa. «Las mesas,

dice un testigo ocular, se establecieron en las calles, el buen vino con la abundante comida, provocaba cantos y risas que hacían olvidar las penalidades pasadas; la villa parecía un alegre ventorrillo, en medio de una hermosa campiña bajo la templanza de una clemente primavera.»

El mariscal prosiguió su campaña de política de atracción que venía desarrollando: tranquilizaba á los moradores, que poco á poco iban reintegrándose á sus casas; protegía las propiedades, respetaba las iglesias y daba ejemplo de religiosidad asistiendo á la misa mayor en la catedral; desde Braga lanzó una nueva proclama á los portugueses y procuró atraerse al obispo de Oporto, que era el alma del alzamiento en aquellas provincias.

Más no por atender á la política de atracción, abandonaba las nece-



EN BRAGA: GRUPO DE OFICIALES PORTUGUESES Y ESPAÑOLES

sidades de la campaña. Procuró reponer y arreglar el material y los parques, y sabedor de que Tuy estaba bloqueado y de que Oporto se disponía á resistir, con numerosos elementos que levantaban fortificaciones

dirigidas por oficiales británicos, apresuró sus preparativos para proseguir la marcha el 24 de Marzo.

El mariscal Jourdan, al llegar á este punto de las operaciones, dice sentenciosamente:

«Tenemos una opinión muy alta de la capacidad del mariscal para no estar persuadidos que, desde luego, él tenía que reconocer que con los 20.000 bravos á sus órdenes, había de serle punto menos que imposible exterminar la nación portuguesa ni someterla al Imperio. Debía preveer, sin duda, que en el momento en que las numerosas masas fuesen sostenidas por un Ejército británico, tampoco sería muy fácil el dispersarlas. Queremos creer, pues, que el Duque de Dalmacia reconocía la imposibilidad de realizar el objeto para que había sido enviado á Portugal, y además, que si él hubiese podido proceder, según su propia voluntad, hubiese vuelto al Miño; pero conociendo que las determinaciones aconsejadas por la prudencia alcanzaban raramente la aprobación del Emperador, decidió conformarse con las instrucciones recibidas, hasta aquel momento en que una fuerza mayor le obligase á no cumplirlas» (1).

Paso del río Ave.

Los reconocimientos practicados por la Caballería y las noticias adquiridas por otros conductos, le hicieron conocer que los vados y puentes sobre el río Ave, estaban defendidos. En su consecuencia, ordenó el avance durante los días 24 y 25, sin otras novedades importantes que la muerte del general Jardon, pues la resistencia ofrecida por los portugueses, así como los obstáculos acumulados, se vencieron fácilmente.

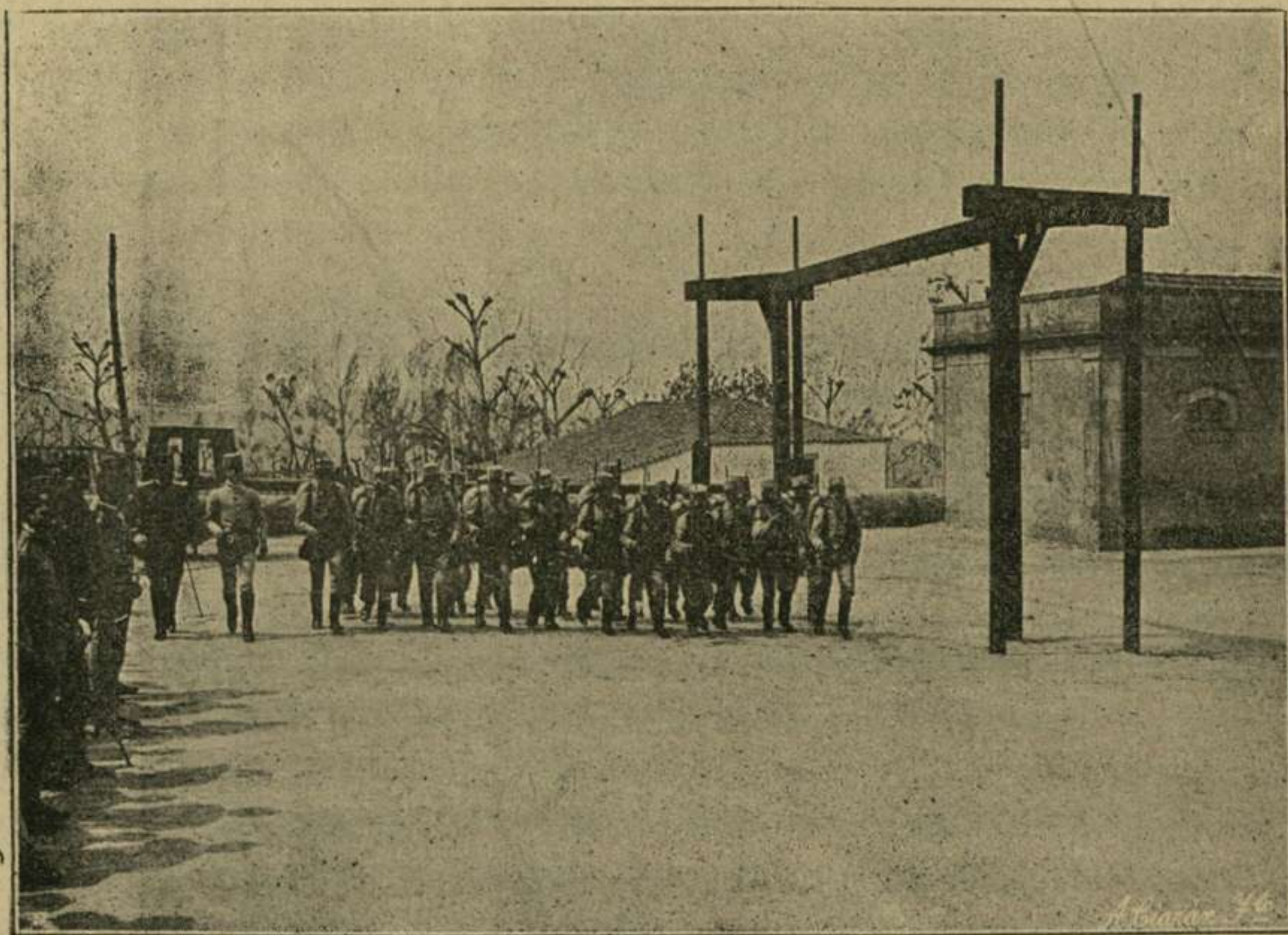
La fisonomía de esta lucha nacional y el modo como la sentían los franceses, nos la van á dar dos testigos presenciales: Fantin des Odoards á quien ya conocemos, y el conde de Saint-Chamans, ayudante de campo del mariscal Soult (2).

(1) *Mémoires*. Páginas 206-207.

(2) Saint-Chamans procedía de una familia realista; había nacido en 1781, sentando plaza en 1801 en el 9.º de Dragones, después de recibir una esmerada educación. Alférez en 1803, teniente, en 1805; capitán, por Austerlitz; comandante, en 1807.

Estaba al lado del Duque de Dalmacia, como ayudante suyo, desde 1804.

Se creía que el enemigo se había replegado á lo lejos y hasta que renunciaba á la resistencia; pero el 25 la encontramos aun en disposición de combatir. Defendía, cerca del pueblecillo de Negrellos, el paso del Ave, pequeño río cuyos puentes estaban cortados, y los portugueses, emboscados en las casas, hacían sobre nosotros, que estábamos á descubierto, un fuego nutrido. Mientras que se respondía á sus tiros de modo que distrajera por completo su atención, los exploradores del regimiento encontraron un vado que los enemigos tuvieron la impremeditación de no guardar, y en seguida pasamos sin ser notados con agua hasta el pecho y con riesgo de ahogarnos. El vado era impracticable para hombres ais-



LA SECCIÓN DE ZAPADORES DEL 8.º REGIMIENTO DE INFANTERÍA (BRAGA)

lados, pero cogidos fuertemente de la mano pudimos resistir la corriente. Algunos más torpes que fueron arrastrados, se socorrieron y no pereció nadie. Cuando llegamos á la orilla, estábamos empapados, pero armas y municiones estaban secas, y aprovechando los repliegues del terreno que nos ocultaba, caímos de improviso sobre los portugueses

que no esperaban nuestro ataque. Sorprendidos de este modo pronto huyeron, dejando allí su Artillería; pero á pesar de su agilidad, no pudieron escapar todos y buen número quedó en el campo. Allí no había soldados, todos eran campesinos. No se hicieron prisioneros. El Cuerpo de Ejército pasó el Ave por puentes reconstruídos de momento y vivaqueamos delante del campo de batalla.

El paso del Ave costó la vida al general Jardon, que recibió un balazo en la frente, cuando, siguiendo su costumbre, peleaba al lado de nuestros tiradores. Mandaba el regimiento, y es el segundo general de brigada que caía mandándonos, desde que estamos al lado de acá de los Pirineos. Había salido ileso de todas las guerras de la Revolución, en las que se distinguió, no siendo herido nunca, y vino á morir á manos de un labrador portugués. Se le atribuyen rasgos de valor que rayan en lo fabuloso. El Ejército francés tendría jefes más distinguidos, pero más intrépidos, no. La guerra era su elemento; varias veces quiso el Emperador que descansase en su casa y nunca se avino á ello. El valiente Jardon sólo podía morir en el campo de batalla. Si á su audacia y valor hubiera unido la instrucción profesional y el barniz de cultura que necesita quien llega á grado tan superior, pocos hubieran podido igualarle; pero carecía de educación, era grosero, sucio, cínico y apenas sabía poner su nombre; además era gran bebedor, y los soldados que se habían enterado de que muchas veces no guardaba el equilibrio, le apodaban *Bacchus* y le respetaban muy poco. Ignorante en táctica, sólo sabía abordar al enemigo. Yo le he oído decir que, en el ataque, le importaba poco tener más ó menos tropas, porque tenía observado que basta con la cabeza de una columna para decidir el combate, y que lo que sigue á la cabeza no toma de ordinario ninguna parte en la acción. Este hombre singular no empleaba ayudante de campo, ni tenía criados, ni caballos, ni equipaje. Se le llamaba el general de los exploradores. Iba á pie, siempre con la vanguardia de la división comiendo y vivaqueando con nosotros, poniéndose una camisa que cogía del morral de un soldado, cuando se mudaba, cosa que realizaba muy de tarde en tarde, y cuando hacía mucho fuego con su fusil estaba contento. En el sitio del Ferrol, vino el general Mermet á los puestos avanzados, donde estábamos tirando contra los españoles que salían de la plaza, y encontró á Jardon encaramado en un árbol, desde donde hacía dos horas que disparaba sobre el enemigo; sitio que, decía él, había escogido para su cuartel general. El valiente Jardon era un sol-

dado de mérito extraordinario, pero un general caricaturesco. ¡Paz á su memoria! (1)

* * *

El oficio de ayudante de campo tenía su parte desagradable en este país; empleados constantemente en llevar órdenes á las divisiones destacadas, y sin otra escolta que un ordenanza montado, corríamos siempre el riesgo de caer en manos de los campesinos.

Una tarde me llamó el mariscal y me dió la orden de ir donde estaba el general Franceschi para averiguar noticias suyas y del enemigo; este general manda nuestra vanguardia de Caballería, que debía estar á seis leguas de donde nosotros nos encontrábamos, y hacía dos días que no se sabía una palabra de él; yo debía encontrarme á mitad del camino con la división Delaborde, que habiéndolo ocupado durante todo el día, lo tendría depejado de forma que hubiese menos riesgo al recorrerlo; la comisión no me resultaba muy agradable, pero había que hacer de tripas corazón: escogí para acompañarme, entre los ordenanzas del mariscal, un dragón veterano, muy bien montado, en cuya cara pude ver que hubiese rechazado gustoso la distinción de que le hice objeto; tomé mi mejor caballo y salí cuarto antes, con la esperanza de encontrar, antes que cerrase la noche, al general Delaborde, quien quizás me facilitara los medios de llegar al general Franceschi.

El viaje fué bastante bueno mientras hubo alguna claridad; los campesinos, figurándose que á estas horas estábamos en nuestros campamentos, habían abandonado los alrededores del camino, y las huellas de nuestra Infantería me indicaban claramente la dirección que debía seguir, pues como no era una carretera (en este país no las hay) necesitaba alguna señal para no perderme: así fuí cerca de tres horas, y ya me creía cerca del campamento de Delaborde, cuando se hizo completamente de noche: era un país cubierto de bosque y muy accidentado, de manera que no se observaba nada delante, nos veíamos obligados á marchar al paso, y de cuando en cuando echar pie á tierra para tentar el terreno y convencer-nos de que seguíamos el camino pisado por Infantería; cerca de un monte bastante alto, encontramos fusiles y mochilas abandonados, lo que nos persuadió de que seguíamos la buena vía, y poco después vimos brillar

(1) *Journal du Général Fantin*, Páginas 217-219.

un gran fuego en una hondonada, hacia nuestra derecha; yo creí ciertamente que aquella hoguera sería de un vivac de nuestra Infantería, y allí nos dirigimos rectamente, abandonando el camino hollado que hasta entonces seguíamos.

Así marchamos cerca de un cuarto de hora, pero cuanto más nos acercábamos al fuego, veíamos mejor que no podía ser de los nuestros; no observábamos á nadie por los alrededores, y no oíamos el ruido que ordinariamente hacen nuestros soldados en sus campamentos; pronto vimos algunas casas, y avanzando más hacia la lumbre con precaución, distinguimos perfectamente un grupo de aldeanos portugueses reunidos con sus mujeres y sus hijos; apenas los habíamos visto, cuando advertidos sin duda por el ruido de nuestros caballos, hicieron una descarga sobre nosotros; los jacos volvieron grupa por sí mismos, cosa que les agradecemos, pues no necesitábamos más para saber á qué atenernos: empezamos á subir lo más de prisa que pudimos la pendiente que acabamos de bajar; pero en este brusco movimiento mi dragón se separó de mí, le llamé varias veces á media voz, pero en vano, y oyendo siempre los gritos de los aldeanos, que parecía nos perseguían, temí que hubiera caído en poder de ellos, y como mi ayuda no podía en ese caso servirle para nada, seguí subiendo por el monte con mucho trabajo y bastante inquietud.

Trepé cerca de una hora, llevando al caballo de la brida, pues como no había ningún camino temía que pudiese caer en algún precipicio donde pereciéramos; por fin encontré una senda más llana y más fácil, y pensé que había topado con la vereda que abandonamos para dirigirnos al vivac de los portugueses.

Volví á montar á caballo y seguí este camino, deteniéndome de cuando en cuando para escuchar si venía alguien ó se hacía ruido cerca; de pronto oí galopar detrás, creí que sería mi ordenanza, y grité: ¡quién vive! de bastante lejos para evitar un mal encuentro, y habiéndome respondido ¡Francia!, comprendí que no me había equivocado.

Yo no sé si él se alegraría de verme; pero yo aseguro que le hubiera abrazado de buena gana; le estreché cordialmente la mano, y juntos bebimos un trago de aguardiente de un frasquito que llevaba en mi cartuchera y en el que no había pensado hasta aquel momento.

Este trago, bebido militarmente, y el peligro que juntos acabábamos de correr, nos unieron más, é inspiraron confianza á este viejo soldado; ví que estaba en vena de charlar, y para olvidarme de lo largo y penoso

de aquel viaje, le hice contar las peripecias de sus antiguas compañías, y después de hablarme de varios sucesos desgraciados en que había tomado parte, confesó que nunca había pasado tanto *miedo* como en las horas que acababan de transcurrir.

Esta palabra quizá alborote á los militares que no han hecho la guerra, pues conozco muchos de estos señores que creen que un buen soldado no debe tener nunca *miedo*. Confieso humildemente que no soy de su opinión, y que he tropezado con excelentes soldados que confesaban francamente que en muchas ocasiones tuvieron *miedo*, y también que habían deseado ver llegar la noche para que cesara el combate y estar á salvo, sin que, á pesar de esto, dejaran un momento de cumplir con su deber: el verdadero valor no consiste en no tener miedo, sino en sobreponerse á él.

Seguíamos subiendo y al llegar á lo alto vimos á poca distancia algunas casas ardiendo; confieso que este espectáculo me dió gran alegría, pues suponía que estábamos cerca de un campamento de nuestras tropas; con efecto, era el de la división Delaborde.

Encontré á este general en una de las casas salvadas: me dijo que su división había estado tiroteándose durante todo el día con los aldeanos y que por los disparos de fusil que había oído hacia su vanguardia, suponía que la Caballería de Franceschi también había tenido que hacer con ellos; me aconsejó no ir á buscar á este general, que debía encontrarse lo menos á dos leguas de allí y con el cual no había comunicado en todo el día; pero yo tenía órdenes recibidas y tenía que cumplirlas, mientras no me fuese materialmente imposible.

Después que el caballo se refrescó un poco y yo tomé un bocado, volví á ponerme en camino con el mismo dragón. Andamos todavía tres leguas antes de encontrar al general Franceschi, y llegamos á sus *vivacs* al amanecer» (1).

Avanzando hacia Oporto (2).

Cruzado el Ave, quedó franco el camino hasta Oporto.

¿Cuál era el estado, los recursos y las intenciones de la gran urbe mercantil del reino?

(1) MÉMOIRES DU GÉNÉRAL C.^{TE} DE SAINT-CHAMANS. Páginas 122-125.

(2) Ver Da Luz Soriano. Y para mayor fruto en las enseñanzas militares, consúltese el libro siempre recomendable de Taveira.

Cuando el malogrado general Freire salió para el Miño á establecer, organizar y sostener su afortunada defensa contra la invasión, dejó encargado del mando interino al *brigadeiro* Parreiras, «un hombre de carácter timorato, de escasa capacidad como general y de una loca presunción que lo llevaba á despreciar los consejos de los oficiales ingleses y portugueses, enviados de Lisboa para que le auxiliasen en el ejercicio de los deberes de su cargo.» *O respeito do principio da antiguidade*, había dado de sí este funesto nombramiento.

Levantábase frente á él un poder más fuerte, avasallador y turbulento: el del obispo de Oporto, personaje «dotado de un carácter profundamente hipócrita y ambicioso, que tenía la monomanía de dirigirlo todo por sí solo, sin importarle nada de los otros miembros de la Regencia que presidía, ni querer abandonar Porto, sede de su omnipotencia, para en Lisboa, trabajar en colaboración con ellos. La enormidad de su ambición llegó al extremo de no juzgar á nadie más digno y capacitado que él para asumir el mando del Ejército, siendo así que jamás había tenido estudios ni prácticas militares, por cuanto sólo había sido *um frade da Cartucha*.»

Con tal dualismo, y sobre todo, con el predominio del prelado que encarnaba las pasiones de la plebe y que las explotaba en su provecho, el mando militar de la plaza era una mera ficción. Cuanto más que, los otros jefes de alta graduación que existían en la plaza, los brigadieres Antonio de Lima Barreto y Antonio Marcelino Victoria, el primero era un hombre «corto y tímido», y el segundo acababa de llegar á la plaza procedente de Amarante.

Las fortificaciones improvisadas para defender la plaza y el puerto, consistían en una extensa línea de trincheras que corría desde el castillo de Queijo, en la playa, al Duero, hasta la quinta de Freixo, contándose en esta vasta y débil línea 35 baterías ó reductos de diferentes dimensiones y situadas en los puntos que se habían considerado como de mayor eficacia militar, siquiera las obras carecían de traza y condiciones verdaderamente técnicas. Para proteger la izquierda del Duero se había fortificado también las alturas de Villa Nova de Gaia y en la *Serra do Pilar*, posición eminente que domina la ciudad, el río y la barriada de Villa Nova de Gaia, se estableció una batería de 50 piezas. Un puente de barcas establecía la comunicación entre ambas villas, y para su defensa se habían colocado dos piezas en los Arcos de Ribeira, del lado de Oporto, que lo enfilaban completamente.

Las fuerzas de que se disponía para defender un tan vasto recinto, consistían en:

4.366 hombres de tropas de Infantería pertenecientes á los regimientos 6 y 18; un batallón del 21 y el segundo batallón de la legión. Completaban las fuerzas de primera línea 50 jinetes y 200 artilleros.

2.400 hombres de Milicias apenas instruídos, y gran parte de ellos sin armas, y

17.000 «ordenanzas», la mitad escasamente armados con fusiles viejos, picas, chuzos, hoces, rastrillos y otros útiles de labranza.

Ya juzgará el lector, por los datos anteriores, que la función militar que se preparaba, sobre constituir una gran tristeza para los profesionales, había de degenerar prestamente en una turbulencia dramática, en la que todas las pasiones de la muchedumbre se había de desatar, ofreciendo el cuadro desolador de asesinatos, algaradas, huidas y cobardías.

El 27 de Marzo, las avanzadas francesas establecían su contacto con la línea de trincheras y reductos de los portugueses.

El 28 de Marzo, Soult dirigía la siguiente alocución á las autoridades y generales portugueses:

«Los mismos generosos sentimientos que he manifestado en mis anteriores proclamas, me impulsan á dirigirme á vosotros hoy, á fin de que, por esta última invitación, estéis prevenidos de los peligros que os amenazan. Queréis defenderos contra un Ejército numeroso, aguerrido y acostumbrado á vencer, esta gran ciudad, puerto comercial de los primeros de Europa, exponiéndole á que sea tomada por asalto, y por consecuencia, á todos los horrores de la guerra. ¿Habéis pensado bien acerca de esta situación? ¡Porque es bien desesperada!

En nombre de S. M., el Emperador, os ofrezco una vez más la paz, y con ella la protección de vuestras propiedades, de la religión y de sus ministros; en suma, de cuanto puede interesaros. Si no la aceptáis, corréis á vuestra ruina: seréis vencidos y caerán sobre vuestras cabezas la sangre que se derramará á torrentes.

Espero, señores, vuestra contestación, para proceder en consecuencia.»

Esta carta era tan difícil entregarla en Oporto como recibirla; la plebe, anárquica, recelosa y bárbara, asesinaba á los parlamentarios ó emisarios del enemigo, sin que fueran parte á impedirlo las órdenes de las autoridades militares.

Comprendiéndolo así los franceses, se valieron del siguiente ardid: varios prisioneros portugueses se presentaron en las avanzadas diciendo que iban de parte de Soult para convenir las bases de la entrega de su Ejército, convencido como estaba de que iba á ser derrotado en Oporto. El populacho creyó esta patraña y fué con ella al obispo, quien entró en negociaciones con el mariscal.

En el entretanto se sostenía el fuego en toda la línea y ocurrió un suceso del que pudo ser víctima el insigne general Foy. Algunos soldados portugueses salieron de sus puestos fingiendo querer pasarse á los franceses. Foy, creyendo su dicho, salió al encuentro seguido por el jefe de batallón Roger; pero los dos se vieron rodeados por la soldadesca y obligados á seguirles en calidad de prisioneros, recibiendo insultos del pueblo y siendo asesinado Roger.

Corrió la voz de que Foy era el general Loison, *Maneta*, tan odiado, según es sabido, en Portugal, y la plebe quiso matarlo, teniendo el esclarecido escritor-soldado que levantar en alto sus brazos para convencer á las muchedumbres de que no era *manco*, y por consecuencia, que le confundían. Llevado á presencia del «general mitrado» establecido en la batería de San Francisco, desde donde «com as suas bençãos episcopaes animaba ó povo» fué puesto en prisión.

Perdida toda esperanza de arreglo, el mariscal Soult, que tenía previa y plenamente reconocidas las defensas y conocía los elementos de que disponía su enemigo, dispuso el ataque general para el día 29, preparándolo mediante un ataque de la división Merle, dado en la tarde del 28 por toda la izquierda hacia el camino de Braga, corriendo peligro de caer en sus manos la batería de San Antonio, encargada de defender la entrada por aquel lado.

La noche fué tempestuosa; los truenos y la lluvia se confundían con la gritería ensordecedora de las gentes, que temían el ataque de los franceses, y por sólo este temor rompieron, en pura pérdida, un fuego violento de fusilería y de artillería. De la propia nerviosidad estaba atacado el obispo, quien á favor de la tempestad abandonó sigilosamente la ciudad, parapetándose en el convento de la Serra do Pilar, en la orilla izquierda, para esconder «debaixo das abobadas d'essa casa conventual a sua pusillanimidade inepecia é vaidade».

La defensa de Oporto.

Apenas amaneció el 29 de Marzo cuando las tropas de Soult comenzaron el ataque del pomposamente llamado «campo atrincherado de Oporto».

La división Merle, como ya tenía contacto con los defensores, fué la primera en venir á las manos, logrando con facilidad apoderarse de un reducto; mientras proseguía su ataque á otros puntos, envió por su derecha una columna de Infantería y Caballería mandada por el general Sarrut, para cortar la retirada á los portugueses que se replegasen por la banda de Foz. El brigadier Barreto, que mandaba este sector de la defensa, cuando vió que los imperiales se apoderaban de algunas baterías, comprendiendo que era inútil y peligroso todo esfuerzo que se hiciera, gritó á los suyos: *Senhores, encravem as peças e retirem-se que estamos perdidos*. La contestación fué dispararle dos balazos que le hicieron morder el polvo, castigo, dice el historiador, á su «desaliento y cobardía».

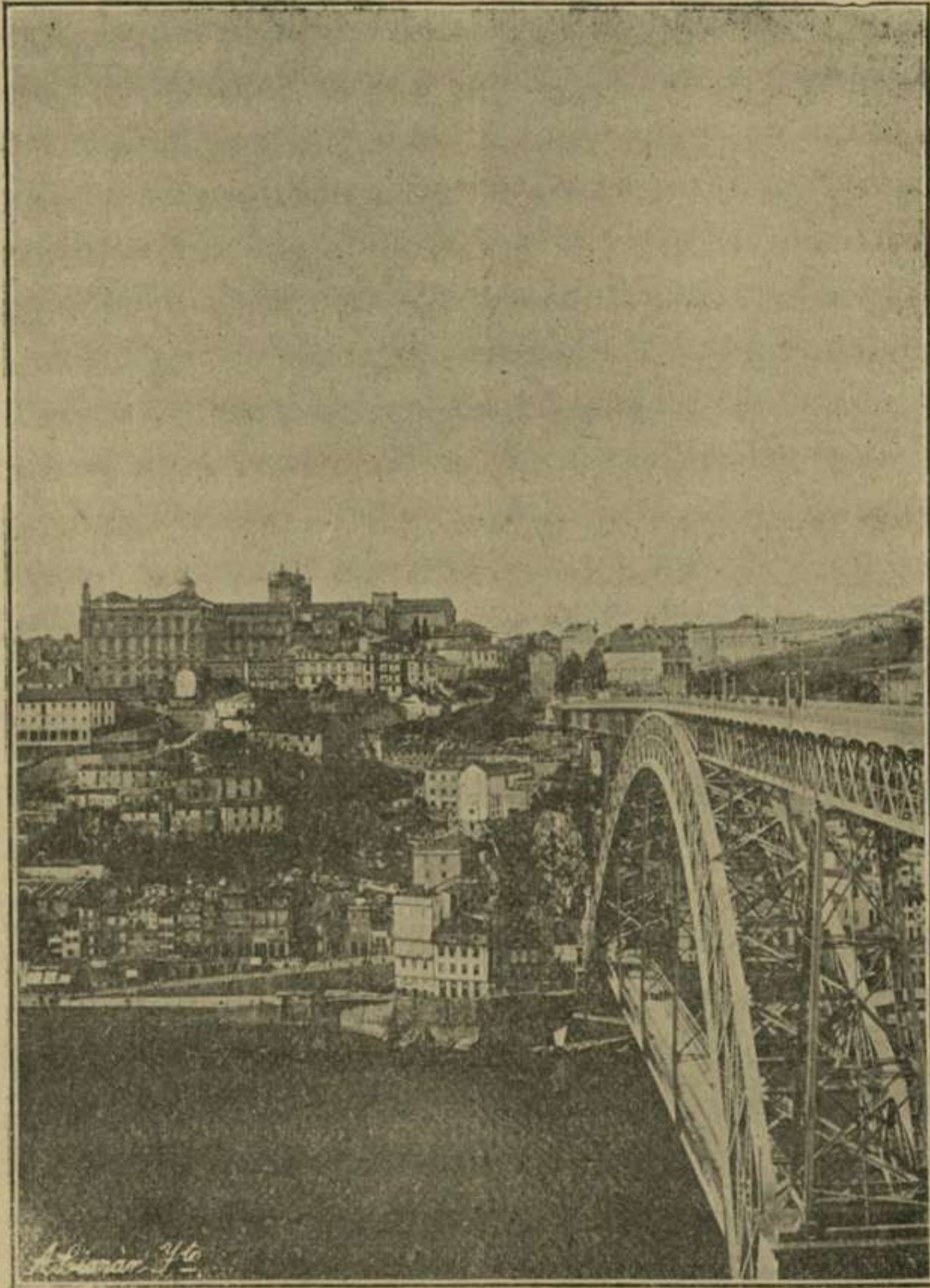
Delaborde, que atacaba por la izquierda, luchó con el denuedo característico de los veteranos franceses contra el sector defendido por el brigadier Victoria.

Notando el progreso del ataque por los flancos, el mariscal Duque de Dalmacia, envió al asalto de la batería de San Francisco al 47 de línea que se lanzó con resolución, viendo huir desordenadamente muy luego á los defensores.

Fué uno de los primeros en huir el brigadier Parreiras, corriendo á presentarse en el convento de la Sierra do Pilar al obispo generalísimo «como digno imitador de su cobardía», escribe Taveira, á quien seguimos en esta parte de nuestro estudio. Pasado el puente, dió orden para que lo cortasen pero esto, sólo en parte se ejecutó, volviéndose á poner los pontones que se habían quitado, cuando la multitud de pueblo y de defensores comenzó á afluir huyendo también para la orilla izquierda, unos atravesando el Duero á nado, otros en barquichuelos y la mayor parte por el puente. Todavía, bien porque no hubiera habido tiempo de reponer los pontones completamente, ó porque el puente se rompiese con el peso de la masa que empujaba con la desesperación de su panico, es lo cierto que millares de personas cayeron al río y fenecieron entre sus aguas ensangretadas.

Las tropas francesas, que venían ya persiguiendo, no dejaron de en-

contrar alguna resistencia en la ciudad. Guiadas por un oficial de Ingenieros que conocía Oporto desde la ocupación por Junot el año anterior, se dirigieron en parte hacia los altos que dominan el Duero, otros al Palacio del obispo, donde creían encontrarle, y la mayor parte hacia el río mismo con el propósito de apoderarse del puente antes de que pudiera



PUENTE DE LUIS I. EN SUS INMEDIACIONES ESTUVO EL DE BARCAS DE 1809

ser destruído. Los ordenanzas y los clérigos se resistieron en algunas calles haciendo fuego desde las trincheras y por los huecos de las casas; pero los imperiales vencieron por todas partes, y al llegar al puente quedaron horrorizados ante el espectáculo que se presentó á su vista:

ondas humanas se lanzaban al puente, cayendo al río y perdiéndose en sus aguas; la Caballería portuguesa que huía, atropellaba sin piedad á las pobres gentes abriéndose paso á cuchilladas; los cañones de la Serra do Pilar vomitaban hierro que iba á matar á los aterrados fugitivos sin hacer daño á sus perseguidores...

El barón d'Eben, que también había llegado al puente, viendo aquel fuego de las baterías portuguesas, pasó el río en un bote y subió a Serra do Pilar; pero no fué oído, y como ya no estaban allí ni el obispo ni Parreiras que habían huido para Aveiro, marchó él también á Coimbra, donde se le vió después reunir los dispersos de su legión.

Los soldados franceses, no pudiendo pasar el puente, apresuráronse á socorrer y á salvar del agua á todos los desgraciados que pudieron; otros, arrojaron maderos para reconstruir el puente, que quedó prestamente en condiciones de utilizarle, pasando por él las tropas necesarias para apoderarse de las baterías y posiciones de la Serra do Pilar.

Con la horrible catástrofe del puente no terminaron las desdichas que sufrió la ciudad en el triste 29 de Marzo de 1809. La lucha encarnizada sostenida en calles y en casas, los asesinatos, el robo y el saqueo, propios de tales casos, sembraron el luto y la desesperación por todas partes. Justo es confesar (1) que, no obstante existir motivos para que la ciudad fuera sometida á saco (haber rechazado la capitulación, preso traidoramente al general Foy y asesinado á Roger, haber existido asalto y lucha), lo mismo el mariscal Soult que todos sus generales, emplearon todos sus esfuerzos para librar á Oporto de los horrores del saqueo. El general Quesnel fué nombrado inmediatamente gobernador de la ciudad, recibiendo el encargo de restablecer el orden, lo que se efectuó en seguida.

Tal fué la defensa de Oporto, conjunto de desdichas y de tristezas militares, debidas á la condición de sus bandas armadas y de sus directores, desde el prelado al último oficial; porque no sería justo colgar toda la responsabilidad á la masa, ni tampoco echarla sobre los directores. En semejantes situaciones, la anarquía, que es la secuela, y las vergüenzas que son el inmediato resultado, todos los elementos sociales y militares ponen mano en ello, siquiera corresponda siempre la culpa mayor á los que tienen el deber de atajar con providencias, de prever con tiem-

(1) Taveira. Página 93.

po, de remediar con pulso, patriotismo y valentía. Y esos no son, ciertamente, los de abajo, ni en lo político ni en lo militar.

* * *

Veamos ahora cómo describe estos sucesos Saint-Chamans, el ayudante del mariscal Soult:

«Los generales portugueses habían tomado algunas disposiciones para la defensa de la ciudad; se habían construido algunos reductos en las calles principales y se había colocado la Artillería en ellos, con orden de si nos apoderábamos de la primera línea de defensa, hacerse fuertes en la población, apoyándose en estos reductos; pero este plan vino á tierra por lo impetuoso de nuestro ataque y la completa derrota de su Ejército; algunos hombres y hasta mujeres trataron de defenderse á la entrada de la ciudad, pero sin éxito. Llamé la atención al mariscal Soult sobre una muchacha que, aun muerta, aparecía hermosa; estaba tendida junto á uno de esos reductos y tenía el fusil y los cartuchos á su lado; se había defendido sin rendirse hasta que recibió el golpe que la mató; había sido herida á bocajarro y sus ropas estaban ardiendo.

Atravesamos rápidamente la ciudad y llegamos cerca del puente de barcas, poniendo en dispersión á una multitud inmensa compuesta de aldeanos, soldados, en su mayoría sin armas, viejos y mujeres que arrastraban á sus hijos.

Allí presencié el espectáculo más triste que es posible imaginar.

He dicho que era un puente de barcas. Ignoro por qué accidente, estaba roto cerca del borde que tocaba á la orilla derecha; se decía que las balas que los portugueses enviaban desde la orilla izquierda habían alcanzado á esta parte del puente, haciéndole hundirse. Otros creían que había sido la multitud que se apiñaba á la entrada del puente, lo que le había hecho romperse. Nunca pude aclarar este punto, pues los desgraciados que fueron los primeros testigos de este deplorable accidente, perecieron todos.

Lo que puedo asegurar es que el río, profundo en el sitio en que el puente estaba roto, pero donde ya se veían algunos restos humanos, se llenó completamente con los cadáveres de los infortunados habitantes de Oporto, que se apiñaban para pasar, y que en estas apreturas, no pudiendo ver lo que pasaba delante empujaban á sus amigos al precipi-

cio, como á su vez eran ellos empujados por lós que venían detrás, pues aunque algunos que se daban cuenta de la situación gritaban para que los otros no achuchasen, era completamente inútil; el ruido de los cañones, la fusilería, los gritos de los vencedores, los lamentos de los heridos y el miedo á la muerte tenían sordo y ciego á este pobre pueblo, y una inmensidad de gente pereció miserablemente en aquel paraje.

Este montón de cadáveres, detenidos sin duda por alguna parte del puente roto, formó al cabo un verdadero puente por el que aquella gente, deseosa únicamente de salvarse, consiguió pasar y llegar á la parte que estaba en buen estado, pero muchos se tambaleaban sobre los cuerpos de sus conciudadanos y caían al río; otros se veían sujetos por aquellos á quienes pisaban y que estaban en las ansias de la muerte y pronto caían y eran pisoteados por la multitud que no se detenía. Una pequeña división de Caballería del obispo, montada en mulas, llegó, y abriéndose paso á sablazos, consiguió en parte pasar por encima de los cuerpos de aquellos desgraciados; algunas mulas, sin embargo, no pudieron seguir y perecieron entre aquel montón de carne humana.

Yo llegué en este momento al muelle con los primeros franceses, é ignorando que el puente estaba roto, nos dirigimos á él precipitadamente, haciendo despejar el camino á culatazos y sablazos á los que lo obstruían.

Nos horrorizamos á la vista de aquel espectáculo, y creo deber hacer constar, en honor de nuestros soldados, que no se ocuparon en aquel momento sino de salvar á los infelices que aún daban señales de vida; retiramos de allí algunos que, asistidos convenientemente, pudieron á las pocas horas ir á sus casas» (1).

.....

Soult en Oporto

La posesión de una ciudad como la de Oporto, con almacenes y depósitos comerciales opulentos, con recursos de todo linaje y sobremanera abundantes, constituía para el mariscal una conquista preciosa (2). Pero,

(1) MÉMOIRES. Páginas 128-131.

(2) Los franceses, según declaran el mariscal en su informe, el intendente Le Noble y Da Luz Soriano, encontraron gran cantidad de pólvora y de municiones confeccionadas, material de campamento para 50.000 hombres y una enorme cantidad de vino que no pudieron transformar en dinero á causa de las mismas circunstancias. Sólo en los almacenes hallaron

aparte la verdad eterna, de que la ocupación del suelo no da la victoria que conduce á la paz, sino la destrucción absoluta de las tropas del enemigo, cosa que en este caso no ocurría, el Duque de Dalmacia necesitaba realizar algunas operaciones secundarias, si quería gozar de tranquilidad en Oporto, sacar de la región los medios y subsistencias que necesitaba.

Con excelente acuerdo, se propuso el mariscal señorear en toda la región comprendida entre los ríos Miño y Támega, llegando por la izquierda del Duero al Vouga. Interin no castigase, al tiempo mismo, las bandas de Silveira, que constituían amenaza seria por Tras-os-Montes, y las de Botelho, situado por la provincia do Minho, todo propósito de avance hacia el Sur para cumplir las órdenes del Emperador, era, en verdad, temerario. ¡Como que ya resultaba bien delicada la situación en Oporto!

Al siguiente día de ocupar la ciudad, reparado ya el puente, avanzó hacia el Sur el general Franceschi con su Caballería ligera y algunas compañías de cazadores, marchando en la dirección de Coimbra. Desde Villa-Nova da Gaya y Grijó, la división Mermet apoyaba este movimiento, que fué felizmente estorbado por la división mandada por el coronel Trant, de la cual formaba parte un Cuerpo Académico que llevaba cuatro piezas de Artillería. Las operaciones de Trant dieron por resultado contener los ímpetus de Franceschi en el Vouga, molestándole sin cesar y estorbando el que pudiera correrse hasta Coimbra y comunicar con Víctor por la baja Beira.

El general Caulaincourt, con su brigada de Dragones, más el 17 regimiento de Infantería ligera, se destacó á Peñafiel para observar las márgenes del Támega; pero ocupando Silveira Amarante y sabiendo el estado del levantamiento nacional en aquella comarca, Soult reforzó este destacamento con la brigada Foy y dió el mando de todas estas fuerzas al general Loison. Como Silveira, cumpliendo las órdenes de Beresford, había ocupado los pasos del Támega con fuerzas y vigilaba activamente los movimientos de Loison, en cuanto éste quiso acercarse al río, fué

6.000.000 de garrafas, y en los buques ingleses apresados en el puerto, 3.000 pipas. Cereales encontraron para 200.000 raciones, mas 40.000 de galleta fabricada. La carne escaseaba por hallarse interrumpida la comunicación con Galicia y por la paralización de los trabajos agrícolas. Así y todo, no faltó la necesaria para surtir en abundancia á la tropa que halló, puede decirse, su Capua en la gran urbe del Duero.

castigado por Silveira el día 9, viéndose obligado á replegarse á Baltar, entre Peñafiel y Oporto. Era esto el 12 de Abril, y en este día se supo en el Cuartel general de Soult la reconquista de Chaves por el audaz general portugués.

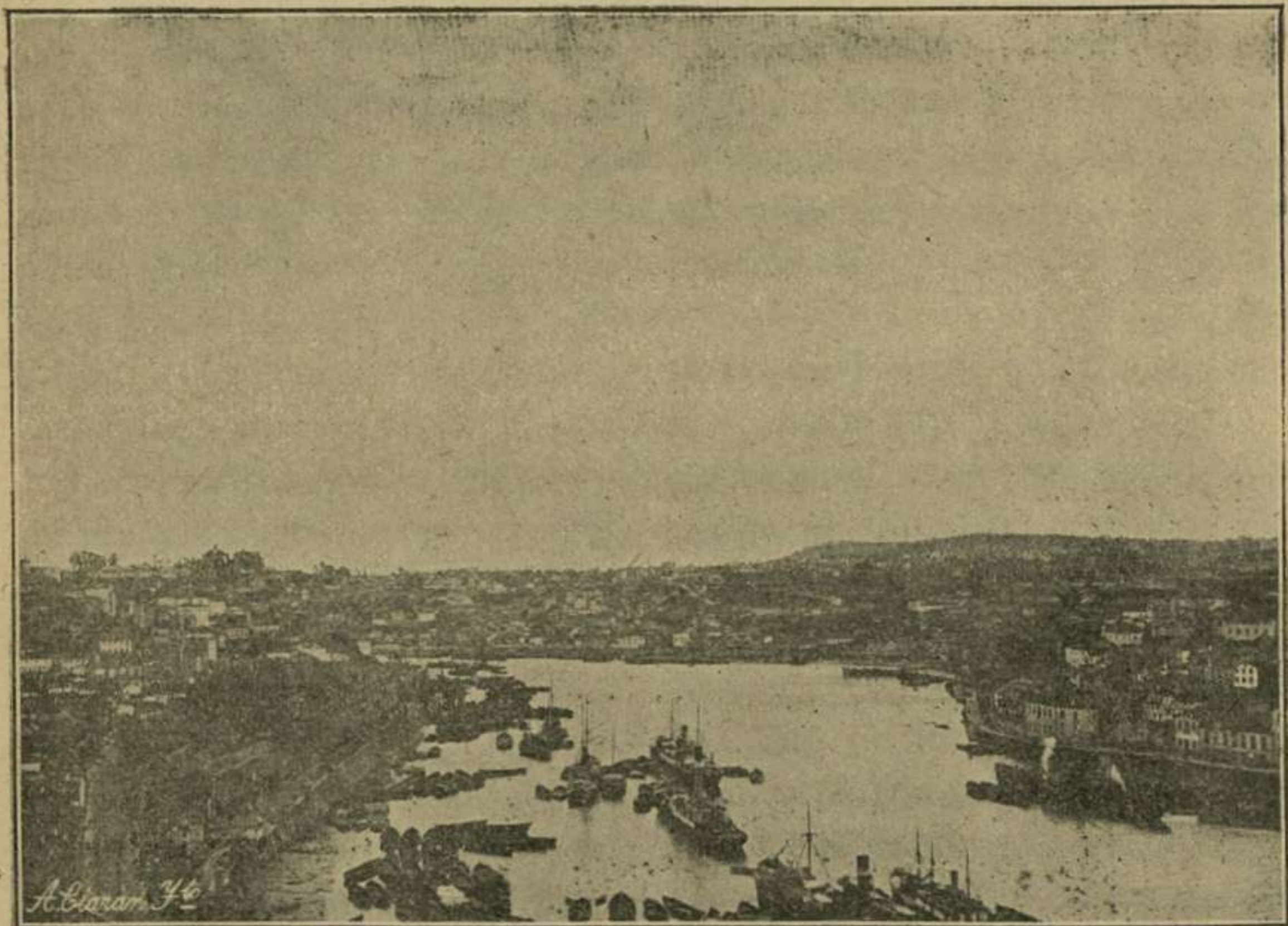
El general Heudelet, desde Braga, y después de evacuar los enfermos y heridos sobre el depósito general de Oporto, marchó con su división y la del general Lorges hacia el Miño para abrir las comunicaciones de los invasores con Tuy; la reunión de estas fuerzas se realizó en Barcellos el 6 de Abril y el 7 marcharon sobre Puente de Limia, donde las Milicias y el paisanaje hicieron una buena defensa, dirigidos por el brioso general Botelho que, después de hacer lo humanamente posible y de castigar á los invasores, se retiró con sus débiles fuerzas á Labruja.

El día 9 de Abril, Heudelet prosiguió su avance hacia el Miño, llegando el 10 frente á la plaza fronteriza de Valença. «Si esta plaza se hubiese encontrado en buen estado de defensa, no se concibe cómo hubiera podido cumplir la misión que se le había encomendado al general Heudelet. Felizmente, la guarnición y los aldeanos de los contornos habían ido á reunirse en la orilla derecha del río á los españoles que bloqueaban á Tuy. Y el gobernador de Valença, no teniendo ni tropas, ni subsistencias, entregó la plaza. El general Heudelet arboló la bandera tricolor, que anunció al general Lamartinière que el socorro estaba inmediato» (1).

Lamartinière, á quien, como es sabido, había dejado Soult en Tuy con la artillería pesada, el depósito general de enfermos y de heridos y toda la impedimenta mayor, llevaba cuarenta días entregado á sus recursos. Como hacia Tuy habían ido afluyendo destacamentos, columnas volantes, rezagados y enfermos, existían 4.500 hombres cuya manutención se hacía difícil. Para remediar este inconveniente, decidió que el jefe de batallón Chalot, con una columna de 1.300 hombres, saliese para Vigo, con objeto de buscar provisiones y poner en condiciones de defensa la ciudad. Pero la acción acertada del infatigable Morillo y de los patriotas lograron apoderarse de la ciudad, obligando á Chalot á una capitulación poco honrosa, cuanto favorable para nuestras armas. *On a reproché au commandant Chalot de n'avoir pas cherché á revenir sur Tuy, en se faisant jour á travers l'ennemi*, dice juiciosamente el mayor general del rey José.

(1) Jourdan. Página 212.

Bloqueado en Tuy Lamartinière por españoles y portugueses, viéndose apretado, el 8 de Abril, ó sea dos días antes de llegar á Valença Heudelet, hizo una vigorosa salida, que apenas si mejoró su crítica situación. El socorro llegó cuando ya escaseaban los víveres y los medicamentos, subiendo sin cesar el número de enfermos.



EL DUERO EN OPORTO

Todas las plazas portuguesas del Miño, Monção, Cerveira, Caminha, Insua, abrieron sus puertas á los franceses; Vianna se rindió igualmente; la región, en suma, quedó á merced del conquistador. Mas como el país bullía en odios, y el defender Valença y las fortalezas fronterizas suponía un desmembramiento de fuerzas considerables, Soult cometió la falta de abandonarlas, replegando las fuerzas de Heudelet hacia Vianna, Barcellos, Braga y Oporto, y perdiendo de este modo la zona baja del Miño, donde, á poca costa y con los elementos marítimos de que disponía en Oporto, en la costa y en el mismo río, pudo labrar un buen puente que le permitiera una franca y desahogada comunicación, retira-

da y avituallamiento con Galicia. ¡Ya habría de pesarle semejante descuido ó torpeza!

Silveira en Amarante.

Loison, general de reconocidas cualidades, no «regia» con su general en jefe el mariscal duque de Dalmacia. Su retirada á Baltar causó desagradable impresión en el ánimo de Soult, trabajado por la idea de sostener ó de abrir sus comunicaciones con Castilla por Amarante y el Duero á Salamanca.

Sin duda, para enmendar la falta cometida por la retirada, envió el mariscal al general La Houssaye y á la brigada de Infantería Arnaud, mas 10 piezas de artillería, bajo el mando del general Delaborde, con el encargo de apoderarse del puente de Amarante. Esta operación había de proporcionar al ilustre general Silveira un triunfo admirable.

El 15 de Abril Delaborde entraba en Peñafiel, villa que el día anterior había sido evacuada por fuerzas de Silveira, quien al saber el golpe de tropas que avanzaba hacia él, decidió replegarse á la margen izquierda del Tamega. En estos días del 16 al 19 hubo reconocimientos y combates parciales de escasa importancia.

Amarante, en 1809, era una villa situada principalmente en la derecha del Tamega, aunque en la margen izquierda existía el caserío denominado de Covello. Ambos estaban unidos por un puente de fábrica de 68 metros de longitud por 7 de anchura. El general Silveira fortificó este puente, aprovechando los elementos que ofrecía el pueblo, principalmente la iglesia, y colocando en su centro empalizadas; en su salida, por la margen izquierda del río, se levantaron asimismo defensas artificiales. Covello fué fortificado también; algunas piezas de artillería se establecieron en las alturas que dominan la margen izquierda, y para que la defensa fuese más completa, se colocaron hornillos, cuya mecha estaba unida á la boca de un fisil bien cargado de pólvora para volar el puente cuando conviniera, y se enviaron destacamentos para guardar los vados inmediatos.

Urgía á Soult posesionarse del puente para franquear sus comunicaciones, castigando á la vez á Silveira, y al efecto dió las órdenes convenientes á Delaborde, quien el 20 de Abril embistió las obras de la orilla derecha, mientras amagaba un ataque por los vados próximos. A la

zapa volante, y bajo un fuego certero, nutrido y mortífero, logró apoderarse de las barricadas que constituían la cabeza del puente en la margen derecha ó entrada. Mas viendo la energía de la defensa, desistió de proseguir el ataque, y se propuso construir uno de caballetes, agua abajo, para cruzar el río y atacar á Silveira. Al efecto, reuniéronse materiales, escogiéronse soldados nadadores de todos los regimientos y en la noche del 23 al 24 se procuró efectuar la operación, inútilmente, porque la rapidez de la corriente y la vigilancia de los portugueses lo impidieron.

No convencieron al mariscal las dificultades que presentaba la defensa del puente; de acuerdo con su comandante general de Ingenieros, Garbé, envióse al capitán Bouchard para que inspeccionase las obras, como lo realizó el 24. Bouchard se hizo cargo perfectamente de lo que eran las fortificaciones, y como era esencial evitar la voladura del puente, concibió para ello un plan tan atrevido y tan ingenioso, que ni Delaborde ni sus generales subordinados lo creyeron practicable. Hubo que consultar al duque de Dalmacia, quien envió á su ayudante el coronel Hulot para que, sobre el terreno, decidiera de la cuestión. Llegado á Amarante, Hulot opinó que era realizable el proyecto de Bouchard, y, en consecuencia, se dieron las órdenes convenientes para su ejecución en la noche del 1.º al 2 de Mayo.

Sumariamente da cuenta de la interesantísima operación el mayor general: «Cuatro barriles de pólvora, envueltos en capotes grises, fueron sucesivamente colocados al pie de la barricada del puente, empujados silenciosa y mañosamente por zapadores, que se arrastraban y empujaban con sus cabezas los barriles. Al mismo tiempo se llamaba la atención del enemigo hacia otros puntos, consiguiendo distraer su vigilancia del puente. Una columna de asalto, cuya vanguardia la constituía un batallón de granaderos, mandado por el coronel Saint-Clair, estaba dispuesta para precipitarse sobre el puente tan pronto como estallasen los barriles y saltasen las defensas.

Hacia las cuatro de la madrugada se oyó la formidable explosión, que hizo saltar las barricadas y cortó la cuerda-mecha preparada para volar el puente; sin perder instante y á la carrera, los granaderos cruzaron el puente y cayeron sobre los portugueses, que apenas si tuvieron tiempo de hacer cinco ó seis disparos, mal dirigidos. Toda la artillería y cinco banderas cayeron en poder de los franceses.»

Imprevisión, descuido, torpeza, como quiera calificarse lo ocurrido en la madrugada del 2 de Mayo de 1809, la defensa del puente de Amarante es un timbre de honor para Silveira. ¡Harto hizo sosteniéndose catorce días con sus milicias y sus escasísimos elementos militares y técnicos!

La gangrena del mando francés.

El secreto aguijoneo que sentía el mariscal, y á que aludíamos en páginas anteriores, iba á exteriorizarse muy luego en Oporto, como grave y honda manifestación del mal que roía las entrañas del Imperio napoleónico (1).

«Una fuerza nueva, extraordinaria, acaba de introducirse en la Historia: es una fuerza espiritual análoga á la que en tiempos pasados levantó el alma de los españoles en el siglo XVI, en toda Europa durante las cruzadas, en Arabia cuando reinaba Mahomet. Por ella se activan las facultades, se multiplican las energías, se transforman los hombres, produciendo entusiastas y héroes, ciegos y locos, y por ende, conquistadores y dominadores irresistibles; ella marca su trazo con caracteres imborrables, en los hombres y en las cosas, desde Cádiz á Moscou (2).

El sistema napoleónico favorecía necesariamente, fatalmente, el desarrollo de esa fuerza con todas sus secuelas. El barbilindo cabo de escuadra, cuando se ponía los galones, escuchaba en su alma los redobles del tambor y los toques de corneta, que se confundían con las salvas de Artillería que le proclamaran mariscal del Imperio, Duque, Príncipe, Rey... Se escuchaba por doquier en el Ejército... «Ha salido á Rey de Nápoles, de Holanda, de España, de Suecia,» con la misma naturalidad que antes se decía de ellos mismos: «Ascendió á capitán... á coronel... á general...»

Augereau, Lannes, Mortier, Macdonald, Oudinot, Marmont, Lefebvre, Ney, Soult, Junot... eran Duques; Davout, Massena, Berthier, Príncipes; Murat, Gran Duque, y poco después, Rey; José, Jerónimo, Luis, Bernadotte, Reyes; Eugenio, Virrey... El camino estaba franco para quien tuviese alientos y ambición, si no caía en la marcha ascendente...

(1) Ver Da Luz Soriano, Napier, Taveira y particularmente Guillon LES COMLOTS MILITAIRES.

(2) Taine: LES ORIGINES DE LA FRANCE CONTEMPORAINE. Tomo X, pág. 190.

El mismo Titán era un señuelo que se destacaba deslumbrador y sugestivo.

El mariscal Soult, desde su entrada en Portugal y á favor de su política de atracción, conciliadora y suave, había podido observar un estado de opinión en las clases medias y pudientes, favorable á la causa francesa, y propicia, por lo mismo, á su secreto pensamiento.

Había un partido de oposición á la Casa de Braganza, provocado por la ausencia de la familia real y por la dependencia en que se colocaba á Portugal con respecto al Brasil: ese partido, minado por la política francesa y exasperado además por la anarquía imperante hacía más de un año en el reino, brindaba con su conquista al Duque de Dalmacia, quien se dió habilidad y energía para restituir á sus dueños los objetos robados por la soldadesca durante el saqueo de Oporto, restablecer el culto religioso, castigar rápida y duramente por proceso sumarísimo los atentados contra la seguridad pública, mantener la más severa disciplina...

Organizó la Hacienda municipal y provincial, sin imponer nuevos tributos; favoreció la indigencia; organizó una guardia municipal en Oporto, y comenzó á organizar también una legión de tropas de línea al servicio de Napoleón.

A favor de la tranquilidad y del orden que renacían, instigados además por las noticias de los periódicos afrancesados y por las palabras del propio mariscal, los elementos ricos, particularmente el comercio, prepararon mensajes, que se llenaron con centenares de firmas de propietarios y mercaderes de Oporto, Braga, Vianna, Barcellos, Villa do Conde, Ovar y otras poblaciones, en las cuales se pedía que un Príncipe francés fuese llamado á gobernar Portugal, ejerciendo el poder soberano en el entretanto el propio mariscal.

Era el mariscal Soult hombre de realidades en la guerra: pero como buen gascón, estaba dotado de una gran vanidad, y su presencia le hacía cotizar á su favor todo aquel movimiento de la clase media portuguesa. Y como su loca ambición se exacerbaba con el egoismo reinante y el desenfreno de pasiones de la altura, comenzando por la misma familia imperial, acarició y condensó sus ensueños con el truco de su ducado por una corona en la Lusitania septentrional. ¿Por qué no, si sus camaradas habían salido á príncipes y á reyes? Pues qué, ¿el ciudadano Bonaparte no se había hecho Emperador?

Al tiempo mismo que llevaba sus manejos con los portugueses, va-

liéndose primera y principalmente de un llamado Viana, sujeto ambicioso y soñador, pensó en valerse del mismo Ejército para premiar y mover la opinión en su favor. Al efecto, utilizó al jefe de Estado Mayor, general Ricard, gascón como él y compinche de sus descabellados planes. Como consecuencia, éste dirigió al general Quesnel, gobernador de Oporto, la siguiente circular, destinada á los jefes de Cuerpo:

«Oporto, 19 Abril 1809.

Mi general: Su excelencia el mariscal duque de Dalmacia me encarga que os escriba para haceros conocer las disposiciones que la gran mayoría de los habitantes de la provincia do Minho manifiestan.

La ciudad de Braga, que fué una de las primeras en lanzarse á la insurrección, ha sido también la primera en pronunciarse á favor de un cambio de sistema que asegure en el porvenir el reposo y la tranquilidad de las familias, así como la independenciam de Portugal... En Oporto y en Barcellos, los habitantes han manifestado también los mismos sentimientos, y todos sienten la necesidad de tener un sostén en derredor del cual los ciudadanos bien intencionados puedan apoyarse para la defensa y la salud de la Patria y para la conservación de las propiedades.

A este propósito, se han presentado nuevas diputaciones á su excelencia para suplicarle apruebe el deseo manifestado por el pueblo de la provincia do Minho, de manera bien auténtica, de destronar la Casa de Braganza, y que al mismo tiempo se suplique á S. M. el Emperador y Rey designe un príncipe de su Casa ú otra persona de su elección para reinar en Portugal; pero que, mientras el emperador dé á conocer sus propósitos, *ruegan á S. E. el duque de Dalmacia tome las riendas del Gobierno*, represente al soberano y se revista con todas las atribuciones de la autoridad suprema; el pueblo promete y jura que le será fiel, que le sostendrá y defenderá á costa de su vida y de su hacienda, contra todo aquel que se oponga y contra los mismos insurrectos de otras provincias hasta la entera sumisión del reino.

El mariscal ha escuchado estas proposiciones... Me ordena os dé conocimiento de estas disposiciones de la opinión, para que, en el distrito de vuestro mando, favorezcáis su ejecución y en seguida propaguéis sus efectos por todos los puntos del reino donde podáis hacer llegar las noticias.

No deja de conocer el señor mariscal que un acontecimiento de tan gran importancia extrañará á muchas gentes y producirá impresiones diversas; pero no ha creído que debía detenerse ante tales consideraciones. *Su alma es demasiado pura para que pueda temer que se le atribuyan proyectos ambiciosos.* En todo cuanto realiza sólo ve la gloria de las armas de S. M., el éxito de la expedición que le ha confiado y el bienestar de una nación interesante, que, á pesar de sus extravíos, es siempre digna de nuestra estimación.

.....
.....

La tarea que el señor mariscal se impone en estas circunstancias es inmensa; pero tiene el valor de acometerla, y cree que la realizará con éxito si las autoridades le ayudan en la ejecución. Desea S. E. que propaguéis las ideas que acabo de comunicaros, que protejáis de un modo particular las autoridades ó ciudadanos cualesquiera que abracen el nuevo sistema, facilitando á los unos y á los otros la manera de proceder en consecuencia. Vigilaréis con mayor celo que nunca la conducta de vuestros subordinados, impidiéndoles la comisión de faltas, molestias ó insultos que puedan irritar á los habitantes, y en cuanto á vos, señor general, tendréis la bondad de informar frecuentemente á S. E. el mariscal acerca del espíritu de los habitantes y del resultado que hayáis obtenido.

Tengo el honor, etc., etc., *Ricard.*»

Soult, dice maliciosamente Guillon, creyó con demasiada viveza en el éxito. Distribuyó los ministros de su futuro reino; se asomó á los balcones de la Casa de Viana, donde se alojaba, para oír las aclamaciones de «sus súbditos», haciendo que Ricard arrojase dinero al pueblo; dió comidas, donde se dejaba dar el tratamiento de *Señor* y *Majestad*. Marbot refiere, que buen número de oficiales que se encontraban entonces en Oporto, particularmente los generales Delaborde, Mermet, Thomières, Merle, Loison y Foy *le afirmaron* que habían asistido á recepciones en las cuales los portugueses daban al mariscal los títulos de Rey y de Majestad, que éste aceptaba con mucha dignidad.

Si entre la camarilla del mariscal estos manejos tenían colaboradores y entusiastas, en el Ejército, no. ¡Buenos eran aquellos generales revolucionarios para sufrir las fantásticas ambiciones de un mariscal! ¡Gracias que muchos de ellos soportaban con silencio la soberanía de Napoleón!

Pronto, pues, se formó un partido enemigo del Duque de Dalmacia, asomando con ello la natural indisciplina, que era, si bien se mira, enfermedad derivada de la principal.

A la cabeza de los irritados y descontentos figuraba el general Loison, quien, como consecuencia de los cometidos que había desempeñado en la campaña anterior de 1807 y del papel que iba haciendo *á la suite* del mariscal, no ahorraba zumbas ni censuras para el mando. Habida cuenta del estado de su ánimo, cuando recibió la circular del jefe de Estado Mayor Ricard, estalló. Su irritación llegó al punto de pretender marchar con sus fuerzas sobre la Capúa nueva, «donde peligraban el vigor y la disciplina de las tropas» para hacer un escarmiento en la persona de su general en jefe, nerviosismo que atajó con su discreción, autoridad y elocuencia el general Foy, su subordinado.

Pero si Loison calmó su irritabilidad, no por eso dejó de trabajar en el Ejército del mariscal contra la disciplina y contra su jefe, por cuanto ganó para sus propósitos á los generales Delaborde, Merle, Quesnel; al coronel Saint-Genie, su jefe de Estado Mayor, al coronel Mejean, á los coroneles Laffite, del 18.º de Dragones, Girardín, del 8.º y Donnadiou, del 47 de línea. Hubo conciliábulos, comunicaciones, reuniones en Amarante y en Oporto. Existía, en suma, una verdadera conspiración militar.

Bigarré, el general-ayudante del Rey José, destacado de Madrid para seguir las operaciones del Ejército de Soult, escribe en el capítulo XIII de sus MÉMOIRES: «Una noche, cuando me marchaba á casa, después de jugar una partida de *whist* con el mariscal, á cosa de media noche, apercibí á los coroneles Donnadiou y Laffite que charlaban misteriosamente y en voz baja en la misma calle donde yo vivía. Me aproximé á ellos todo lo quedo que pude, sin ser visto, y tocando sobre el hombro á Donnadiou, le dije: «¡Ah! je vous y prends, messieurs les conspirateurs...» Este epíteto con que les calificué, era una verdadera broma mía; sin embargo, según después supe por Donnadiou, estuvo á punto de costarme la vida...» Esto de la *conspiración* está comprobado por Argenton, por Mar-

bot, por los despachos de Wellington y por los historiadores ingleses Napier y Vane; Arteche y los portugueses, particularmente Soriano, aducen pruebas que justifican las secretas ambiciones del *Rey Nicolás*, aunque Taveira considera que la demora del mariscal en Oporto fué impuesta por las circunstancias mismas de la campaña que había ordenado el Emperador.

¿Qué se proponían los conspiradores? Realmente apenas si hubo tiempo de que cristalizaran sus enojos. En los *vivacs* flotaba el espíritu revolucionario, el cansancio, los sinsabores, el desapego de algunos á Napoleón, la indisciplina, *el egoismo fiero* que roía ya las entrañas de las legiones imperiales.

* * *

Un capitán de Dragones, Jacques-Constantin-Argenton, fué el agente, y al cabo, la víctima de tales manejos. Argenton pertenecía al 18.º de Dragones, que mandaba el coronel Laffite; desde Peñafiel, donde estaba su regimiento, pasó á Oporto á ponerse al habla con Viana, que era el amigacho y confidente de Soult, y quien lo llevó al coronel Douglas, en Aveiro, para que éste le condujese á presencia del general Beresford, en Thomar; Beresford lo envió á Wellington, á Lisboa.

En la correspondencia del futuro Duque de Ciudad Rodrigo, se lee, en una comunicación á lord Castlereagh: «...Anteanoche, la del día 25 de Abril de 1809, un oficial, llamado..., llegó á ésta acompañado de monsieur Douglas, quien había sido enviado por su general Beresford á las avanzadas francesas para conferenciar con él. Yo he hablado ayer con este oficial, que me ha hecho conocer el gran descontento y la gran irritación que las medidas de Bonaparte provocan en todo el Ejército francés, y particularmente en el Cuerpo del mariscal Soult, que ha sufrido y aún sufre muchas privaciones (¿?); que el descontento reina desde hace tiempo por diversas razones, pero que ahora ha aumentado mucho; que una gran parte de los oficiales del Cuerpo de Soult estaba decidida á sublevarse, á poner preso al general y á otros oficiales principales conocidos por su adhesión á los intereses de Bonaparte, si el Ejército francés podía ser amenazado por el nuestro...» (1).

(1) MILITARY MEMOIRS OF THE DUKE OF WELLINGTON.

Todas estas maniobras de Argenton, su proceso, sus derivaciones, nos dan la psicología del Ejército de Soult, y puede ser que de todos los imperiales, salvo aquellos donde personalmente ejercía el mando y la sujeción el propio Coloso (1).

Argenton fué preso, procesado, sentenciado y fusilado en la explanada de Grenelle, en París. La inesperada ofensiva de los ingleses, atajó la misteriosa maniobra de los descontentos franceses, y Soult, cuando respiró en Lugo, un mes después, de sus ahogos de Portugal, dijo al Emperador que todo ello *no había sido más que una intriga inglesa para sembrar la indisciplina en las tropas...* (¿?).

«Llegaron hasta Schoenbrunn, donde se hallaba Napoleón con motivo de la campaña contra Austria, rumores que indicaban ocurrían cosas extraordinarias en Portugal, donde se suponía que el mariscal Soult había querido usurpar la soberanía. En verdad, que, sobre esto, corrieron mil versiones.

El Emperador calificó todo ello de locuras: *il en rit beaucoup*. Sin embargo, escribió al mariscal diciéndole que de él sólo quería conservar el recuerdo de Austerlitz. Procuró ahondar en este asunto del que jamás se conoció bien su extensión. Solamente él pudo tener una opinión motivada, pero nunca le oí hablar acerca de este asunto» (2).

Lo que le ocurría al Emperador, ciertamente, era que todo lo que tenía relación con la guerra de la Península le producía empacho, enojo, irritabilidad... Su risa, la provocaba un nerviosísimo hondo de que era disfraz. VOYEZ-VOUS, decía á Daru, CE GROS C... DE SOULT QUI VOULAIT SE FAIRE ROI DE PORTUGAL...

Wellington en campaña (3).

La demora de Soult en Oporto tenía que ser funesta para las operaciones militares.

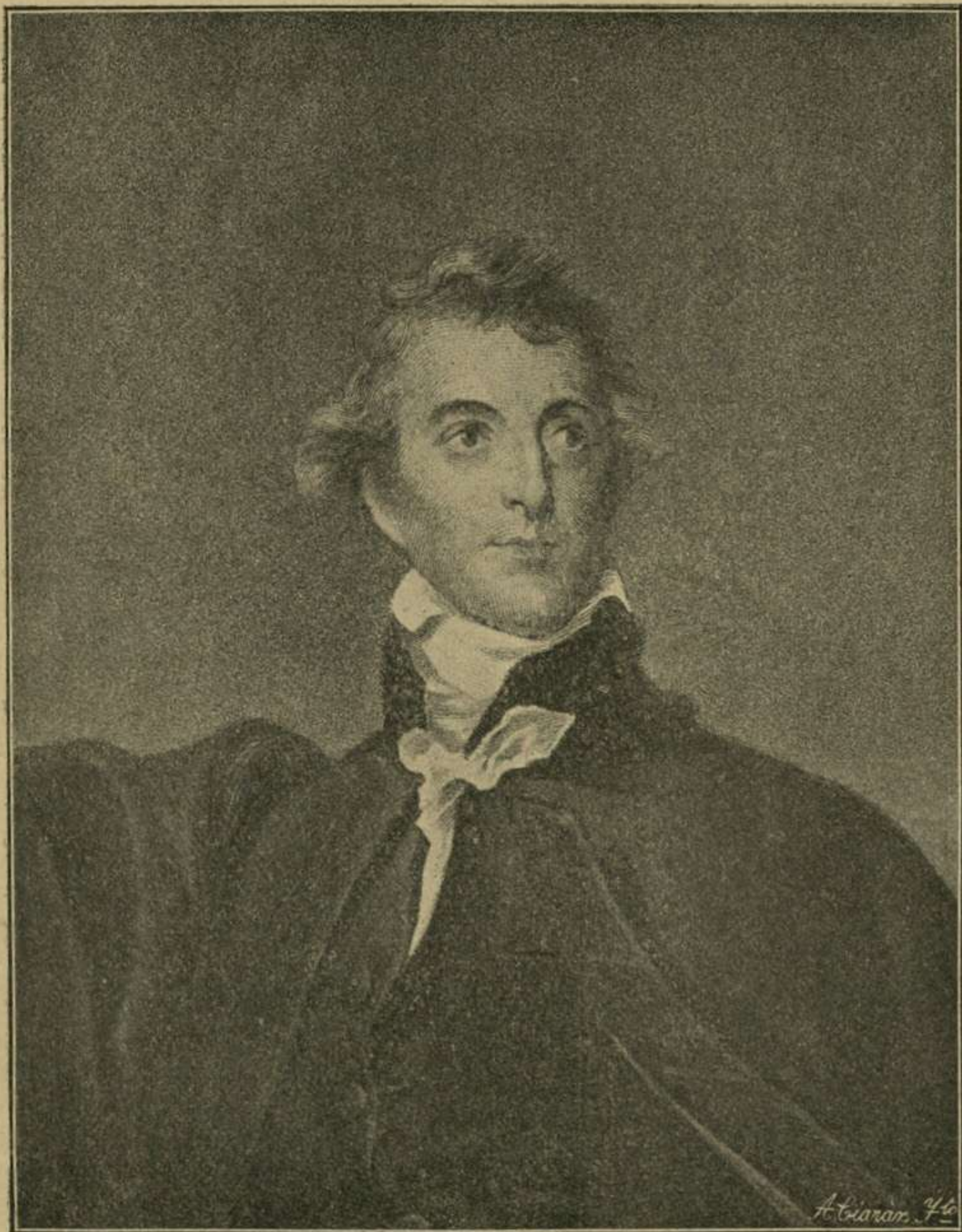
El comandante en jefe de las tropas inglesas en Portugal, sir John

(1) Quien desee conocer detalles de esta interesantísima cuestión, lea á Guillon LES COMLOTS MILITAIRES SOUS LE CONSULAT ET L'EMPIRE. Aquí sólo mencionamos el hecho por la influencia que tuvo en la campaña del mariscal.

(2) MÉMOIRES DU DUC DE ROVIGO. Tom. IV, cap. 15.

(3) Ver Soriano, Taveira, Gómez de Arteche, Napier, Vane, Brialmont, Le Noble, mariscal Jourdan; para los detalles Saint-Chamans y Talendier.

Craddock, aunque había ido recibiendo refuerzos y Beresford iba fortaleciendo los recursos de Portugal, estaba como paralizado en el Tajo, por



SIR ARTURO WELLESLEY, DUQUE DE WELLITGTON

la amenaza que ejercían las fuerzas del mariscal Duque de Bellune y del general Lapisse en la frontera hispano-lusitana.

Sir Arthur Wellesley fué nombrado sucesor de Craddock; el futuro Duque de Wellington desembarcaba en Lisboa el 22 de Abril de 1809,

con algunos refuerzos, 10.000 hombres, que elevaban el contingente británico á 30.000 soldados. Su nueva etapa en Portugal había de comenzar la serie de campañas que inmortalizaran su nombre.

«La ciudad estaba iluminada, dice un testigo ocular; se representaron piezas alegóricas en el teatro, en las cuales la *victoria* después de haberle coronado de laureles, le dirigía las más entusiásticas lisonjas». Fué su llegada al país vecino como la voz de aliento á cuyo conjuro iban á resurgir y á fortalecerse las energías de la nación, energías que ya brotaban por doquier con la virilidad y el heroísmo de que daban señales regiones como Tras-os-Montes y Minho.

Wellesley, cuyos talentos políticos fueron siempre antorcha de sus planes militares, comprendió cuál era el estado del Ejército de Soult, por los manejos de Argenton y por las noticias que hasta él llegaban por otros puntos y conductos, y sin preocuparse gran cosa de los peligros que pudieran venirle por su derecha y retaguardia, rápidamente avanzó con la masa de sus fuerzas á Coimbra, á donde llegaba el 2 de Mayo.

Bajo su mano todas las fuerzas luso-británicas, alentado por el estado moral de los franceses y por el generoso aliento nacional que respiraba, se propuso envolver al Cuerpo de Soult, señalando este *debut* de su nueva etapa militar con un hecho de singular relieve y de trascendencia suma. Porque mientras él con el núcleo británico empujaba de frente, Beresford y Silveira le iban á cerrar el paso hacia Chaves ó el Miño, teniendo aun como cerrojo de su encierro las fuerzas de la Romana y la vibrante actitud de Galicia.

El 11, y después de varios combates en los que las fuerzas de Wellington demostraban una ofensiva desusada en sus métodos y por lo mismo reveladora de los propósitos de su caudillo, los generales Franceschi y Mermet se replegaron por los caminos d'Ovar y de Grijó, hacia el arrabal de Villa Nova de Gaia, frente á Oporto. Y en la noche del 11 al 12 de Mayo pasaron el Duero, destruyendo inmediatamente el puente famoso.

Ninguna duda podía caber ya al Duque de Dalmacia respecto á su situación militar. Decidió, pues, la retirada por Amarante para ganar Tras-os-Monte, y por Mirandella y Braganza salir á Castilla, fiado en que Loison con la cuarta división, la brigada Sarrut y los regimientos de Dragones 17 y 27, ocupaba Amarante y aseguraba, por lo tanto, la línea de retirada.

Sin inquietarse por ese lado y con más tranquilidad de la que aconsejaban las circunstancias, se propuso permanecer todo el día 12 de Mayo en Oporto, reuniendo en ese día todos sus destacamentos, evacuando heridos, organizando el convoy numeroso de su Ejército.

He aquí ahora la situación de las fuerzas francesas en la mañana del memorable 12 de Mayo de 1809:

Loison, con las fuerzas dichas, unos 6.000 hombres, en Amarante, apretado por Beresford y en disposición de replegarse por el camino de Guimaraes.

Lorge, con una brigada de Dragones y un batallón, camino de Braga á Amarante.

Caulaincourt, con una brigada de Caballería y el 86 regimiento en Peñafiel.

La división Mermet acampada en los arrabales de Oporto, por la salida hacia Amarante con encargo de vigilar el Duero y de marchar entrado el día una brigada á Baltar y otra á Vallongo.

El bravo Franceschi, con su brigada, entre Oporto y el mar, con misión de cubrir la retaguardia.

Finalmente, una brigada de la división Merle y otra de la de Delaborde, ocupaban Oporto. El gobernador, general Quesnel, tenía el deber elemental y además el encargo expreso del Duque de Dalmacia de observar el Duero y de retirar de la orilla izquierda á la derecha todos los barcos y elementos flotantes que pudieran servir al enemigo para pasar el río. Las tropas de la guarnición estaban prevenidas para rechazar cualquier ataque.

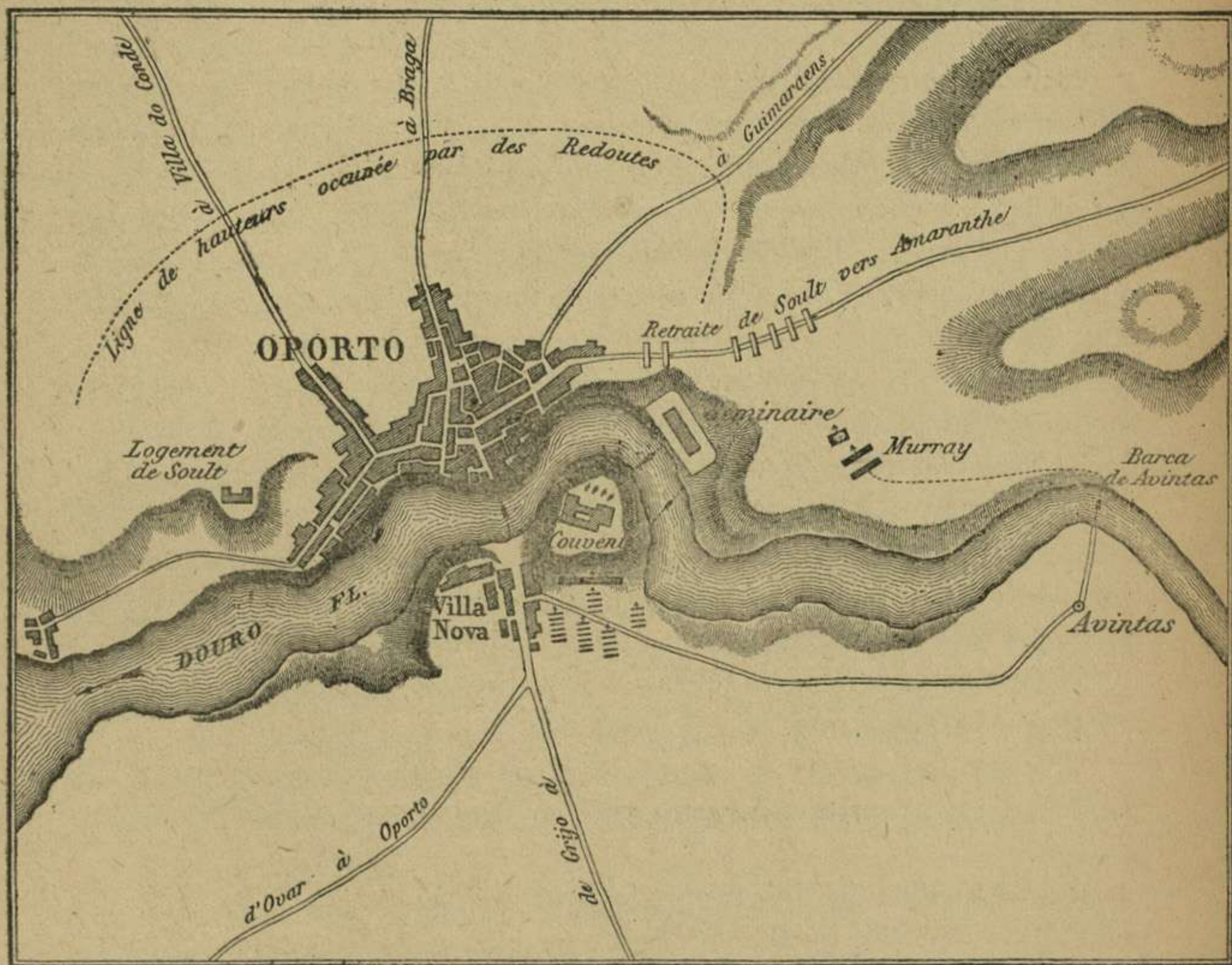
La sorpresa de Oporto.

Wellesley podía temer, y con razón, que habida cuenta de la movilidad y de la audacia características de los imperiales, Soult cayese rápidamente sobre Beresford, le aplastase y emprendiese tranquilamente el camino de Mirandella á España. Para evitarlo, concibió un proyecto más audaz todavía, *que sólo podía realizarlo por la cooperación del espíritu público, por la ayuda esencial é inapreciable de la nación portuguesa.* El proyecto era cruzar el río y sorprender á Soult en Oporto.

Al efecto, en la misma noche del 11, envió á Murray á Avintas, agua arriba de Oporto, con un batallón, un escuadrón y dos piezas, con en-

cargo de buscar elementos flotantes para cruzar el río y aun de cruzarlo él también si podía por Avintas. Murray, gracias á los campesinos, halló algunos botes que envió á Wellesley, con los cuales pudo éste hacer pasar el río á un batallón de Buffs, con el que iba el intrépido general Paget.

Para cruzar el río en las inmediaciones de la ciudad, el generalísimo inglés había elegido un sitio admirable: un recodo que hace el río, donde



SORPRESA DE OPORTO POR LOS INGLESES

en la orilla derecha existía una huerta del obispo perteneciente al vasto edificio del Seminario. Correspondía este punto, y estaba dominado por el convento de la Serra do Pilar. De suerte que, apoderándose de él, era una magnífica base para desde ella avanzar hacia Oporto, protegiendo

do la operación los cañones do Pilar y lo mismo para el caso de que, fracasando la intentona, hubiera que replegarse á la orilla izquierda. Lo más extraño de todo esto es que los sucesos se desarrollaban á pocos metros de las avanzadas francesas. Mas ¡ya sabía sir Wellesley que los imperiales no tenían servicio alguno por aquella parte, y estaba además seguro que ningún portugués había de noticiarles la novedad!

Tras del batallón que había cruzado el Duero con lord Paget, pasaron los regimientos 48 y 66, un batallón portugués y otras tropas de Infantería.

Muy de mañana del 12, corrió en Oporto la voz de que los ingleses estaban en la orilla derecha; el mariscal dió orden al general gobernador Quesnel de que verificara por sí mismo la noticia... *On assure*, dice Jourdan, que dió cuenta de que nadie había pasado el río, que tampoco se veían enemigos en la orilla derecha; el Duque de Dalmacia, tranquilo con este informe, se ocupó de asuntos administrativos. *Ou assure également*, que un general á quien se dió cuenta de que se habían visto soldados ingleses en la orilla derecha, no lo creyó, ni se ocupó en cerciorarse por medio de un reconocimiento, de la certeza de la noticia.

Tocó en suerte á Foy, *cet admirable soldat qui devait être un grand citoyen, toujours dévoué et irréprochable...* el apercibir al enemigo. A cosa de las diez de la mañana, paseando por las alturas que dominan al Seminario, vió el movimiento de botes cargados de soldados británicos... Voló al cuartel más inmediato, y sacando el 17 de línea comenzó á repeler al enemigo, estableciendo sus fuerzas á la salida del arrabal, entre el río y el camino de Amarante.

Al toque de generala y repuestos de la sorpresa, los veteranos de Napoleón comenzaron á dar cara con su brío y su habilidad característicos.

Pero á medida que los imperiales corrían hacia la izquierda para contener á los ingleses, quedaban desguarnecidos los barrios del centro y del Oeste, noticia que rápidamente conocieron y aprovecharon los británicos, haciendo que el general Serbroek, con la brigada de guardias y un batallón embarcase en Villa Nova y entrase en el casco de la ciudad. Al mismo tiempo, Murray, que había pasado el río en Avintes, atacaba también á los franceses que, con habilidad y denuedo, defendían el camino de Amarante mientras iban realizando más que á paso la retirada. El combate cesó cuando la retaguardia francesa, mandada por Frances-

chi, se alejó algunos kilómetros de Oporto. Durante él, las tropas se mezclaron; el general Foy fué herido, prisionero y recobrado; Delaborde fué también herido, como lord Paget y muchos cientos de bravos de una y otra parte...

.....
Veamos ahora cómo describe alguna de las escenas el ayudante del mariscal Soult, Conde de Saint-Chamans:

El mariscal se había quedado en Oporto con una división de Infantería, algunas piezas de Artillería y la división de Caballería ligera del general Franceschi: estas tropas estaban destinadas á formar la vanguardia. Me había mandado llamar el 11 por la noche, y después de haberme hablado de su posición militar, me comunicó su propósito de permanecer unos días en Oporto, para poder tener por su vanguardia noticias de lo que ocurriese al otro lado de Amarante; nada le estorbaba para ello, puesto que el Duero estaba entre el Ejército inglés y el nuestro; pero temía que los ingleses, valiéndose de su escuadra, in'entasen un desembarco en la orilla derecha de este río; me ordenó, en consecuencia, colocar patrullas durante toda la noche á orilla del mar; examinar al amanecer si todo permanecía en calma, si la escuadra no había hecho movimiento alguno, y que de todo le diera cuenta inmediatamente.

Con efecto, se vigiló toda la noche la orilla del mar; por la mañana la escuadra inglesa estaba en la misma posición, y pude con tranquilidad de conciencia, asegurar al mariscal que no había nada que temer por este lado.

Esto le tranquilizó; creo que había pasado la noche en vela, porque tenía el aspecto de cansancio; eran las diez de la mañana; llevaba unos días un poco indispuerto, y se metió en la cama para descansar; yo me fuí á almorzar con mis compañeros, pensando acostarme en seguida, pues con el servicio activo de los últimos días y la noche anterior, que no había dormido, estaba muy cansado.

Estando en la ventana, después de almorzar, vi venir un ayudante de campo, cuyo aspecto anunciaba algún acontecimiento siniestro; salí precipitadamente á su encuentro á la escalera, cuyos peldaños, subía de cuatro en cuatro.

—¿Está el mariscal?

—Sí,—respondí.

—¡Ah! ¡tanto mejor! Necesito hablarle inmediatamente.

—Es imposible, porque se halla descansando...

—Los ingleses están en la ciudad,—me gritó apresuradamente.

A estas palabras corrí como él, y le conduje á escape ante el mariscal, al cual contó, que el general Foy que le enviaba, y del que era ayudante de campo (1), acababa de ver á la Infantería inglesa pasar el río un poco más arriba de la ciudad; que este paso se hacía rápidamente favorecido por los portugueses, y que ya había en tierra un cuerpo numeroso.

Añadió, que el general Foy se ocupaba en reunir el mayor número posible de tropas para hacer frente á los ingleses y conservar la salida de la ciudad por el camino de Amarante, pues precisamente era en este punto de nuestra retirada, donde desembarcaban los ingleses.

El mariscal despidió en seguida al ayudante, con encargo de decir al general Foy se mantuviese firme en la posición, á fin de que la ciudad pudiera ser evacuada por nuestras tropas, mientras que él reuniría todos los Cuerpos que teníamos en Oporto, y marcharía al frente de ellos sobre los ingleses para echarlos hacia el río; me ordenó al mismo tiempo hacer montar á caballo á todo su Estado Mayor y prevenir á todo el que estaba en relación con el cuartel general para que se dirigiera inmediatamente á Baltar.

Se vestía á toda prisa y daba órdenes al mismo tiempo á varios ayudantes de campo para indicar el punto de reunión de las tropas y la dirección que habían de seguir.

.....
.....
Esta sorpresa del Ejército francés, en pleno día, es uno de los acontecimientos más extraordinarios de las guerras napoleónicas, explicable

(1) Este ayudante de campo se llamaba Brossard, después fué coronel de Estado Mayor, y dirigió la Escuela de aplicación del Real Cuerpo de Estado Mayor, y luego la de Equitación de Versalles, que más tarde se trasladó á Saumur.

Después de la revolución de 1830 fué enviado á Africa, donde estuvo como mariscal de campo durante el mando del general Bugeaud, quien le envió á Francia bajo partida de registro.

Marqués de Brossard (Amadeo Hipólito) nació en Jolleuy (Sena Inferior) el 8 de Marzo de 1784, gendarme el 20 de Diciembre de 1806, teniente en el décimo regimiento de Cazadores el 18 de Febrero de 1808; coronel de Estado Mayor el 12 de Febrero de 1823, mariscal de campo el 2 de Febrero de 1831; retirado el 7 de Julio de 1839.

nada más que por el estado moral del Cuerpo de Soult y por el espíritu de la nación portuguesa.

Ciertamente que el hecho realizado por Wellesley es atrevido, brillante y feliz; pero de esto, á considerarle como uno de los más sabios de aquellas campañas, media un abismo; sin el bote medio podrido que un cura de aldea ordenó á los campesinos entregar á las tropas de Murray; esto es, sin la voluntad que encendía en los naturales su patriotismo, sin ese mezquino elemento con que no se contaba, la audacia, el vigor, el número y el material del mando y del Ejército británico, se hubieran quedado en la orilla izquierda del Duero.

Retirada de Soult.

La noche del 12 de Mayo, el mariscal pernoctó en Baltar. Iba enfermo, y una caída de caballo al acercarse al pueblo complicó su dolencia produciéndole fiebre alta; la agitación de los espíritus era grande; los temores crecientes; el peligro cierto é inminente.

Pero el espíritu del Duque de Dalmacia era el de un verdadero capitán, y en aquellos instantes críticos brilló con esplendor, iluminando á todos y salvando de un desastre evidente al Ejército.

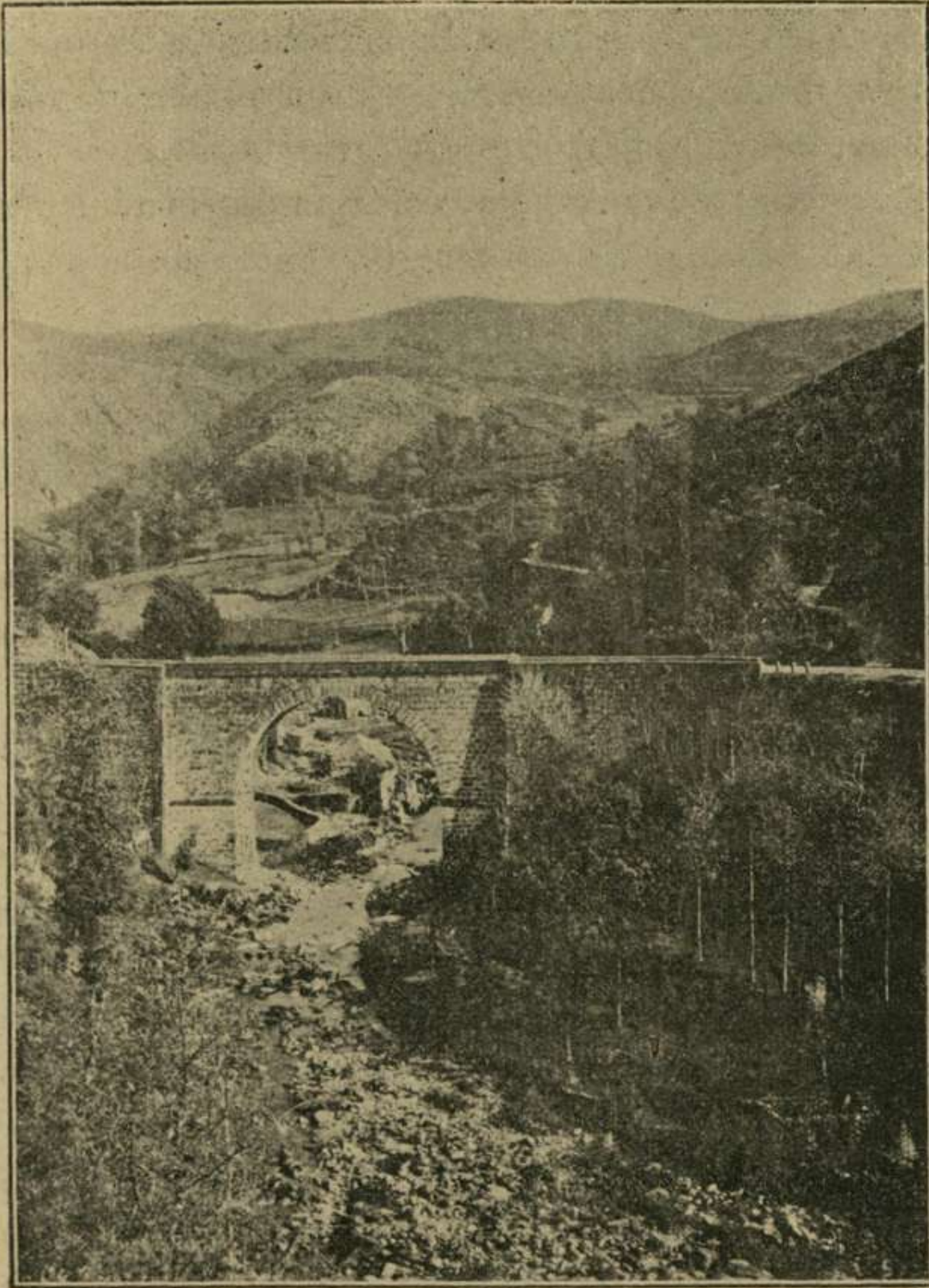
Porque en Baltar supo Soult que Loison había abandonado el puente de Amarante retirándose hacia Guimaraes. El camino de Mirandella á Braganza estaba, pues, cerrado. Como en el de Chaves no se podía pensar á causa de hallarse Beresford y Silveira por la izquierda, y el de la costa á Tuy ofrecía, primero, el peligro de hallarse con Wellesley en Braga, y luego la barrera del Miño, la situación resultaba verdaderamente angustiosa.

El general Raudon-Dulanlois llevó á presencia del mariscal á un contrabandista que conocía perfectamente el país. Y este contrabandista indicó como única salida á los caminos de Chaves y Montealegre por Salamonde, senda difícil que presentaba pasos escabrosos, imposibles para los carruajes.

Tuvo, pues, que sacrificar la Artillería, el tren, los equipajes del Cuartel general y de los oficiales; todo se destruyó en la mañana del 13. Como no había tiempo de hacer una distribución normal de los fondos de las cajas de los Cuerpos, las cuales tampoco se podían llevar, se entregaron á los soldados sin orden alguno; más como cada cual pensaba

en su salvación más que en el dinero, la codicia cedió el puesto al instinto, y el oro y la plata sobraron y se despreciaron por la tropa.

Aligerados en la carga todos y cada uno, el núcleo pernoctó el 13 en Guimaraes, á donde llegaron también las fuerzas de Loison y las de



EL RÍO SALTADOR CERCA DE RUIVAES

Lorge, que venía de Braga. Se reunió, pues, allí, por casualidad, todo el Ejército del mariscal, aliviado de impedimenta, de enfermos y de heridos (1).

(1) Al huir de Oporto se dejaron en los hospitales 1.100 enfermos; en Braga abandonaron 300 y 120 en Vianna.

Las marchas de Guimaraes á Montealegre constituyen, sin disputa, la parte de campaña más difícil y por ello más gloriosa para el mariscal y para sus tropas. Solamente viendo aquel suelo surcado por torrentes que se descuelgan de cimas enhiestas y por canchales horribles á valles hondos, de brava hermosura, pero áridos, pobres, sin caminos y sin medios de vida, es como puede admirarse bien la retirada de aquellos valientes veteranos, en cuyo espíritu vibraba el instinto militar acuciado por la crisis que atravesaban.

El camino de Salamonde atraviesa una estribación de la elevada y abrupta sierra de Cabreira, que va dominándolo por el Sur, mientras que por el Norte lo bordea casi paralelamente el cauce áspero y hondo del río Cavado, cuya cuenca tiene por la derecha las montañas de Gerez, «que se perdem nas nuvens», confundiéndose la nieve de sus cimas con los blancos penachos que aquéllas forman.

En las cercanías de Salamonde encuéntranse los pequeños afluentes del Cavado que vienen de la Cabreira, difíciles de atravesar entonces, pues hoy tienen puentes en la carretera en contrucción de Braga á Montealegre por Ruivaes y Vendas Novas.

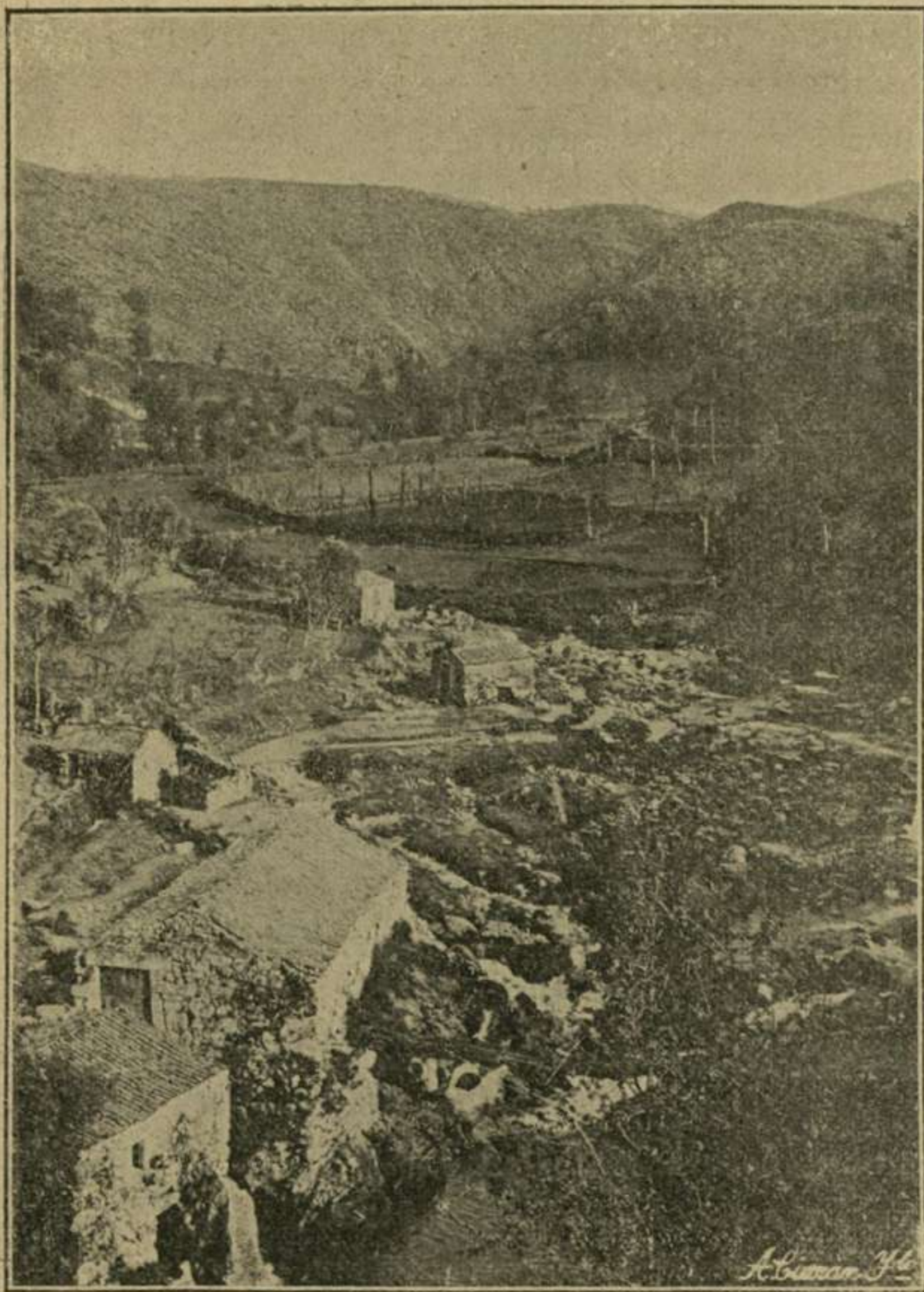
El primero de esos afluentes es el llamado de Ribeira de Ruivaes ó río Saltador, que se abre paso por un valle profundo de lecho rocoso y de márgenes ásperas y montuosas. Este riachuelo, como todos los demás por aquellos días de temporal de aguas, presentaba una verdadera barrera, que sólo podía franquearse inmediato á la pequeña villa de Ruivais, deliciosamente acostada en un valle riente, y entonces como ahora, punto estratégico por reunirse en él los dos caminos que salvan el bronco territorio de Tras-os-Montes por aquella zona: el de Montealegre, que va por la izquierda del Cavado, siguiendo casi su cauce, y el de Chaves por alturas do Barroso, que fué el seguido por el mariscal en su invasión. Uno de las puentes se llamaba Ponte Nova, por ser de época más reciente que la otra, que conserva el nombre de Ruivaes.

El segundo afluente, más bravo y bronco si cabe, tiene también los nombres de Ribeira da Mizarella ó Río Regabao, y es el que hay que cruzar para subir desde Ruivaes á Montealegre, salvándole por una pequeña puente que existe cerca de su confluencia con el Cavado, la cual sólo es de un arco y de tan escasa anchura su tablero, que sólo permite el paso de á dos.

Cuando el mariscal llegó á Salamonde en la tarde del 15 de Mayo,

supo que aquellas asperezas estaban infestadas de paisanaje armado, y que instigado éste por oficiales británicos, querían destruir los puentes, operación que, de realizarse, le crearía una situación bien apretada.

Como la salida más derecha y menos peligrosa para él era la de Montealegre, le urgía apoderarse de los puentes de Ruivaes y de la Mizarella.



VALLE DEL CAVADO POR EL PUENTE DE MIZARELLA

lla. La operación era difícil y para el Ejército decisiva, y era preciso encomendarla á un jefe de inteligencia, de arte y de corazón. Por fortuna, en aquellos Ejércitos inmortales se formaban en abundancia.

Fué el jefe designado el mayor Dulong, del 15 regimiento de Infan-

tería, quien llamado por el mariscal á su tienda, en las primeras horas de la noche del 15, recibió el encargo de escoger un puñado de bravos entre los Cuerpos allí presentes, para con ellos apoderarse á todo trance de los pasos por donde únicamente tenía salida, y por ende salvación el Ejército.

Aquel modesto jefe, cuyo nombre debe recordarse para ejemplo de todos y cual homenaje al deber y al sacrificio de un soldado, escogió 100 hombres de voluntad, y hacia media noche tomó por sorpresa Ponte Nova, pasándola, á pesar de las cortaduras abiertas en ella. Reinaba un tiempo horrible; el vendaval y la lluvia arremolinándose, obligaban al paisanaje, para quien no existen los frenos de la disciplina, á refugiarse en una barraca situada á la salida del puente, sin dejar centinelas que vigilaran.

Faltaba apoderarse del puente de la Mizarella, situado más abajo y á cosa de tres á cuatro kilómetros.¹

Cuando llegó á él Dulong, asomaba el alba por las mesetas y guajarras de la derecha. Advertido el paisanaje que defendía el paso, recibió á los franceses con un fuego nutrido que no fué parte á detener aquel puñado de héroes por el momento; mas era tal el plomo que caía de las laderas y que vomitaba todo el frente, que hubo un momento de vacilación en los imperiales. Pero el ejemplo de Dulong, adelantándose solo al puente, arrastró á sus soldados, que pronto quedaron dueños del puente, aunque á costa de un balazo que su jefe recibió en el rostro, timbre de honor que ostentaría siempre, porque él señalaba un hecho mediante el cual quedó en salvo el Ejército invasor todo.

Porque, en efecto, por la Mizarella, desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde, desfiló todo el Ejército de Soult, quien sólo dejó en Salamonde la brigada Reynaud, que sostuvo con Wellesley, en aquellas alturas, el último combate de la memorable campaña de invasión de 1809, porque el 17 llegaban las tropas á Montealegre, y el 18 alcanzaban las tierras de España por Santiago de Rubios, tomando por Allariz y Orense á Lugo, donde se presentaron el 22 de Mayo.

«Este Ejército, escribe un testigo y actor de la campaña, arrojado de Portugal, y que acababa de hacer marchas tan difíciles y penosas, todavía estaba en condiciones de hacerse temer: los caballos de los escuadrones habían podido alimentarse en las últimas jornadas con el trigo ya medio granado de los campos gallegos, presentando buen aspecto; con-

servábamos todos el ganado de tiro de la Artillería, que por cierto, estaba boyante; la Infantería, aunque desgarrada y descalza, como estaba



COMBATE DE SALAMONDE, SEGÚN UNA ESTAMPA DE LA ÉPOCA

formada de veteranos, mostraba un alto espíritu, porque habían visto y probado en esta campaña que, con resolución y perseverancia, se triunfa siempre de las situaciones más graves.»

La crítica de la campaña.

Ninguna más autorizada, y por de contado más discreta, que la hecha por quien mejor podía: el mayor general del Rey José, mariscal Jordan:

Esta retirada fué muy penosa; la lluvia pertinaz y las marchas interminables por horribles senderos, á través de rocas y de montes, rendían á los hombres y destrozaban su calzado. Los desgraciados que quedaban rezagados eran asesinados por el paisanaje. Todas las aldeas estaban abandonadas; las tropas sólo comían maiz molido ó triturado. La Caballería no encontraba ni pastos ni forrage en aquellas montañas que sólo podían sustentar cabras salvajes.

Tantas fatigas y privaciones, ocasionaron, evidentemente, pérdidas; pero debemos consolarnos de ellas, al pensar que, si Beresford en lugar de correr de Amarante á Chaves, se hubiese trasladado rápidamente por Basta, entre Salamonde y Ruivaes, en la unión de los caminos de Chaves y de Montealegre, hubiese podido llegar antes que el Duque de Dalmacia, disputarle el paso y dar así tiempo al general Wellesley para que hubiese llegado de Braga. El Ejército francés, sin Artillería, no teniendo más municiones que las que llevaban consigo los soldados, las cuales estaban averiadas por la lluvia, hubiese salido difícilmente de tal situación.

El Duque de Dalmacia emprendió la conquista de Portugal con un Ejército insuficiente; no sería justo censurarle por su fracaso; pero existe, al menos se nos antoja á nosotros, *un peu de flatterie*, cuando se coloca esta retirada al lado *de las más célebres* y cuando se hace un mérito de no haber concluído una Convención como la de Cintra. No hace falta ser un tan gran capitán como lo era el mariscal Soult, para concebir la esperanza de evitar esa vergüenza, destruyendo la Artillería y los equipajes, y dirigiéndose á España por la línea más corta, aprovechando sendas apenas practicables para los caballos.

Los motivos que se han alegado para justificar su larga permanencia en Oporto, no parecen satisfactorios. Es evidente que el Emperador, al ordenar al mariscal que marchase rápidamente á Lisboa y enviase la mitad de su Ejército á Extremadura para atacar Badajoz y ayudar al mariscal Victor á realizar la conquista de Andalucía, suponía que no había ingleses en Portugal, que el Ejército nacional sería pronto destruído ó disperso, y que la Nación, espectadora, tranquila de los sucesos, se sometería al vencedor. Al encontrarse el mariscal en Portugal con un estado de cosas absolutamente contrario, no estaba obligado á conformarse con las instrucciones de Napoleón, sino en tanto que lo juzgara necesario en honra suya y del Ejército. Había procedido bien en su marcha á Oporto, y hasta entonces, todo había sido glorioso.

No se puede, pues, sino aplaudir su propósito de retirarse á la provincia de Tras-os-Montes, cuando adquirió la convicción de que no podía seguir avanzando sin comprometer su Ejército; pero se deplora que no ejecutara su pensamiento en el momento en que fué abierto el paso del Támeiga por la posesión de Amarante. Se ha dicho que el mariscal sólo poseía noticias inciertas acerca de la defensiva del general Welles-

ley, y que no podía resolverse á abandonar Oporto sin verse forzado á ello por una demostración seria que le convenciese de que fuera absolutamente preciso renunciar á la cooperación del mariscal Víctor.

En cuanto á la cooperación del Mariscal Víctor, con las instrucciones del Emperador á la vista, debía comprender el Duque de Dalmacia que no podía contar. Por otra parte, no podía él suponer que se supiera en Madrid lo que ocurría en Lisboa, cuando él mismo lo ignoraba.

Por lo que á las noticias del enemigo y á la incertidumbre acerca de sus planes se refiere, parece que el mariscal tenía previsto que intentaría cortarle la retirada por Amarante, y que para evitar semejante peligro envió al general Loison; mas ¿era prudente confiar á 6.000 hombres la seguridad de puesto tan importante, sobre el cual había que pensar que el enemigo acumularía su acción? No lo creemos. Creemos, por el contrario, que el Duque de Dalmacia debió evacuar Oporto del 1.º al 5 de Mayo y reunir su Ejército en la orilla izquierda del Tamega, cerca de Amarante, desde donde hubiese podido realizar libremente su retirada, cuando hubiese juzgado bastante serias las demostraciones del enemigo.

Sabemos que se ha reprochado al general Loison el no haber informado al mariscal acerca de su retirada de Amarante sin perder momento. Es, sin duda, una falta grave, pero que no tuvo ninguna influencia en los acontecimientos. Aun cuando el Duque de Dalmacia hubiera sabido en la noche del 11 de Mayo que el enemigo se hallaba con gran fuerza en el Tamega, su retirada por esta parte no hubiese resultado menos imposible, y siempre habríase visto en la necesidad de sacrificar su Artillería para escapar por las montañas; porque presumimos que jamás abrigaría el propósito de seguir el camino de Oporto á Valença, porque carecía de medios para cruzar el Miño, y este río carece de puentes en la parte inferior de su curso.

.....
De las tres causas esenciales á que Taveira considera el fracaso de la campaña del mariscal Soult en Portugal, son á saber:

- 1.^a Levantamiento en masa de la Nación.
- 2.^a Inacción de los generales franceses que debían entrar por la Beira y el Alemtejo; y
- 3.^a La intervención de Wellesley, sólo la primera, es á nuestro juicio, la fundamental. Las demás son derivadas.

Quiso Napoleón que sus mariscales y sus Ejércitos resolvieran en la

Península un problema político que constituía un absurdo: la conquista de un pueblo por las Armas. Y como eso, ayer y siempre, ha sido y es un imposible cuando el pueblo no se quiere dejar dominar, las Armas imperiales fracasaron, á pesar de que, en las campañas parciales de la guerra peninsular y en sus innumerables batallas, sitios y combates, los generales franceses y sus tropas pelearon con acierto y con denuedo, y á pesar también de que las dos naciones ibéricas yacían en la más triste ruina directiva, militar y orgánica.

Ahí está el toque de todas las lacerías sufridas por los imperiales en Portugal y en España, causa eficiente del desmoronamiento de toda la obra napoleónica.

CONCLUSION

No debemos enviar á la imprenta estas cuartillas sin antes consignar la gratitud más respetuosa á nuestro Ministro de la Guerra, Sr. General Linares y de Estado Sr. Allendesalazar, por las atenciones y facilidades que han dado á la excursión, así como á nuestro Ministro en Lisboa, Sr. Conde de San Luis, por su afectuosa diligencia en hacernos más grata la tarea, diligencia de que ha participado con exquisita bondad el Sr. Coronel de Estado Mayor D. Rafael Aparici, agregado militar á nuestra legación.

A todos los señores generales, jefes y oficiales del Ejército portugués que nos han hecho los honores de la hospitalidad con una gentileza tan señorial y tan de camarada, que por todo extremo nos obliga, muy singularmente á los excelentísimos señores general José do Carvalho é Carvalho y coroneles Moraes y da Cunha, que en Chaves colmaron de atenciones á nuestros camaradas, coadyuvando á su grata labor el vicecónsul de España Sr. José Joaquín Pereira Coelho.

Lo propio hemos de decir de las autoridades militares y de la población de Braga: tanto para el comandante de la quinta brigada de Infantería, cuanto para el coronel del 8.º de Infantería, Excmos. Sres. José de Mello Pereira de Vasconcellos y Sebastião Mesquita, nuestro reconocimiento, extensivo y muy afectuoso para el vicecónsul D. José María Martins y su hijo.

Más vivo y de mayor intensidad, á fuer de soldados y de españoles,

son el recuerdo y el reconocimiento que sentimos de nuestra estancia en la opulenta y hermosa ciudad de Oporto, porque allí se nos ofreció ocasión de admirar las prestancias, la distinción y la delicadeza espiritual de la mujer portuguesa. En el banquete y baile con que el Excmo. Sr. Antonio Bernardo Ferreira, ayudante de S. M. el Rey D. Manuel, agasajó á los expedicionarios, éstos saborearon las exquisiteces de la culta sociedad portuguesa, llevando en el espíritu el trazo de los sentimientos perdurables.

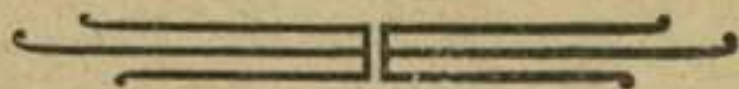
Para nuestro cónsul D. Manuel de Navarro y para el vicecónsul don Ignacio de Arana, así como para la colonia española de la gran ciudad del Duero, los excursionistas militares tenemos todos los afectos de una cariñosa amistad.

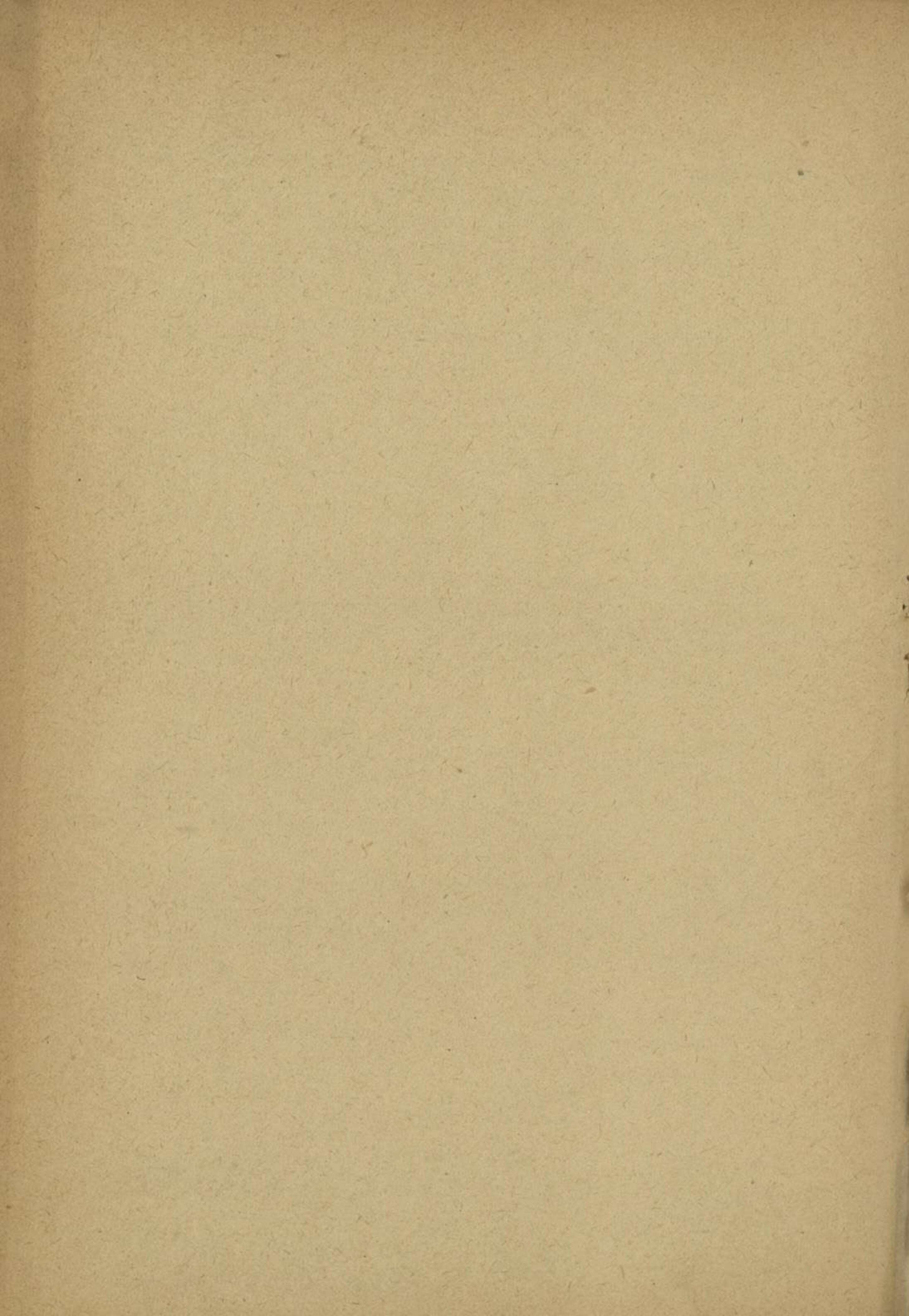
Y concluimos enviando un abrazo que selle el gratísimo afecto y el compañerismo engendrado por el trato de las marchas y la relación en una convivencia íntima y fraternal, á los alféreces Anníbal d'Almeida Franco, d'Amorin, Souza da Sylva Alcoforado y Videira, á quienes, así como á los demás camaradas del valiente Ejército portugués, saludamos con el franco y leal entusiasmo de hombres que profesan en la religión de las Armas (1).

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN,

Presidente de la Sociedad.

(1) Las fotografías que aparecen reproducidas, están hechas por nuestro compañero don Antonio Bonilla San Martín, vice-secretario de la Sociedad, y el itinerario se debe á D. Julio Valera y Gutiérrez de Cabiedes, secretario de la misma.





DIARIO
DE UN
PATRIOTA COMPLUTENSE
EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

DIARIO

DE UN

PATRIOTA COMPLUTENSE

EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

CON UN PRÓLOGO Y NOTAS

DE

J. C. G.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894

LIBRO

LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

DE LA ESCUELA DE LINGÜÍSTICA

ES PROPIEDAD

Al Excelentísimo Señor

D. Antonio Cánovas del Castillo.

De V. E. he recibido la comunicacion del manuscrito del Diario de un Patriota complutense, de su copiosa y rica biblioteca, conociendo mi amor á la ciudad insigne donde nací y deseando cooperar á mi propósito de dar á luz algunos trabajos relativos á Alcalá de Henares para renovacion de sus glorias más positivas.

Por esto y por hallarse V. E., con merecimiento por nadie disputado, al frente de la Real Academia de la Historia, me atrevo á poner este opúsculo bajo el patrocinio del nombre de V. E., aumentando así el valor de la obra y dando yo una prueba de mi respeto al hombre ilustre á quien la patria y la ciencia deben servicios que jamás caerán en el yermo campo del olvido y de la ingratitud.

Sea esta demostracion del último de los complutenses como nuevo lazo que ate más la voluntad de V. E. á la ciudad que favorece con su predileccion, honra suya y también de quien se interesa por que en algún modo vuelva la vida á la que fué gala de Castilla y emporio de las letras españolas.

Lucas del Campo.

PRÓLOGO.

En el extraordinario vuelo que felicísimamente van tomando los estudios históricos en España, presagio cierto de días más venturosos para la historia nacional, se apuran ya todas las fuentes del conocimiento. Casi damos de mano á los historiadores generales, y tomamos sólo sus narraciones como indicación de los antiguos derroteros, que no es menester abandonar del todo, prefiriendo buscar nuevas enseñanzas en la raíz misma de los sucesos y en los actos vivos de los personajes históricos. No son solas las historias locales, ni las crónicas y los documentos coetáneos los que nos sirven de textos y de pruebas para nuestras averiguaciones, sino también los rastros que las civilizaciones antiguas han dejado en las leyes, en los contratos, en los fueros, en las ordenanzas municipales, en los repartimientos de tributos, en la lengua y literatura y en el vasto conjunto de obras materiales en que se ejercita la arqueología, desde la catedral más excelsa hasta el más humilde trozo de un tejido.

En este amplio concepto de la investigación, donde se van trazando las que podemos llamar coordenadas de la historia, deben ocupar sitio muy distinguido las memorias y apuntamientos y aun las autobiografías que el trasiego del tiempo no ha destruído, conservándolos para enseñan-

za y deleite de las generaciones futuras. No sin razón se miran con desconfianza aquellos escritos donde el autor intenta narrar su propia vida y los hechos en que intervino, porque, por grandes que sean su modestia, rectitud y apartamiento del amor propio, es difícil que deje correr la pluma al solo impulso de la verdad, contraria muchas veces á la exaltación del que escribe, y mucho más difícil es, y aun toca en los límites de lo extrahumano, que confiese sus propios errores ó actos, que, pasados los tiempos y fría ya su alma, él mismo considera opuestos á la razón y á la justicia.

Pero, de todos modos, complace ver cómo son juzgados los hombres por sus contemporáneos y los hechos por sus autores y colaboradores. Peligro hay de que el apasionamiento con que éstos exponen su propio juicio, por lo mismo que lo hacen con pormenores y color de fuerte entonación, seduzcan al que lee, tomando como testigo verídico á quien sólo fué actor apasionado en los grandes dramas de la historia. Mas si el lector conforta su espíritu con los principios de alta razón y de serena justicia y se precave contra el encanto de la lectura, como el juez que oye al reo, aún puede encontrar en las memorias y autobiografías honesto esparcimiento y enseñanza provechosa, y ver á nueva luz las causas de muchos sucesos, y seguir su desarrollo y estimar sus resultados acaso con fortuna.

Además, hay que discernir las circunstancias de la narración y las cualidades del narrador, y sobre todo concordar los tiempos. Razón hay para sospechar de la veracidad de Antonio Pérez, hombre sagacísimo y astuto, que al exhalar sus quejas palpaba aún abiertas las heridas que el destino abrió en su cuerpo y en su alma con el destierro, la pobreza y la deshonra, y que aun pretendía hacer daño á su dañador.

Mas, en cambio, para citar otro ejemplo ilustre, de muy distinta manera hay que considerar al canciller Pero López

de Ayala, cuyo apasionamiento es tan notorio para muchos que, sin más juicio, hallan merecedor de encomio lo que él vitupera y digno de alabanza lo que con mesura censuró en sus crónicas. Porque aquel insigne cronista no escribió cuando la sangre hervía en sus venas, ni estaban recientes los agravios que le hicieron abandonar la causa del Rey legítimo, ni tenía necesidad de enaltecer fuera de prudente medida al vencedor para lograr nuevos favores, sino, por el contrario, cuando la vejez había apagado los juveniles impulsos y la lectura y estudio de moralistas y escriturarios habían aleccionado su alma generosa, menguadas además y aun extinguidas las antiguas querellas dinásticas.

Pobre es nuestra literatura moderna en esto de memorias personales, que en cierto modo pudiéramos llamar subjetivas. Aparte los preciosos y sabrosísimos trabajos de Mesonero Romanos, Alcalá Galiano y el general Fernández de Córdova, ¿qué obras merecen verdadera estimación, aun no olvidando las memorias del Príncipe de la Paz? ¿Cuáles, fuera de aquellos trabajos, juntan lo útil con lo dulce, la sinceridad del juicio, el menudo relato de cosas al parecer triviales, pero interesantísimas, el ahondar en los sucesos graves, la observación fina y acertada, la veracidad del contar, la gracia y el donaire y las circunstancias puramente literarias?

Claro es que el investigador no ha de contentarse sólo con obras selectas y que los escuetos y toscos cricones de Sampiro ó del Silense son para él tanto ó más estimables que la *Crónica Compostelana*, y que junto á escritos de literatos eminentes pueden ocupar puesto honroso narraciones sin orden, ni método, ni sabor literario. Muchas veces en éstas se halla, aunque desnuda de atavío, toda la verdad que importa conocer.

Con frecuencia tenemos por muy ciertos aquellos sencillos apuntamientos que la curiosidad anotó día por día para el propio servicio, y nunca con ánimo de que fuesen co-

nocidos de otras personas, no habiendo, por consiguiente, en el anotador ni la sombra de intento de engañar á nadie, porque á sí mismo no pretendería engañarse. En las guardas de un libro de uso común anotó algunas circunstancias de su vida y de su tiempo, de manera breve y sencilla, como si fuese un *memorandum* de bolsillo, un personaje del siglo XIV, que llegó á ser arzobispo de Sevilla, después de ser familiar de un su pariente, hombre ilustre entre los grandes de su tiempo, el cardenal D. Gil de Albornoz. El autor de estas líneas ha dado cuenta de tales apuntamientos, considerándolos como fuente poco caudal, aunque veracísima, de aquella época turbulenta en que las pasiones enardecidas debían dislocar la verdad al salir de todos los labios.

En esta clase de obras son de advertir y de estimar las que por su naturaleza tuvieron el destino de no ser sino desahogos íntimos de sus autores. No son, como las otras memorias, campo apropiado para engañar á nadie, puesto que no fueron escritas para el público, ni tampoco para explicar las faltas de su autor, ni para enaltecer á las cosas y personas de su cariño, ni para producir menoscabo en el prestigio de las que mal quería. Ni aun siquiera arrastran al escritor los anhelos retóricos que á veces, y en plumas poco expertas, suelen enturbiar la verdad.

Bien se advierte esto en el *Diario* de un Patriota de Alcalá que ahora se publica. Escribió el autor sus apuntes en el seguro del hogar doméstico, si entonces existía, pero, cuando menos, ocultándose de los enemigos y aun de los delatores. De que no se propuso hacer público su trabajo es prueba, no sólo que no lo hizo, sino la forma sencilla y con frecuencia descuidada de la narración, que más parece cuenta casera que relato de los grandes sucesos que Alcalá, parte de la patria, presenciaba y padecía en aquellos tiempos verdaderamente heroicos. Oprimido por el yugo de feroces extranjeros, que eran enemigos de Dios, de la Patria y del Rey, y además conculcadores desvergonzados

y brutales de toda ley moral; sufriendo de ellos, como todos sus conciudadanos, vejámenes, exacciones y tropelías; teniendo de continuo como todo buen español la cuchilla al cuello, aquel hombre se gozaría en ir anotando en el seguro de su casa, y con la brevedad que exige el temor á una sorpresa, los hechos más notables de la guerra, los que más interesaban á su ciudad y á las comarcas próximas, á sus amigos y convecinos, atreviéndose con breves reflexiones, ó aun sólo en la manera de narrar, á exponer sus alegrías y penas, sus sobresaltos y esperanzas.

Patriota era el anónimo cronista complutense. Nunca vaciló su fe en la causa de la patria y siempre repudió á aquellos españoles que por interés, por cobardía ó por falta de esperanza abrazaron la causa odiosa del extranjero. Obligáronle una vez las circunstancias, contra las que no había otro recurso que el martirio ó las guerrillas, á servir en la administración municipal; pero quiso abandonar un encargo que, con razón, juzgaba deshonesto. No da cuenta de haber hecho servicios positivos, como no fuera el de enviar á un sobrino á defender las banderas nacionales; pero entonces todos servían y nadie alegaba sus merecimientos sino cuando era necesario. Hablo de los buenos patriotas, porque en Cádiz se blasonaba mucho de servir á la patria. Todos los sentimientos del narrador conciertan con los que realmente constituyen el fondo de la más heroica y santa de las guerras de este siglo.

Pero no es sólo el aspecto histórico del relato lo que nos interesa. Aparte también lo que se refiere especialmente á Alcalá y á muchos pueblos de su campiña y de la provincia de Guadalajara, contiene datos muy curiosos para conocer cómo se movía el sentimiento público en aquellas circunstancias; cómo procedían los franceses y sus colaboradores para extinguirlo y torcerlo; qué procedimientos empleaban; de qué manera crecieron las guerrillas; cuál era el número de sus batallones, etc.

Es también interesantísimo cuanto dice acerca de las consecuencias de la guerra en orden á los mantenimientos y la pintura dolorosísima que hace de los rigores del hambre en aquel período. Las notas de los precios de los alimentos son inestimables, porque están tomadas casi á diario y no debe olvidarlas quien pretenda conocer en sus pormenores aquella hambre terrible que puso colmo á las miserias de España y de la que aún se conserva la memoria. Con ser tan vivos los colores del renombrado *Cuadro del hambre* del Museo de Madrid, palidecen cuando se compara aquella pintura con la que trazó el Patriota complutense. Es asombrosa la fortaleza que en medio de tantas calamidades mostraron los españoles, aunque debió ser, más que la misma guerra, causa de desmayo y de abatimiento aquel horrible padecer de ricos y de pobres, viejos y niños, hombres y mujeres, muchos de los que caían muertos de necesidad en los poblados y en los campos. Fué por esto más heroica la constancia de los leales y merece toda nuestra admiración y que nos la representemos á nosotros mismos como ejemplo peregrino y dechado que imitar en épocas de poca fe y de desmayado patriotismo.

Considero, pues, utilísima y meritoria la empresa de publicar el *Diario de un Patriota complutense* y digno de singular alabanza quien con entusiasmo y generosidad lo da ahora á luz. Tenga por cierto el Sr. D. Lucas del Campo, que tal hace, que su buena obra será muy aplaudida, y ya que no otra recompensa, recibirá los plácemes de cuantos en estos asuntos tienen claro criterio. En la medida que las circunstancias demandan, puede considerarse como coautor del Patriota su paisano, cuyo escrito sirvió para su satisfacción y curiosidad, como hoy, dado á la estampa, sirve para lección y aprovechamiento de investigadores y eruditos. Es á la vez un monumento que el Sr. D. Lucas del Campo eleva en honra de su ciudad natal, cuyos sufrimientos y pérdidas en el triste período de 1809 á 1813 salen de la

oscuridad para ser inscritos en las páginas inmortales de la historia. Caerá quizá la columna conmemorativa que Alcalá erigió á la gloriosa memoria del Empecinado y de sus guerrilleros, pero escritas las virtudes cívicas de los complutenses en las páginas de este opúsculo, ya no volverán al olvido.

¿Quién es el patriota complutense á que se debe el Diario? No lo firmó, ni dió nota cierta de su persona en parte alguna, como si por modestia ó por otra causa hubiese puesto empeño en ocultarse tras de los sucesos. Sólo hay una referencia en su manuscrito que nos permite averiguar su nombre. En las primeras páginas y al anotar los acontecimientos de Octubre de 1810, dice que en 7 del mismo llegó á Alcalá el nombramiento de oficiales municipales, esto es, de corregidor y regidores, hecho por José. Cita á todos los nombrados, pero calla su propio nombre, aunque era de ellos. Examinadas las actas del Ayuntamiento, aparece la mención de los nombrados, que son los que el autor enumera y además el nombre del Licenciado D. JUAN DOMINGO PALOMAR. Éste es el autor, y en ello no hay duda alguna.

Aunque las actas y acuerdos municipales de Alcalá no ofrecen abundantes datos históricos, pues casi todas las resoluciones que contienen tocan á suministros, subsidios, exacciones, quejas y recursos contra las tropelías de las autoridades francesas, en dichas actas hay frecuentes referencias al Sr. Palomar, pues asistía puntualmente á las Juntas del Cabildo municipal. Su voto aparece siempre inclinado á la justicia y su voz no desmayaba ante los espectáculos de la tiranía francesa. Cuando en fin de Octubre de 1810 el corregidor recibió orden de pasar á Madrid para ponerse á disposición del Gobernador militar de la Corte, el general Belliard, nuestro autor se prestó á ir con el llamado, defender la causa de Alcalá y quejarse ante todo el mundo, desde el Rey intruso abajo, de las brutalidades que la ciu-

dad padecía por la fiereza y orgullo de las tropas de su guarnición. No se excusó de aceptar otros encargos, y en la medida que las circunstancias consentían defendió los intereses locales y contuvo los atropellos del enemigo.

Sea loada su memoria por haber dejado este sencillo monumento, donde consignó los grandes trabajos y desdichas que Alcalá sufrió bajo el poder del extranjero, y sean también muy alabados la generosidad y patriótico celo del Sr. D. Lucas del Campo, á quien se debe que salga á luz el interesante *Diario de un Patriota complutense*.

JUAN CATALINA GARCÍA.

NOTICIAS Y APUNTACIONES

DE ALGUNAS OCURRENCIAS ACAECIDAS EN ESTA CIUDAD Y
SUS CONTORNOS EN ESTOS TIEMPOS DE GUERRA Y DESO-
LACIÓN POR LA INJUSTA INVASIÓN DE LOS FRANCESES EN
ESPAÑA

Alcalá de Henares y Octubre 20 de 1809.

Año 1809.

Domingo día 22 de Octubre de 1809 se hizo la trasla-
ción del glorioso cuerpo de San Diego á la Santa Iglesia
Magistral de esta ciudad, á la hora de las cinco de su tarde,
con una procesión devotísima, habiendo salido todo el Ca-
bildo de la Santa Iglesia con la cruz parroquial hasta el
convento de San Francisco (1) y recibido allí el cuerpo, se
trajo en procesión por la calle Mayor y se colocó en la ca-
pilla mayor de dicha Santa Iglesia. Concurrió mucha gente
de la ciudad, y la mayor parte derramando copiosas lágri-

(1) El convento de franciscanos de San Diego estaba en la plaza de la
Universidad. Fué derribado en 1860, y sobre el solar que quedó y el del
próximo convento de San Bernardo, que daba á la calle de Roma, se cons-
truyeron grandes cuarteles. El cuerpo de San Diego se venera hoy en la
Magistral, donde al fin se depositó después de la última exclaustación,
quedando el marmóreo sepulcro que lo contenía en la iglesia de PP. Je-
suitas.

mas de sentimiento y afligidos todos en extremo por ser el motivo de la traslación la extinción del convento, como de los demás, hecha por Josef Napoleón (1).

En la misma tarde, al anochecer, se trasladó también desde el mismo convento á la parroquia de Santa María la hermosa imagen de Santa María de Jesús con otra procesión, muchas luces y un grande concurso de gentes. El motivo fué el mismo, y las gentes lloraban poco menos que á gritos. Fué grande la consternación.

También se trasladaron otras imágenes á Santa María.

Día 24 de Octubre de 1809 se recogieron dos cadáveres del camino de Anchuelo, que se hallaron degollados junto al pontoncillo de piedra de dicho camino, y eran dos pobres vecinos de Santorcaz, á quienes mataron los franceses que estaban de guardia en la barca de esta ciudad el día 22 del mismo mes, y aunque todo se justificó, no se vió, ni se supo, que castigase á los delincuentes.

Día 5 de Noviembre se hizo convite á nombre de este Ayuntamiento á muchos vecinos de esta ciudad, para que con sus mujeres ó hijas asistiesen á la función que se hacía casa del comisario ordenador (que estaba alojado en la de Munarriz), con motivo de la paz ajustada entre el Emperador Napoleón y el Gobierno de Austria, del modo que consta por la papeleta impresa de convite que obra en esta foja (2); pero ninguna persona asistió al convite ni hombre ni mujer de esta ciudad, y de los de Ayuntamiento tan sólo estuvieron el corregidor D. Roque Novella (3) y los regido-

(1) Fué decretada la supresión de conventos y la consiguiente confiscación de sus bienes en 18 de Agosto de 1809. «Los bienes que pertenecen á los conventos, decía el decreto, quedan aplicados á la Nación.»

(2) No existe la papeleta.

(3) Este traidor era catedrático de Recopilación de la Universidad Complutense. En 16 de Mayo de este año era ya corregidor interino y como tal dió un auto de buen gobierno, impreso en cinco hojas en folio. En 7 de Diciembre de 1812 fué nombrado juez de primera instancia en Madrid, y antes, en 4 de Junio de 1810, recibió el nombramiento de juez de la Junta criminal extraordinaria de Guadalajara.

res D. Baltasar de Ayala y D. Antonio Priaza, porque los demás se ocultaron ó marcharon de la ciudad por no asistir. Es notable el brindis del Sr. Novella, que dijo así: «Á que el Emperador de los franceses haga su entrada felizmente en España y se ejecuten sus planes sin efusión de sangre».

Por el mes de Enero de 1809 se ejecutó en Chinchón la sangrienta escena de degollar cuantos hombres y mozos fueron hallados en el pueblo por las tropas francesas, y de abrasar los templos y muchas casas por mandato del Emperador Napoleón, con motivo de haberle muerto allí dos ó tres soldados de su ejército, los paisanos del pueblo. Más de cien vecinos murieron, sin poder excitar la compasión de los bárbaros con sus alaridos, llantos y voces pidiendo la vida.

El famoso Empecinado, jefe de una partida de guerrilla muy temida de los franceses, por los muchos daños que de ella reciben (1) y buen número de prisioneros que les coge, fué sorprendido con unos doscientos de la misma partida, estando en Guadalajara á mediados de Noviembre de este año de 1809, por unos ochocientos franceses de infantería y doscientos de caballería que salieron de esta ciudad de Alcalá á las diez y media de la noche, sin tocar cajas ni hacer ruido, y al amanecer estaban todos alrededor de Guadalajara, cubriendo todos los caminos y salidas de la ciudad, de modo que no tenían por donde escapar ni el Empecinado ni los de su partida; pero este valiente guerrero, que

(1) El célebre D. Juan Martín, *El Empecinado*, escogió por campo de sus primeras hazañas las provincias de Castilla la Vieja y del reino de León. La Junta de Guadalajara, sabiendo que estaba en la provincia de Soria, le llamó en su auxilio y entró en aquella en 11 de Septiembre de 1809, mandando una fuerza de 160 jinetes. Desde entonces en dicha provincia y en la de Cuenca asentó sus reales, extendiendo sus correrías al campo de Alcalá y aun hasta las puertas de Madrid. (*Vida y hechos del Empecinado* por un admirador de ellos, 1814.) En 16 de dicho mes estaba en Cogolludo, y al día siguiente deshizo en Fontanar una columnilla francesa de la guarnición de Guadalajara, primer encuentro de la serie innumerable que sostuvo en la región.

no conoce riesgo ni teme los peligros, se arrojó al frente de su partida por enmedio de los enemigos, dirigiéndose por la puerta llamada de Zaragoza, donde mató de un trabuazo al comandante de caballería, y haciendo fuego todos los de su partida se abrieron camino matando franceses, y siendo tan poca gente hicieron burla de mil soldados, escapando y salvándose por enmedio de ellos. Solamente perdió el Empecinado siete soldados, dos muertos y los restantes prisioneros: la pérdida de los franceses, además del comandante de caballería, se dice que ha sido mayor (1). Este Empecinado, llamado D. Juan Martín, les hizo por Castilla la Vieja á los franceses muchos daños y presas considerables de las alhajas y plata de iglesias que se llevaban á Francia; y por el verano de este año de 1809 se vino con su partida á tierra de Cogolludo y Alcarria, y les quitó á los franceses más de trescientos soldados en los encuentros que tuvo junto á Guadalajara, en el Casar, Álvares (?) y Torres, sin perder una docena de los suyos.

En el mes de Noviembre de 1809 se tapiaron con tierra, por orden del comandante francés, todos los portillos y entradas de la ciudad, dejando tan solamente para entrar y salir las puertas de Mártires, Santiago, Madrid y el Vado, donde ponían guardias. Todo este aparato era miedo á las partidas de guerrilla, especialmente á la del Empecinado.

Por el mes de Noviembre de 1809 hizo el cura Tapia con su partida de guerrilla una presa que se dice ser muy interesante por los muchos papeles y correspondencia que venían de Francia, y por el conductor, que se dice ser un personaje: se lo llevó á Sevilla todo para presentarlo á

(1) Ocurrió el suceso en 13 de Noviembre. *El Empecinado* fué engañado por sus enemigos que, conociendo la audacia del guerrillero, abandonaron á Guadalajara el día anterior, retirándose á Alcalá, desde donde con nuevos refuerzos tornaron sobre aquella ciudad y sorprendieron á los leales. Coincide lo que dice el mencionado opúsculo sobre la pérdida de siete muertos que tuvieron, pero dice que los franceses eran 2.500 hombres.

S. M. la Real Junta, y por ahora no se saben las circunstancias de este suceso.

En el día 19 de Noviembre ocurrió la desgraciada batalla de Ocaña, en que perdió nuestro ejército español doce mil hombres, casi todos prisioneros, que condujeron los franceses á Madrid, habiéndolos despojado antes de cuanto tenían, hasta de las ropas, de modo que los entraron á la mayor parte sin casacas, arropados con andrajos, serillos y esteras, y á una porción encerraron en la plaza de los toros al raso, sin embargo de las grandes heladas que caían, y así sucedió que algunos murieron helados. Esta fué la humanidad y generosidad francesa. En la misma batalla tuvieron más de cuatro mil muertos los franceses con su general Paris; y así pasó el suceso y no del modo que le exageraron en su *Gaceta de Madrid*. De los doce mil prisioneros nuestros se le escaparon cuando los conducían á Francia más de la mitad; pero los conducían del modo más inhumano, sin darlos de comer sino nabos crudos y matando al que no podía andar.

Año de 1810.

Con el motivo de que las guerrillas cogían y mataban á los franceses que iban á conducir pliegos en la carrera de Madrid hasta Guadalajara, nombró el comandante que había en esta ciudad á los sujetos más visibles y pudientes, y los forzó, bajo de su responsabilidad personal, á que llevasen los pliegos á Madrid, Guadalajara y Alcarria, viéndose los nombrados en la dura precisión de hacer este servicio á favor de ellos y contra la Patria, por no perder sus bienes y verse aprisionados. Entre otros fueron nombrados Francisco Recio, D. Domingo Calzada, D. Isidro Calzada, D. Eugenio Martín, D. Pedro Aldama, D. José Calderón, D. Josef Peña, Francisco Ibáñez, D. Isidro Lizana, el mancebo mayor de la tienda de Monasterio, D. Domingo Urrutia, Gregorio Regidor, D. Ramón Yárritu, Andrés Raboso, don Fernando Sabugo, D. José Azuela, D. Francisco Vea-Murguía, D. Martín de Astoreca y hasta cuarenta personas.

Día 21 de Marzo se llevó el Gobierno francés la plata de la Magistral y la de la parroquia de Santa María, dejando para el culto pocos cálices, una lámpara y algún incensario; después de haber recogido anteriormente toda la plata y alhajas de todos los conventos (1).

(1) La piedad había enriquecido con ricas alhajas los templos de Al-

Día 21 de Marzo trajeron los soldados franceses varios vecinos de Torrejón de Ardoz presos con grillos y algunas mujeres, entre ellas una con una criatura de pecho, y las pusieron con guardia en el Pósito, sin más motivo que ser parientes cercanos y padres de algunos que estaban en partidas de guerrillas defendiendo la Patria: lo mismo ejecutaron antes con dos vecinos de Usanos y con otros de distintos pueblos.

calá, no siendo el menos heredado la Magistral. Sólo en la capilla mayor había diez y siete lámparas de plata. Salváronse algunas notables obras de orfebrería, como fueron la urna de San Diego, la de los Santos Niños y algunas otras que han sido expuestas en la Exposición Histórico Europea de 1892 á 1893, por galante concesión del Cabildo. Carlos III había concedido á la Magistral los bienes, ropas y alhajas de los PP. Jesuitas expulsos

Para fines más santos y con otras formalidades (aunque también ocurrieron abusos), recogieron la plata de las iglesias las autoridades españolas. Tengo á la vista una certificación expedida en 24 de Junio de 1813 por D. Juan de Carrascosa, contador de rentas de la provincia de Guadalajara, y en ella dice que la plata recogida en la tesorería de la misma fué: 1.110 libras y 8 adarmes en los pueblos de la provincia pertenecientes al arzobispado de Toledo; 2.574 libras, 14 onzas y 8 adarmes en los del obispado de Sigüenza, y 608 libras, 4 onzas y 8 adarmes en los de la diócesis de Segovia. Además, de particulares sin asignación á determinados dueños, 1.964 libras, 2 onzas y 8 adarmes. En total, 6.257 libras y 6 onzas, quedando en depósitos escondidos otras alhajas de importancia, como una coronita de piedras de Nuestra Señora de los Llanos de Hontova, un cáliz de oro con patena, cucharilla, vinajeras y campanilla de la parroquia de Torrelaguna, y otro cáliz y alhajas de oro de la de Tendilla. Otras alhajas llevó á vender á Valencia D. Fructuoso María Guerra, y persona que debía estar muy enterada, como era D. José López Juana Pinilla, Intendente español de la provincia, calculó en 600 las arrobas de plata recogidas.

Asimismo tengo impresa la instrucción que el prefecto afrancesado de Guadalajara, D. Ramón Salas, dió en 7 de Mayo de 1810 á sus delegados D. Pascual Calvo y D. Jaime Rotger. En ella se les manda ante todo: «En todos los pueblos por donde pasasen recogerán cuanta plata y oro haya en las iglesias, dejando solamente los vasos más precisos para el servicio del culto.» Lo mismo ordena respecto á los conventos. El Gobierno nacional también ordenó el secuestro de la plata, aun de los particulares, en 6 de Diciembre de 1809, dando instrucciones para el caso, y no hizo menos el intruso, cuyos generales saquearon las iglesias y catedrales, con vergüenza de sus propios soldados.

Después de esto, ¿cómo hemos de extrañar la escasez de obras de orfebrería y de arte, que tanto se lamenta ahora? Aún quedó, sin embargo, bastante en qué emplearse la peor aconsejada de las desamortizaciones.

Á mediados del mismo mes el famoso D. Juan Martín, alias el Empecinado, batió completamente y derrotó á novecientos ó mil franceses que fueron á Sigüenza por una partida considerable de trigo: les hizo perder el trigo que ya se traían, y les mató trescientos hombres ó más. En el ataque ponían por delante los franceses á los paisanos españoles que iban de bagaje para conducir el trigo, defendiéndose con sus cuerpos como parapetos de las balas (1).

Á fines de este mes de Marzo derribaron en esta ciudad las campanas de todos los conventos y comunidades de frailes para conducir las á Francia, y esto mismo han ejecutado en Madrid, con órdenes del Gobierno francés, ejecutadas por españoles afrancesados.

El comandante de esta ciudad, Mr. Beauvois, se trasladó á vivir en el palacio del señor Arzobispo, como asilo más seguro para resguardarse de las partidas de guerrilla, llevándose en su compañía á una muchacha de diez y ocho años hija de Alcalá, á la que sedujo, y tenía en su compañía, cohabitando con ella públicamente, manteniéndola y vistiéndola á costa de los pobres vecinos de Alcalá y su partido con profusión y grandeza. También se trasladaron al palacio el administrador de rentas reales nombrado por Josef Napoleón, con su oficina y todos los empleados en ella, que eran españoles afrancesados, y el administrador de bienes nacionales.

(1) Dispuso la expedición el prefecto D. Ramón Salas. Parece que iban 800 infantes y 250 caballos, á quienes acometió á la ida el Empecinado sin gran fruto. Pero cuando volvían cargó sobre ellos en los cerros de Mirabueno, con 150 ginetes é igual número de infantes, perteneciendo parte de ellos á la partida del valeroso cura Tapia. También asistieron al combate unos cien escopeteros del país. El defender el botín entorpeció mucho la defensa de los franceses que fueron muy castigados en la acción, acaecida en 16 de Marzo. Mandaba á los franceses el coronel Vial. La *Gaceta* atribuyó la victoria á los enemigos, diciendo además que, mientras éstos no tuvieron más que cuatro muertos, los españoles perdieron ochenta. El periódico oficial, puesto entonces en manos de los franceses, porque eran dueños de Madrid, solía dar pocas noticias de la guerra, pero en cambio las daba estupendas.

El 27 ó 28 de Marzo se fijó un edicto estableciendo las guardias cívicas en esta ciudad, convocando á los vecinos de ella para que se alistasen á tomar las armas, formando dos compañías de á cien hombres cada una, bajo el pretexto de que era para guardar el pueblo y las propiedades contra la invasión de los que ellos llamaban bandidos, que este nombre daban á las guerrillas; pero ni un solo hombre compareció á alistarse de los vecinos del pueblo, y sólo el administrador de rentas reales nombrado por ellos se alistó; no hubo otro. El tal administrador se llama D. Nicolás Vivanco.

Por los meses de Abril y Mayo hubo en esta ciudad una cuadrilla de galopos que vino de Madrid, de las heces del pueblo, que se empleó en derribar todos los altares de los conventos de esta ciudad suprimidos por los franceses para sacar el oro de los retablos, y á estos miserables entregaron á discreción las iglesias y los altares los agentes y administradores de Josef Napoleón, y así vimos con dolor todos los alcalainos el destrozo tan terrible que hicieron, haciendo pedazos los santos como pudieran hacerlo los enemigos de la religión, destrozando los retablos, malvendiendo mesas y otros muebles del culto, quemando dentro de las iglesias los altares, las que convertían en infiernos, dejándolas más negras que una pez, y sucedió que mientras el Jueves y Viernes Santo adorábamos á Dios en los monumentos de las pocas iglesias que nos dejaron, en las demás estaban quemando y derribando los altares, habiéndose llevado mucho antes todas las campanas de los conventos á Francia (1).

(1) No inventaron, pues, los codiciosos, después de la exclaustración de 1835, el brutal procedimiento de quemar los altares para sacar de ellos unas hojuelas de oro. Según me comunica el ilustrado complutense don Ignacio Martín Esperanza, muy noticioso de cosas de su ciudad natal, el gran retablo de la iglesia de Jesuitas se salvó entonces como por milagro, y cuando en 1845 corrió igual peligro, se opuso á su destrucción el Ayuntamiento.

El día 29 de Abril se presentaron cuatro soldados de la partida de guerrilla de D. Juan Martín, alias el Empecinado, en el puente de piedra de Guadalajara, insultando y tirando tiros á la guardia francesa, sin embargo de que la guarnición que había dentro de la ciudad no bajaba de 1.000 franceses. Salieron inmediatamente de ella 90 ó 100 dragones de caballería á perseguirlos; y los cuatro españoles se retiraban poco á poco hacia Marchamalo, de lo que sospecharon alguna emboscada los franceses, y en efecto, junto al arroyo de Dueñas aparecieron otros 20 españoles, y creyendo el comandante francés que ésta era toda la fuerza que se le oponía, mandó tocar á degüello. Esperaron los españoles á pie firme, y al acercarse los franceses aparecieron otros 30 españoles que estaban ocultos; se trabó combate con arma blanca, porque la lluvia que á la sazón caía no permitió el uso del fuego, y el resultado fué morir en el campo 35 franceses y (lo que parece increíble, pero es positivo) quedar levemente heridos tres de la guerrilla, entre ellos el Manco, que iba de comandante, en el dedo meñique, y ningún muerto.

Nota.—Después se supo que los franceses muertos fueron 60 y que los metieron á los restantes á cuchilladas en Guadalajara, y también se añadía que uno de los españoles herido hacia la curcusilla había muerto algunos días después de la refriega, pero no se confirmó.

Á principios de Mayo emprendieron los franceses otra expedición, marchando en número de 300 caballos y 500 infantes hacia Trillo, Valdeolivas, Salmerón y otros pueblos de la Alcarria (1), y á la vuelta para Guadalajara salieron al encuentro las guerrillas al mando de D. Juan Martín, que

(1) Á fines de Abril volvió el Empecinado á la provincia de Guadalajara, después de estar algún tiempo en la de Cuenca á las órdenes del Comandante general de la misma, donde no hizo grandes cosas, sin duda porque su genio militar requería estar libre para conseguir victorias y aun para organizar fuerzas de alguna importancia, como hizo entonces.

los hicieron volver precipitados y encerrarse en Guadalajara, metiéndose todos en la fábrica como lugar más fuerte, y taparon las bocacalles con carros y maderas (1). Se asegura que murieron ó quedaron prisioneros 200 franceses, poco más ó menos, y no se habla de pérdida de las guerrillas. Robaron y saquearon los franceses en los pueblos, según su costumbre.

Día 23 de Mayo atacó la guerrilla del Empecinado á la partida ó columna volante del Tajuña, que constaba de 200 y tantos franceses, en Brea, y la derrotó, matándola 160 hombres y cogiendo otros 30 prisioneros, y al resto le persiguió hasta Villarejo de Salvanes, donde se encerró en el palacio (2); la guerrilla no tuvo otra pérdida que dos hombres muertos y otros dos ó tres heridos. La venganza que á los tres ó cuatro días después tomaron los franceses fué ir en gran número á Brea y otros pueblos comarcanos y matar á los vecinos indefensos y descuidados, sin embargo de que estos pueblos en nada se metieron ni en ellos había culpa alguna, y no se atrevieron á perseguir ni presentarse á la guerrilla de D. Juan Martín; también saquearon é incendiaron los franceses en dichos pueblos cuanto quisieron. Se dice que en Brea y Valdaracete mataron 40 personas.

El comandante de esta ciudad, Mr. Beauvois, dispuso y ejecutó una cuadra para caballos en la que fué iglesia de la Madre de Dios, haciendo que en ella se fabricasen una gran

(1) Mala la hubieron los franceses á la vuelta de esta expedición, que tornó á la capital por Solanillos y Brihuega. En el primero de estos pueblos, y en 15 de Mayo de 1810, ya fueron acometidos, y los españoles les picaron la retaguardia de tal suerte, que en Brihuega alcanzaron unos jinetes á D. Pascual Calvo, sobrino del intendente Salas, y le hendieron el cráneo de un sablazo, fuera de la puerta de la Cadena, cogiendo sobre su cadáver papeles importantes.

(2) No sé si lo que el narrador llama palacio de Villarejo será el magnífico pósito ó el castillo, porque en dicho lugar no existe construcción digna de aquel nombre. El biógrafo del Empecinado que antes mencioné le llama palacio fuerte. Eran los franceses robadores unos doscientos cincuenta.

porción de pesebres, sin embargo de que había otras habitaciones en el convento que podían destinarse para este uso sin tocar á la iglesia; pero la impiedad exigía que de este modo hiciese profanación del lugar más sagrado.

Este comandante fué y es un tirano para esta ciudad; sobre el sueldo de 20.000 reales anuales que se le pagan á costa de los vecinos y de los pueblos de la comarca, exige diariamente del Ayuntamiento una porción crecida de pan, vino, carne, dulces, tocino, manteca y de todo género de comestibles, que monta por más de 120 reales diarios, y para sólo esto y otros gastos que se le antojan tenemos cargado un cuarto en libra de carne, otro en el vino y otros dos en el aceite. Además de este gravamen, hace que vayan á trabajar al palacio arzobispal (de que está apoderado) los infelices jornaleros, y de este modo les priva de ganar su sustento, da de palos al que le da la gana y les hace trabajar de balde. Si se le antoja algún mueble ó cosa que tenga un vecino, se la quita, y todas estas violencias las sostiene con sus soldados, sin que nadie se atreva á quejarse porque los españoles no somos oídos en los tribunales de los franceses; el que se queja sufre luego mayores vejaciones y nos hacen por fuerza sufrir la más ignominiosa esclavitud.

En el mes de Julio pasaron más de cinco mil soldados del ejército francés á perseguir al Empecinado, y se destacaron desde Guadalajara hasta Sigüenza, mandando esta expedición el general Hugo (1), y sin embargo de que el famoso Empecinado no reunía más que mil y quinientos hombres entre caballería é infantería, hizo burla de todos los franceses, quitándoles y matándoles más de seiscientos

(1) Padre del célebre poeta francés. Según otros relatan llevaba, no 5.000 hombres, como dice el Patriota complutense, sino 3.000, con doce piezas de artillería ligera. En Sigüenza dejó un fuerte destacamento, en 29 de Junio, y otro, por aquellos días, en Brihuega, donde se fortificaron en el cerro que más domina á esta villa y en el que aún existen trozos de bastiones y cortinas. En aquellos puestos estuvieron como bloqueados.

soldados en tres acciones que sostuvo, una en el puente de Trillo y dos en la cuesta de Mirabueno (1); tan solamente vimos veintiún prisioneros hechos por los franceses, y entre ellos tres ó cuatro paisanos cogidos en los pueblos.

Día 18 de Septiembre de 1810, á las ocho de la mañana, entró en esta ciudad José Napoleón y se hospedó en la casa de D. Vicente Munarriz, calle de Escritorios (2). La tarde del día anterior se echaron pregones anunciando su venida, mandando barrer las calles y colgarlas, con las conminaciones que tienen por costumbre los Gobiernos franceses. Se barrió y se colgaron las calles de tránsito por los vecinos, intimidados de la fuerza, pero lo peor que cada uno pudo; y cuando entró José Napoleón, aunque los muchachos y gentes concurrían por curiosidad á mirarle y verle, nadie le dijo un viva, ni aun se quitaban el sombrero, como no fuese los que estaban más cerca de él. Á cosa de las diez de la misma mañana vino á pie el Sr. José desde la casa de Munarriz hasta la Magistral, acompañado de Urquijo, Ofarril, Negrete y sus edecanes, soldados de caballería, etc.; fué descubierto el grande portento de las Santas Formas, y para que le adorase hubo que advertirle se pusiese de rodillas, y dicen que uno de la comitiva preguntó *si eran pintadas*. En seguida se abrió y manifestó el arca de los Santos Niños, cuyos miembros se dieron á adorar al pueblo,

(1) Ocurrió el encuentro del puente de Trillo en 19 de Julio de 1810 y en 24 el de la cuesta de Mirabueno; éste todavía más feliz que aquél para los españoles.

(2) El moderno historiador de Alcalá no menciona este suceso, aunque bien lo merece. La *Gaceta* de 20 de Septiembre dice que José llegó el 18 á Alcalá, donde recibió corte, visitando luego la Magistral y la Universidad, y en el mismo día continuó su viaje á Guadalajara, donde también recibió las visitas de las autoridades, examinó con detenimiento las célebres fábricas y revistó las tropas mandadas por el general Hugo, todo en el 19 de dicho mes, tornando á Madrid el 20. En Guadalajara nombró corregidor á D. José Valadiez de la Bastida y varios regidores, y prefecto al intendente D. Ramón Salas, fervoroso afrancesado. También dió un decreto devolviendo á la administración de la Real Casa las fábricas de aquella ciudad y de Brihuega, que aún mantenían millares de operarios.

mandándolo el Sr. José; y éste hizo á la iglesia la donación de un anillo de oro y diamantes, sin duda en recompensa de diez arrobas de plata que la había sacado, sin contar lo demás que la hizo perder por otros capítulos. Desde la iglesia fué á pie hasta la Universidad, por la calle Mayor, y allí estuvo registrándolo y viéndolo todo, y á cosa de las doce del día marchó á Guadalajara. Le acompañaron y guarnecieron el camino, por lo menos, dos mil hombres de á pie y de á caballo, á más de los cuatro mil que anteriormente estaban destacados desde Alcalá hasta Sigüenza, y traía también tres cañones. El día 19 siguiente volvió de Guadalajara á esta ciudad, á las cinco de su tarde: obligaron á colgar las calles y mandaron iluminar por la noche. Todo se hizo, aunque de mala voluntad; pero aún fué más fría la expectación del pueblo que el día anterior, y fué digno de notarse que al marchar á Madrid el día 20 por la mañana, al pasar por la plaza Chica (1), que estaba llena de gente, todos se arribaban en fila hacia el coche, y casi ninguno se quitó el sombrero. Era mirado con curiosidad; pero despreciado enteramente por todo el pueblo, cuyo concepto no le es favorable. Regaló una caja de oro á Munarriz y otra al Sr. Abad de San Justo, ambas de poco precio.

Se sabe que los franceses han tenido que evacuar á Sigüenza (2) y que la han ocupado las tropas del Empecinado; cuyo parte vino á este comandante francés el 5 de Octubre de 1810.

El comandante Beauvois nos le mudaron ó quitaron de esta ciudad y marchó de ella llevándose su moza y los grandes caudales robados, el día 8 de Octubre de 1810, á Madrid; todos nos alegramos mucho vernos libres de este

(1) Dicen personas curiosas que esta plaza Chica debe ser la que estaba separada de la de los Santos Niños por algunas casas que ya se derribaron, formando ahora ambas una sola.

(2) Creo que la abandonaron en 29 de Septiembre. Si fué así, tardó el parte del abandono á los franceses de Alcalá.

tirano: los pobres, por no sufrir palos, y los ricos, por si mudando de señor mudaban de ladrón; pero con el miedo de si el nuevo comandante será peor, porque los franceses se diferencian poco.

Por el mes de Septiembre de 1810 volvió á insistir el Gobierno francés en establecer aquí la guardia cívica, no ya voluntariamente, sino por fuerza, mandando alistar y comprender en ella á los vecinos pudientes hasta la edad de sesenta años, sus hijos primogénitos, artesanos con tienda abierta y empleados civiles. Vino comisionado para organizar la cívica D. Antonio Viedma, capitán de los renegados del número primero de Infantería de línea; y por mi desgracia me nombraron asesor para este negocio; pero luego pude excusarme (1).

El día 7 de Octubre de 1810 vino un pliego por el correo á esta justicia nombrando José Napoleón corregidor á D. Isidro Calzada y regidores á Ion dos Urrutias, hermanos á Peña, Azuela, Aldama, Novella el abogado, sobrino de D. Roque, y á mí, por mi desgacia, mandando en el pliego que inmediatamente se diese posesión á los nombrados y se remitiese testimonio de haberlo hecho. Yo me quedé sorprendido cuando me vi nombrado para un cargo que en las actuales circunstancias es detestable, porque un regidor no es otra cosa en el día que un instrumento para sacrificar al pueblo, porque la fuerza le precisa á suministrar á los caprichos y antojos de los franceses. Quise determinar el marcharme al Gobierno español y pueblos no dominados por ellos, á Cuenca, donde hay Junta española; pero no me resolví por no abandonar á mi pobre madre, mayor de sesenta y dos años, que la dejaba al blanco de estos foragidos, sin arbitrios para su manutención y porque no podía

(1) El decreto de creación de la milicia cívica en Alcalá lleva la fecha de 29 de Abril de 1812, y en él consta el nombramiento de los oficiales, que eran dos capitanes, dos tenientes y dos subtenientes.

yo esperar que en Cuenca ni en otra parte me diesen un destino, como no fuese ser soldado, para lo que no soy útil. Todos los nombrados tomaron posesión el día 8, si no es Aldama, Urrutia y yo, que me excusé con fingirme indispuerto y que cuando estuviese mejor me presentaría; pero convencido de que no había otro remedio y aconsejado de D. Jerónimo López y de algunos buenos españoles, como también apremiado con multa de diez ducados, tuve por fin que presentarme á tomar posesión. Me se temblaban las carnes cuando me intimaron el juramento, porque su fórmula me pareció á primera vista contraria á la lealtad de un fiel vasallo á su legítimo Rey; mas luego que me hice cargo de que en ella no se nombra la persona individual del Rey, y que bastaba leer la fórmula para cumplir, sin necesidad de poner la cruz, conocí que no hacía juramento alguno con solo leer sin intención, y que aun cuando jurase. como no expresaba más que obedecer *al Rey*, sin decir á cuál, haciendo intención á favor del legítimo, juraba lo que debía y me importaba, y por lo mismo no tuve reparo en leer *juro* cumplir este destino en servicio del *Rey y de la Constitución y de la Nación*, porque para mí el Rey era, según la Constitución, la de la verdadera España, y la Nación, la española no afrancesada. La obligación que de veras me he impuesto es mirar por el pueblo y trabajar en su favor, resistiendo del modo posible las iniquidades de estos vándalos.

No he podido indagar quién haya influído ó informado para que me nombrasen; pero todo el pueblo juzgó, y con motivo, que D. Isidro Calzada había causado esta novedad, pretendiendo para sí el corregimiento, en ocasión que pasó por aquí José Napoleón, pues su mujer habló muy despacio con Urquijo en casa del Sr. Abad, y entonces se empezó á hablar de mudanza, y aun D. Isidro estuvo con José en casa de Munarriz, según aseguraron. Las utilidades que se propuso Calzada fueron, la primera, el man-

dar, á que siempre fué inclinado, y también libertarse de bagajes, alojamientos, correr pliegos y otros repartos gravosos.

Décima á los cívicos de Madrid.

Dos clases muy diferentes
la cívica compondrá;
unos traidores serán
y otros serán insurgentes:
éstos, como más valientes,
luego serán elevados
al grado de Empecinados,
que, á mi modo de entender,
es todo lo que hay que ser
entre los hombres honrados.

Otra á los andaluces.

Los bravos de Andalucía,
fanfarrones presumidos,
en corderos convertidos
se entregaron á porfía;
su conquista en sólo un día
no fué más que toma y daca:
justo es sufran la matraca,
pues, teniendo al mundo en poco,
estaban haciendo el coco
y al fin hicieron la *caca*.

Á la llamada y decantada felicidad que prometió Napoleón á los españoles con el objeto de subyugarlos.

No han visto los hombres
la felicidad
hasta que la Francia
la trajo hacia acá.

Ellos nos han dicho
que es su humanidad
robar cuanto puedan
con sinceridad.

Violar las mujeres,
templos derribar,
dicen que se llama
el regenerar.

No guardar los pactos,
mentir sin igual,
ésto se gradúa
de moralidad.

Dejar á la España
en suma orfandad,
sin pagar á nadie,
es felicidad.

Repudiar mujeres,
volverse á casar
sólo por capricho
es felicidad.

Encismar los reinos,
al Rey destronar,
esto no es por vicio
de querer reinar,
sino por traernos
la felicidad.

Gravar con tributos,
vender y comprar
bienes que se llaman
deuda nacional,
dejándola en pie
y sin cancelar,
¡vaya! que no es mala
la felicidad.

Llamarle insurgente
á un pueblo leal
que se sacrifica
por su libertad,
y que se resiste
á la iniquidad,
¡vaya! que no es mala
la felicidad.

En el mes de Diciembre confiscaron á todos los comerciantes de esta ciudad todo el cacao, azúcar, canela y otras especias coloniales, y les quitaron el valor de cerca de medio millón de reales, después de haberlos introducido bajo la garantía del Gobierno, pagando los derechos de su imposición. Dichos géneros los llevaron á Madrid, y todos decían que era un saqueo real.

Año de 1811.

En el principio de este año (1), y sobre los grandes trabajos sufridos en los dos anteriores, se halla esta ciudad gravada con la contribución de patentes, reducida á que todo el que haya de ejercer profesión, arte ó industria haya de sacar precisamente un papelón que le cueste más que lo que gana en un mes, y á algunos más de lo que ganan en medio año. Ítem el diez por ciento del alquiler de las casas, y seis por ciento de la pensión de tierras. Ítem mil reales diarios para la manutención de la tropa. Ítem cuatrocientos cuarenta y cinco mil reales que se la ha repartido para el cupo de veintitantos millones cargados á Castilla la Nueva. Y todo esto sobre las contribuciones comunes que en nada se aminoraron, y cuando ni existe comercio y toda profesión y arte se halla sin circulación, y sumamente obstruída por consecuencia de la guerra (2). Y para mayor desgracia nos

(1) En 28 de Enero fué nombrado subprefecto de Alcalá D. Pedro Miranda.

(2) No obstante la implacable brutalidad con que las autoridades francesas, sobre todo las militares, ejercían sus oficios, en ocasiones el Ayuntamiento se mostró enérgico y dispuesto á no consentir desafueros. Así, el comandante francés elegido al mediar Diciembre de 1810 exigió que se le diese la mensualidad de 3 000 reales que la ciudad pagaba, á contar desde 1.º de dicho mes; pero el corregidor se negó á ello y sostuvo con el francés grandes altercados, consintiendo al fin en entregarle

hallamos encarcelados los vecinos de la ciudad, porque temiendo á los Empecinados han cerrado la población, dejando solas cuatro entradas, á saber: puerta de Madrid, la de Mártires, la de Santiago y San Julián; pero éstas con fuertes maderas que se cierran al anochecer, y la guardia queda á la parte interior. La circunvalación del pueblo y fortificaciones se han ejecutado por los paisanos vecinos, y á costa de la ciudad, de modo que hasta nuestro carcelaje nos cuesta el dinero, para que los franceses estén seguros de los Empecinados (1).

Nada de esto estorbó para que en Junio viniesen los Empecinados á haccerlos una visita, y si no hubieran estado tan listos para cerrar las puertas, que cerraron bien pronto los franceses, se hubieran entrado en la ciudad; pero aunque había más de trescientos hombres entre caballería é infantería, se encerraron cobardemente, y un granadero francés, en la puerta de Santiago, quedó acuchillado y herido.

Después se acercaron varias veces los Empecinados á la ciudad, y una de ellas, en la octava de los Santos Niños,

la mesada, pero con la cláusula de «á cuenta de su sueldo». (Actas del Ayuntamiento, 7 de Enero de 1811.)

Las patentes fueron tan mal recibidas como en todas partes. En sesión de 23 de Febrero de 1811, llamó el Consejo al médico y los cuatro boticarios de la ciudad para exhortarles á que sacasen las patentes; pero ellos se negaron por carecer de dinero, y aun á costa de abandonar sus profesiones, como las abandonaron, si bien el Ayuntamiento acordó que siguiesen en ellas, rogándoles que sacasen las patentes lo más pronto posible. (Acta del Ayuntamiento, de dicha fecha.)

Tres días antes había manifestado el escribano municipal, D. Benigno Vera, que por la indigencia en que estaba no podía pagar la patente y, por tanto, que tendría que dejar su destino.

El Consejo reconoció la verdad del hecho de la indigencia, mas no considerándose con facultades para pagar la patente, consultó con la superioridad.

(1) No sólo por propio impulso embestía el Empecinado contra las guarniciones de la Alcarria y de la campiña de Guadalajara y Alcalá, sino para cumplir la orden de la Regencia del Reino de 27 de Octubre de 1810, de que alarmase de continuo á Madrid y su provincia, y sacase en ella hombres y recursos.

le mataron al comandante de infantería francés el caballo en la Esgaravita, en ocasión de haber ido allí á tener una merienda, sin embargo de que llevaba veinticuatro hombres de escolta, y todos se volvieron más que á paso á la ciudad.

En el mes de Agosto de 1811 marchó de aquí el comandante Henri, y vino D. Manuel Azlor (1), mayor coronel, español renegado, y empezó su comandancia con nuevas fortificaciones y gastos para ellas de Alcalá y sus pueblos auxiliares, á pesar de tener cerca de trescientos hombres de guarnición. Mandó cerrar las pocas puertas que algunas casas tenían al campo, tapiándolas á cal y canto, de modo que quedamos absolutamente sin ningún agujero para entrar ni salir de la ciudad desde las oraciones, que cerraban las cuatro puertas de ella. Lo que fortificó con más empeño y coste fué el palacio arzobispal, para encerrarse con la guarnición, víveres y familia de afrancesados: esto lo hizo por temor á las guerrillas de Empecinados.

Á principios de Septiembre se comunicó al Ayuntamiento el reparto que en las contribuciones de granos había tocado á la ciudad, y su importe asciende á setecientos cincuenta mil reales, cuya exacción, según la orden del Gobierno, debe hacerse quitando los granos al que los tenga.

El subprefecto D. Pedro Miranda, que fué el primero que vino con este destino á Alcalá, fué un afrancesado legítimo y se portó como tal en ella, celando mucho por la observación de las órdenes del Gobierno intruso, y afligiendo al Ayuntamiento, que hasta que él vino procuró retardarlas y eludirlas; fué removido de esta subprefectura por fines de Agosto (2).

(1) Azloa le llama el Sr. Azaña en su *Historia de Alcalá*, pero era Azlor, según resulta de algún documento suyo que he visto y de las actas del Municipio complutense.

(2) Era un hombre brutal, exigente é imperioso. En las actas muni-

Vino en principios de Septiembre otro subprefecto, llamado D. Manuel de Tramarria, y fué peor que el anterior.

Ha venido también un comisario de guerra llamado don Miguel de Belgrano, que le echaron de Guadalajara por ladrón, y para desgracia de esta ciudad le han colocado en ella y encargado los almacenes de suministros y granos. Tiene un ayudante llamado Puelles.

Por el día 18 de Septiembre empezó en esta ciudad el saqueo de granos que ejecutaron el subprefecto Tramarria, el comandante Azlor y el comisario Belgrano, que con una porción de soldados y bayonetas caladas fueron á las cámaras y casas de los labradores, las allanaron y sacaron el trigo y cebada que quisieron y lo almacenaron en la iglesia de San Felipe (1) y en palacio. Así lo ejecutaron porque el Ayuntamiento no hizo la extracción con la ligereza que ellos querían, ó por mejor decir trataba de no hacerlo de ningún modo, dilatándolo con representaciones, como lo había verificado con la contribución de los 3.000 reales, de que no se pagó ni un maravedí. Once mil fanegas fueron las repartidas á Alcalá de trigo y cebada.

Estamos viendo todo este mes de Octubre un hermoso cometa en el cielo que aparece al anochecer cerca del carro del Norte, y cuanto más desaparece la luz natural, tanto más luminoso y resplandeciente se mira el cometa. Hace á la vista natural tanto bulto como la luna llena, y tiene una cola como de cuatro varas, muy ancha y como si fuese una cabellera. Dicen que permanece toda la noche y cada hora más hermoso: la cola mira al Oriente, y cuando se oculta es caminando hacia el Norte. Á todos nos tiene ató-

cipales de su tiempo hay referencias á los conflictos que tuvo con el Ayuntamiento.

(1) Decían los antiguos que conocieron esto, que el trigo secuestrado llegaba en dicha iglesia y junto al altar mayor hasta la altura de las tribunas. En las actas del Ayuntamiento se copian varias comunicaciones de las que llaman «á raja tabla», tocantes á este asunto de la exacción de granos.

nitos: todos le consideran con alegría, y algunos interpretan que es la señal de la libertad de la Nación, oprimida por los ejércitos de Napoleón. Empezó á mostrarse á nuestra vista por Agosto.

El día 5 de Octubre (1) tomaron los Empecinados la ciudad de Calatayud, sin embargo de estar fortificada y de haberse encerrado los franceses en el convento de la Merced, que también lo tenían muy fortificado. La guarnición de setecientos hombres cayó en su poder rindiéndose por capitulación, y fueron tomados almacenes copiosos de granos y otros efectos. Pocos días antes habían tomado los Empecinados la villa de Molina con la guarnición de 260 hombres; y en Calatayud fueron pasados por las armas veinte y tantos españoles gendarmes jurados que estaban al servicio de los franceses y pelearon contra los Empecinados, y por esto fueron muertos muy á gusto de todos los buenos españoles (2), como también fué muerto y ajusticiado el corregidor de la misma ciudad, por ser del Gobierno intruso y especialmente por su mala conducta.

Día 8 de Octubre empezaron á sacar los franceses el grano que tenían en la iglesia de San Felipe de esta ciudad para llevárselo á Madrid, y cargaron más de ciento cincuenta carros, llevándose á nuestra vista el trigo, cuando no se encuentra un pan por tres reales y los pobres vecinos están llenos de hambre y miseria (3).

En 16 de Noviembre se publicó en el Ayuntamiento el

(1) La entrega no fué el 5, sino el 4. El Sr. D. Vicente de la Fuente ha dado interesantes noticias acerca de este suceso y de los que les siguieron. (*Historia de Calatayud*, II.)

(2) Se cree que Durán, jefe de la división española, propuso sólo que se les quintase, pero prevaleció acuerdo más terrible en la mayoría del Consejo.

(3) En 18 de Octubre se celebró la apertura del curso en la Universidad, con asistencia del subprefecto Tramarria, el jefe superior militar don Manuel de Azlor y otras autoridades. El doctor D. Nicolás Heredero y Mayoral pronunció la oración inaugural, «análoga á las circunstancias presentes».

decreto del Rey intruso en que nombra corregidor de esta ciudad á D. Vicente Munarriz y regidores á D. Martín de Astoreca, D. Pedro Larralde, D. Tomás Martín, D. Fernando Sabugo, D. Lorenzo de la Torre, D. Pascual Zamora y Doctor, D. Toribio González, y se posesionaron al día siguiente.

En este mes de Noviembre ha continuado el cometa de que se ha hablado antes, presentándose en nuestro horizonte algo disminuída la cabellera y al parecer algo más retirado que antes. En el *Diario de Cortes* del lunes 23 de Septiembre, en Cádiz, se halla un soneto que dice así:

Ese cometa ó globo transparente
que hacia el ártico polo se presenta,
cual precursor benigno nos alienta
anunciando victorias felizmente.

Las ráfagas que exhala hacia el Oriente
ramas de olivas son que nos presenta,
trofeos de una guerra tan sangrienta
y corona marcial de nuestra gente.

La unión de los reflejos á una parte
nos da á entender que unamos nuestros bríos
todos á un punto, resplandezca el arte.

¡Ea! Españoles, unid los albedríos,
y si honor nos anuncia en la campaña,
haya unión y lealtad, y ¡viva España!

Se supone que este soneto se formó bajo la protesta de que no se crea sea el cometa signo de sucesos ó revoluciones políticas.

En 29 de Diciembre, siendo domingo, se obligó á todos los albañiles y trabajadores á que se presentasen en la plazuela de palacio para cerrar con tapias todas las calles que tienen comunicación con palacio, para quedar encerrados y fortificados los franceses y afrancesados, por el temor de los patriotas, y en efecto se hicieron las tapias, y quedó la plaza de palacio enteramente cercada.

Azlor, el comandante de la plaza, español renegado,

entre los muchos males que hizo á esta ciudad, debe tenerse presente su disposición y mandato para que á costa de los pueblos se hiciesen ciento cuarenta ó más camas nuevas completas para la tropa de guarnición, compuesta cada una de cuatro tablas, dos banquillos, un jergón, dos sábanas de lienzo, una manta y un cabezal, y oprimió con tal apremio al Ayuntamiento á que adelantara el total de camas, que sola la ciudad vino á pagar el total de camas, que importó más de veinticinco mil reales, y puso en la carcel pública, llevándole á mitad del día por la plaza mayor entre cinco soldados con bayoneta calada, á D. Domingo de Urrutia, regidor decano, hallándose de regente de la Real jurisdicción (1). Ningún comandante anterior (que todos habían sido franceses) hizo petición de camas nuevas, ni de sábanas, y se pasaron sin ellas por tres años; pero este español renegado, por congraciarse con el general de Madrid, gobernador Blañac (2), le sugirió é hizo dar órdenes para las camas, y para otros gastos que pudo evitar, y de este modo ayudó á la ruina de la ciudad.

Á treinta y dos cuartos se están vendiendo las dos libras de pan en todo este mes de Diciembre, á motivo de haberse alzado los franceses con la cosecha de resultas de la contribución de granos, y el precio del pan tiene que subir mucho más por la escasez, por lo que la miseria va llegando al último extremo.

(1) Fue uno de los sucesos que más escándalo causaron en Alcalá, y ocurrió en 5 de Octubre de 1811.

En cuanto la corporación municipal tuvo noticia de la prisión de Urrutia, se reunió y dirigió un oficio al preso pidiéndole noticias y su parecer acerca de lo ocurrido, y en vista de su respuesta, envió una enérgica representación de protesta al comandante Azlor, contestando éste, para disculpa de su conducta, que procedió con tanto rigor porque el Sr. Urrutia, para dilatar lo de las camas, le había ofrecido una gratificación á manera de soborno. Negó el cargo Urrutia y el Ayuntamiento se atrevió á aceptar su dicho contra el del comandante, que no quedó muy airoso en la querrela. El Municipio elevó también una valiente representación al Rey intruso, pidiendo el castigo del brutal afrancesado Azlor.

(2) Quiere decir Belliard.

Entre el subprefecto Tramarria, Oyito y Terón se sacrificó á una porción de vecinos pobres, obligándolos á pagar el derecho de patentes á pretexto de que habían trabajado en sus destinos sin haberla sacado, y se les apremió á muchos con amenazas de la fuerza militar, por lo que tuvieron que buscar con qué pagar, careciendo hasta de lo necesario para su propio sustento. Oyito y Terón fueron los principales agentes de estas desgracias, y no se oyó ni atendió á los pobres en sus recursos, á pesar de infinitos clamores y justas representaciones.

Lista de los grandes mariscales del imperio francés que han venido á España á hacer la guerra y á robar pingües tesoros hasta fin de este año:

- 1.º El Emperador Napoleón.
- 2.º El Mariscal Berthier, Príncipe de Neufchatel.
- 3.º El Mariscal Masena, Príncipe de Esling.
- 4.º El Mariscal Moncei, Duque de Connegliano.
- 5.º El Mariscal Lanes, Duque de Montebello.
- 6.º El Mariscal Besieres, Duque de Histría.
- 7.º El Mariscal Vitor, Duque de Bellune.
- 8.º El Mariscal Ney, Duque de Elchingen.
- 9.º El Mariscal Angereau, Duque de Castiglione.
- 10.º El Mariscal Sout, Duque de Dalmacia.
- 11.º El Mariscal Mortier, Duque de Treviso.
- 12.º El Mariscal Suchet.
- 13.º El Mariscal Marmont, Duque de Ragusa.
- 14.º El Mariscal Maldonac, Duque de Tarento.
- 15.º El Mariscal Jourdan.
- 16.º El Príncipe Murat, Duque de Berg.
- 17.º El Mariscal Lefebre, Duque de Damietta.
- 18.º El Mariscal Kellerman, Duque de Valmi.

Ya no falta más que Oudinot, Bernardote y Dabous para que todos cuantos Mariscales existen en la orgullosa Francia vengan á probar fortuna y robar en la infeliz España.

Año de 1812.

En la noche del día 2 de Enero, á la hora de las once se ha sentido en toda esta ciudad un temblor de tierra bastante violento, de corta duración. El que escribe esto lo ha percibido; habiéndole despertado el terremoto, que advirtió por el tiempo de un segundo por minuto; y por ahora no sabe más particularidad, sólo sí el que la mayor parte de habitantes le han sentido á la misma hora. Otros aseguran que se repitió á las cuatro de la mañana. Fué de corta extensión.

Empezó este año con terremoto y sigue con desgracia. El día 8 de Febrero capituló la plaza de Valencia con más de catorce mil hombres de línea sin hacer resistencia: se dice, con mucho fundamento, que ha sido entrega y traición del general Blaque que la defendía (1); lo cierto es que con treinta mil hombres que ha estado cerca de cuatro meses para defender á Valencia, nada otra cosa ha hecho que perder casi todo este ejército; sin hacer perder gente á los franceses y quedando el mismo Blaque prisionero. Si fuese traición, ha correspondido muy mal á los favores de nuestro Gobierno, que le había hecho y era á la sazón Re-

(1) ¡Pobre Blacke! También en Alcalá se atribuía á traición el infortunio.

gente del Reino y Capitán general. También tomaron los franceses como prisioneros más de mil y tantos frailes, y los condujeron á Francia presos porque habían predicado y exhortado á la defensa de la patria y religión.

El pan vale á treinta y seis cuartos cada dos libras, y la miseria se aumenta asombrosamente, todo por causa de los franceses, que se han alzado con todos los granos y los tienen almacenados para su ejército.

También ha ocurrido la desgracia de que sorprendan en Tamajón al famoso Manco, D. Saturnino Albuin, jefe de un escuadrón de guerrilla del Empecinado y el más valiente. Le cogieron con cuarenta hombres y noventa caballos (1).

El pan á treinta y nueve cuartos hoy 10 de Febrero; y en esta mañana se ha encontrado un hombre muerto violentamente de punzadas de sable junto á la puerta falsa del corral de Verda; sin duda muerto por algún francés para robarle.

Se asegura con noticias positivas que el pueblo y paisaje de Valencia solicitó cobardemente la capitulación de la plaza; y que mataron inhumanamente los franceses más de quinientos frailes ancianos ó impedidos que no podían andar por el camino hasta Francia.

Á las cuatro y media de la tarde de este día diez han entrado en esta ciudad mil doscientos prisioneros españoles de la división del Empecinado, entre ellos veinticinco oficia-

(1) Este Albuin es el mismo que, perteneciendo como teniente coronel á la división del conde de España que perseguía al valiente caudillo realista D. Jorge Bessieres, cuando éste se alzó por el rey absoluto en 1825, le alcanzó en Zafrilla y le hizo prisionero. Desde Molina de Aragón comunicó la noticia el conde al Gobierno de Madrid, y desde la misma ciudad participó que Bessieres, el coronel D. Francisco Baños, dos comandantes y cuatro oficiales acababan de ser fusilados, «quedando cumplidos los soberanos decretos de S. M. de 17 y 21 del actual y las expresadas Reales órdenes que V. E. me ha comunicado con fecha del 23».

Cuando Albuin reconoció á José Napoleón recibió el título y empleo de capitán de la compañía franca de húsares de Guadalajara (que era una especie de contraguerrilla), y en 27 de Mayo de 1812 fué agraciado con la Orden Real de España, señuelo también de traidores.

les y el famoso Manco (1). Esta desgracia, que ha llenado de luto y tristeza á toda la ciudad, ha ocurrido en las cercanías de Sigüenza, hacia Mirabueno, y por ahora no se sabe el modo, sólo sí que para la acción llevó el general Guye (2), francés, en su ayuda más de seiscientos españoles que habiendo renegado de su patria (3) (como otros muchísimos) fueron á matar compatriotas como pudieran ir contra sus mayores enemigos. Los hemos visto á estos renegados con el más asombroso escándalo entrar en la ciudad trayendo á sus compatriotas prisioneros y venir como en triunfo, cosa que sólo pudiera creerse viéndola, como la hemos visto todos. Los habitantes de la ciudad se han esforzado y han obsequiado á los pobres prisioneros, dándoles cena y buen alojamiento, pues los traían muertos de hambre, sin darles raciones después de hacerles venir á pie, y entre ellos venían unos sesenta heridos vilmente después de rendidos. Dicen que á los franceses no les ha costado esta acción más que diez hombres entre muertos y heridos. Aquí se patrocinó mucho la deserción de los prisioneros, y escaparon más de cuarenta, á quienes se dió ropa y demás auxilios.

(1) Procedían de la derrota que sufrió D. Juan Martín, el Empecinado, en el monte del Rebollar, cerca de Mirabueno, donde estuvo á punto de ser cogido, salvándose milagrosamente y cayendo después enfermo. Ocurrió el encuentro en 7 de Febrero de 1812.

(2) Era el general Hugo.

(3) Entre ellos el joven Villagarcía, ayudante de caballería, que en Agosto del año anterior abandonó al jefe guerrillero para pasarse al enemigo. Como dice después el relato, hizo lo mismo el manco Albuin, hombre valeroso, pero que no tuvo fe en el destino de la patria española. Se dice que estos jefes abandonaron á D. Juan Martín principalmente por los malos tratamientos que de él recibían, y porque no juntaba á su indudable genio militar aquellas maneras que hacen amable á un jefe. Grandes disgustos y contratiempos padeció D. Juan Martín en aquella época gloriosa, y vióse alguna vez abandonado de todos los suyos, y algo pudo influir esto en su carácter. Pero ¿cómo se explica el amor de sus soldados que tantas pruebas de adhesión le dieron en circunstancias azarosas? ¿Cómo se explica también el entusiasmo de los alcarreños por el heroico guerrillero?

El día 14 de Febrero volvió á pasar por esta ciudad á la de Guadalajara el famoso Manco, habiendo tomado partido por los franceses y llevando á su mando la misma gente que cuando le cogieron prisionero; de modo que en cuatro días los hemos visto prisioneros por su patria y enemigos de ella. Falta ahora ver cuál sea el porte de este Manco y de sus soldados.

El pan cuesta hoy 19 de Febrero á cuarenta y un cuartos las dos libras, y se pasan ya muchas familias sin poderlo comprar ni comer.

Nueva Regencia de las Españas compuesta del excelentísimo Sr. Duque del Infantado, Presidente; Excmo. Sr. Conde de la Bisbal, D. Enrique O'Donnell, D. F. Rivas, D. José Mosquera y D. F. Villavicencio, sujetos muy recomendables, que empezaron á gobernar el Reino en 1.º de Marzo, y se asegura haber sido la elección muy á gusto de los ingleses, nuestros aliados, los cuales tomaron la plaza de Ciudad Rodrigo por asalto el 19 de Febrero último, y pasaron á poner sitio á la de Badajoz.

El conde de la Bisbal, D. Enrique O'Donnell, hizo dimisión por Agosto ó Septiembre, y en su lugar fué nombrado el Sr. Villamil, sujeto muy conocido por su ilustración y patriotismo.

Primer Consejo de Estado, formado con arreglo á la Constitución nueva sancionada en las Cortes de Cádiz para establecer la monarquía templada, se compone de los sujetos siguientes:

Por los eclesiásticos:

Emmo. Sr. Cardenal de Escala, arzobispo de Toledo.

D. Andrés García Fernández arcediano.

Por la Grandeza:

Excmo. Sr. Conde de Altamira.

Excmo. Sr. Marqués de Castelar.

Por la España y América:

D. José Vaquijano.

D. Juan Pérez Villamil.

D. José de Almansa.

D. Martín de Garay.

D. Melchor Foncerrada.

D. Francisco Xavier Castaños, Capitán general.

D. Pedro Ceballos, D. Bernardo Proa, D. Justo María Ibar Navarro, D. José Aycinena, coronel de milicias; D. Antonio Ranz Romanillos, D. Francisco Requena, D. Esteban Varea, D. Joaquín Blaque, D. Pedro de Agar, D. Gabriel Ciscar. Estos tres últimos componían la Regencia anterior.

Ya se caen las gentes muertas de hambre. He visto en Madrid innumerables pobres, y personas en otro tiempo pudientes, mujeres jóvenes, parvulitos y de toda clase, atropadas por las calles, plazas é iglesias, clamando por una limosna, no sólo con voces, sino con alaridos y llantos de un modo espantoso que penetraba el corazón, y en semblante pálido, flaco y macilento manifestaban su necesidad. He visto, por desgracia, morirse de hambre en las calles y aceras á muchos de estos miserables, mientras los franceses mantenían sus almacenes llenos de trigo para sus tropas, sin pensar en socorrer estas necesidades. Y he visto emplear á los españoles afrancesados su dinero en bailes indecentes, en fuegos dispendiosos y en espectáculos introducidos por el Gobierno del usurpador, mirando con indiferencia, si no con placer, unas calamidades que no tienen ejemplo. Pero ¿qué puede esperarse de tales hombres? Y ¿cómo se ha de mantener un infeliz valiendo un pan cinco reales, siete cuartos una libra de papas, veintidós cuartos la de harina de almortas, lo mismo la de judías, y á este tenor todas las cosas?

Marzo 2 de 1812.—D. Francisco Espoz y Mina, este valiente y acaso el más célebre de los jefes patriotas de esta guerra, de cuyas brillantes acciones todavía no se ha hecho mención en estos escritos merece un lugar muy distinguido. Es natural de Navarra y de oficio labrador cuando

dejó la esteva para empuñar la espada en defensa de la Patria. Su mansión y proezas las ha ejecutado hasta ahora en Navarra y Aragón; pero con tanto acierto y valor que no cabe en la ponderación. Todos sus soldados son voluntarios, y compone una división de cuatro ó cinco mil hombres, soldados excelentes, que el Gobierno tiene agregada al séptimo cuerpo de ejército. Más de catorce mil hombres ha quitado en dos años á los franceses, y se ha hecho respetar en tales términos que el gobernador francés Reilli ofrecía por su cabeza doscientos mil reales, y por las de sus subalternos otras sumas considerables. Se ha visto perseguido por cincuenta días de más de veinte mil franceses y de todos se ha burlado. Su división observa la mejor disciplina. Se halla en el día condecorado con el grado de Brigadier de los Reales ejércitos, y merece el más distinguido aprecio de la Nación.

El famoso Manco empieza á dar muestras de ser un verdadero renegado, pues ha descubierto el paraje donde tenía el Empecinado un repuesto de fusiles, y ha ido con los franceses y los ha cogido; también ha descubierto otros escondites, pero cuando han ido á buscarlos se han llevado chasco. No acaba la gente de persuadirse de la maldad de este Manco, á pesar de estarla viendo: este hombre y el renegado Villagarcía son causa de que se abata el patriotismo de esta provincia y la de Sigüenza, porque como descubren á los franceses quiénes son los patriotas, quiénes los que ayudan con sus bienes y oficios y otras cosas importantes, comprometen á infinitos que después se ven encarcelados y arrastrados al retiro entre bayonetas, sus casas saqueadas y sus familias perdidas; de modo que al ver estos desengaños muchos se retraen de hacer bien á la Patria por la deplorable experiencia, harto frecuente, de ver con la facilidad que reniegan tantos oficiales y jefes, por las desavenencias que tienen entre sí y porque carecen de honor. Entre los renegados más insignes de esta tierra de-

ben contarse Mesa, Sauquillo, D. Diego González, Villagarcía y el Manco, que cada uno ha formado su partida de españoles atraídos con su mal ejemplo para perseguir al Empecinado, y lo ejecutan con el mayor empeño.

No es posible ponderar la miseria que se experimenta ya en este mes de Marzo; son pocos los que comen pan, pues el mayor número de familias se pasan con gachas de almortas y harina de semillas, y también comen salvado; buscan hierbas en el campo y con ellas se alimentan, comiendo tronchos de berza, brécoles y lo que antes comían los cerdos. Hay un infinito número de ladrones por los caminos, que asaltan cuantos víveres encuentran, y es un milagro que no haya más á causa de la necesidad. Muere bastante gente y casi toda de hambre.

El pan vale en esta ciudad, hoy 18 de Marzo, á cuarenta y cuatro cuartos las dos libras escasas y de mala calidad, y en otros pueblos á seis reales; por consiguiente, el hambre es tan extremada, que no cabe en ponderación, y bastará decir que algunos pobrecitos muchachos acuden al cuartel de nuestros enemigos los franceses y recogen de los muladares los huesos de la carne que éstos se comen, tostándolos á la lumbre los hacen polvos, y así se los comen. Á este extremo han llegado los miserables, á causa de que no encuentran socorro, porque el vecindario está abrumado de contribuciones y exacciones tiránicas, sin poder auxiliar al prójimo.

Á pesar de ser esta pintura la más exacta y verdadera del estado lastimoso de esta ciudad, nos mandan á los vecinos celebrar con iluminación, misa y *Tedeum* en San Justo los días del usurpador José, y se dan mañana día de San José, quince fanegas de trigo en pan á los pobres por mandato del subprefecto Tramarria; pero á costa del pueblo, sacando su importe, como el de las gratificaciones que hace el maestro de ceremonias de la ciudad á los oficiales de Ayuntamiento, porteros, etc., del caudal de arbitrios, que

estaba destinado á las cargas de suministros; de este jaez son todas las liberalidades de esta casta de gobernantes, con el fin de hacer méritos para con los afrancesados, y ponderar en sus gacetas una sumisión y un amor al que llaman soberano de las Españas, que no existe sino en sus cabezas.

La *Gaceta* de la Junta de Guadalajara de 7 de Marzo de 1812 trae el discurso siguiente, que influye para persuadir que el general Blaque ocasionó la pérdida de Valencia:

«Játiba 14 de Enero de 812.—Nuestra capital cayó por fin en poder de las manos opresoras. Cuatro meses de espectativas lisonjeras han tenido un término que nos cubre de oprobio. No hay género de sacrificio, por duro que sea, á que no nos hayamos prestado. La Nación ha prodigado cuantos auxilios se han reclamado para la salvación de este hermoso país. Armas, brazos, subsistencias, amor á la independencia, odio al tirano, todo lo que se juzga necesario para rebatir la fuerza que teníamos á la vista ha estado de nuestra parte. ¿Cómo es, pues, que vemos á la hermosa Valencia en poder del enemigo, reducida á un cúmulo de escombros, taladas sus amenas huertas, incendiadas sus alegres aldeas, vilipendiadas sus ricas villas y ciudades y reducido á un mustio silencio el genio festivo de sus habitantes? ¿Qué especie de encanto ha paralizado la inefable sabiduría del profundísimo Blaque? ¿Qué se han hecho aquellos planes misteriosos que envueltos entre los velos de un eterno silencio eran mirados como el áncora que tenía sujeta nuestra libertad? Todo se ha desvanecido á manera de una niebla débil que no puede resistir al primer impulso del viento, no quedando á nuestros ojos otras imágenes que las realidades de pérdidas incalculables: el fuerte de Oropesa, el castillo de Sagunto, parte de nuestros mejores guerreros, todos los pertrechos de campaña, la reputación, la libertad... ¡Ah! Si es concebible que exista algún ánimo tan depravado que por complacerse en nues-

tra ruina emplease su influjo para que se fiase á tales manos nuestra suerte, alégrese ya: Valencia es víctima de la docilidad. Pero entienda al mismo tiempo que, si Valencia ha sucumbido, nada tiene que agradecer el enemigo al odio inmortal de los valencianos, los cuales se consuelan de su desgracia con la fortuna de ver la mano fatal, encargada de salvarlos, asida á la dura cadena del cautiverio. Nuestra opresión tendrá su período. Si la indolencia debilitó el coraje de los ilustres defensores, el escarmiento sabrá inflamar este fuego sagrado, que reducirá á cenizas el yugo insoportable que nos preparó la aplaudida ignorancia.

»;Y vosotros, padres de la patria! Valencia os ha descubierto el velo que os impedía discernir las grandes almas á quienes el cielo quiere que confiéis la salvación de la patria. La libertad no puede ser obra del espíritu de parcialidad que lucha contra el torrente de tristes experiencias. No se diga que es sabio el que nunca acierta, ni valiente el que siempre es vencido. La desgracia de una ciudad puede y debe ser la fortuna de toda la Nación. Piérdase Valencia con tal que el estruendo de sus ruinas os haga abrir los ojos para que veáis el verdadero camino de salvar la patria» (1).

1812.—Para prueba de la humanidad del Gobierno francés, puede bastar lo que están ejecutando en la ciudad de Guadalajara, donde dan actualmente trigo y pan á los caballos de su tropa los gobernantes franceses y afrancesados, mientras los pobres habitantes perecen de hambre y miseria, como los de todas partes.

Sin embargo de que antes se dijo que á esta ciudad no se la exigió por el Gobierno francés la contribución de los 3.000 y más reales de que allí se trata, después la hizo aprontar 1.750, además de la contribución de granos, que importó cerca de un millón al precio que subieron los granos en el año en que estamos.

(1) Menos en el propósito, parece este discurso copia fiel de los que se oían en la Convención francesa.

Es muy notable que en esta ciudad, á pesar de las repetidas órdenes del Gobierno francés y estrechos encargos á sus comandantes militares, no ha podido lograr la formación de la guardia cívica hasta el día de hoy, 22 de Marzo de 1812, por la terrible repugnancia de los vecinos, que no se prestan á tomar armas contra su patria, á pesar de que en toda la Andalucía y casi todas las poblaciones medianas y plaza de Madrid está establecida la guardia cívica, á que han obligado por la fuerza.

Grande desgracia hoy domingo de Ramos 22 de Marzo: se ha encontrado al canónigo de esta Magistral D. Matías Brea, presbítero, degollado y muerto, sacándole del pozo de la casa que habitaba en la calle de las Damas, donde ha sido encontrado por la justicia su cadáver. El caso no se sabe todavía cómo ha ocurrido, ni otra cosa que el haber entrado por una de las puertas falsas de dicha casa los facinerosos que han cometido este delito, y debe haber sido en la noche precedente, pues se le echó de menos en el coro de San Justo á la fiesta de Ramos y éste ha sido el motivo de buscarle: vivía solo, sin ama ni criada, y cuando se ha presentado la justicia en su casa, se advirtió un gran charco de sangre junto al pozo del patio, y rastro hasta el brocal, por lo que se infirió estaría dentro; y, en efecto, le sacaron muerto, con una degolladura terrible, y hasta el sombrero y hábitos clericales tenía dentro del pozo. Esta desgracia ha consternado en gran manera á todo el pueblo; pero éstas son tristes consecuencias de la hambre general que se padece, pues la casa ha sido robada, y éste ha sido el principal objeto de los delincuentes (1).

El pan á cuarenta y seis cuartos hoy 29 de Marzo; la li-

(1) Según se supo luego, los matadores fueron los dos hermanos *Cigarreros*, protegidos del muerto durante algún tiempo, y arrojados por él de su casa en vista de la mala conducta que tenían. Fué, pues, un acto de venganza seguido de robo. Después habla de esto el *Diario*. Se les ahorcó, así como á *Cenacatres*, en 9 de Junio de 1812.

bra de garbanzos á treinta y ocho cuartos siendo buenos; la de arroz á peseta; la de papas á nueve cuartos; la de carne á veinticuatro; la de harina de almortas á veintiséis cuartos, y la de bacalao remojado á veintiocho. Con estos precios tan subidos, los pobres tienen que mantenerse con hierbas del campo, y así es que las collejas sirven de sustento, la romaza y otras hierbas, mientras que nuestros enemigos los franceses se regalan con sus buenas raciones de pan, vino y carne y otra porción de afrancesados comen á costa nuestra.

El pan á cincuenta y cuatro cuartos hoy 4 de Abril, y no se encuentra.

También se ha vendido á sesenta cuartos en el mismo día, y sigue á este precio.

La fanega de trigo se vende actualmente á trescientos cuarenta reales, y la de cebada á ciento cuarenta, fecha *ut supra*.

Por consecuencia inevitable de tanta hambre y de tanta asombrosa miseria, es infinito el número de ladrones y rateros que hay en los caminos y en los pueblos. El salir de poblado es tan peligroso, que con dificultad se encuentra un trajinante que no sea robado: hay bandas de ladrones; hasta quince juntos roban en el camino de Madrid; tiene que suceder así, porque los jornaleros y artesanos no encuentran trabajo ni quien les socorra, y para mal comer necesitan un dineral por el subido precio de los víveres. Con todo, no son estos infelices los que más se dedican á las raterías, sino los de mal vivir, y algunos dispersos de las guerrillas que no quieren sujetarse á la disciplina militar. La hambre ha ocasionado que algunos jóvenes se alistén en las banderas de nuestros enemigos, hecho que á ellos les ha causado gran placer, y á nosotros indecible sentimiento.

En este día, 6 de Abril, se ha vendido el pan de dos libras á dos pesetas; y en el mismo hemos visto sacar de esta ciudad á los franceses un convoy de granos de sus

almacenes y conducirlo á Madrid; de modo que estamos viendo nuestro trigo y no podemos comer pan; estamos llenos de hambre, y nuestros enemigos hartos y bien mantenidos con los granos que han arrebatado de nuestras manos. ¡Calamidad extremada!

El pan se ha hecho ya un género tan raro, que sólo lo comen los muy pudientes, y para suplir los pobres y medianos esta falta tan esencial usan del arroz papas, judías y otras semillas. Se está viendo lo que nunca se ha visto en esta ciudad, aunque en las circunstancias actuales es muy conveniente. Se han dedicado á vender por cuartos y ochavos y de otros precios arroz cocido, papas cocidas, judías en grandes perolas que sacan á la plaza con escudillas, cucharas, y lumbre para que se mantenga el calor, y acuden los pobres, comprando cada uno lo que puede, que se lo come allí mismo caliente y bien servido. Esto evita que compren cañamones y otras porquerías que les han perjudicado á la salud.

En Madrid ha habido un principio de motín con motivo del precio del pan, que ha llegado á diez reales el de dos libras, aunque faltas, y no ha pasado á ser un alboroto general de otras consecuencias porque la tropa trató con mucha contemplación al pueblo, y disimuló el que se llevasen el pan de una porción de cajones de la plaza: con todo, se dice que hubo heridos, y algunos añaden muertos algunos cívicos que quisieron hacerse de personas contra el paisanaje. Sucedió el día 8 de este mes de Abril.

Vino otra comisión á esta ciudad para establecer la guardia cívica en ella, y muy empeñado en organizarla un insigne renegadó edecán de Ofarrill llamado D. Francisco Javier de Gorostiza: la Municipalidad hizo alguna resistencia al principio, pero acudió Gorostiza á Ofarrill y trajo orden para que, en vez de una compañía de cien hombres que estaba mandada, se pongan todas las que den de sí el número de los incluídos contribuyentes á este servicio. Está

señalado el próximo domingo 12 de Abril para que todos los incluídos comparezcan en la plaza del mercado á las nueve de la mañana.

Porque no despachan su pan los panaderos ni su trigo los que lo tienen, á motivo de que su escandaloso precio ha obligado á un gran número de gentes á privarse del pan y pasarse sin ello, ha bajado cerca de un real en estos días, de modo que se halla actualmente á siete reales el mejor pan y á seis y medio lo regular.—Abril 12 de 1812.

Para prueba del hambre que reina y de la justa mofa que se hace de los empleados del Rey intruso, á los cuales no paga, merece copiarse aquí un párrafo de la *Gaceta de la marcha* (1) de 4 de Abril, que dice así:

«*Madrid 18 de Marzo.*—Ninguna cosa puede ofrecer mejor idea de la grandeza del Rey que nos ha regalado el señor Napoleón que el estado á que ha venido su corte. Aquí nada hay abundante si no es el hambre, pero ¡qué hambre! aquella que llaman canina. Los empleados por S. M. C. darían ahora un ojo por que hubiera conventos adonde ir por la sopa. Ellos no contaron con que en un reinado en que todo había de ser grande era correspondiente que el hambre no fuese pequeña. Ahora lo ven; y no es eso lo peor, sino que de unos días á esta parte han visto con sus propios ojos pasar de las Andalucías hacia Castilla varios Mariscales y Generales con unos veintiún penitentes, con cuyo motivo y unas voces que corrían de guerras é insurrecciones, andaba en fermentación un rumor de trasladar los muebles al otro lado de los Pirineos. El Rey es trashumante, y es forzoso que lo sean sus cortesanos: para eso tienen buenos sueldos y bien pagados; así como así, estaban incomodados con la rusticidad de su expatria, y van á ver prodigios de gobierno, de abundancia y de grandeza. Sí, estos tunantes

(1) Será la *Gaceta de la Mancha*.

van á hacer negocio en Francia. ¡Á tal Rey, tal corte, tal hambre y tales cortesanos!»

Se ha verificado la reunión de los vecinos incluídos para la cívica en la plaza del Mercado hoy domingo 12, donde han concurrido el subprefecto, el comisionado Gorostiza y el Comandante de la plaza, Azlor, con el Ayuntamiento, y aunque los vecinos concurrentes han ido contra su voluntad, intimidados de los atropellos de estos bárbaros, han faltado, sin embargo, un buen número de ellos que no han querido presentarse. Yo no he asistido, aunque estoy comprendido; pero he sabido que allí no han hecho más que llamar por voz de pregonero á cada uno en particular y decirle: *Cuando usted sea llamado comparecerá al punto.* Á esto se ha reducido la diligencia ejecutada en la plaza pública.—
Abril 13 de 1812.

Ha ocurrido una muerte violenta hoy 13 de Abril en el camino de Madrid, de un balazo que han tirado unos ladrones á un pobre arriero de Alcalá, y en el mismo día se recogió junto al pontón de Camarmilla á un pobre que estaba expirando de necesidad, y se condujo á este hospital de Antezana, donde murió al día siguiente.

D. José Mondideu (1), comandante de escuadrón de la caballería de la división del Empecinado, ha cogido un día de estos pasados sesenta franceses junto á la villa de Cogolludo; veinte dragones, y los demás de infantería, sin pérdida alguna de su parte.

(1) D. José Mondideu, Mondedeu, Mundedeo ó Mundideo, que de todas estas maneras le llamaban, fué uno de los más valientes jefes del Empecinado. En 1812 era ya teniente coronel y dió buenos golpes á los franceses. El encuentro de Cogolludo fué en 14 de Marzo de 1812, y el resto de la guarnición huyó de allí á las pocas días. D. José Mondedeu y Jover nació en Ibi (Alicante) en 1786 y murió con el empleo de coronel en Aranzueque (Guadalajara), de donde era su mujer, en 5 de Noviembre de 1848. Fué un soldado aguerrido, audaz y muy dispuesto á toda clase de empresas arriesgadas. El Sr. Rodríguez Solís, en su curiosa obra *Los guerrilleros de 1808*, tomo II, pág. 32 del cuaderno 2.º, ha publicado un buen retrato de Mondedeu, así como interesantes noticias acerca de él, del Empecinado y demás guerrilleros que pelearon en esta parte de Castilla.

El pan forastero, no muy malo, se ha vendido hoy 17 de Abril á cinco reales y medio, pero el arroz ha subido á cuarenta y dos cuartos la libra.

La plaza de Badajoz ha sido reconquistada por el ejército combinado al mando de lord Vellington el día 7 de Abril, y se dice haber caído en ella un buen número de prisioneros, cañones, fusiles, almacenes, etc., lo cual, junto con otras noticias buenas que corren y la guerra de la Rusia, que parece indudable, nos hace concebir esperanzas de nuestra libertad y salvación.

Día 18 de Abril se quemó públicamente en la plaza, por mano del pregonero, una porción de pan, por ser tan malo que podía perjudicar á la salud pública, especialmente á los pobres, que por venderse barato lo consumían. Su precio era treinta cuartos, pero sobre la pérdida del pan se impuso al panadero la multa de ochenta ducados.

El día 8 de Abril tomó á Sevilla nuestro famoso Ballesteros, general muy acreditado en esta guerra. No se saben por ahora las particularidades de este gran suceso, pero sí que, mientras el Mariscal Soult se acercaba con su ejército para socorrer á Badajoz, se puso Ballesteros sobre Sevilla y se apoderó de ella; de modo que ni pudo ser socorrida por los franceses la plaza de Badajoz y perdieron á Sevilla. Ahora se asegura que toda la guarnición de Badajoz ha sido pasada á cuchillo, incluso su gobernador Filipón, ó porque hubo que dar asalto, ó por otro motivo.

El gran Mina ha recogido un riquísimo convoy que iba para Francia, matando ó cogiendo prisionera toda la escolta, que era numerosa. Las riquezas y dinero del convoy se gradúan en veinticinco millones. Más de mil y tantos prisioneros que llevaban en el convoy han recobrado su libertad. Entre los muertos franceses se encuentra el secretario íntimo de gabinete del Rey intruso, llamado Delaus ó Balaus, y su mujer prisionera, hija de un traidor español, llamado D. Blas de Aranza, cuyo canje ha propuesto Mina

por su hermana, que la tienen los franceses presa en Pamplona. Son increíbles las hazañas del valeroso Mina. Por haberse aproximado las tropas del Empecinado y de Villacampa alrededor de Brihuega y Guadalajara en estos últimos días de Abril, aumenta las fortificaciones este comandante Azlor, poniendo fuertes puertas con grandes cerrojos en las calles que hacen entrada á la plazuela del palacio donde está el cuartel, y todos los afrancesados se disponen para encerrarse allí á la más mínima novedad. Su miedo les aumenta el peligro.

Han tenido junta en el cuarto del comandante Azlor todos los afrancesados el 27 ó 28 de Abril, para comunicarse mutuamente las melancólicas noticias, que no ignoran, de la toma de Badajoz, la de Sevilla y otras que corren, para ellos muy funestas. Todos ellos se consternaron en extremo, y cada uno meditaba en el modo de salvarse en el caso del último revés. Quién pensaba en apelar al conocimiento de Durán, quién marcharse á su pueblo, quién á su conducta, reputándose buen español después de ser un bribón, y en fin, todo era tormento y dolor para ellos, y para nosotros alegría.

El precio del pan sigue sobre seis reales, y los pobres no dejan andar las gentes por las calles, atacándolas pertinazmente para conseguir una limosna, en términos que no basta decirles tres ó cuatro veces que no se las puede socorrer: claman y siguen detrás insistiendo en que se les socorra, y esto aumenta el tormento de quien no puede hacerlo. Siguen muriendo muchos alcanzados de la hambre, y ayer tocaron cuatro veces á la agonía, una de ellas por un jornalero que, habiendo estado todo el día escardando, se cayó desfallecido y á poco rato murió. Llamábase tío Paulino y era muy trabajador. Quien ve esto, y que los franceses pasan convoyes de granos de Guadalajara á Madrid, que en esta ciudad y todos los pueblos de guarnición tienen copiosos almacenes de trigo, y á nadie socorren, nece-

sita entrañas de tigre para sufrirlo. En el mismo día murió en el campo otro paisano de esta ciudad, llamado vulgarmente Cachiporras, desfallecido de hambre, y le condujeron á Camarma, en cuyo término se encontró muerto.—30 de Abril.

El pan á siete reales hoy 3 de Mayo; el arroz á treinta y ocho y cuarenta cuartos; la harina de almortas á treinta cuartos libra; garbanzos á treinta y seis cuartos, siendo medianos; las lentejas á veinticuatro cuartos; las judías á veintiocho y el pescado remojado á veintiocho cuartos libra. Con precios tan subidos, y con no haber donde ganar un jornal en ningún oficio, crece la miseria, se aumentan las desgracias y mueren muchas personas sin que se les conozca otra enfermedad que la hambre, y así es que cuantos llevan al hospital de Antezana se reparan al instante que son alimentados, y esto prueba que no hay otra enfermedad sino el hambre canina.

Al fin vence el empeño y tesón del subprefecto Tramarria, Terón administrador de bienes nacionales, administrador de rentas Vivanco y demás afrancesados, en plantar en esta ciudad la guardia cívica, contra la indecible repugnancia del pueblo. Están ya nombrados los jefes para dos compañías, á saber: D. Nicolás Vivanco, administrador de rentas, y D. Juan Antonio Terón, administrador de bienes nacionales, son capitanes como finos afrancesados; el tesorero y guarda mayor de rentas tenientes capitanes, y el comerciante Gallo y el labrador Lizana oficiales, estos dos últimos contra toda su voluntad: la propuesta fué del Ayuntamiento y el nombramiento del Rey intruso. Ya no falta más que la organización de las compañías y que á los infelices habitantes los obliguen por la fuerza á hacer la contienda, cuando no pueden tenerse en pie de hambre y trabajos. Esta esclavitud no puede tener ejemplo en las historias.

Ahora se advierte que en ningún tiempo se mira más

oprimido el pobre que el de carestía, y nunca gana más el comerciante y atravesador de los géneros de comer. Éste sólo piensa en almacenar y no vende hasta que el género ha tomado un precio capaz de saciar su codicia. Así se ve que ganan lo que quieren los comerciantes, los tenderos de mercería, los revendedores y panaderos, que son los que en el día tienen pesetas, porque retienen sus géneros hasta que el pobre los consume al valor que quieren subirlos, y son de este modo los homicidas de los miserables.

Día 4 de Mayo vino de Guadalajara un convoy de granos con más de cuatrocientas caballerías cargadas y siete carros. Venía escoltado de unos trescientos hombres; pasa á Madrid, y en el mismo día han entrado unos quinientos hombres que vienen de Madrid para Guadalajara, con muchos carros, bagajes y costales para conducir más granos, que los tienen en abundancia, mientras perecen de hambre los habitantes de los pueblos. Al tiempo de entrar el convoy he visto, y lo han visto muchos, dos muchachas, como de doce ó diez años de edad, moribundas por desfallecimiento, la una á la puerta del comerciante Gallo, y la otra en la puerta de Landa, y esto sin contar tres muertos que ha habido en este día de la hambre, porque el desfallecimiento es en algunos tal, que cuando se trata de socorrerlos es tarde.

Ya que no hay pan, hay palos en abundancia, no ya sólo de los comandantes, oficiales y soldados franceses, pues en éstos es costumbre mandar á golpes y bofetones á todo viviente, y á los sacerdotes, con quienes tienen el mayor rencor, sino de los españoles afrancesados que nos gobiernan. Toda la autoridad de un Tramarria, subprefecto de Alcalá y su partido, con su vestido bordado de plata é insignia de caballero de la Real Orden de España (la venera de los traidores), ha dado de palos en la mañana de hoy 5 de Mayo á muchos de los pobres paisanos bagajeros del convoy, en medio de la plaza Mayor, porque se le antojó

que no concurrían á cargar con toda la ligereza que deseaba. Éste es todo el pago y estipendio que reciben los infelices paisanos, después de venir con sus caballerías sirviendo por la fuerza á los enemigos; pues sobre el trabajo y golpes, si han de comer ellos y sus caballerías, tienen que traerlo ó buscarlo, y así sucede siempre, de modo que los labradores en todos los pueblos se hallan perdidos, pues su ganado no se emplea sino en bagajes, con pérdida de las labores y del dinero que les cuesta cada viaje.

Ha vuelto hoy 6 de Mayo el convoy de Guadalajara cargado de granos y pasa á Madrid: lleva poca carga, aunque muchas caballerías y carros; la escolta es la misma que acompañó á la ida.

El Manco, después de haber entrado en el partido de los Renegados, sigue dando muestras de que desea servir á los franceses, porque hace sus excursiones en los pueblos, aprisiona á los párrocos y á los pudientes y saquea y roba. En Chiloeches ha robado y saqueado la casa de Garcés, labrador rico, sin duda porque su hijo está sirviendo á la Patria, siendo individuo de la Junta de Guadalajara, que reside en Arcos. Tanto era el concepto de este Manco, que, á pesar de esto, todavía hay quien espera de él alguna acción buena y que se restituya á la división del Empecinado cuando se le presente ocasión; pero esta opinión es propia de los que tienen ideas de honor, y acaso está muy lejos de su corazón.

Carne mortecina de animales inmundos comen los miserables por no morir de hambre. Me consta que unos pobres mendigos se han aprovechado de una mula muerta de un panadero de esta ciudad que es proveedor de la tropa, cortándola tajadas de la nalga, que han cocido y comido para sustentarse. Así ha sucedido en este hospital de Santa María la Rica, delante de la hospitalera y otras personas: ¿puede llegar á más la miseria? Soy testigo y todas las personas de mi casa, como que les dimos la sartén donde co-

cieron la carne de mula muerta, aunque nos la pidieron para cocer su comida, sin decir lo que iban á componer.

Hasta esta época no se cuentan en esta ciudad muchos traidores de los vecinos de ella; pero, sin embargo, son fieles servidores de los franceses los siguientes: El escribano, que desde 1809 tomó el destino de oficial mayor de bienes nacionales, y se atrevió en público á decir y firmar que él era nombrado por el legítimo Rey de España y de las Indias, D. José Napoleón, y con sus viles acciones ha manifestado ser un pícaro y un traidor. El abogado ha tomado el destino de asesor del subprefecto Tramarria, y el sueldo de cuatro ó cinco mil reales para dirigirle en los asuntos de la subprefectura, que todos son para sacrificar á la patria y destruir el patriotismo. Éste procura tener contentos los dos partidos por el temor de un revés, pero hace su negocio á costa de la Patria y sirve bien á los franceses. Otros dos ó tres canónigos de la Magistral, espurios hijos de tal madre, que son bien conocidos, sirven, comen y se familiarizan mucho con los afrancesados, y se alegran de los triunfos de los franceses; y de esta ciudad también quiere persuadir la decantada invencibilidad de Napoleón y hace sus oficios enérgicos por los franceses: abatiendo de este modo el espíritu público que, á pesar de tantos predicadores, reina generalmente contra la esclavitud. Ha sido notado como sospechoso... y su mujer ha dado mucho escándalo con el comandante Henri. Los más principales agentes de los franceses en esta ciudad son forasteros, como los subprefectos Miranda y Tramarria; el comandante Azlor, los administradores Vivanco y Terón, el comisario Belgrano, el alcalde mayor D. Manual de Frutos, aunque no es de mala intención; el contador Bescos, el Guarda mayor Cárdenas; y á éstos siguen una multitud de subalternos tan pícaros como sus superiores. No hablo de que lo son dos catedráticos de la Universidad, el primero de la Junta criminal de Guadalajara, y el otro oficial de la redacción de la

Gaceta de Madrid, porque éstos son dos insignes bribones bastante conocidos.

El pan sigue á siete reales y medio, y á ocho hoy 9 de Mayo; el arroz á cuarenta y dos cuartos libra; los garbanzos á cuarenta y cuatro; la carne á veinticuatro cuartos; las judías á veintiocho; el cuartillo de vino á once cuartos; el de leche á seis cuartos; y sigue muriendo gente de hambre, como que ayer murieron cinco personas.

Se ha establecido sopa económica para socorrer á los pobres y la dirigen los principales eclesiásticos de la ciudad con las autoridades de ella que forman una Junta. Han salido por las calles y casas de los vecinos á pedir por este establecimiento, y á pesar de la general miseria se han esforzado de modo que podrán ser socorridos diariamente doscientos pobres. Empieza en este día 12 de Mayo.

Siguèn los robos y los asesinatos. Ayer 11 de Mayo ocurrieron dos robos, uno en el camino de Madrid y otro junto á Daganzo. En Uceda han degollado á Antonio la Raya, persona muy conocida en la ciudad.

Día 13 de Mayo entró convoy de granos que venía de Guadalajara para Madrid: se componía de catorce carros y doscientas caballerías, y la escolta de cincuenta dragones con doscientos infantes.

Sigue el pan á siete reales y medio y á ocho hoy 20 de Mayo, y siguen también muriéndose de hambre muchos pobres, aunque la sopa económica socorre á bastantes; pero todavía vemos algunos miserables tirados por las calles muriéndose desfallecidos de hambre, especialmente criaturas de poca edad y forasteros que han concurrido en abundancia de Madrid y pueblos comarcanos á buscar dónde trabajar y comer, sin encontrar ni aquí ni en parte alguna. En Madrid son muchos los que mueren diariamente, encontrándose familias enteras muertas en sus casas; y la causa de tan innumerables desgracias no es otra que el haberse alzado con todos los granos ó la mayor parte los

franceses, y haber faltado de todo punto el comercio, la industria y el tráfico por las insoportables contribuciones de este Gobierno tiránico, que se ha propuesto conquistar por el hambre lo que no puede por la fuerza.

Hasta en los almanaques y calendarios de España han intrusado santos que no los había en los calendarios antiguos. Tales son San Napoleón en el 15 de Agosto y Santa Julia el 22 de Mayo; aquél por ser el tirano ídolo de los bribones, y ésta por llamarse así la supuesía Reina de España, mujer de José. En este día 22 ha mandado el subprefecto Tramarria de su voluntad y sin orden superior que se cante misa con *Tedeum* en San Justo para celebrar los días de la tal Reina, y que por la noche se ilumine la ciudad. Á excepción de la Municipalidad y empleados, rara persona ha concurrido á la misa; y la iluminación ha sido indecente, pues en toda la calle Mayor no ha habido luces sino en seis ó siete casas de empleados, y en la plaza Mayor en las casas del comercio, Ayuntamiento, Correo y Universidad; pero lo más gracioso ha sido que, sin embargo de hacer una noche hermosísima y el tiempo tan templado, no salió gente alguna á ver la iluminación y recorrer las calles como es regular y sucede siempre en estas funciones; no se vió gente alguna, porque todos aborrecemos este Gobierno y á los titulados soberanos, que nadie los reconoce por tales.

El pan, hoy 23 de Mayo, á ocho reales y medio, y también se ha vendido á nueve reales cada pan de dos libras.

Hoy 24 de Mayo, domingo de la Santísima Trinidad, ha salido de esta ciudad para Madrid un convoy de granos que vino de Guadalajara la noche anterior á las diez y media; no ha hecho más descanso que siete horas, y lleva buena escolta porque va bien cargado. ¿Quién podrá creer en lo sucesivo que son tan inmensas nuestras calamidades, que mientras pasan tantos y tan copiosos con-

voyes de granos arrebatados y robados de las cámaras de los labradores, perecen de hambre sin encontrar quién los pueda dar un poquito de pan una multitud de infelices? El que de generación en generación, por los siglos de los siglos, no aborrezca, deteste y abomine del execrable Napoleón y de la orgullosa nación francesa, que tantos ultrajes, humillaciones y desgracias ocasiona y hace sufrir á los españoles, no puede ser hombre de bien, ni merece el dictado de español, ni ser contado entre los cristianos. Á pesar de tan grandes motivos de aborrecerlos, hay infinidad de españoles traidores que ayudan, sirven y se esfuerzan á sostener á los franceses; y militares de su partido que derraman la sangre por ellos, no habiendo tenido valor para derramarla por su patria.

En el mismo día 24 de Mayo se han llevado con el convoy bastantes presos de los muchos que hay en estas cárceles actualmente, y los conducen á Madrid sin duda para sufrir la pena de muerte, pues son reos de graves delitos. Entre ellos van dos que por mote se llamaban *los Cigarros*; son dos hermanos que el uno estaba casado, y van confesos de haber sido los homicidas y asesinos del canónigo Brea, degollado el domingo de Ramos de este año, y se había fugado de la carcel otro cómplice, que fué el principal en el asesinato, llamado vulgarmente *Cenacatres*, que á pesar de infinitas diligencias no ha podido saberse su paradero hasta ahora.

Se ha comprobado la noticia de que en Madrid ha tenido que arrojarse en el canal una porción de trigo muy crecida que por haberse entallecido no servía para hacer pan. Un soldado de infantería del núm. 28, francés, que estuvo enfermo en este hospital de Antezana, dijo que él con un destacamento presenció esta operación, y que se arrojaron 140 fanegas de los almacenes, noticia que había corrido antes como positiva. Ésta ha sido la buena administración del Gobierno francés para que después perezcan

de hambre los españoles á docenas como está sucediendo; y también sucede lo que no podría creerse si no se viera. Andan pidiendo limosna por las calles y templos algunas señoras y caballeros de alta jerarquía, y aun alguna grande de España, consejeros de Castilla, mujeres de camaristas y otros personajes que se ven en tan triste estado por la invasión de los franceses, y por ser honrados patriotas que no han querido tomar servicio en el Gobierno intruso, prefiriendo su desgracia y aun la muerte por no hacer infidelidad á la Patria. De esta clase de hombres hay muchísimos en Madrid y en todos los pueblos y provincias ocupadas por los franceses, sin embargo de que llevamos cuatro años de su yugo tiránico; mejor diría que son contados los que no piensan de este modo, y que los que han tomado destino y partido por los enemigos han sido aquellos hombres de baja esfera que no podían esperar hacer fortuna de otro modo, aquellos que están imbuídos en la filosofía francesa, que es la impiedad ó incredulidad, y otros seducidos por el mal ejemplo. Lo cierto es que con esta casta de hombres á la cabeza de los pueblos y provincias no se experimenta sino despotismo, disparates, desgobierno, pues cada uno es lo mismo que un bajá de Scutari, y autorizados el robo, la iniquidad y todo género de infamias.

Crece la tribulación y se aumentan las desgracias cada día más. En Madrid mueren las gentes en las calles y plazas á montones, y hay días en que la policía recoge cuarenta, cincuenta y aun cien muertos desfallecidos de hambre: el pan vale allí, malo y falto, á diez reales, á once y aun á doce cada dos libras. Salen á millares, huyendo de la corte, sus habitantes á buscar donde comer ó donde morir; de modo que hay barrios enteros sin gente. En esta ciudad se han remediado algo las desgracias con la sopa económica, pero no alcanza para todos, y siguen muriendo algunos pobres de necesidad.

El pan hoy, 1.^o de Junio, á nueve reales y medio, á pesar

de que se acerca la cosecha y no se presenta escasa. El cuartillo de vino á once cuartos; la libra de garbanzos á cinco reales; las judías á treinta y dos cuartos libra; la libra de queso fresco á peseta; la de arroz á cuarenta y ocho cuartos.

Cayó, en fin, el malvado homicida del difunto canónigo Brea, degollado este domingo de Ramos, el cual se había fugado de esta cárcel; pero la justicia divina, que no consiente la impunidad de los delitos tan enormes, lo puso en manos de la justicia de Daganzo el día de ayer 1.º de Junio, y ésta lo condujo el mismo día á esta cárcel, con aplauso de toda la ciudad, que se alegró mucho de la prisión de este delincuente tan abominable. Su apodo es *Cenacatres*, y será pronto conducido á Madrid, donde con sus dos cómplices, los llamados Cigarros, sufrirá la pena de muerte.

Con el motivo de suplirse la carestía del pan con las demás legumbres y verduras, han tomado éstas un precio que merece escribirse para perpetrar su memoria. Las lechugas, ya casi espigadas, se vende cada una á tres cuartos, á cuatro y aun á cinco si es buena. La libra de habas, ya duras, que en otros tiempos no se querían á cuarto, se venden á cinco cuartos libra; los espárragos ahilados no bajan de cuatro reales y medio.—Junio 4 de 1812.

Desde el día 8 de Junio hasta el 26 que me he hallado en Madrid, he visto desgracias y miserias que no pueden hacerse creíbles á quien las lea. Millares de personas arrojadas por las calles y plazas muriéndose sin encontrar quien las socorriese ni les diese un pedazo de pan para remediarlas. Parvulitos inocentes clamando y diciendo que se morían de hambre, que les diesen un poquito de pan por Dios, y no hallaban auxilio. Adultos y ancianos de todas clases y oficios cayéndose muertos de necesidad sin encontrar auxilio; un gran número de éstos tenían las piernas hinchadas, que era el preludio seguro de su muerte, pues á pocos días de la hinchazón morían. En fin, los infelices se

mueren á centenares arrojados en las calles como los perros, ó tienen que emigrar de Madrid para no verse en tan triste estado, de modo que esta gran capital se halla casi desierta, y en ella sólo viven los franceses y afrancesados con los robos y sustancia de los pueblos que aniquilan. En este medio año de 1812 han recogido en Madrid más de quince mil cadáveres, víctimas todos del hambre.

Han padecido la pena de garrote los homicidas del padre Brea, que fueron los dos hermanos llamados los Cigarros y Cenacatres. Á los tres los he visto en Madrid en el patíbulo con un cartelón que decía: «Por ladrones y asesinos».

Al momento que se ha empezado á segar cebadas se ha hecho pan de esta especie, que se vende á seis reales y medio cada pan de dos libras en esta ciudad, á pesar de que la cosecha se presenta más que mediana; pero como ya está publicada por el Gobierno intruso otra contribución tan grande como la del año anterior, no baja el precio de los granos, y sólo la abundancia podrá hacer que baje algo. El pan de trigo llega en el día á precio de diez reales cada dos libras; la de queso fresco á cuarenta y cuatro cuartos; la de judías secas á treinta y seis; la de calabacines á doce; la de guisantes duros á ocho.—Junio 28 de 1812.

Ha empezado á bajar el pan de trigo, y se ha vendido hoy 2 de Julio á ocho reales y medio cada dos libras. Los que tienen trigo añejo no han encontrado quien se lo pague sobre trescientos reales cada fanega; el trigo nuevo empieza pronto; la cosecha nueva no es escasa, y como todos van á espigar cebada, hasta la gente que hemos conocido en estado más que mediano, hacen pan de esta especie; hay pocos consumidores del pan de trigo.

La contribución que se carga á esta ciudad para el año rural, que empieza en primero de Julio y ha de acabar en último de Junio de 1813, es de dos mil trescientas cuaren-

ta y dos fanegas de trigo, dos mil treinta y cinco de cebada y trescientos cincuenta y cuatro mil setecientos catorce reales vellón. Para sobrellevarla quitan las rentas provinciales y la del aguardiente, renta de la extraordinaria sobre casas y tierras y alguna otra; pero todo lo que quitan importa diez y lo que cargan importa ciento.

El pan á siete reales las dos libras, bueno, y el de cebada á peseta hoy 4 de Julio.

El pan de trigo á seis reales hoy 7 de Julio, y por momentos se espera que baje mucho, porque la cosecha es muy buena, según va pintando.

En este día 7 se dice, con alegría de todos los buenos españoles, que se aproxima la retirada de los enemigos de la corte y de este territorio, porque los ingleses y aliados, después de haber batido á Marmont en Castilla, han exocupado hasta las márgenes del Duero, se han acercado á Talavera y al Escorial. Lo que parece cierto es que tienen orden la guarnición de esta ciudad y las de Guadalajara y Brihuega para estar preparadas á marchar, y que para este caso recojan todo el ganado lanar de su territorio para llevarsele. Aquí, por lo menos, se ha requerido á los ganaderos para que lo tengan á disposición del subprefecto, lo cual, junto con el semblante macilento de los empleados de este Gobierno, indica grande novedad. La retirada dicen que será por Cuenca á Valencia. También se ha mandado á la Municipalidad que embarque todo el trigo y cebada que haya limpio, para llenar el cupo de la contribución en el término de cuarenta y ocho horas, que importa en todo grano cuatro mil y cuatrocientas fanegas poco menos.

El pan de trigo hoy 9 de Julio á cinco reales en esta ciudad, y en Madrid ha bajado á peseta, porque se dice que los franceses han abierto sus almacenes para vender los granos, preparándose para una retirada.

El pan de trigo, regular, á peseta hoy 10 de Julio.

Hoy 12 de Julio el pan se vende á cinco reales.

Hoy 13 de Julio, á las tres de su mañana, ha entrado un convoy de cebada de Guadalajara para Madrid, y otro se reúne de esta ciudad, de los granos que han sacado á cuenta de la contribución. Marcha esta guarnición del número 28, y queda parte de la tropa que ha venido de Guadalajara, habiendo quedado sin guarnición alguna los pueblos de Brihuega y Torija.

El pan á cinco reales, y también se ha vendido á treinta y seis cuartos hoy 14 de Julio.

El pan á peseta y treinta y seis cuartos hoy 16 de Julio.

En este día ha pasado el Manco insigne por esta ciudad para Madrid, con cincuenta hombres que componen su escuadrón, y su destino nuevo es á los húsares de la guardia real de José. No sólo es este hombre renegado de corazón, sino desatinado de alma y enemigo cruel de la Patria, ladrón de oficio y perseguidor de los hombres de bien; éstos son los méritos que le elevan á capitán de húsares de la guardia real, aunque todavía se duda de este destino.

El pan sigue á peseta, cuarto más ó menos, hoy 18 de Julio.

Primeros ministros nombrados en Cádiz con arreglo á la nueva Constitución sancionada por las Cortes generales del Reino:

El marqués de Casa Irujo, para el Ministerio de Estado.

D. José Pizarro, para el Ministerio de la Gobernación de la Península é islas adyacentes.

Al Sr. Calderón, para la gobernación de Ultramar.

D. Antonio Cano Manuel, para el Ministerio de Gracia y Justicia.

D. Luis de Salazar, para el Ministerio de Hacienda.

El general Abadía, para el Ministerio de la Guerra.

El Sr. Vázquez Figueroa, para el Ministerio de Marina.

En este día, 18 de Julio, están sacando á la fuerza en esta ciudad doscientos y más colchones y jergones que

quitan á los pobres vecinos de sus camas para la tropa de guarnición, además de tener en sus casas los alojados, á quienes hay que dar buena cama, luz, aceite y adherentes para sus comidas, lumbre y cuanto se les antoja. En los tres años, de los cuatro que hace se empezó la guerra, se han hecho más de ocho extracciones de colchones, además de otras infinitas camas que para el cuartel se han costeado del pueblo. En igual forma se saca al vecindario cuanto la tropa pide, ollas, cazuelas, cántaros y demás utensilios, y estas exacciones se repiten continuamente, porque todo lo destrozan y tiran los soldados cuando salen para otro pueblo. En fin, los habitantes nada poseen que no sea para esta casta de ladrones: el dinero, el trigo, la cebada, las casas, los frutos, los muebles y hasta nuestra paciencia, todo es para ellos, y nada para nosotros sino el hambre, la miseria, los trabajos, las lágrimas y la muerte; mas á pesar de todo, subsiste y subsistirá eternamente el patriotismo y el empeño de ser libres.

En este día, 19 de Julio, se advierten novedades de grande momento, y todos calculamos por ellas una retirada muy próxima de las tropas enemigas. Ayer tarde extendieron sus agentes la voz de que venían de Aragón, por el camino de Sigüenza y Guadalajara, doce mil soldados con el general Palombini, y que debían llegar en este día. Pidieron á este subprefecto doce mil raciones, y para prevenirlas se embargaron en las eras todos los granos que había limpios, presentándose el subprefecto y demás subalternos á arrancar de las manos del pobre labrador el fruto de sus tareas y sudores, y tomó otras providencias violentas. En esta mañana ya se han aumentado los pedidos hasta treinta y seis mil raciones, y vociferan los afrancesados que vienen tres divisiones de Aragón: han salido cuatro columnas de infantería y caballería á recorrer los pueblos comarcanos, coger cuanto ganado lanar encuentren, traerse todas las caballerías y carruajes que haya,

conducir granos y exigir grandes sumas de dinero; y hemos visto con lágrimas en nuestros ojos llenarse esta plaza del mercado al anochecer del ganado acarreado de los pueblos y de todos los animales y muebles saqueados por los enemigos, que parecía un infierno; cada soldado cogía su cordero, carnero ó lo que antes pillaba y cargaba con ello, pudiéndose asegurar que una quinta ó sexta parte ha sido destrozada de esta manera. En esta ciudad han de estar aprontados doscientos cuarenta y ocho mil reales para mañana muy temprano: han de presentarse todas las caballerías mayores y menores y carruajes, y todavía esperamos con temor otros males, al tiempo de la despedida, si se van según calculamos. Para todo amenazan con pena de la vida, y serán capaces de asesinar á cualquiera con sólo que replique, por la cólera y el furor que manifiestan, deseando vengar en los pobres paisanos indefensos la rabia que les devora, señal que nos indica el dolor y vergüenza que sienten por tener que abandonar este país, que juzgaban dominado, y que con tanta seguridad habían creído suyo, como si no hubiese españoles ni ingleses en el mundo capaces de hacerles soltar la presa. El corazón de todos los hombres de bien rebosa alegría; pero no nos atrevemos á manifestarla exteriormente, porque sería un delito, y con mirarnos de paso por las calles nos entendemos y alegramos mutuamente.

En esta tarde del mismo día, el coronel Hugo, del Regimiento Real, extranjero, que es el que ocupa de guarnición la ciudad, nos ha dado un gran susto, ó con el fin de intimidarnos, ó con el de tomar un pretexto para saquear. Ha condenado á ser fusilado á un vecino honrado llamado Liso, porque en el portal donde vende vino se han hallado unos cartuchos con bala, que había comprado á un soldado en pago del vino que le debía. Llevaron al paisano á la prevención, golpeándole y maltratándole, y al punto se extendió la voz de que le iban á fusilar, como en efecto lo

había determinado el coronel; se buscó confesor que le confesara y se confesó. Todos estábamos atónitos con esta desgracia, y se aventuraron el cura y personas de la ciudad más recomendables á interceder por él, las que pudieron conseguir la respuesta de que si la ciudad se portaba bien en los pedidos que hiciese el subprefecto, sería perdonado: se mantiene preso y esperamos que no perderá la vida.

Ya se descubre el plan de retirada al anochecer del mismo día, cuando vemos á los empleados de este Gobierno intruso, españoles espurios, disponerse para marchar con la tropa, pues, á quedarse sin ella, serían arrastrados y asesinados por el pueblo. No hay duda en que se acerca el momento de nuestra libertad y felicidad. El subprefecto, el alcalde mayor, el comandante Azlor, el administrador de rentas, el de bienes nacionales, el del sello ó registro y todos los dependientes preparan su viaje, lloran su desgracia, gimen sus familias y todo es lamento y lágrimas entre ellos. Ahora experimentan ellos los efectos de la infidelidad á su patria, y ahora los buenos españoles recogen el fruto de su honradez.

En este día, 20 de Julio, se ha verificado la salida y marcha de guarnición y de empleados de esta ciudad para Madrid; todos se han ido á las diez de la mañana, llevándose un sinnúmero de carros y caballerías, la mayor parte de sus muebles y la maldición de todos los hombres honrados. Ellos todavía llevan la esperanza de volver á esta ciudad con sus destinos; pero nosotros esperamos lo contrario. La ciudad en este día parece un pueblo de aturdidos; nadie atiende á su negocio, ni trabaja á su oficio; todos, llenos de incertidumbre, observan, registran y esperan con impaciencia el resultado de esta novedad, y mientras tanto pasan malísimos ratos con los oficiales alojados, que tienen mal humor, esperando y temiendo por despedida otro saqueo sobre el que se ha sufrido en la exacción de dinero, granos y bagajes, para el cual, cada uno se ha preparado

escondiendo sus mejores muebles y alhajas en camaranchones, sótanos y rincones. Por último, ha logrado la mujer del comandante de esta plaza que se ponga en libertad el paisano destinado para ser fusilado.

Á pocas horas de haber salido la guarnición y empleados de esta ciudad, ha entrado en ella la división del general Palombini, compuesta de tres y mil y tantos italianos, que no se han portado mal, ni han hecho daño, y ha vuelto á salir para Madrid á la medianoche, sin embargo de que vienen cansados con marchas dobles desde Tudela; pero en Guadalajara permanece la guarnición y empleados encerrados todos en sus fortalezas con cuatro cañones.

Hemos tenido un día 21 de Julio sin franceses ni empleados, sin subprefecto ni comandante, es decir, sin tiranos, y por lo mismo tan descansado y tranquilo, que como en cuatro años todo ha sido trabajos con ellos, nos ha parecido que de repente nos han mudado á otra región de felicidad; si el temor y cuidado que tenemos de que vuelvan, que nos durará mientras no veamos desocupar á Madrid y Guadalajara, no nos contuviera, sería una locura general y una alegría sin término, cuando un solo día de libertad tanto nos ha consolado. Hoy se esperaban de vuelta de Madrid los carruajes y caballerías que fueron de bagaje; pero no ha vuelto sino alguno que otro, que por pesetas ú otra maña ha podido escaparse, y dicen que muchas mulas quedaban encerradas en el Retiro, y sus dueños las cuentan perdidas. En este día ha salido de Madrid José Napoleón con las tropas que ha podido recoger, dirigiéndose al Escorial y Guadarrama, diciendo que va á ponerse al frente del enemigo, y dejando en la corte una guarnición competente. El hecho es que ha parado su viaje en el Escorial, fijando allí su cuartel general, para observar á los ingleses que andan cerca y llamarles algo su atención.

Este día, 22 de Julio, ha sido muy tranquilo por conti-

nuar la ciudad sin franceses ni afrancesados, esperando todo el éxito de una batalla que se prepara en Castilla, la que probablemente decidirá de la suerte del Gobierno intruso. El pan á peseta.

El día 23 de Julio igual al anterior, y el 24 sin otra novedad que haber tenido el gusto de ver á un oficial de los Empecinados con su asistente, cuya comisión nadie ha podido penetrar por la reserva con que ha procedido.

El día 25 y 26 no ha ocurrido novedad y han sido tranquilos, porque continuamos sin franceses ni afrancesados. Lo mismo ha sucedido los días 27 y 28.

El día 29 de este mes de Julio ha sido de gran gozo y satisfacción para esta ciudad, por haber entrado en ella el teniente coronel D. José Mondideu, comandante de la caballería ligera de los voluntarios de Guadalajara, de la división del Empecinado, con unos trescientos y más hombres bien equipados, armados y montados, y todos ellos soldados valientes, formados en la dureza y continua lucha que sufre y ha sufrido esta división. Nada se sabía de la venida hasta que se presentó á las cinco y media de la mañana un oficial hijo de esta ciudad, llamado D. Fernando Velarde, con su escolta, á preparar el alojamiento; y con este motivo se esparció la voz, todo el pueblo se llenó de alegría, todos concurren á la plaza Mayor y puerta de Mártires, por donde era la entrada, y muy pronto, como á las seis y media, se verificó, presentándose en formación los trescientos caballos, con cuatro ó cinco clarines que tocaban perfectamente, y así se presentaron en la plaza. Como eran las primeras tropas españolas y patrióticas que habíamos visto en cuatro años de esclavitud, era tanto el gozo, que se derramaron muchas lágrimas; los habitantes trataron á los soldados como hermanos y los obsequiaron, á pesar de que no podíamos obrar con libertad por hallarnos todavía bajo la cuchilla de los enemigos que ocupan la capital; nada ignoran de cuanto pase, y después tratan

cruelmente á los pueblos que reciben bien á sus hermanos y defensores.

Aquí hicieron presa los Empecinados en este día de más de quinientas fanegas de grano que no pudieron llevarse los franceses, de setecientas arrobas de plomo en balas y perdigones, y de tabaco, sal y demás efectos de rentas del Gobierno intruso. Á las siete de la tarde pasaron lista, rezaron las oraciones, y á las diez de la noche todos marcharon á acamparse fuera de la ciudad, donde durmieron.

El día 30 volvieron del acampamento nuestros Empecinados y lo pasaron en la ciudad, y en este día se descubrieron algunos escondites que habían dejado aquí los empleados del Gobierno intruso, la cebada de Gallardo en la casa de Huerta, muebles de Terón en la del capellán de las monjas de la Imagen, y otras cosas que servirán para el fondo de la división. Todos esperamos alguna providencia del Sr. Mondideu acerca del Oyito, Lebrón, Carralero, Urrutia el abogado, y otros que, á pesar de ser afrancesados, permanecen en la ciudad; ellos han buscado padrinos y se han presentado con protectores, y andan libres. Han salido también á pasar la noche en el acampamento los Empecinados.

El pan en estos días á veintisiete y á veintiocho cuartos, bueno y blanco.

Todas las fortificaciones, puertas y tapias con que nos tenían encarcelados los franceses fueron destruídas y derribadas el día 29, en que hizo su entrada Mondideu, y es uno de los beneficios que más ha apreciado el pueblo.

Este día 31 han vuelto del acampamento los Empecinados y le han pasado en la ciudad. Han sacado otro convoy de granos, efectos y tabaco, dirigiéndole á sus almacenes, y se está despajando la cosecha del heredamiento de la Oruga, que en el día posee un empleado llamado don Francisco Gallardo, por mandato del Sr. Mondideu, para llevarse todo el grano como confiscado.

En este día se ha recibido la gran noticia de la victoria conseguida por el ejército anglo-hispano-portugués el día 22 de este mes de Julio, sobre las tropas francesas del mariscal Marmont, duque de Ragusa, en Castilla la Vieja, cerca de Salamanca, quedando herido el mismo Marmont y Bonet, que era el general que le seguía; cuya noticia la han puesto los mismos franceses en su *Gaceta de Madrid* del 30 de este mes. Esperamos sea grande su derrota cuando se confiesan vencidos sin detallar la batalla También confiesan que José Napoleón no ha podido reunirse con su división al ejército de Marmont, y que ha tenido que retroceder á Segovia.—Julio 31 de 1812.

Día 1.º de Agosto marchó de esta ciudad el Sr. Mondideu con su escuadrón mucho antes de amanecer y dejó un corto destacamento en ella: no ha podido traslucirse dónde se dirige ni cuál fuera su objeto, aunque se dice lleva el camino de Paracuellos. Á las diez de la mañana ha llegado D. Vicente Sardina, otro jefe de los Empecinados, teniente coronel de caballería ligera de Guadalajara, más antiguo que Mondideu, y se ha renovado el gusto y deseo de conocer personalmente á estos hombres, que desde el polvo se han hecho admirar de todos y se han elevado por su valor y patriotismo á un grado de elevación tan eminente.

Día segundo de Agosto se ha publicado un bando en que, por orden del Sr. Sardina, se mandan guardar en todo las leyes y costumbres que regían antes de la invasión de los franceses: que no se observe lo que el Gobierno intruso tenga establecido, como no sea en el solo caso de que su fuerza armada se constituya en esta ciudad, pues á la sazón ocupa la corte, Guadalajara y otros puntos cercanos. También ha mandado el Sr. Sardina que se haga iluminación general al anochecer en celebridad de la batalla ganada á los franceses en Castilla, y que en esta tarde se cante el *Tedeum* en la Iglesia Magistral, con repique general de campanas. Aunque todavía procedemos con temor, porque

tenemos á los enemigos encima, juzgamos que en el estado en que se hallan no han de venir ni volver á esta ciudad, y sea por esto, sea por el noble y constante patriotismo que á todos anima, la función de este día se ha hecho del modo más solemne y como podría haberse ejecutado si los enemigos se hubiesen hallado á mil leguas. Empezó el repique de campanas á las doce del día y duró hasta la una casi sin cesar. Á las cuatro y media de la tarde se cantó el *Tedeum* en San Justo, y fué tan grande concurso á la iglesia que la ciudad quedó desierta. El ruido de las campanas, la alegría sin término de las gentes, la reunión de todas en aquel lugar para dar gracias á Dios, causaba tal ternura que, á no ser por el temorcillo que todavía debíamos tener á la guarnición de Madrid, compuesta de cuatro ó cinco mil enemigos, hubiera degenerado en locura. Lloraban los hombres como los niños, y todos dirigieron con gran fervor sus súplicas al Altísimo para que nos librase de la esclavitud: fué indecible la conjuración de todos, y acabada la función fueron las gentes todas en reata detrás del Ayuntamiento y del Sr. Sardina, incorporado en él por toda la calle Mayor hasta la plaza del Mercado echando vivas á la España, á su constancia y á los patriotas. La iluminación fué general y todos se esforzaron á pesar de estar empobrecidos con las exacciones de los enemigos, y hubiera lucido más á no ser porque hizo noche airosa. Todo el vecindario anduvo por las calles alborotado, sin desorden alguno, y en cada corro había un baile. Los vivas y aclamaciones no cesaron á la nación española, á Fernando VII, á la Inglaterra y á los patriotas. La Universidad asistió al *Tedeum* incorporada con el Cabildo de la Magistral en el coro. Hubo refresco en el alojamiento del Sr. Sardina, y después marchó éste con su tropa acabada la iluminación.

Día 3 de Agosto no hubo novedad alguna en la ciudad. Pero se supo de positivo que José Napoleón había entrado á la una de la tarde en Madrid, dejándose la tropa acam-

pada en el Pardo y sus inmediaciones: ahora se dice si tratará de retirarse por aquí ó por el camino de Valencia.

Día 4 de Agosto estuvimos sin tropa alguna, y con bastante inquietud por haberse esparcido la voz de que venía una columna de franceses desde Madrid á esta ciudad, y porque sigue el rumor de que la retirada de los enemigos va á ser por este pueblo; pero no vino en este día tropa alguna. Salió para los Empecinados un convoy de los granos de la cosecha de Gallardo y de los efectos de afrancesados.

El pan bueno á veintiocho cuartos.

Día 5 de Agosto las atalayas puestas en la torre de San Justo divisaron una columna de tropa que se dirigía á esta ciudad por el camino de Madrid; el pueblo se alborotó é intimidó mucho, creyendo que vendrían los empleados, especialmente el subprefecto Tramarria (1), á vengarse de lo mucho que aquí habíamos celebrado el momento de nuestra libertad, porque todo lo que pasó lo supo por algunos perversos que existen en la ciudad y fueron testigos de nuestra grande y justa alegría; pero se mandó por pregones que nadie abandonase el pueblo, y al fin todo se quedó en miedo, pues la columna no venía con empleado alguno. Entraron ciento cincuenta de caballería y unos quinientos de infantería con dos cañones, con el Gobernador de Madrid Lafont Blagnac, al que salió el Ayuntamiento á recibir á la puerta de Madrid: le dieron buen alojamiento y lo que pidió para su tropa, y no hizo ésta notable daño como no

(1) El examen de las actas municipales hace ver cuán justo era el resentimiento que el autor muestra contra Tramarria, que no dulcificó su traición aliviando los males de los españoles. Mejor procedieron otros funcionarios del intruso, que con su prudencia y su humanidad alcanzaron públicos testimonios de gratitud. Entre ellos debe mencionarse á D. José Antonio Barandalla, subprefecto que fué en Alcalá, quien por su amor á los pueblos, blanda condición, celo del bien público y heroísmo en defender á los españoles contra los franceses, mereció que el Ayuntamiento de Alcalá diese un informe en favor suyo, elogiando calurosamente los grandes beneficios que se le debían, procediendo con más fortuna á favor de los menesterosos y afligidos que si hubiera sido enemigo de José. (Acta de 18 de Junio de 1813.)

fuese sus acostumbrados robos, y á las tres y media de la noche marchó de aquí para Guadalajara sin quedar ni un soldado. Se llevó seis mil reales de contribución. Calculamos que va á proteger la evacuación de Guadalajara, trayéndose la guarnición y empleados.

Los días 6, 7, 8 y 9 no hubo novedad particular; pero el 10 á las diez de la mañana avisaron las atalayas que venía la tropa de los enemigos de Guadalajara. Entró, en efecto, la misma columna que pasó antes por aquí, que venía con infinidad de dinero sacado en los pueblos de la Alcarria y nos causó grave sentimiento el ver que no traían la guarnición ni empleados de Guadalajara, de modo que casi desconfiábamos de que hiciesen los franceses la retirada tan pronto como habíamos creído; pero nuestra tristeza se convirtió en alegría cuando supimos por los apostados que había en Madrid que José Napoleón y todas sus tropas habían desocupado la corte en este mismo día, antes de las doce, emprendiendo su retirada por el camino del puente de Toledo, marchando también los empleados más insignes y todos aquellos que temían la justa venganza de los patriotas. Esta columna nada sabía de tan gran novedad y estaba dispuesta para ir á Madrid á la medianoche; pero el ordinario de Guadalajara, llamado Mariano, y una bribona trajeron un pliego á las diez y media de la noche, que causó tal consternación al general y oficiales, que al momento se alborotaron y marcharon sin tocar cajas, á las doce de la noche, tomando el camino de Arganda. La corte no quedó enteramente desocupada, porque dejaron alguna guarnición para que se hiciese fuerte en el Retiro.

Día 11 de Agosto por la tarde pasó por aquí un oficial del regimiento al mando de Mondideu, en busca del Empecinado, que está en las cercanías de Madrid, y se dijo llevaba la capitulación de la guarnición de Guadalajara á ratificar del Empecinado. Se oyó por toda la mañana de este día tiroteo de cañón hacia un lado de Madrid.

PRIMER NOMBRAMIENTO

Y CREACIÓN DE LOS MINISTROS DEL SUPREMO TRIBUNAL
DE JUSTICIA ESTABLECIDO EN LA CONSTITUCIÓN
DE LAS ESPAÑAS SANCIONADA EN CÁDIZ

Presidente.

D. Ramón Soto Posada.

Ministros.

D. José María Puig.
D. Antonio Cortavarria.
D. Antonio López Quintana.
D. Francisco López Lisperguer.
D. Jerónimo Díez.
D. Ciriaco González Carvajal.
D. Antonio Cano Manuel.
D. Tadeo Segundo Gómez.
D. Manuel del Castillo Negrete.
D. Francisco Ibáñez de Leiba.
D. Manuel Antonio de la Bodega.
D. Francisco Díez.
D. Jaime Álvarez de Mendieta.
D. Vicente Fita.
D. Andrés Oller.
D. Diego María Badillos.

Fiscales de Tribunal.

D. Ramón López Pelegrín.
D. Manuel de Eizaguirre.

La fecha de este nombramiento es en Cádiz á 7 de Junio
de 1812.

Día 12 de Agosto grande y magnífico para la patria, y día el más alegre en esta ciudad. Entró en ella á la una y media de la tarde el insigne D. José Mondideu, teniente coronel del regimiento de caballería ligera de Guadalajara, anunciando á gritos la ocupación que las tropas aliadas al mando de lord Wellington y las del Empecinado habían hecho de Madrid en la mañana de este día, sin haber quedado en la corte más franceses que unos mil de ellos en el Retiro, para capitular por los enfermos. Esta noticia causó tanta alegría que no puede escribirse ni ponderarse, porque faltan voces con que explicarla: no hay pluma que pueda dar una idea del regocijo general, júbilo, alboroto y gozo de todo el pueblo. En un momento se esparció la voz, se congregaron las gentes, se oyeron las campanas, se empezaron los vivas y gritos, saltaban y bailaban en las calles públicas y las plazas hasta los hombres más graves, unos lloraban á moco tendido, otros se desgañitaban y todos nos volvimos locos. ¡Qué alegría! ¡Qué contento! ¡Qué placer tan inexplicable! ¡Oh día el más venturoso y feliz para la Nación española, premio debido á su constancia y fidelidad, después de cuatro años de continuos desastres! ¡Oh inmortal Wellington! ¿Qué gloria puede compararse con la de haber dado libertad á una Nación que te adora? Después del primer fervor y algazara todo viviente recurrió á dar gracias al Todopoderoso en la parroquia de Santa María y en la Magistral, donde se cantó un solemnísimó *Tedeum*, mezclado con muchas lágrimas, y después siguió sin intermisión la alegría y el alboroto. Se dispuso inmediatamente una iluminación famosa que lució perfectamente por la serenidad de la noche: hubo salvas, hubo bailes en la plaza Mayor, hubo músicas y hubo lo que no es posible pintar sin haberlo visto. En tres horas se dispuso una carroza en que iba una niña representando á la España, con una espada en la mano, una corona en la cabeza y arrojando cadenas con la otra mano, en representación de la libertad de

la Nación. La niña iba perfectamente adornada, precedida de soldados con sable en mano y de muchas hachas, y un coro de músicos que entonaban canciones patrióticas. Verdaderamente que en tan poco tiempo como el que medió, sólo el deseo de todos y un motivo tan grande podía hacer posible lo que se ejecutó. Para mañana está dispuesta una misa en acción de gracias en San Justo, poniendo manifiestas las Santas Formas, y á un lado la arca de los Santos Niños, y al otro nuestra patrona María Santísima del Val, y por la tarde procesión alrededor de la iglesia con el arca de los Santos Niños.

Día 13 de Agosto vimos por primera vez al Sr. Brigadier D. Juan Martín Díaz, el Empecinado, cuya venida á esta ciudad ha sido tan celebrada que no quedó persona que no se agolpase á la calle y casa de su alojamiento á mirarle con ansia y á celebrarle con vivas y aclamaciones como á uno de los redentores de la patria. Las gentes todas de toda clase, sin excluir las señoras más principales, le agarraban, le abrazaban y le besaban bendiciéndole, y colmándole de elogios, á que él correspondía con lágrimas de agradecimiento. Este hombre merece verdaderamente los mayores elogios por habersido el primero que formó partida de guerrilla, sin más auxilio ni apoyo que su patriotismo, juntando gente, buscando armas y caballos ó tomándoselos á los enemigos, á cuya imitación se formaron después las innumerables que en todas las provincias han dado mucho que hacer á los enemigos y han contribuído infinito á la salvación de la patria (1). Su nacimiento fué

(1) El nombre de *empecinados* fué tan popular, que se daba á todos los guerrilleros españoles. El mismo D. Juan Martín firmaba sus comunicaciones, no con su nombre, sino con su glorioso apodo, y en comunicación dirigida al Ayuntamiento de Madrid en 12 de Noviembre de 1812 decía que este apodo «sirve de distintivo á los buenos patriotas». (*Gaceta de Madrid* de 17 de dicho mes.)

En un escrito antiespañol de aquel tiempo, acogido en la *Gaceta de Madrid*, se definía así al empecinado ó guerrillero:

humilde y sin principios, como que apenas sabe escribir; pero ha sabido ser valiente y matar franceses y muy constante en servir á la patria y resistir á las lisonjeras ofertas de José Napoleón, con que más de una vez ha intentado atraerle á su partido, por cuyas prendas ha merecido la elevación de que goza y la reputación que mantiene. En este día hubo iluminación general en su obsequio y *Te-deum* en la Magistral.

Día 14 de Agosto marché á Madrid, donde estuve hasta el 18, y allí pasé el tiempo trasportado en alegría y en gozo continuo con ver los ingleses, portugueses y españoles del ejército triunfante de Castilla con su general el gran Wellington y los subalternos D. Carlos España y el señor Alava. Vi también á los jefes de partida D. Juan de Abril, el Médico y otros; presencié el juramento de la nueva Constitución en las parroquias, la capitulación del Retiro, las fiestas públicas y otras mil cosas que se refieren en la primera *Gaceta de Madrid* puesta bajo nuestro Gobierno de la Regencia el día 17 de Agosto á que me remito.

Día 18 encontré en esta ciudad los prisioneros de la de Guadalajara rendidos por capitulación hecha con D. Juan Martín el Empecinado. Dios, que exalta á los humildes y abate á los soberbios, ha permitido que la guarnición de Guadalajara caiga en poder del que tanto han perseguido y despreciado, y que entre los rendidos se hallen el renegado Villagarcía, Rosas, Corbalán y otros insignes traidores. También han caído los empleados con la Junta criminal, que lo pasarán mal (1).

«*Empecinado*. Animal rumiante, triste, cobarde y nócivo; gusta de la soledad; se acompaña solamente de los de su especie; habita las ciudades y lugares poblados; la lengua y los gestos son las armas con que ataca á sus enemigos; huye del estrépito militar; su cobardía exige imperiosamente que otros se sacrifiquen por su seguridad. Paso grave é interrumpido, mirar torvo y desdeñoso, seriedad afectada, piel vieja y de color antiguo y desusado, etc.»

(1) Entraron los leales en Guadalajara en 16 de Agosto, cogiendo una

Día 19 de Agosto entró en Madrid prisionera la guarnición de Ocaña, compuesta de quinientos franceses y su gobernador español renegado, quien sufrió grandes insultos del pueblo, y en seguida sufrirá regularmente la muerte. Entre esta guarnición, la del Retiro y Guadalajara han caído en pocos días más de tres mil hombres prisioneros, sin costar á los aliados pérdida de cincuenta hombres.

El Sr. D. José Napoleón, supuesto Rey, se halla errante por la Mancha con su indecente corte y ejército llamado del centro, sin saber dónde guarecerse, aunque su dirección parece que es á Valencia. Es tan grande la deserción del tal ejército que no puede calcularse, porque todos los renegados de que se compone le abandonan y se restituyen á las banderas de su patria; con la batalla de Castilla y la retirada de Madrid lleva perdidos en un mes más de treinta mil hombres.

Día 22 de Agosto á las ocho de la mañana salieron de aquí los setecientos y tantos prisioneros de Guadalajara para Madrid, escoltados por los voluntarios de Madrid y caballería del mismo nombre. Iban á pie Villagarcía y demás oficiales españoles renegados, y del mismo modo llevaban á todos los empleados, entre los cuales iba el famoso Novella, catedrático de Vísperas de Jurisprudencia de esta Universidad, hombre que excitaba la compasión de cuantos le habían conocido y tratado; pero que debe su mala suerte á no haber pensado del modo que exigen el honor y amor á la patria, teniendo menos disculpa cuanto mayor es su talento é instrucción, que no puede negársele (1).

guarnición de 775 hombres, pertenecientes en su mayor parte á los cuerpos Real Extranjero, Real Irlanda, Primero de Madrid, Veteranos y Escuadrón de Cazadores. Entre los afrancesados cogidos estaban Villagarcía, Rojas y Ruiz. Había además un obús, dos cañones de á cuatro, ocho de á dos y dos banderas.

(1) Debieron soltarle ó acaso se escapó, porque cuando volvieron los franceses á apoderarse de Madrid, fué nombrado juez en la corte.

Día 18 de Septiembre de este año de 1812, por la mañana á las nueve, ha salido mi querido sobrino Cándido Rianza de esta casa para servir á la patria de soldado distinguido en el batallón de tiradores de Sigüenza, en la división del Empecinado, dejándonos á todos sumergidos en llanto. Salió de esta ciudad el día 19 por la mañana (1).

Día 28 de Septiembre se hizo la solemne publicación de la Constitución de la Monarquía, sancionada por las Cortes principales de la Nación, leyéndola en la plaza Mayor de esta ciudad con todo el aparato correspondiente, para lo cual estaba preparado un gran tablado, donde se colocó la Justicia y Ayuntamiento con el convite. La ciudad estuvo aderezada: hubo grande iluminación, árbol de pólvora y música.

Día 29 de Septiembre se celebró el juramento de la Constitución en las dos parroquias, y hubo iluminación.

Día 30 fué electo el primer Ayuntamiento constitucional y puesto en posesión. Se compuso de dos alcaldes, ocho regidores y dos procuradores generales, á saber los siguientes:

ALCALDES

D. Isidro Lizana, labrador.

D. Joaquín Garcés, oficinista.

REGIDORES

D. Domingo Díez, médico.

D. Francisco de Paula Roldán, oficinista.

D. Pedro Ortiz, músico.

D. Joaquín Ibarra, confitero.

(1) Hay contradicción en este párrafo respecto á la fecha en que salió el sobrino del autor para unirse á los guerrilleros.

Manuel Oñoro, labrador.

Camilo Carrasco, carpintero.

D. José Carles, oficinista.

Vicente Calleja, sastre.

PROCURADORES

D. Santiago Muñoz, oficinista.

D. Melchor Pla, quinquillero.

Día 11 de Octubre se hizo la elección de electores parroquiales para la de diputados y salieron en San Justo don Jerónimo López, dignidad de la misma iglesia, con el doctor Barco, y en Santa María su cura Heredero, D. Juan José Landa y el Sr. D. Pedro Tejada.

Día 25 de Octubre entró en esta ciudad la primera tropa inglesa y portuguesa en número de unos cinco mil hombres, buena gente, toda de infantería; y el 27 por la mañana, á las siete, marchó con dirección al Tajo, donde han llegado los enemigos. Son nuestros defensores y los que nos han dado la libertad los ingleses: no son gravosos porque los víveres, y casi todos los trasportes necesarios, los traen consigo; pero se alojan militarmente, y tanto ellos como los portugueses son muy aficionados á robar, propiedad de toda la soldadesca en general, y han incomodado demasiado en las casas de vecindario.

Día 28 volvió aquí la tropa inglesa, que salió el 27 de Octubre, y en seguida entró la división española del conde de Peña Villemur y del brigadier Morillo, la de D. Carlos España, la de Elío, que es del ejército tercero, y otras tropas aliadas, que componían el número de unos 17 ó 18.000 hombres. Vimos á los citados jefes, sus tropas excelentes, y hacer el ejercicio al regimiento de la Unión, de la división de Morillo, al compás de la música, y sin otra voz que la misma música, de un modo que agradó infinito al público, en la tarde del día 29 en la plaza Mayor; to-

das estas tropas se retiraban del Tajo en movimientos combinados, dejando á los enemigos el paso expedito, y esperamos el éxito de esta retirada con mucha confianza.

Día 30 de Octubre por la mañana á las nueve salieron de aquí todas las tropas aliadas, que llegaron á componer 20.000 hombres, y se dirigieron todas hacia Madrid, á excepción del tercer ejército, que marchó á Guadalajara.

Día 31 notable tristeza y grande aflicción en la ciudad, Madrid y su comarca, porque los enemigos pasan el Tajo, é ignoramos nuestra suerte, temiendo vernos por tercera vez bajo su yugo, si no lo remedia una batalla, que es la única esperanza que nos queda. Los ingleses han volado el fuerte de la China en el Retiro para que no tengan este asilo los franceses: los que en Madrid se hallaban presos por infidencia son conducidos con sus procesos á paraje seguro, y las autoridades principales con los empleados de nuestro Gobierno salen de Madrid, Guadalajara y Alcalá, llevándose sus oficinas y papeles á paraje seguro.

Día 2 de Noviembre entraron en Madrid los franceses por tercera vez, y el intruso Rey José, habiendo anticipado un fuerte destacamento de caballería que, entre siete y ocho de la mañana, se presentó á las puertas de dicha capital, las que cerraron por dentro, y después se distribuyeron en varias guardias y casas de sus partidarios. En esta tercera entrada se manifiestan muy pacíficos y humanos con los habitantes, ocultando su orgullo por ahora. El intruso José ha quedado con parte de sus tropas, compuestas de un buen número de españoles jurados. Soult con su ejército sigue los pasos de los aliados, cuya dirección es hacia Castilla por el puerto de Guadarrama, Segovia y otros puntos. El pueblo de Madrid ha recibido á los franceses y al intruso José con todo el desafecto y sentimiento que puede imaginarse, y es consiguiente al estado de libertad que empezó á disfrutar, y ha perdido. Alcalá y toda la comarca está penetrada de aflicción y todos los pueblos consterna-

dos, aunque en esta época todavía no han sido vistos los franceses en ellos.

Día 7 de Noviembre quedó por tercera vez libre de franceses la villa y corte de Madrid, habiendo salido el intruso José al otro día de su entrada, y las tropas todas, las de Soult y José, siguieron á Castilla la Vieja, sin haber hecho en Madrid otra cosa que poner tres ó cuatro *Gacetas* llenas de mentiras. Se ha visto que la venida á esta capital ha sido un tránsito del ejército con alguna combinación preparatoria de alguna batalla; pero nuestro general Ballesteros con su ejército sigue la retaguardia de los enemigos, y los aliados en gran número los esperan en Castilla. Esta ciudad de Alcalá ha tenido la dicha de no ver á los franceses en esta ocasión. Á Dios las gracias.

Aunque se ha dicho que el general Ballesteros venía en seguimiento de los franceses, se ha visto que esto era falso; antes bien, por no obedecer al Gobierno, que le mandó como á todos los demás generales españoles se sujetasen á las órdenes del gran lord Wellington, nombrado por nuestras Cortes Jefe de todas las fuerzas aliadas, con aplauso de los políticos, ha sido depuesto y preso Ballesteros, conduciéndole á Ceuta. Manchó su gloriosa carrera con desobedecer al Gobierno, y ha retrasado las operaciones de los ejércitos aliados.

Día 3 de Diciembre ha vuelto desde Castilla y ha entrado por cuarta vez en Madrid el intruso José, sin que se sepa si ha habido batalla: lo que se dice es que el ejército de Soult, reunido con los restos del de Marmont y algún corto refuerzo que ha entrado de Francia, componen en Castilla ochenta mil hombres; que el lord Wellington junta ciento y tantos mil de tropas aliadas. La vanguardia que ha venido con José á Madrid se componía de los malvados renegados españoles que todavía siguen sus banderas al mando del infame Manco D. Saturnino Abuin, del ladrón Sauquillo, del vil Morales y demás bribones que ayudan á desolar

á su patria. Todavía no se sabe el objeto de esta venida á Madrid, aunque se supone será á robar, según costumbre, ni se sabe qué fuerza trae el intruso José.

Día 5 al anocheecer entró en esta ciudad la división del ejército enemigo del general Palombini, compuesta de tres mil hombres poco más ó menos, con un cañón y un obús. La consternación y temor del pueblo fué grande. Salió la Justicia por atrición á recibirla á la puerta de Madrid, y la entrada no ofreció nada de particular. Todos los soldados venían cargados de infinitas ropas, muebles y efectos robados en los pueblos de Castilla, que en el día 6 andaban vendiendo por las calles á manera de feria. Todos venían bien provistos de dinero, de cerdos muertos y vivos y de cuanto vieron sus ojos, dejando perdidos los pueblos. Continúa hoy 7 la misma división causando grandes males. Al anocheecer todo viviente se recoge lleno de terror, porque como cada soldado es un ladrón, ó roba ó da golpes y maltrata á quien encuentra. En las casas de alojamiento ¡cuántos trabajos y penas sufrimos! Somos esclavos de estos caribes, y sobre la esclavitud tenemos que hacerles el gasto de leña, carbón, aceite, camas, manteles, sal, pimienta, y toman cuanto hay en la casa que quieren ó necesitan. Lo peor de todo es el trato incivil, grosero y bárbaro de los oficiales, que ni tienen honor ni le conocen, pues corresponden tan mal á la paciencia y sufrimiento con que les servimos, que nos pagan con dicterios, amenazas ó golpes, sin distinguir de personas, sexo ni edad. Toda esta división se compone de italianos, y en Italia se perdió la humanidad y aun la religión desde que sirven al tirano de la Europa.

Hoy 11 de Diciembre, entre dos y tres de la noche, marchó la división de Palombini de aquí á Guadalajara con dirección á Zaragoza, habiendo hecho en esta ciudad un gasto inmenso de raciones, que puede computarse en un cuádruplo más de lo que necesitaban: cada soldado vendía

la cebada por fanegas y además se llevaba prevención de ella, de pan, de carne y de vino; de las casas de su alojamiento se han llevado lo que han querido, especialmente mantas y colchas. Queda aquí tropa de la guardia real en número de unos seiscientos hombres, un cañón y un obús.

Piden y sacan los franceses en esta ciudad setecientas fanegas de trigo, otras tantas de cebada y cuarenta mil reales en dinero, y sobre esto, hoy 12 de Diciembre, sacan á cada vecino un colchón ó un jergón con mantas para que duerman con conveniencia los soldados, mientras carecemos de reposo los habitantes.

Hoy, 14 de Diciembre, han convocado á los alcaldes de los pueblos del territorio y se les ha intimado por el comandante de la plaza que cada uno, en el término de ocho días, apronte la contribución que en dinero y granos ha sido repartida á su pueblo, tan enorme que alguno de ellos no paga con el importe de doscientos mil reales, y van conminados con una comisión militar, que irá á su costa, para hacerla efectiva.

Día 16 de Diciembre ha venido á esta ciudad un nuevo subprefecto, llamado Varandalla, médico que fué de Parla; ha entrado también el insigne Villagarcía, terror de esta comarca por sus iniquidades desde que renegó, y ahora más que nunca, porque ha escapado de prisionero que fué en Guadalajara, y vuelve donde sufrió los merecidos insultos del pueblo. También han venido dos empleados de rentas provinciales de los que estaban antes, á saber: un tal Soto y D. Félix Cárdenas, para servir á su Rey José.

Día 20 de Diciembre, como á las dos y media de su tarde, el insigne Villagarcía, de quien se habla en el párrafo antecedente, hizo una muerte alevosa en esta ciudad, quitando la vida al doctor D. Antonio Allier, graduado en leyes en esta Universidad, hijo del abogado D. Francisco, deshaciéndole la cara y cabeza á sablazos, sin que se sepa por ahora el modo y circunstancias del caso, que ha llena-

do de asombro y compasión al pueblo, ni otra cosa que el haber ido á buscarle Villagarcía á la casa donde estaba y haberle sacado al campo hacia las tapias de la huerta que llaman de Colas, y allí le mató.

Día 23 de Diciembre pasaron por aquí seiscientos hombres con más de treinta carros y muchas caballerías á cargar en Guadalajara trigo, cebada y dinero, y el día 31 volvieron bien cargados, marchando á Madrid con este convoy el día siguiente.

Siguen en esta ciudad los enemigos sacando la terrible contribución, que pasa de ochocientos mil reales, impuesta para el año rural, contando de Julio á Julio, y lo mismo ejecutan en Guadalajara y pueblos de toda la circunferencia.

El pan no ha pasado desde la última cosecha de veinticuatro, veintiséis y veintiocho cuartos, que es su precio actual en todo este mes de Diciembre, cada dos libras.

Año de 1813.

Día 2 de Enero fué puesto en prisión por el comandante de la plaza un paisano de esta ciudad que se decía haber estado de soldado en las guerrillas, llamado Beltean; pero lo peor fué que á cuantos supo habían hablado con él, aunque sólo fuese para saludarle, también los mandó prender, y por esta causa fueron arrestados el canónigo Iriarte, D. Pedro Larralde, hombre honradísimo; Mathías Coronado, Ricardo Moratilla y el labrador Oñoro. Se ha formado causa, y la ha tomado á su cargo el subprefecto Varandalla, hombre de buena intención. Estas y otras cosas, la desgracia de Allier y las que se pueden temer nacen de chismes y delaciones de los mismos españoles partidarios de los franceses, y que han podido ser presos y castigados cuando marcharon los enemigos, porque quedaron entre nosotros y no se les castigó.

El labrador Oñoro ha redimido su vida aprontando ocho mil reales al general Bermui y demás satélites, que han tomado por pretexto para robarle el que había abrigado á un bergante.

Día 8 de Enero están sacando á la fuerza otro colchón, manta y almohada á cada vecino para la tropa.

El pan de dos libras á veintiocho cuartos hoy 8 de Enero.

Ayer, 7 de Enero, trajeron los franceses presas las jus-

ticias de Los Santos, Mejorada y otros pueblos porque debían contribuciones.

Hoy, 12, ha pasado por aquí Villagarcía á Guadalajara, sin que haya tenido resultas algunas contra el recurso que el padre del asesinado Allier ha hecho á José lleno de justicia y con la más completa prueba de que fué un asesinato alevoso; de modo que así se autorizó el asesinato de los paisanos á discreción de los renegados insignes (1).

También se halla autorizada la delación calumniosa y los chismes que promueven los partidarios de los franceses, y por esta causa se hallan perseguidos, comprometidos y presos los que han auxiliado á nuestro Gobierno, los que han comprado muebles de los secuestros y los que de cualquier modo son hombres de bien.

Carne la libra á veintiocho cuartos, papas á cinco, judías secas á veintiocho, vino el cuartillo á nueve, libra de garbanzos á cuarenta y cuatro, la de aceite á cuarenta, la de arroz á peseta, la de pescado remojado á peseta, y estos son los precios, cuarto más ó menos, desde Agosto último, y el jabón á treinta y ocho cuartos.

Todo el mes de Febrero, y hasta hoy 8 de Marzo, han continuado los enemigos exigiendo militarmente las llamadas contribuciones de los pueblos, dividiéndose en columnas y recorriendo toda la campiña alta y baja, sin dejar la más infeliz aldea. No es posible pintar la desolación que han causado: en Alcalá, por un cálculo corto, sube por más de un millón de reales lo que han sacado desde el mes de Julio de 1812 hasta el día en dinero y en todo género de suministros; y en cada pueblo han exigido un doble de lo que importaba la contribución. No quedan ya mulas ni ganado para la labor: más de veinte y cinco pares de mulas

(1) Por decreto de este día nombró el Rey intruso alcalde mayor juez de primera instancia de la subprefectura de Alcalá á D. Francisco María Rojas, de cuyo nombramiento dió cuenta la *Gaceta de Madrid*.

se llevan de Alcalá, y ayer 7 trajeron de Pezuela, Torres y Loeches más de cuarenta mulas, sin perjuicio de los terribles embargos que hacen en Madrid, Guadalajara y demás puntos donde hay guarnición, esperándose muy pronto una retirada, según anuncian estos preparativos (1).

El pan ha seguido y sigue á veintiocho cuartos las dos libras hoy 8 de Marzo.

Hoy 16 de Marzo de 1813, á las once de la mañana, ha marchado toda la tropa de enemigos que estaba de guarnición en esta ciudad, en número de unos quinientos franceses de la guardia de José, llevándose una gran porción del ganado lanar, y fusilando cinco paisanos que tenían presos, dos de ellos de Torrejón de Ardoz y tres de Los Santos: éstos procesados por un asesinato, y aquéllos se dice que por ladrones; pero unos y otros sin la formalidad de proceso. El conde Bermui, general de la guardia real, lo dispuso por despedida después de haber robado grandes cantidades en esta ciudad y todo su territorio.

Día 17 de Marzo, á las dos de la tarde, bajó por la cuesta de Zulema una columna de enemigos de unos trescientos, pertenecientes á la división de Leval, y se acantonaron en esta ciudad, en la que insultan al pueblo, con particularidad á los clérigos, y ocasionan un gasto enorme.

El mismo día 17 salió el Rey intruso de Madrid (2) con su guardia y principales partidarios, marchando por el camino de Castilla, unos dicen que al otro lado del Ebro, otros que á Francia á resultas de las derrotas de Napoleón en el Norte.

(1) Por este tiempo era comandante general de la provincia de Guadalajara, en nombre del intruso Bonaparte, el general Vichery, hombre activo, que tuvo algunos encuentros con las tropas de D. Juan Martín en las cercanías de Sigüenza y Medinaceli.

(2) La *Gaceta de Madrid* de 18 de Marzo anunciaba la salida de José en estos términos, modelo de laconismo: «El Rey nuestro señor salió ayer de esta corte á recorrer las líneas de los ejércitos».

Día 1.º de Abril sigue el pan á veintiocho cuartos, el cuartillo de vino á diez, la libra de garbanzos á cuarenta y cuatro cuartos, la de aceite á cuarenta, la de carne de cordero á treinta, la de jabón á cinco reales.

Se mantiene en esta ciudad la columna de trescientos franceses que vino el 17, haciendo galleta, robando en los pueblos del contorno, donde continuamente salen partidas de caballería y traen presos á los alcaldes y cura, porque no aprontan lo que les piden y no tienen. Antes de ayer trajeron al cura y alcaldes de Torrejón de Ardoz á pie delante de los caballos y los encerraron en la cárcel pública, donde permanecerán hasta que traigan diez mil reales de multa que les pida el comandante, porque pasó por su lugar una partida de guerrilla de los patriotas. Hoy 1.º de Abril.

Día 2 de Abril vino una columna de trescientos franceses del ejército de Soult, llamado de Mediodía, y su jefe pidió la contribución rural de 700.000 y más reales que ya tiene satisfecha la ciudad: se le manifestó la carta de pago, y se le hizo demostración de que á más de esta cantidad se había sacado por el valor de 300.000 reales en ganados, dinero y otras especies; pero respondió que nada entendía de papeles, é insiste en el apronto de la contribución; y en la noche de este día ha obligado al Ayuntamiento á que saque del pueblo 36.000 reales que el mal español Gallardo exige por el vino, cebada y demás que de la hacienda de la Oruga, que llama suya, le gastaron y cogieron en el tiempo que se fugó con los enemigos á Valencia.

En este día 2 de Abril disponen y mañana se llevan al marqués de Salinas, maestro de ceremonias de José primero, con siete heridas que ha recibido en el combate de Talamanca, entre ciento y tantos dragones, y la partida de Empecinados de D. Antonio, caballería de Guadalajara, que escarmentó bien á los dragones, y satisfizo á balazos

las rentas que iba á sacar á la fuerza el Sr. Marqués de los que llamaba sus colonos (1).

Nunca han destruído ni devastado tanto ni con tanta crueldad los enemigos como ahora, y no es ponderable lo que roban y dinero que exigen, todo militarmente. Esta conducta tan inhumana se atribuye á la retirada y marcha que poco á poco van haciendo todos hacia Castilla la Vieja y al mal estado de sus cosas en España y en el Norte. Dejan los pueblos sin ganado de lana ni de labor, sin dinero y sin granos. En esta ciudad no existen ya quince yuntas de mulas, cuando contaba más de ciento, y todo está explicado con decir que desde Diciembre hasta hoy día la han sacado el importe de más de un millón. Ahora pide este comandante de plaza una gratificación por el buen porte de su tropa, que es lo mismo que decir que le den dinero bajo de un pretexto falso, porque el porte no puede ser peor, y habrá que darle lo que quiera. Se puede decir que más que soldados son todos ellos ladrones insolentes, desde el último soldado hasta el más elevado mariscal del Imperio francés. Se llevan todo el oro, plata y subsistencias de España. El Sr. Sout, duque de Dalmacia, lleva robados, según cálculo prudencial, ochenta millones de pesetas, y así, cuál más, cuál menos, han llevado los diez y siete ó diez y ocho mariscales que han estado en España hasta el día.

Día 5 de Abril por la tarde vino desde Arganda una columna de franceses, ochenta de caballería y trescientos de infantería al mando de un coronel, á establecerse en esta ciudad, y el otro día marcharon los de caballería que ante-

(1) En el encuentro de Talamanca, eran 150 dragones los franceses y los españoles tres escuadrones de cazadores de Guadalajara al mando del comandante D. Antonio Martín, hermano del Empecinado. El combate fué en 31 de Marzo, y los enemigos tuvieron ochenta bajas: duró cuatro horas y los españoles no dispararon un tiro, siendo su arma predilecta, entonces como otras veces, el sable.

riormente se hallaban aquí, quedando reducida la guarnición á unos seiscientos de infantería y cien caballos. No se puede ponderar lo ladrones que son todos y lo que insultan á los vecinos en las calles y en sus casas, tirándoles cantos y negándoles el paso por las calles sin más que su antojo y capricho. Los jefes autorizan con su disimulo estos atropellos, y se conducen peor que los soldados. El coronel es tan cruel que á todo impone la pena de la vida, y tan ladrón que el primer día ha importado más de dos mil reales lo que ha pedido para la mesa. El día 6 se ha traído presos al cura y un pudiente de Meco, que los han encerrado en la cárcel de la Universidad, sin otro objeto que el asegurar de este modo que traigan víveres del pueblo. El día 7 ha ido á Camarma y se ha traído al cura y la justicia presos con igual fin, y todo el pueblo está consternado, temiendo un saqueo y otras desgracias. En la noche del 6 sacaron á la fuerza los soldados las camas y ropas de las casas de sus alojamientos para llevarlas á los cuarteles, sin tener más arbitrio los patrones que llorar sin encontrar otro remedio.

De Camarma se trajeron diez y ocho ó veinte bueyes de labor y dos pares de mulas que había en el camino, de un labrador de esta ciudad.

Para que se vea siempre el arte de robar que saben por principios estos ladrones de franceses, se pone aquí el siguiente caso ocurrido en esta ciudad el día 6 de Abril por la tarde:

Se presentó todo un señor teniente coronel en la casa de D. Juan José Landa, labrador y persona principal, acompañado de un ayudante; preguntó por el patrón y se presentó Landa, á quien dijo que venía á alojarse en su casa. Landa le abrió la puerta de lo interior de su tienda de comercio para enseñarles su alojamiento, y al llegar á la escalera uno de los oficiales le tiró un bofetón al sombrero que llevaba Landa en la cabeza y se lo dejó caer, dicién-

dole varias injurias. Calló Landa, pero subiendo á enseñarle la habitación le dió el oficial varios empujones, y al hijo mayor de Landa, que se presentó entonces, también le dieron otro bofetón en el sombrero y se lo derribaron, diciéndole que delante de un teniente coronel no debía tenerle puesto; en fin, tales fueron los insultos que, no pudiendo tolerarlos, Landa mayor les dijo que no le insultasen, pues no les respetaría, y que jamás había sufrido semejantes insultos de los muchos alojados que había tenido en su casa, añadiendo que si les volvían á tocar no les dejaría para hombres. Viéndole los oficiales despechado á emprender con ellos, temieron en tales términos que no volvieron á hablar ni una palabra; se bajaron, salieron de la casa y fueron á buscar una guardia que trajeron á la casa de Landa, y con ella se llevaron presos al hijo y al yerno, porque Landa mayor no pareció en aquel momento; pero amenazaron con poner presa á su mujer si no se presentaba, y fueron á buscarle por dos ó tres veces hasta que pareció, y también se le llevaron preso, metiendo á los tres en un calabozo de la Universidad. Todo el pueblo se consternó de este atropello cometido con una familia tan estimada y principal. Empezaron los ruegos, las súplicas, las lágrimas de las mujeres de los presos y las diligencias de los amigos; pero todo fué en vano, hasta que, conociendo que el objeto del teniente coronel era sacar pesetas, se le ofrecieron algunas onzas de oro, y de este modo se consiguió su libertad. Estuvieron en el calabozo toda la noche del 6 y la mañana del 7, de donde salieron entregando seis onzas que recibió como resultado de su empresa, pues no fué otro el objeto que se propuso el teniente coronel en sus injustos insultos.

Día 7 de Abril entraron en esta ciudad quinientos cuarenta franceses de infantería que vinieron de Madrid á las cinco de la tarde, componiéndose ahora la guarnición de ella de más de mil y cien hombres sin artillería. Las mesas de los jefes importan diariamente más de cincuenta dobro-

nes; sacan trigo para hacer galleta, y apresan toda caballería mayor ó menor, por lo que ni entra nada en la ciudad, ni se da un surco para alzar las tierras, causando gran compasión y desconsuelo ver los campos desiertos, sin mulas, sin ganados y sin gente aun en los caminos.

Día 10 de Abril, á las diez de la mañana poco más ó menos, marchó para Madrid toda la guarnición de esta ciudad sin tocar cajas ni clarines ni haber dejado salir á nadie de ella desde la tarde anterior, recelosos de que diesen aviso de sus disposiciones de marcha á los Empecinados, que se hallaban en Meco con dos cañones y toda la división, sin atreverse los franceses ni á atacar ni á esperar á los españoles. Sacaron de aquí los enemigos todos los víveres que había en el almacén sin dejar ni un solo pan, y al pueblo le hicieron pagar unos doce mil reales para el coronel, ciento y tantas fanegas de trigo, otra porción de cebada, y se llevaron todas las reses vacunas, de lana y bestias de carga que habían podido encontrar desde que se establecieron en la ciudad. También cogían á la fuerza cuantos paisanos hallaban en las calles, y aun los sacaron de las casas para llevarlos al campamento cargados de los efectos que debían llevar las bestias; y con el pretexto de buscar vasijas para conducir el vino, robaban y sacaban dinero á los habitantes, amenazándoles y aun dándoles sablazos y golpes; de suerte que las calles estuvieron desiertas, y en las casas los habitantes se metían y escondían en los desvanes.

El mismo día 10 por la tarde entró en Alcalá la división del Empecinado con los dos cañones, y se llenó la ciudad de alegría y gusto, convirtiéndose en algazara todo lo que antes había sido dolor y llanto. Los franceses que salieron de aquí quedaron en San Fernando, y tenemos esperanzas de que evacuen muy pronto todo este territorio y la capital.

Día 20 de Abril de 1813 á las dos de la tarde vino parte

al Empecinado de que los enemigos se aproximaban á esta ciudad en fuerza de más de 4.000 infantes, 2.000 caballos y cinco cañones que venían de Madrid (1); y al punto se tocó la generala en toda la ciudad, convirtiéndose en tristeza la alegría que antes reinaba, al ver que la división española tenía precisión de abandonar, porque su fuerza efectiva no pasaba de tres mil hombres. Marcharon los Empecinados, con harto dolor suyo y sentimiento nuestro, dirigiéndose por el puente de la Zulema, en donde tomaron posición hasta que la caballería nuestra, que desde Torrejón venía batiéndose en escaramuzas, se reunió con la infantería, y en seguida marchó la división del Empecinado en buen orden y sin ser perseguida á Los Santos de la Humosa. Libres los franceses de este cuidado, entraron en Alcalá al anoche- cer al mando de su general Soult, hermano del duque de Dalmacia, y se entregaron á la embriaguez, al saqueo y á todo género de excesos, en tales términos que no puede explicarse el horror, los desastres y el desconsuelo de los pobres habitantes, que ningún motivo dieron para una conducta tan abominable. El saqueo fué tan cruel que puede compararse con el que ejecutaron en Diciembre de 1808 (2);

(1) Según el biógrafo admirador del Empecinado, las fuerzas enemigas, cuyo jefe era Soult, llegaban á contar 6.000 infantes, 2.000 caballos y cuatro cañones, que fué conteniendo desde la línea del Jarama el regimiento de caballería de Madrid, lo que permitió que la fuerza del Empecinado pudiese pasar el puente de Alcalá sobre el Henares, que ocuparon después unos cien caballos enemigos, aunque D. Juan Martín, poniéndose al frente de una compañía de granaderos, consiguió rechazarlos. No forzó el paso aquel día el general Soult, y los españoles se fueron retirando por masas escalonadas hacia Los Santos de la Humosa; pero sabiendo que por la izquierda del Henares intentaba franquear sus posiciones un cuerpo enemigo, se retiró hacia Armuña y luego se corrió á Horche, volviendo á la campaña para molestar y amenazar á los franceses, cuyas infamias enardecían á todos los buenos españoles.

(2) Como el Diario del patriota complutense no comienza sino en 22 de Octubre de 1809, no hay en él noticias tocantes á los sucesos de Alcalá en principios de Diciembre del año anterior, á que ahora hace referencia dicho Diario. Acerca de ellos debo al Sr. Martín-Esperanza, que los oyó de testigos presenciales, los siguientes datos:

Forzado el paso de Somosierra y ocupado Madrid por los franceses,

las mujeres violentadas fueron todas las que no pudieron ocultarse de su vista, y los tristes alaridos de estas infelices se oían por todas las calles sin poderlas favorecer sus propios maridos, padres ni hermanos, testigos de su deshonor: dieron de golpes á todo viviente, con especialidad á los sacerdotes, que tenían que disfrazarse y ocultar su estado por huir de su persecución. Registraron las casas, cuevas, desvanes y escondites, cavaron corrales y no dejaron rincón que no escudriñaran, llevándose cuanto quisieron. En el convento de monjas Bernardas violentaron las puertas de la iglesia, abrieron en el altar mayor el sagrario, robaron el copón y arrojaron por el suelo las formas consagradas, las que después se recogieron con veneración por los sacerdotes. Al amanecer del día 21 marcharon todos los franceses á Guadalajara, dejándonos bien robados, golpeados, y en alguna casa dejaron fuego prendido (1).

los vecinos de Alcalá supieron que iba hacia su ciudad una división enemiga, y movidos por un patriotismo, cuyo candor no habían deshecho las duras lecciones de la experiencia, armáronse y se pusieron en las puertas con propósito de detener y castigar á los invasores, á quienes creían fácil vencer con mucho espíritu patriótico y con pocas y malas armas. A las nueve de la noche, fría y cruda, como era propio de la estación, se presentaron los franceses y los entusiastas alcalainos rompieron el fuego, matando á un capitán de caballería y á otros y haciendo algunos heridos, á cuyo buen éxito ayudó la clara luz de la luna. Paráronse los franceses, atribuyendo la resistencia á tropas regulares y dispararon contra la puerta de Madrid algunos cañonazos, que, claro es, no pudieron ser contestados del mismo modo, antes los vecinos se retiraron al interior de la ciudad. Avanzaron los enemigos enviando delante parejas sueltas de mamelucos que explorasen el interior, y aunque algunos de ellos perecieron, los demás pudieron convencerse de que no tenían otros enemigos que paisanos entusiasmados. Con lo cual se dió la orden de avance, y dueños de la ciudad los franceses, se entregaron, llenos de ira, á toda clase de aborrecibles atentados, muertes, robos, violaciones y pillaje, con tal refinamiento de crueldad que bien justificó, en aquella tierra como en todas las de España donde hicieron lo mismo, que los feroces soldados de Napoleón fuesen tratados como fieras, á quienes por todos los medios es permitido destruir. Entonces, sin embargo, podían alegar alguna disculpa; pero ¿qué motivo tuvieron en 21 de Abril de 1813 para reproducir las infamias de Diciembre de 1808?

(1) Fueron incalificables los bárbaros atentados que en aquel triste día cometieron los franceses. El Sr. Azaña, en su *Historia de Alcalá*, da cuenta de ellos, refiriéndose también á cierta reseña histórica que de lo ocurrido

Día 22 de Abril volvieron de Guadalajara cerca de dos mil franceses con tres cañones, y estuvieron aquí hasta el 24 por la mañana que marcharon á Madrid: los demás quedaron en Guadalajara recorriendo su campiña y robando todos los ganados lanares, animales y cuanto vieron, sin dejar ni el peor burro, sin dejar más que ojos para llorar.

Día 24 de Abril, á las dos horas de marchar los dos mil infantes, entraron aquí otros dos mil con doscientos caballos y quedaron de guarnición.

Día 27 de Abril el comandante de la plaza puso en prisión en la cárcel pública de la Universidad á D. Juan José Landa y á la mujer de D. Pedro Formenti, presentándose de sorpresa en su casa un piquete con un oficial y llevándolos entre bayonetas á las diez de la noche, sin otro mo-

en el monasterio de San Bernardo se conserva en el mismo, y de la cual me ofrece copia el Sr. D. Lucas del Campo. Se escribió la relación por la abadesa Sor Isabel de Fuentes. También me ofrece copia de otros documentos curiosos acerca del mismo asunto y de lo demás que en aquella época ocurrió en dicho monasterio, de donde fué expulsada la comunidad en 2 de Diciembre de 1808, poniéndola en la calle «sin más equipaje que la cogulla, el breviario y una muda, sin más dinero de comunidad que veinte reales y sin saber por dónde tirar».

En otra relación, también tocante á lo ocurrido en el saqueo del monasterio, se lee: «Entre los varios franceses que subieron al cuarto del capellán hubo uno que vió á la demandadera y una sobrina suya tuerta y algo desgraciada: ésta temió é hizo temer á las otras y el Sr. Capellán, y las cuatro subieron al camaranchón que está encima de dicho cuarto del capellán. Desde este sitio pudieron oír las peticiones infames que hacían al Sr. Capellán, á su anciana demandadera, ciega, y á mí. ¿Y qué pedían? Mujeres, ó como ellos se explicaban, *pititas*. No parece que eran muy delicados, pues que ya pedían á la tuerta. En busca suya se subieron al camaranchón, pero el Sr. Capellán las hizo salir al tejado, etc.»

Por acuerdo de 19 de Mayo dirigió el Ayuntamiento al Ministro de Policía de José Bonaparte una enérgica representación acerca de los desmanes que entonces sufrió la ciudad, y en ella se leen estos conceptos:

«Noticiosa esta Municipalidad de la llegada de la tropa, puso en movimiento y en obsequio de ésta todas sus facultades... todos, todos (los concejales) con lo principal del pueblo, sin distinción de clases y estados, salían á recibir á la tropa y felicitar á los tres jefes que la comandaban, ofreciéndoles todo obsequio, que con lo demás se verificó, ya en las suntuosas mesas que manifestaron se les dispusiesen, y ya en los particulares pedidos que indicaron... Un horrible saqueo en todas las casas, á excepción de muy pocas en que se alojaron señores oficiales de buenos senti-

tivo que una delación oculta de un indigno vecino mal español, de que eran afectos á los Empecinados y que tenían correspondencia con ellos, y aun que los tenían en sus casas, sin que bastase el haber registrado sus casas y no haber encontrado ninguno. Estuvieron presos aquella noche y al siguiente día lograron su libertad, porque el Ayuntamiento en cuerpo la pidió y salió en su defensa.

Día 29 de Abril vino toda la tropa francesa que había en Guadalajara con el general Ormancei, quien, al tiempo de cumplimentarle el Ayuntamiento, le intimó una contribución de 200.000 reales en doce horas, y después la redujo á 60.000, que se hizo efectiva el día 30, usando de las bayonetas el mismo general y de las prisiones para poderla completar, y además sacaron otros 20.000 con título de carne, pan y mesas de los jefes (1).

mientos y que se lamentaban al escuchar gemidos de los vecinos en quienes se cebaba sin culpa el furor de la soldadesca y al oír los alaridos de las indefensas mujeres, fué el menor mal que padeció. Ultrajes, vejaciones, heridas sufrió indistintamente este vecindario. A los municipales y sus dependientes no les indultó el estar incesantemente trabajando en el servicio del soldado; además de haber saqueado las casas de la mayor parte de ellos por los que estaban alojados en las mismas y por los que se hallaban en las de sus convecinos, fueron no sólo maltratados de palabra, sino injuriados de obra, hasta el extremo de sufrir bofetones y cuchilladas. A las mujeres, ya solteras, ya casadas, ya viudas, no pudo escudarlas el sagrado de su sexo para evitar insultos y violencias, antes bien sirvió de pábulo para que los soldados de siete en siete y de catorce en catorce y de veinte en veinte y de veintisiete algunos saciasen su brutal apetito, de que han resultado varias muertes; á los enfermos faltó la recomendable protección que aun entre las naciones más bárbaras les dispensa la humanidad; de sus lechos y en medio del letargo fueron arrojados sin hallar donde guarecerse de la saña de los soldados, que con bayonetas y sables los perseguían de muerte... y lo que es más y que excita toda abominación, hasta al mismo Jesucristo se propagó el execrable, el sacrílego atentado de la tropa: sacando las Santísimas Formas del sagrado depósito en que se hallaban, fueron arrojadas y olladas. Y si todo esto padeció un pueblo á quien de orden del superior general se ofreció seguridad, á quien se prometió el buen orden de la tropa, ¿no es muy fundadamente presumible que recele, que sospeche de cuantas protestas á nombre de V. E. le haga la Municipalidad?» (Acta de 19 de Mayo de 1813.)

(1) Convocado el Ayuntamiento en 30 de Abril de 1813, expuso el Sr. Regente de la jurisdicción real que había sido llamado por el general Ormancei para exigirle que al día siguiente, á las ocho «en punto» de la

Día 1.º de Mayo marcharon de aquí todos los franceses, sin quedar uno, con dirección á Torrelaguna, El Casar y otros pueblos que tenían que robar.

Día 22 de Mayo al amanecer ocurrió en esta ciudad la batalla de los Empecinados con una columna de franceses. Se hallaba en esta ciudad el Empecinado con mil quinientos infantes y quinientos caballos, y antes de amanecer este día se presentaron unos mil doscientos franceses de infantería, doscientos caballos con dos cañones de á ocho. Los españoles se situaron al otro lado del puente en las alturas de los barrancos, pozo de la nieve y cuestras de Zulema y Villalbilla: allí esperaron y se trabó la batalla al amanecer, atacando los futres (1) desde este lado con su fusilería y artillería; pero aunque estuvieron hora y media unos y otros empeñadísimos en la función con un fuego terrible, y á pesar de que la artillería despidió más de cincuenta tiros, y los nuestros carecían de esta arma con que corresponderles, no pudieron los futres hacer perder á los Empecinados ni un palmo de terreno, hasta que viendo los franceses caballería nuestra á su retaguardia emprendieron su retirada precipitadamente y se marcharon á San Fernando, de donde habían salido, llevándose la justicia presa. Perdieron en esta función los franceses dos ó tres muertos, tres prisioneros y unos treinta heridos; los Empecinados tuvieron otros tres muertos, tres prisioneros y diez

mañana, se le habían de entregar 200.000 reales como contribución impuesta á Alcalá, recaudada entre pocas personas, sin perjuicio de que luego se las remunerase por medio de un repartimiento general, amenazando Ormancei, si no se le entregaba la suma, con ocupar militarmente las casas principales y sacar de ellas la referida contribución. Se acordó servirse «de cuantos medios se conceptúen oportunos» cerca del jefe de estado mayor, edecanes, etc., para conseguir una rebaja, y se nombró una comisión ejecutora del acuerdo, de la que formaba parte el Sr. Palomar, autor de este DIARIO. (Actas del Ayuntamiento.)

(1) Los españoles llamaban *futres* á los franceses por la palabra mal sonante que éstos solían emplear. Todavía en la Alcarria, cuando yo era niño y se hablaba de ellos, se les aplicaba el mismo nombre.

ó doce heridos: éstos persiguieron á los futres en su retirada, pero sin molestarlos mucho, porque en Torrejón tenían un cuerpo de reserva de más de cuatrocientos hombres (1).

Día 27 de Mayo, por la noche entre nueve y diez, evacuaron á Madrid las últimas tropas francesas que había por este territorio, marchando á Castilla, y queda libre esta provincia. Sea su marcha para siempre. Amén.

Día 30 de Mayo, San Fernando, hubo en Madrid iluminación general muy lucida en celebridad de los días de nuestro cautivo Rey D. Fernando el Séptimo, haciendo ex-

(1) Con referencia á lo que el Sr. Martín-Esperanza oyó de boca del coronel de ingenieros D. Diego de Ochoa, natural de Alcalá, y subalterno que fué del Empecinado, así como de otros testigos, pueden darse algunas otras noticias sobre este encuentro. Los franceses se presentaron inopinadamente ante la ciudad á las dos de la tarde, causando verdadera sorpresa, muy de extrañar, porque el caudillo español tenía especial cuidado en el ramo de confidencias (lo cual he podido yo comprobar con los muchos oficios que he visto en los archivos municipales de la provincia de Guadalajara). Los españoles tenían también dos piezas, que colocaron en el pozo de la nieve, y el jefe Mondedeu, llamado por el estruendo del cañón, acudió desde Ajalvir con su fuerza de caballería, lo que hizo que el enemigo desistiese del ataque contra el puente y cuesta de Zulema, retirándose por la orilla derecha del río hasta guarecerse en sus fortificaciones del puente de Viveros, habiendo estado torpísimos en su plan, porque debió consistir en coger el puente antes de que el Empecinado se salvase por él. El coronel Ochoa contaba que la sorpresa fué tan grande que, estando él durmiendo la siesta, no tuvo tiempo para ponerse el calzado que su amante madre le llevó á la puerta del Vado, donde, corriendo tras él, pudo alcanzarle. Los soldados arrastraron á brazo los dos cañones, porque no tuvieron tiempo para enganchar las mulas.

La ciudad de Alcalá ha puesto el nombre del Empecinado á la calle por donde salió entonces hacia el puente, y además ha erigido un monumento con el busto del caudillo, como recuerdo de este suceso. Pero considerado fríamente, no parece á algunos que fué digno de estas demostraciones. En primer lugar, la sorpresa existió, como el abandono de Alcalá, donde con fuerzas casi iguales y parapetado en la población, pudo resistir, con ventaja, el general español á tropas no muy superiores á las suyas. Aunque el combate luego fuera vivo, no produjo muchas desgracias, pues tres muertos de cada lado no son señales de una victoria tan celebrada. La *Vida del Empecinado*, que una y otra vez se cita en estas notas, escrita por un apasionado de aquel hombre singular, ni siquiera menciona el hecho.

Pero confesemos que por otros muchos bien merecía el ilustre guerrillero monumentos más excelsos que el de Alcalá de Henares. Y unido

cesos de locura las gentes de Madrid con orden y alegría y cantando los muchachos coplas contra los franceses, sin embargo de hallarse éstos todavía á dos jornadas de la corte. En Alcalá también hubo salvas que hizo la tropa del Empecinado.

El pan á diez y ocho cuartos y á diez y nueve, y bajará porque la cosecha se presenta abundante.

El pan á diez y siete cuartos y aun á diez y seis hoy 12 de Junio, y van bajando los demás bastimentos á proporción.

El pan á catorce cuartos las dos libras hoy 21 de Julio,

debe ir su nombre al de las glorias alcanzadas por España en aquella guerra. También es justo reconocer que entonces se tuvo el encuentro por muy glorioso, y según refiere el historiador local Azaña, el coronel don Nicolás Isidro, teniente del Empecinado durante la guerra, pidió de oficio al Cabildo magistral, en 1814, que informase sobre si el ataque reunió las circunstancias que requería la concesión de la orden de San Fernando, contestando el Cabildo en 12 de Julio, entre otras cosas, que á la victoria de D. Juan Martín debió la ciudad el no ser saqueada. Fernando VII decretó en 19 de Enero de 1816 que se erigiese un monumento conmemorativo. Sin fecha, aunque por entonces, se imprimió en Alcalá por don Francisco Garnier González una «canción al famoso combate dado en el puente del río de Alcalá de Henares, ó bien sea la batalla en los campos de Torrejón, ganada por el brigadier D. Juan Martín, el Empecinado, el día 22 de Mayo de 1813». Es un romance poco inspirado, con algunas notas, que llena 14 hojas en 8.^o

Según documentos que tengo á la vista, el Ministro de la Guerra comunicó de Real orden, fecha 25 de Enero de 1816, que el Gobierno accedía á las pretensiones de la ciudad de erigir una pirámide conmemorativa del encuentro en el puente de Alcalá, pirámide que debía llevar su inscripción correspondiente en estos términos: «La ciudad de Alcalá de Henares dedica este monumento á la memoria de las valientes tropas de S. M. el señor D. Fernando VII, mandadas por D. Juan Martín, el Empecinado, mariscal de campo de los reales ejércitos, en reconocimiento de haber salvado á sus moradores del saqueo y la muerte, arrollando y venciendo á los franceses en la mañana del 22 de Mayo de 1813, que en doble número atacaron por este puente». Se ve por este proyecto de inscripción que la batalla fué por la mañana. Disponía también la Real orden que se celebrase la propuesta función á las Santas Formas y que se colocase en el archivo municipal la relación histórica del combate.

El plan de los festejos que habían de celebrarse para la erección del monumento, fiesta religiosa, etc., fué presentado por los comisionados municipales con fecha 13 de Febrero de 1816, y en él se proponía que se invitase al Empecinado para que su presencia diese á los actos todo el lustre y representación necesarios.

sin embargo de que no está sujeto á postura por estar publicada la libertad de comercio.

El pan á diez cuartos las dos libras, á ocho y aun á siete en 4 de Septiembre del corriente año: la carne y el tocino son los únicos bastimentos caros, la primera á peseta la libra, y el segundo á siete reales y medio.

Año de 1814.

Desde el día 27 de Mayo del próximo año pasado, en que desocuparon á Madrid los franceses, nada se ha anotado en este libro de apuntes, porque los triunfos y brillantes sucesos desde aquella época están escritos en las *Gacetas* y papeles públicos y la libertad de la España se va consolidando; por esta razón aquí no se anotan ya sucesos generales ni de guerra, sino algunas particularidades de mera curiosidad.

El día 6 de Febrero por la tarde fué llevada en una procesión muy lucida y solemne la efigie de Santa María de Jesús desde la parroquia de Santa María hasta el convento de San Diego, y se restituyó á su altar y trono, de donde había sido sacada por el Gobierno francés, que extinguió todas las comunidades religiosas.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS MÁS IMPORTANTES CONTENIDAS
EN LOS APUNTES DE ESTE LIBRO

1808

Traslación del cuerpo de San Diego á la Iglesia Magistral y causa.

Idem de la imagen de Santa María de Jesús en la iglesia de Santa María y causa.

1809

Dos asesinatos cometidos por los franceses y que quedan impunes.

Convite á muchos vecinos de Alcalá pára una fiesta en celebrad de la paz ajustada entre Napoleón y Austria, y poquísimas personas que acuden.

Brindis del corregidor D. Roque Novella en la fiesta citada.

Enero.—Las tropas francesas dan muerte en Chinchón á cuantas personas encuentran y prenden fuego al templo y muchas casas.

El Empecinado es sorprendido en Guadalajara por buen número de franceses, y se abre paso por entre ellos con pérdidas insignificantes.

Proezas del Empecinado contra los franceses.

Noviembre.—Por miedo al Empecinado mandan tapiar los franceses casi todas las puertas de Alcalá.

Presa del cura Tapia á los franceses.

Batalla de Ocaña y horrible inhumanidad francesa.

1810

Nombramiento arbitrario de portapliegos en personas pudientes.

21 de Marzo.—Se llevan los franceses toda la plata de la Magistral de Santa María, dejando casi nada para el culto. Los conventos fueron despojados antes.

21 de Marzo.—Otra inhumanidad de los franceses con vecinos de Torrejón, de Usanos y otros pueblos.

Derrota de mil franceses por el Empecinado camino de Sigüenza.

Fines de Marzo.—Los franceses echan abajo las campanas de todos los conventos y comunidades para llevárselas á Francia, según hicieron antes en Madrid.

Fines de Marzo.—El comandante de la ciudad, Mr. Beauvois, se traslada al palacio arzobispal, seduce á una joven y la tiene públicamente como concubina.

Fines de Marzo.—El administrador de rentas y los empleados del ramo se van también al palacio arzobispal. Resuelve el Gobierno francés crear en Alcalá la guardia cívica, y sólo el administrador de rentas D. Nicolás Vivanco se alistó.

Abril y Mayo.—En los meses de Abril y Mayo destrozaron, quemaron, vendieron ó robaron casi todos los altares de los conventos los agentes impíos de Napoleón: los sectarios de Atila no habrían cometido más atrocidades.

29 Abril.—Otra proeza del Empecinado contra los franceses.

Mayo.—Idem íd. íd.

23 Mayo.—Otra proeza de D. Juan Martín y vil venganza que tomaron los franceses.

El comandante francés Beauvois convierte en cuadra la iglesia del convento de Madre de Dios, no obstante haber otros lugares á propósito.

Exacciones, arbitrariedades, crueldad y pillaje de Beauvois.

Julio.—Cinco mil franceses persiguen al Empecinado, y éste triunfa en tres encuentros de ellos, matándoles mucha gente con muy pocas pérdidas.

Septiembre 18.—José Napoleón entra en Alcalá, visita la Magistral, adora las Santas Formas y va luego á la Universidad.

Septiembre 18.—El Sr. José va á Guadalajara.

Septiembre 19.—El Sr. José regresa de Guadalajara.

Septiembre 20.—El Sr. José marcha á Madrid.

El Empecinado arroja á los franceses de Sigüenza.

Septiembre.—El comandante Beauvois lo quitaron de Alcalá, con gran satisfacción de todos los alcalainos.

De nuevo insiste el Gobierno francés en establecer aquí la guardia cívica y la establece á la fuerza.

Octubre 7.—José Napoleón nombra corregidor de Alcalá y regidores á vecinos pudientes de la misma.

Reserva mental de los regidores al jurar, y sospechas sobre quién causó los nombramientos.

Décima á los cívicos de Madrid.

Otra á los andaluces.

Composición en verso á la decantada felicidad que prometió Napoleón á los españoles.

Diciembre.—Saqueo real de que es víctima Alcalá.

1811

Atroces exacciones de que es víctima Alcalá; empobrecimiento cruel de la población y encarcelamiento de los vecinos por miedo á los Empecinados.

Junio.—Tentativas de los Empecinados para entrar en Alcalá y restos que llevan los franceses.

Nuevas exacciones para construir defensas por miedo á los Empecinados.

Septiembre.—Contribución de granos y su importancia. El subprefecto D. Pedro Miranda.

Le sustituye D. Manuel de Tramarria, y es peor que el anterior.

El comisario de guerra D. Miguel Belgrado.

18 Septiembre.—El saqueo de granos.

Octubre.—Un cometa.

Los Empecinados toman á Calatayud: castigo que sufren los españoles afrancesados.

8 Octubre.—El trigo depositado en San Felipe lo llevan á Madrid los franceses: el pan cuesta á tres reales en Alcalá, y es grande la miseria.

Noviembre.—Decreto del Sr. José nombrando corregidor y regidores.

Soneto al cometa.

Diciembre.—Se cierran con fuertes tapias todas las avenidas del palacio arzobispal, por miedo.

Otra nueva exacción: el pan á treinta y dos cuartos.

Lista de los generales franceses venidos á España. Fin del año 1811.

1812

Enero 2.—Terremoto en Alcalá.

Valencia capitula y se entrega á los franceses.

Sorprenden al Manco, D. Saturnino Albuin, de la partida del Empecinado: el pan á treinta y nueve cuartos.

Entrega de Valencia y matanza horrible de frailes.

Febrero 10.—Mil doscientos prisioneros de la división del Empecinado con su jefe el Manco entran en Alcalá: digno proceder de los alcalainos con los prisioneros.

El Manco y su gente se hacen afrancesados y pasan por esta ciudad hacia Guadalajara.

Febrero 18.—El pan á cuarenta y un cuartos.

Nueva regencia de España y primer Consejo de Estado.

Marzo.—La miseria es espantosa y se mueren de hambre las gentes.

D. Francisco Espoz y Mina: curiosas noticias respecto á él y á sus hazañas.

El famoso Manco, renegado ya, descubre á los franceses un depósito de fusiles del Empecinado. El renegado Villagarcía.

Meca, Sauquillo, D. Diego González, renegados también, persiguen al Empecinado.

La miseria y el hambre crecen: los ladrones se multiplican: el pan á cuarenta y cuatro cuartos.

Se celebra en la Magistral el santo del Rey intruso: reparto de pan á los pobres.

Marzo 7.—Discurso interesante sobre la rendición de Valencia. (*Gaceta de la Junta de Guadalajara.*)

Los franceses dan trigo y pan á los caballos de sus tropas, mientras millares de españoles perecen de hambre.

Se paga una contribución no satisfecha.

Marzo 22.—Se establece la guardia cívica en Alcalá.

El canónigo D. Matías Brea, degollado por ladrones, fué hallado en el pozo de su casa.

El pan á cuarenta y seis cuartos el día 29 de Marzo.

Precio de los alimentos principales y más comunes.

Abril 4.—El pan á cincuenta y cuatro cuartos, y no se encuentra: nuestros franceses y afrancesados se regalan.

Precio del trigo y de la cebada.

Los ladrones se centuplican.

Abril 6.—Los franceses se llevan á Madrid el trigo de Alcalá: el pan á dos pesetas.

- Recurso para que los pobres adquirieran algún alimento.
- Abril 8.*—En Madrid se promueve un principio de motín por el pan, que se vende á dos reales.
- D. Francisco Javier de Gorostiza, Ofarrill y la guardia cívica por fuerza.
- El pan baja algo, porque no hay quien lo compre.
- Párrafo interesante de la *Gaceta de la Mancha*.
- Abril 13.*—Más sobre la guardia cívica.
- Sorpresa que D. José Mondedeu, de la partida del Empecinado, hace á los franceses en Cogolludo.
- El arroz se vende á cuarenta y dos cuartos en libra.
- Badajoz es reconquistado.
- Abril 18.*—Quema de pan en la plaza y castigo del vendedor.
- Espoz y Mina arranca á los franceses un riquísimo convoy que se llevaban y que se calcula vale 25 millones: prisioneros libres.
- Muerte del secretario particular del Rey intruso y prisión de su mujer: canje de ésta.
- Grandes precauciones por miedo al Empecinado.
- Consternación en los franceses y afrancesados, y una suma alegría en los españoles de Alcalá.
- El hambre es espantosa y mueren de ella muchos pobres.
- Precio de varios comestibles.
- Se organiza oficialmente la guardia cívica; pero pertinaces los alcalainos en su resistencia, no consiguieron reducirlos.
- Homicidas de los miserables.
- Estragos del hambre.
- Tramarria apalea á los bagajeros.
- Convoyes de granos.
- Nuevas fechorías del Manco.
- Es tanta el hambre, que hay quienes comen carnes de animales muertos.
- Vecinos notables de Alcalá que se hicieron afrancesados.
- Mayo 12.*—Precio del pan y de los comestibles principales.
- Se socorre á los pobres con una sopa.
- Siguen los robos y los asesinatos.
- Convoy de granos.
- El hambre hace innumerables víctimas: causas principales de ella.
- Mayo 22.*—Santos franceses en el almanaque. Se celebra en San Justo el día de la reina intrusa: iluminación ridícula y manifestación de odio á los tiranos.
- Otro convoy de granos; desahogos patrióticos.
- Asesinos del canónigo Brea y otros presos.
- En Madrid se arrojan al canal 14.000 fanegas de trigo entallecido. Multitud de personas notables de España viven de limosna: mueren de hambre por no servir al Rey intruso.

El pan se vende en Madrid hasta á diez y doce reales, y mueren diariamente en las calles muchos infelices.

Junio día 1.º—Precio del pan y de otros comestibles.

Cenacatres, el asesino del canónigo Brea, y sus cómplices los Cigarros caen en manos de la justicia.

Precio de algunas verduras.

En medio año se recogieron en Madrid más de 15.000 muertos por el hambre.

Cenacatres y los Cigarros son ahorcados en Madrid.

Se fabrica pan de cebada y se vende á seis reales.

El trigo, por efecto de la buena cosecha, baja algo.

Contribuciones de granos y pecuniaria para Alcalá en el año económico de 1812 á 1813.

Julio.—Baja el pan.

Julio 7.—Esperanzas de que los franceses abandonan á Alcalá, y preparativos al efecto.

Julio 9.—El pan baja á peseta en Madrid.

Convoy de cebada de Guadalajara: otro de trigo de Alcalá.

El Manco pasa por Alcalá con destino á la guardia real del Rey intruso: relevantes méritos del bribón Manco.

Primeros ministros nombrados en Cádiz.

Julio 18.—Nuevas exacciones para las tropas francesas y nuevos sacrificios: nobilísimos lamentos de un buen español.

Otras exacciones de granos, ganados y dinero, según las esperanzas de libertad.

Se intenta fusilar á un paisano: delito que se le imputa: consternación del vecindario: se salva la vida del preso.

Julio 19.—Las autoridades francesas y los empleados del Gobierno intruso preparan su marcha: gran alegría en los alcaláinos.

La guarnición y empleados abandonan á Alcalá: temores de un nuevo saqueo por las tropas francesas alojadas.

La división del general Palombini pasa por Alcalá hacia Madrid, y no comete desmanes.

Día 21.—Día feliz y párrafo notable.

José Napoleón deja á Madrid y se sitúa en El Escorial: esperanzas de libertad.

Día 29.—Días tranquilos sin franceses ni afrancesados.

Júbilo inmenso por la entrada en Alcalá de una división de las tropas de los Empecinados: detalles interesantes.

Día 30.—Vuelven á la ciudad los Empecinados: escondites que hallan de los franceses: afrancesados que quedan.

El pan baja: se destruyen defensas.

Día 31.—Vuelven los Empecinados de Mondedeu á Alcalá; hallan nuevos depósitos de granos; se confiscan los de la Oruga.

Día 31.—Derrota de los franceses cerca de Salamanca.

Agosto 1.^o—Salida secreta de Mondideu y venida de D. Vicente Sardina, otro de los Empecinados: alegría de Alcalá.

Día 2.—Disposiciones de D. Vicente Sardina. *Tedeum*, en la Magistral. Iluminación, alegría indescriptible, detalles curiosos.

José Napoleón regresa á Madrid.

Día 4.—Inquietudes fundadas: convoy para los Empecinados: el pan á 28 cuartos.

Día 5.—Nuevas inquietudes: pasan tropas francesas hacia Guadalajara sin hacer grandes daños aquí: presunciones.

Día 10.—La columna de Lafont vuelve de Guadalajara. José Napoleón abandona á Madrid. Lafont sale precipitadamente hacia Arganda todo atribulado.

Día 11.—Presunciones tocante á la capitulación de Guadalajara.

Nombramiento de los ministros del Supremo.

Día 12.—Lord Wellington entra en Madrid en unión de las tropas del Empecinado: frenética alegría por semejante noticia: fiestas que se celebran: detalles interesantísimos.

Día 13.—D. Juan Martín (el Empecinado), brigadier de los ejércitos españoles, viene á Alcalá; la población en masa le vitorea y aclama con locura. Elogio que de él se hace por sus hazañas. Fiestas en Madrid por el triunfo de las armas aliadas.

La guarnición de Guadalajara capitula y traen á Alcalá los prisioneros, incluso algunos insignes traidores.

Día 19.—Entra prisionera en Madrid la guarnición de Ocaña. José Napoleón vaga por la Mancha sin saber qué partido tomar. Desertan á millares de su ejército.

Día 22.—Conducen á Madrid los prisioneros de Guadalajara, llevando entre ellos á pie á los renegados: el catedrático de la Universidad Sr. Novella va entre ellos, y excita la compasión: elogio de este desgraciado.

Septiembre 19.—Cándido Riaza, sobrino del autor de estos apuntes, sale de Alcalá para servir á la patria en calidad de soldado, como tirador del batallón del Empecinado.

Días 28 y 29.—Se publica solemnemente la Constitución y se jura al día siguiente: detalles curiosos.

Se nombra y toma posesión el primer Ayuntamiento constitucional: nombres de los interesados.

Octubre 26.—Entran en esta ciudad tropas inglesas y portuguesas, y aunque es buena gente, molesta mucho en sus alojamientos y roba cuanto puede: salió el día 27.

Día 28.—Vuelven las tropas predichas, y en seguida una división española, dejando todas libre retirada á los franceses, para Madrid unas, y para Guadalajara otra.

Grandes temores y profunda tristeza: su causa. Los empleados del Gobierno español salen de Madrid, Guadalajara y Alcalá, llevándose los documentos á lugar seguro.

Noviembre 2.—Entran en Madrid por tercera vez los franceses, y se conducen más humanamente con el vecindario: el Sr. José también en Madrid.

Día 7.—Salen de Madrid tercera vez los franceses sin venir á Alcalá: el Rey José salió el día 3.

Desobediencia del general Ballesteros: castigo que recibe.

Diciembre 3.—Entra por cuarta vez en Madrid el Rey José I con sus tropas: le acompañan los renegados D. Saturnino Abuin (alias el Manco), Sauquillo, Morales y demás bribones.

Día 5.—Una división de tres mil franceses entra en Alcalá: consternación general: los franceses vienen cargados de ropas y efectos que roban en los pueblos, arruinándoles.

Día 7.—Siguen los franceses en Alcalá cometiendo toda clase de demasías: barbarie de los oficiales: italianos despreciables que siguen á los invasores.

Día 11.—La mayor parte de la división Palombini sale de Alcalá, llevándose cuanto quieren, y quedan de guarnición unos 600 hombres.

Día 12.—Enorme contribución de trigo y cebada: otras horribles exacciones.

Día 14.—Contribución insoportable para los pueblos: el terror es la ley.

Día 16.—Nuevo subprefecto en Alcalá: empleados renegados vuelven también.

Día 20.—El infame Villagarcía asesina inicuaamente al señor D. Antonio Allier: indignación general.

Día 23.—Convoy de granos y dinero para Madrid.

Siguen exprimiendo á Alcalá los invasores: precio del pan desde la última cosecha.

1813

Enero 2.—Prisiones en Alcalá.

Día 8.—Contribución de mantas y colchones.

Día 12.—Impunidad de Villagarcía.

Persecución cruel contra los buenos españoles.

Precios de algunos comestibles.

Febrero.—Columna de franceses recorre los pueblos, sacando a viva fuerza la contribución: desdichas causadas: dejan tras sí ruinas.

Marzo.—Precio del pan.

Día 16.—Salen los franceses de Alcalá, llevándose muchos ganados: fusilamiento de cinco paisanos.

Día 17.—Una columna de enemigos en la ciudad: sus provocaciones y desmanes.

Día 17.—Sale de Madrid el Rey intruso con su guardia y principales partidarios.

Abril 1.º—Precio de algunos artículos de alimento.

Sigue en Alcalá la guarnición francesa ocupada en robar y en maltratar á los pueblos vecinos: los alcaldes y los curas son las víctimas primeras.

Día 2.—Viene á Alcalá una columna del ejército del general Soult, y aunque la ciudad tiene satisfechas con exceso las contribuciones, paga otra enorme: el mal español Gallardo.

Una partida de Empecinados bate en Talamanca á los dragones del marqués de Salinas, maestro de ceremonias del rey Pepe: el marqués resulta herido y se lo llevan á Madrid desde aquí.

Los franceses extreman su crueldad y su espíritu de robo: lo que han sacado á Alcalá en cuatro meses: lo que ha robado el mariscal Soult y lo que se calcula han robado en España cada cual de los mariscales del Imperio.

Días 5 y 6.—Viene á Alcalá otra columna de tropa francesa para reemplazar otra: es indecible lo que roban y lo pésimamente que tratan á los españoles: el cura y alcalde de Meco presos: el cura de Camarma y Ayuntamiento lo mismo: otros robos.

Injurias gravísimas al comerciante Landa por un teniente coronel: miserable é inicuo procedimiento de éste para robar á aquél.

Más tropa francesa en Alcalá: los campos no se labran por falta de mulas: prosiguen los robos de los franceses.

Los franceses salen de Alcalá llevándose cuanto pueden: ni Caco fué más ladrón que ellos.

Día 10.—Los Empecinados vuelven á entrar en la ciudad, y la consternación y el dolor se tornan en extremado gozo y alegría.

Día 20.—Fuerzas francesas numerosas al mando del mariscal Soult vienen á Alcalá, que evacuan los Empecinados: los franceses se entregan á todo género de excesos, incluso los de saqueo y violación. Horrible sacrilegio en el convento de las Bernardas.

Días 21 y 22.—Las tropas de Soult van á Guadalajara el día 21 y regresan el 22, después de robar hasta el último burro que encontraron: sólo ojos para llorar dejaron los franceses tras sí.

Día 24.—Marchan tropas francesas á Madrid y vienen ^{de} otras de guarnición.

Día 27.— El Sr. Landa y su esposa son presos por efecto de vil delación: toma el Ayuntamiento su defensa y obtienen libertad.

Día 29.— El general francés Ormancei viene de Guadalajara y saca en seguida una enorme contribución.

Mayo 1.º— Salen de Alcalá todos los franceses á robar.

Día 22.— Lucha de los franceses con los del Empecinado y resultado de ella.

Día 27.— Evacuan á Madrid las últimas tropas francesas en dirección á Castilla, y queda libre de franceses este territorio: notable conclusión del párrafo que esto indica.

Día 30.— Fiesta en Madrid por cumpleaños del Rey cautivo, alegría indescriptible por la marcha de los franceses. Regocijos en Alcalá.

El pan á diez y ocho y diez y nueve cuartos: bajará por ser buena la cosecha.

Julio 21.— El pan á catorce cuartos.

Septiembre.— El pan á diez cuartos, á ocho y aun á siete: sólo la carne y el tocino se sostienen altos.

1814

Febrero día 6.— Se restituye á su altar y trono en el convento de San Diego Santa María de Jesús, que estaba en la iglesia de Santa María.

DE LA COOPERACIÓN DE LOS INGLESES

EN LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

DISCURSO

LEÍDO EN EL ATENEO DE MADRID, LA NOCHE DEL 19 DE ABRIL DE 1887

POR EL

General D. JOSÉ G. DE ARTECHE

de la Real Academia de la Historia



1887

BARCELONA

BAILÉN, 27

Señores:

DIFÍCILMENTE hallaréis en la historia de nuestra patria asunto que haya provocado polémica más larga ni discusiones más ardientes que el importantísimo de la cooperación inglesa en la guerra de la Independencia. Los que, seducidos por la fama de la formalidad británica, vayan á dar fe á los historiadores del Reino Unido en sus relaciones de las memorables campañas de la Península, creerán que el éxito se debió tan sólo á esa cooperación.

Uno de ellos, detractor, el más encarnizado, de los españoles, el señor Napier, ha escrito en su tan conocida historia de aquella guerra lo siguiente: «Los abundantes socorros de la Inglaterra, y el valor de las tropas anglo-portuguesas, mantuvieron *solos* la guerra. La energía con que Wellington resistió la furia de los franceses y contrarrestó la debilidad y la ineptitud de tres gobiernos, salvó á la Península.»

Y no es eso lo peor, sino que así lo han repetido sus compatriotas haciéndole coro, y hasta sus enemigos y nuestros de entonces, para arrebatár á España la gloria que en justicia le corresponde por la firmeza y rara constancia que desplegó en aquella solemne ocasión. Y es que los grandes reveses se quieren atribuir, lo mismo que los beneficios, á los poderosos de la tierra, nunca á los débiles, porque así se halaga á la propia vanidad, aun cuando sea en menoscabo de la honra.

Pero ese concepto (lo diré con las mismas palabras de Napier, en sentido inverso sin embargo), ese concepto es injusto para la reputación

de la nación española, es injurioso para la gloria de nuestras armas, y, como español y como soldado, debo rechazarlo con los argumentos, nunca rebatibles, de la verdad.

¿Qué proporciones llegó á tener la intervención inglesa, y cuál fué el límite que le cupo alcanzar en lucha tan larga y porfiada?

Eso me propongo, señores, discutir en esta conferencia, en que, sin negar que fué muy importante la cooperación de Inglaterra, espero llevar á vuestro ánimo el convencimiento de que otras fueron las causas de mayor influencia en el éxito de aquella lucha de siete años, mantenida principalmente por el valor y la inquebrantable pertinacia de los españoles. ¿Cómo he de escatimar yo el elogio que merecen la energía y la solidez de los soldados ingleses, el talento de sus generales y la iniciativa de su Gobierno, para obtener, eso sí, con el deseado fruto de la independencia de la Península, el de salvar á su misma patria, y con ella también á la Europa toda, de la degradante humillación de que se veía amenazada?

No: yo aspiro á, sin dejarme llevar de prevención alguna desfavorable, inspirándome, por el contrario, en la gratitud que embarga mi alma, mostrarme, más bien que detractor, apologista de ese Gobierno y de esos generales y soldados que vinieron á derramar su sangre generosa á España; pero juzgándolos, tanto en su conducta política como en sus operaciones militares, no por el eco de sus cronistas, sino á la luz de la equidad histórica, cuando se trate de sus relaciones con nuestros ejércitos, y, siempre, como he dicho antes, á la de la verdad.

Me repugna el papel de demoleedor. Así como me es odiosa la memoria de un Eróstrato ó un Morosini por sus hazañas de Epheso y del Parthenón, me disgusta la tarea de esos Aristóphanes que andan en busca de lunares en la fisonomía y en la historia de los grandes hombres. Huyendõ de la lisonja, no quiero caer, y menos encenagarme, en la diatriba: soy amante de la justicia, y no la sacrifico por las afecciones más legítimas ni por las antipatías más fundadas.

El asunto es, como veis, si difícil en su desempeño, grandioso también y simpático, sobre todo para esta docta asamblea, donde tan feliz acogida reciben las expansiones del patriotismo, apoyadas en la razón y con tales propósitos ofrecidas.

¡Lograra yo, como deseo, darle todo el interés que entraña y se os debe á vosotros, apreciadores tan exactos, jueces tan competentes en las lides literarias, y daría las vigilias que me cuesta su elaboración por fructuosa y gratamente empleadas!

Recordaréis, Señores, la lamentable historia de nuestra lucha con Inglaterra, casi constante desde el advenimiento de la dinastía Borbónica al trono de España. Las piraterías de Drake, legendarias en el país, con ir acompañadas de secuestros, incendio y sangre, no hirieron el orgullo de los españoles lo que la conquista de Gibraltar y su conservación en poder de la Gran Bretaña. Yo, al revés que otros, no condeno ni una ni otra: la proverbial negligencia nuestra provocó é hizo posible la sorpresa de una plaza que asistía á todas horas al espectáculo de las escuadras inglesas que pasaban el Estrecho, cargadas de tropas con la bandera también del Archiduque; y el egoísmo de Luis XIV, y la humilde sumisión de Felipe V á los preceptos, que tomaba por paternales, del *Gran Rey*, sancionaron un despojo que, en caso, debiera haber reclamado para sí el pretendiente austriaco. Yo, que huyo siempre de halagar pasiones, ni aun las más legítimas, culpo al pueblo español, lo mismo que por su inercia de entonces, por su indiferencia después, ante borrón tan negro como el que imprime una bandera extraña en el solar patrio. Mostrárase la Nación lo viril que en otras ocasiones, quizás no tan solemnes; y su vitalidad, tantas veces demostrada, la energía de que en tantas otras ha dado pruebas y su constancia ingénita, la hubieran librado de esa bochornosa conmisericación con que la miran las demás que, después de todo, no reúnen condiciones y calidades tan excelentes. Es necesario decir la verdad á los pueblos como á los hombres: España no debió sancionar el tratado de Utrecht, ni otro alguno, sin la devolución de Gibraltar; no ha debido hacer paz y menos alianza con Inglaterra en que no se pactara la previa entrega del célebre Peñón; y los sitios de 1704, 1727, 79 y 82 no han debido ser sino episodios de uno solo, ininterrumpido, eterno, hasta la feliz restauración de la integridad de nuestro suelo. En lugar de eso, al querer los ingleses poner de manifiesto la sinceridad de su alianza en los comienzos de la guerra de la Independencia, nos exigieron la demolición de las fortificaciones del campo de San Roque, levantadas para defendernos de ellos; y no pasa día en que no se cuente una nueva usurpación en el terreno, malamente llamado neutral, que no hay tratado que no declare legítimo nuestro, y que hemos ido cediendo por una errada filantropía, por debilidad punible ó ignorancia de nuestros gobiernos, insólita en los demás.

Estas ideas os harán, Señores, comprender que deseo inspirarme tan sólo en un espíritu de justicia todo lo recto que me sea posible, y cuán lejos estoy de ofreceros una censura sistemática de la conducta de

los ingleses en sus relaciones con España, aun siendo tantos los motivos que nos han dado para anatematizarla.

Pero, os lo digo con la mayor sinceridad: ¿qué se puede esperar de los que en plena paz acometían á nuestras fragatas para apropiarse los caudales que conducían de América, asaltaban después el Ferrol, las Canarias, Buenos Aires, y destruían en Trafalgar la armada española, para, años andando, no hace mucho, imponer además su veto á nuestras justísimas aspiraciones en el continente africano?

Al verificarse la invasión francesa y descubrirse la negra perfidia de Napoleón para, poniendo la corona española en las sienes de su hermano predilecto, completar el sistema continental según lo acordado en Tilsit con el zar Alejandro, nuestros puertos de Europa, y no pocos de los de Ultramar, estaban bloqueados por las naves inglesas. El grito del DOS DE MAYO, y su eco en las provincias libres de la presencia de los franceses, fueron como la señal para la reconciliación de España con el Reino Unido; comunicándose inmediatamente sus impresiones las autoridades de nuestro litoral con los jefes ingleses, y llevando á Londres, aquéllas, la voz de sus ruegos por subsidios militares con que emprender la guerra, y los últimos la de sus simpatías por causa tan justa y tan conveniente, á la vez, á los intereses del gabinete de San James. Y como si no se esperase más que aquella señal, un pretexto cualquiera, sin necesidad de motivos poderosos como aquél, ingleses y españoles se dieron las manos, jurándose amistad eterna y odio también al soberbio Emperador y á sus legiones, nunca hasta entonces contrarrestadas con fortuna.

Ni España se había visto en más apremiante necesidad de alianzas, ni Inglaterra en ocasión más propicia para sus planes contra la Francia, ocasión presentida desde 1805 por su eminente estadista M. Pit, pero ni soñada por otros que, en presencia de los comisionados de Asturias, buscaban en el mapa el punto casi imperceptible que se atrevía á declarar la guerra al grande Emperador, su enemigo. La independencia de la Península era ya para la Gran Bretaña la sola ánco- ra de salvación que le quedaba, si había de ejercer algo de su antigua influencia en Europa y si había de acabar con éxito la crisis comercial y financiera en que la tenía tan seriamente comprometida el bloqueo continental. De modo que la cooperación inglesa no era el resultado de un arranque generoso, como el de un hombre que expone su vida por defender la de otro, llevado de una abnegación sublime, no; eso no lo hacen las naciones: fué, sobre todo, un rasgo de instinto político, cuyas

consecuencias, comprendía la previsión menos perspicaz, habrían de ser el recobro de la anterior preponderancia en los asuntos políticos del mundo, su libertad de acción y la salvación de su industria y su comercio, los intereses más preciados de la Inglaterra, tan utilitaria como arrogante. «La Inglaterra,—dice el anglomano Sarrazín,—cuyos intereses comerciales se fundan en la independencia del continente, se apresuró á aceptar las ofertas de amistad de los portugueses y españoles.» Porque mediaba, además, una circunstancia que los historiadores ingleses se resisten á tomar en cuenta cuando pretenden exigirnos la gratitud de los sacrificios hechos por la independencia de España, que hasta la ocultan cuidadosamente. Esa circunstancia es la de que, al intervenir con su acción militar en la Península, guardaban cosa que tenían por casi propia, cuidándola como tal y protegiéndola siempre de cuantos peligros había corrido contra todo género de codicias. Portugal era y sigue siendo para los ingleses rama cargada de fruto que es necesario explotar, cuña con que tener constantemente abierta la honda y cancerosa llaga que debilita á España, y mansión de donde influir hasta con sus armas en el Occidente de Europa, á cuya tutela aspiran. Muy luego oiréis todo esto arrancado á las confesiones de esos historiadores y de su mismo ídolo, cuando os demuestre que la misión principal, casi exclusiva, de ese General insigne y la de todos sus colegas era la de la conservación de Portugal; llegando ocasiones, y verdaderamente solemnes, en que disculparon su inacción con mandatos expresos de su Gobierno en ese sentido.

Y aún cuando yo no sacara aquí á luz esos textos tan elocuentes, os lo demostrarían las operaciones militares que constituyen la historia de aquella lucha extraordinaria.

Propagado á las provincias el incendio que produjo la ira de los madrileños, no esperaron los españoles, para alzarse en armas, á las que pudiera Inglaterra proporcionarles, ni á que acudiesen en su ayuda los batallones británicos; sino que, empuñando las primeras, ni reglamentarias ni buenas, que pudieron tener á mano, y organizándose ó no según los preceptos del arte militar, declararon la guerra al grande Emperador con la confianza puesta en Dios y en su esfuerzo para vencerle. Y Cataluña, sin plazas de guerra, ni ejército alguno que la defendiese en trance tan duro, buscó en sus voluntarios los soldados de que carecía, y en sus montañas fortalezas como las que tan arteramente le habían

sido arrebatadas; Valencia, no satisfecha con crear tropas que defendiesen la capital y el vasto arsenal de Cartagena, las adelantó al Cabriel y Sieteaguas; Andalucía organizó un ejército con tal previsión militar que negó la entrada de todo voluntario ó recluta en cuerpo que no fuera de los veteranos allí existentes, ó de los fugados de Portugal; Extremadura y Galicia, con tropas de esta misma procedencia, formaron también núcleos de acción militar que muy pronto saldrían á campaña; y Asturias, por fin, y Castilla y Aragón, los crearon de una resistencia que, aun con caracteres distintos, dió medida igual de la gloriosa que habían de ofrecer á la invasión de que eran objeto. El Bruch y el Ordal fueron testigos del patriotismo de los migueletes, rivales de aquellos fieros almogávares, terror y admiración del Oriente; Valencia hizo retroceder á Moncey, uno de los mariscales más célebres; Bailén inició la decadencia del Imperio y la ruina del coloso, su primer representante; y Zaragoza anunció al mundo que no se había extinguido la raza de los defensores y mártires de Numancia y Calahorra.

Las victorias, sobre todo, de Cataluña, de Valencia y de Bailén, demostraron con sorpresa general que los *invencibles* habían dejado de serlo; y esto en España, el país que ellos tenían por sumido en la ignorancia más crasa y el abatimiento más vergonzoso.

¿Se había necesitado de los ingleses para alcanzar triunfos tan gloriosos? ¿Dónde se hallaban, y por qué no acudían á prestarnos un socorro tan urgente, si España no se bastaba para su defensa, y que después han preconizado como decisivo en tan desigual contienda?

Ofrecieron, sí, el desembarco en Cádiz de una división para tomar parte en las operaciones que iba á emprender el ejército de Andalucía; pero la junta de Sevilla, de acuerdo con Castaños, no aceptó la oferta, aun agradeciéndola; repulsa tachada entonces de arrogante por nuestros aliados, y que negaron después al verla justificada por el éxito inesperado de la campaña. Lo cierto, de todos modos, es que nadie en España se acordó de los ingleses en aquellos días de prueba tan arriesgada contra el poder más formidable de los tiempos modernos.

Hay más: en Cádiz se acometió una empresa que, por ser principalmente marítima, parecía exigir la cooperación de los ingleses si había de dar el resultado apetecido: el de la rendición de la escuadra francesa de Rosilly, surta en aquella bahía. Y, sin embargo, se ejecutó por los españoles solos, con sus recursos marítimos y la eficaz ayuda de las baterías de tierra, sin intervención de género alguno por parte de los navíos ingleses que la presenciaron, pero de alta mar, de muy lejos.

He dicho, en son de pregunta, que dónde se hallaban los ingleses, y hay que reconocer que ya habían pisado el suelo peninsular y en número considerable, formando ejército perfectamente organizado, y dirigido por generales de reputación ya hecha y merecida. Su caudillo, el tan célebre después Sir Arturo Wellesley, había tocado en España con las naves que conducían las tropas de su mando y héchose en la Coruña con noticias que calificó en sus *Despachos* de favorables en alto grado á la causa común, si bien comprendiendo á la vez que no sería bien mirado de los españoles un desembarco allí de las fuerzas británicas, ya por efecto de esas mismas noticias, que lo hacían considerar como innecesario, bien por orgullo nacional ó por temor á una acción, así como preventiva, de los aliados en aquel puerto y el del Ferrol. ¡ Tales recelos levantaba en el ánimo de los españoles la intervención militar de quienes de siglos antes andaban espionando la ocasión y el camino por donde destruir nuestros medios y recursos marítimos!

No ponía tampoco el General inglés grande empeño en ejercitar sus armas en España: su misión más importante le llamaba á Portugal, objeto siempre de la predilección de la Gran Bretaña en la Península.

Así es que, sin perder tiempo ni aguardar nuevas repulsas de la Junta de Galicia, hizo rumbo á Lisboa, buscando en la costa punto cómodo en que desembarcar, propio, además, para desde él emprender las operaciones contra el ejército del general Junot. que, desde el año anterior, ocupaba militarmente aquella capital y una gran parte del reino portugués. Y desembarcando en la boca del Mondego con mil dificultades, y arrollando un cuerpo avanzado de los franceses en Roliça, los batió en Vimeiro en batalla campal, mil veces después comparada con la que inmortalizó al general Castaños.

Pero ¡qué diferencia! Bien patente se hace con sólo decir que en el artículo primero de la capitulación de Bailén se consignaba que el cuerpo de ejército del general Dupont quedaba prisionero de guerra, y, en el de la convención de Cintra, que el ejército de Junot cedería todo el Portugal á los ingleses, pero no sería considerado como prisionero de guerra y sí conducido á Francia con artillería, armas y bagajes. Así, mientras en España la victoria alcanzada en los campos andaluces enloquecía de entusiasmo, y puro y sin sombra alguna, á nuestros compatriotas, la prensa inglesa se desataba en denuestos contra los negociadores de Cintra, el Parlamento pedía cuenta á los Ministros de tamaño desacierto, el Gobierno encausaba á los generales Dalrymple, Burrard y Wellesley, que habían autorizado el convenio; y prensa y Parlamento,

la opinión pública unánime, proclamaba la humillación de las armas inglesas ante las de la noble y gloriosa España nuestra patria.

Y, como si eso no bastase á demostrar la ineficacia de la intervención armada de la Gran Bretaña en sus primeras operaciones, vino á parecerlo aún más con la malograda expedición del general Sir John Moore, digno, eso sí, de eterna loa por su valor, sus talentos y su gloriosísima muerte, sólo comparable con la de Epaminondas, el célebre restaurador de la libertad tebana. John Moore no perdió un solo combate: lo mismo que en Rueda, en Sahagún y Castro Gonzalo, venció á los franceses en Cacabelos y la Coruña, su Mantinea; pero ¡qué de decepciones produjo su acción militar en los españoles! ¡de qué atropellos no hizo víctimas á los pueblos de su tránsito! ¡cuán defraudadas dejó las esperanzas de nuestro Gobierno y las aspiraciones de nuestros generales!

Resultado: que España quedó abandonada á sí misma, sin más recursos que los suyos propios. Y así, á las derrotas de Zornoza, Espinosa de los Monteros, Burgos y Tudela, que quizás hubiera evitado Jhon Moore, ó, por mejor decir, la Inglaterra, andando más previsora y diligente, sucedieron las de Ucles y Valls, las de Ciudad Real, Medellín y Oporto, que ofrecieron, sin embargo, una particularidad más que notable, extraordinaria: la de que los vencedores, en lugar de proseguir el triunfo hasta completarlo en Cádiz y Lisboa, hubieron de retroceder temblando de los efectos de aquel espíritu nacional que se levantaba cada vez más ardiente y entusiasta para reconstituir los ejércitos vencidos y animarlos á la venganza.

Lo he dicho en otra parte: «No conocemos ejemplo igual en la historia militar de ningún otro pueblo. Vendrán los extranjeros á decirnos que Napoleón, concentrando un grande ejército á la vista de los nuestros, codiciosos de envolverlo y de repetir su hazaña de Andalucía, supo y logró aventarlos como aventa el huracán las arenas del desierto. Nos añadirán que cruzó el Ebro y se extendió por las Castillas sin contrarresto que paralizase sus movimientos más que por breves instantes, apoderándose de la capital, de donde haría irradiar sus ejércitos para establecer un dominio indisputable en toda la Península. Él no veía en los horizontes de su ambición sino una nubecilla. mejor dicho, una sombra, la que en ellos proyectaba el ejército inglés, que, según su frase favorita, hundiría en el mar. Pero no contaba, á pesar de la lección de la campaña anterior, con la altivez, el desapropio y la constancia de un pueblo que enseñanzas antiguas bien elocuentes debían haber mos-

trado á su privilegiado entendimiento como digno de respeto y áun de ser temido.»

«El que después de una campaña feliz en los albores de su grandeza había sabido imponer el tratado de Campo Formio; el que con la sola batalla de Marengo había reconquistado la mayor y mejor parte de Italia; el que repartió generoso reinos á amigos y parientes, y grandes ducados á sus generales; reinos y ducados que ganara en Austerlitz; quien, por fin, acababa de someter en meses, en semanas, la Prusia, venciendo á los discípulos favoritos del gran Federico, y á los rusos y su Emperador en las sangrientas jornadas de Jena y de Friedland; ¿cómo había de creer que la decaída España, sin soldados ni cañones, sin genios militares á su frente, ni administración ni hacienda; sin nada de lo que constituye la grandeza de las naciones; iba á hacer estériles sus gigantescas concepciones y burlarse de su poderío?»

Pero hé aquí que reaparece la nubecilla que, hundida en los mares del Norte, se levanta de nuevo en los de Occidente, dispuesta á soltar los vientos y los rayos de que vuelve preñada.

¡Talavera! ¡Qué recuerdos despierta su solo nombre! ¡Qué de entusiasmos no provoca! ¡Talavera! Son muchos los españoles que aun creen que en sus campos se libró la batalla más decisiva de aquella guerra, la salvadora de nuestra independencia: tan hábiles parecieron las operaciones preliminares; tan ruda y ejecutiva la pelea.

Y, sin embargo, nada hay más lejos de la verdad.

Los ingleses han hecho de aquella jornada su más brillante epopeya: dieron su nombre como título de gloria al afortunado General que, de Sir Arturo Wellesley, pasó con él á ser lord Vizconde Wellington de Talavera; derramaron por el mundo entero los planos que la representan, los periódicos, folletos y libros que la describen, las poesías que la glorifican. Pero, al recordar que hubo á su flanco, peleando bizarramente, soldados que no habían nacido en Inglaterra, fué para denigrarlos con los más bochornosos epítetos y atribuirles ser el motivo único de la esterilidad del combate, de una retirada que, más que retirada, parecía fuga, y del retraimiento á que ellos volvieron en Portugal, su reducto de seguridad y su Capua.

Me explicaré:

Después de la campaña de Oporto, en que el mariscal Soult, en vez de ceñirse la corona de la Lusitania septentrional, con que soñaba, hubo de acogerse á Galicia con dos terceras partes de su cuerpo de ejército, sin artillería ni bagajes, vencido y derrotado; Wellesley, que debió per-

seguirlo hasta el centro de la Península, con lo que no se hubiera podido reorganizar, ni Ney salvarse de una capitulación en Santiago ó Lugo, se trasladó á Santarén para, en unión con nuestro general Cuesta, ir por Talavera al encuentro de Víctor, y, arrollado éste, echar de Madrid al Intruso.

Y ¿qué sucedió?

Que, repuesto Soult de su reciente descalabro á favor de la tranquilidad en que se le dejó en Zamora; reconcentrado Ney en León tras el revés de Puente San Payo, tan vergonzoso para sus tropas, vencidas por las bandas gallegas y reforzándose los dos mariscales con el 5.º cuerpo, que mandaba su colega el Duque de Treviso; se cernía en las cumbres de la cordillera divisoria de Duero y Tajo, primero sobre el flanco y después, sobre la retaguardia del ejército combinado, unó enemigo de más de 60.000 hombres. Y Wellesley lo ignoraba, á pesar de haber establecido en la frontera inmediata á Ciudad-Rodrigo á su teniente el general Beresford con 15,000 portugueses; y en esa ignorancia, rayana del abandono de toda precaución y del olvido de todo principio del arte militar, decidía en Casas del puerto de Miravete avanzar con Cuesta por el valle del Tajo, en que no había alternativa más que entre vencer á Victor y seguir á Madrid ó ser vencido y quizás derrotado por Soult.

¿Era eso hábil, ni siquiera prudente, en quien ya proclamaba la opinión un Fabio?

Tan torpe estuvo en aquella ocasión Wellesley, que el rey José, comprendiéndolo perfectamente, concertó con sus generales de Madrid un plan que consistía en resistir él y Víctor de frente, mientras Soult, á quien llevó el general Foy la comunicación de aquel pensamiento, bajaría de Salamanca y Béjar á Plasencia para caer á espaldas de los aliados, colocados así en la misma situación que Dupont en Bailén. Si Soult, no dejándose dominar del espíritu de indisciplina de que tantos ejemplos había dado ya en España, y de los celos y discordias que devoraban á los demás generales franceses en ausencias de Napoleón, hubiera obedecido inmediatamente, el día de Talavera habría sido el de la destrucción del ejército anglo-hispano, y quién sabe si el último de nuestra independencia.

Afortunadamente, no obedeció con la premura y la exactitud necesarias; y, triunfantes Wellesley y Cuesta, tuvieron tiempo para neutralizar el efecto de su primer error y evitar el de los que aun habían de cometer. Porque el inglés, al saber el avance de Soult á Pla-

sencia, se dispuso á salirle al encuentro y hasta se adelantó á Oropesa; y, creyéndose bastante fuerte para separarse de su colega, lo dejó en Talavera á defender á sus heridos de una reacción ofensiva de Víctor, situado de nuevo en la margen del Alberche. Ese otro error, que Cuesta quiso corregir uniéndose á Wellesley en Oropesa, hubiera costado muy caro sin la precipitación del General inglés, sordo á todo género de representaciones, en pasar á la izquierda del Tajo con sus tropas, dejando á las españolas en Puente del Arzobispo, donde días después pagaban con un desastre su abnegación para con los ingleses, cuyas espaldas guardaban en aquella que, como ya he dicho, mejor que de retirada, ofrecía los caracteres de una huida.

Y todo ¿por qué?

Porque desde la conferencia de las Casas del Puerto se apoderó de Wellesley la ambición del mando supremo, que yo no quiero censurarle, siendo partidario de la unidad en él, pero sí los medios que puso en juego para obtenerlo ó vengarse si no. Al salir de la conferencia el 13 de julio de 1809, escribía á Mr. Frere quejándose de Cuesta, contra quien ya trabajaba en Sevilla el representante inglés, deseoso de verle sustituido por el Duque de Alburquerque; el 24 se negaba á cruzar el Alberche, tan sólo porque el día antes no había creído prudente hacerlo el General español; el 26 no le apoyaba en su movimiento retrógrado de Alcabón; el 29 se negaba también á proseguir la victoria de Talavera, y el 6 de agosto huía á Deleitosa, dejando á los españoles solos al frente de 80,000 franceses.

Porque no vayáis tampoco á figuraros que aquellas tropas, que con justicia pasan por ser las más sólidas en el campo de batalla, no se dejaron á veces influir de pánicos, en ocasiones injustificados; que en esa misma acción de Talavera se entregaron muchos de sus soldados y varios oficiales á la fuga más desordenada, no parando, la noche del 27, con parte de los nuestros, hasta Oropesa. No hay diferencia entre unos y otros sino en que Cuesta hizo pública la defección de los españoles, fusilando á muchos de los fugitivos para escarmiento de los demás, y Wellesley dejó impune la de los suyos, creyendo así evitar el escándalo que se produciría divulgándose la causa con el castigo de los culpables.

Y no sólo en Talavera al mando de Wellesley, sino que antes de la retirada de Galicia bajo el de John Moore, general tan exigente respecto á disciplina que era motivo de orgullo en el ejército inglés el haber servido á sus órdenes, hízose la marcha en tal desorden, que el

camino quedó cubierto de caballos desjarretados, de equipajes deshechos, de cañones y carros de municiones dispersos ó volcados en las barrancadas próximas, y hasta de cajas de caudales abandonadas por los regimientos, entre ellas la del tesoro del ejército, que también cayó en poder de los franceses. Aun teniendo la escuadra inmediata, los ingleses abandonaron más tarde, en 1813 y al desistir del ataque de Tarragona, la mayor parte del tren de sitio desembarcado, sin cuidarse tampoco, en su reembarque, de un cuerpo considerable de españoles, que, así, quedó en una situación sumamente comprometida por haber acudido á aquella empresa cruzando con la mayor temeridad por entre los enemigos.

Y es tanto más de extrañar ese desdén que hacia nosotros afectan, cuando, en los dos últimos siglos, respeto, ya que no admiración, deberíamos inspirar á los soldados de la Gran Bretaña, si vencedores, casi sin excepción, de los franceses, vencidos en muchos trances por los nuestros. ¿O es que no pueden sobrellevar resignadamente sus derrotas en España durante la guerra de Sucesión los que en Ramillies y Malplaquet ponían coto á las ambiciones y término á la grandeza de Luis XIV? La historia de la reconquista de Mahón, la de los fracasos de Ferrol y las Canarias, y la de los más ruidosos aún de Buenos Aires, debiera haber hecho entender á los ingleses que alguna virtud existiría en una raza que con tanta frecuencia los vencía.

Por lo demás, bien manifiesto creo haberos hecho cuál fué el auxilio que nos prestaron los ingleses, y cuál la cooperación que les debimos en aquel año, segundo de la guerra de la Independencia. Pues bien: un mes después se volvían á Portugal, quejándose, como de costumbre, de la mala voluntad de los españoles para con ellos, y de nuestra inercia y falta de patriotismo. Que sus tropas se habían batido admirablemente en Talavera; más todavía: que se debió á ellas el éxito de aquella batalla; ¿quién lo ha puesto en duda? Pero una cosa es vencer y otra aprovecharse de la victoria; y la de Talavera no fué decisiva ni fructuosa. Y otro tanto sucedió, según veremos luego, con las demás.

Dice M. Fée, presente á una gran parte de las que se libraron en aquella guerra: «Los ingleses tuvieron en España magníficas y gloriosas jornadas, pero sacaron muy poco partido de ellas. En las batallas que han preconizado como sus más brillantes victorias, rara vez salvaron el campo en que habían combatido: lo dejaban libre como si fuese terreno neutro entre nuestro ejército y el suyo. Eso hicieron en Talavera, en Chiclana y la Albuhera. Sabían que estábamos debilitados y fuera de es-

tado de reparar nuestras pérdidas y les bastaba: no querían comprometer en nada sus éxitos.»

No me atrevo á hablar de Lord Wellington en son de juicio, pero creo yo que se le podrían aplicar aquí las palabras de Maharbal: « *Vincere scis, Annibal uti autem victoria nescis.* » Aunque, si he dedeciros francamente mi sentir, no puedo compararlo con el vencedor de Canas por más que en Waterloo se hallara en la misma ocasión con que se midieran en Zama Escipión y Annibal. La fortuna premió con sus favores al inglés por su cordura y entereza de carácter, por su espíritu reflexivo, nacido de una larga experiencia y del estudio de las condiciones de los enemigos que estaba destinado á combatir; por el conocimiento, más que todo, de sus soldados, si egoístas, altaneros y crueles, incommovibles también en el campo de batalla. Pero no busquéis en aquel General, por tantos otros títulos insigne, no busquéis los grandes y brillantes rasgos de genio que adornaron á los más célebres capitanes de la antigüedad: sus campañas, aun siendo felices, no os revelarán en él aquella inspiración sublime, rayo desprendido de la inteligencia humana en momentos supremos, pero ínsita, de su propia naturaleza, ni comunicada ni trasmisible. Sus operaciones militares estarán, todas, maduramente calculadas, y después ejecutadas con precisión admirable, fruto de un estudio profundo y de una disciplina interna sólo conocida en la milicia romana. En ninguna veréis la lucha del genio de la guerra venciendo las eventualidades que sorprenden, los obstáculos que la naturaleza opone, los que el enemigo crea ú organiza. Aprovechará el error que observe cometido en la línea contraria, pero no sabrá inducir á sus rivales á que caigan en él: sin las guerrillas españolas nunca hubiera conocido el número ni la situación de los franceses, y menos adivinado sus proyectos.

Era, en fin, un hombre eminente, favorecido, sobre todo, por la fortuna: no un ser excepcional, del fuste de los Césares y Napoleones.

El tiempo á que me voy refiriendo es el en que comenzó á propagarse por Europa la idea, que poco después se había hecho general, de la largueza del Gobierno inglés para con los defensores de la independencia española. Se ha pregonado tantas veces esa liberalidad; se le han dado tales proporciones; que hay muchos, españoles y todo, creyendo que el oro, las armas y equipos traídos por las naves de la Gran Bretaña fueron los principales recursos con que se pudo sostener de nuestra parte aquella lucha incomparable. Y es que los ingleses han tenido el cuidado de divulgarlo por cuantos órganos han considerado como de

mayor propagación; y los franceses y no pocos de nuestros compatriotas lo han creído como la cosa más natural del mundo, tomando en cuenta el poderío y la riqueza de Inglaterra, y el estado precario, á su parecer miserable, en que se veía á España.

Y, sin embargo, nada más inexacto; y voy á probarlo.

He de empezar declarando que lo poco ó mucho con que nos socorrió la Inglaterra merece la gratitud de los españoles, y soy yo el primero, como he dicho antes, en reconocerla y proclamarla. No nos está bien el escatimar á nuestros aliados de entonces las muestras de un sentimiento cuyo olvido sería en alto grado censurable. Pero los números son inflexibles; y ellos y documentos emanados de las mismas cancellerías inglesas, demostrarán, mejor que nuestras observaciones, la injusticia, de un lado, y las exageraciones de nuestros detractores, por otro, en ese asunto.

Con decir que la suma total de lo recibido por las Juntas Provinciales y por la Central en todo el tiempo de su administración no pasó de setenta millones de reales, comprenderéis, Señores, hasta dónde llegan esas que acabo de calificar de exageraciones de los historiadores ingleses, las de Napier sobre todo, al asegurar, con su formalidad de costumbre, que «los abundantes socorros del dinero inglés sostuvieron la guerra,» y que el Gobierno de su nación «inundó de oro á España.» Pero ¿cómo había de inundarnos con lo que no tenía?

Sevilla, Asturias, Galicia y León son las provincias beneficiadas en los primeros meses de la guerra con el oro inglés, el á que Napoleón atribuía los trastornos en Europa y las coaliciones formadas contra la República antes, y luego contra el Imperio francés. Las demás provincias, mejor dicho, sus Juntas, no llegaron á ver una sola libra de aquel generoso y tan cacareado metal. Y no digo esas Juntas, sino que las hubo de las favorecidas que no utilizaron ese oro: por integridad en sus vocales ó por economía en sus gastos, no lo recibieron ó lo guardaron en sus arcas. Del millón de pesos que la fragata *Minerva* llevó á la Coruña en 1808, tan sólo 80,000 se recibieron para el ejército de la izquierda. Los demás volvieron á Inglaterra, temerosa de que cayeran en poder de los franceses.

Pero ¿qué más? doce millones, desembarcados de las naves británicas al declararse la guerra, fueron inmediatamente devueltos en Cádiz; y todos, absolutamente todos, se recibieron en calidad de préstamo, satisfaciéndose luego tan largamente que, según el manifiesto de la Junta Central, no desmentido hasta ahora, España había dado, al disol-

verse aquella Corporación, más tal vez de lo que había recibido. Y es que esas cantidades, como otras posteriormente adquiridas, lo fueron por negociaciones de letras contra las cajas de América, que las pagaron religiosamente, abriéndose, además, los puertos, antes cerrados, de nuestras colonias al comercio inglés, con lo que se le produjeron beneficios y ganancias enormes.

La guerra se sostuvo en España, ya que no con los caudales existentes en nuestro Tesoro, porque estaba exausto, con los sacrificios pecuniarios que supieron imponerse las provincias españolas, de entre las que hubo alguna, la de Valencia, que cubrió las exigencias de su levantamiento y servicios con más de 50 millones recaudados al iniciarse la lucha. Los principales recursos, con todo, vinieron de América: el patriotismo y la adhesión y generosidad de los españoles, allí residentes, proporcionaron hasta 284 millones.

Y para daros una prueba irrefutable de la imparcialidad mía, no me atengo á otros datos que á los que hallo menos halagadores á nuestro amor propio, porque Schépeler, el historiador alemán más concienzudo de aquella guerra, dice, á propósito de eso, lo siguiente: «A fin de mayo de 1809 llegaron de Méjico, Lima y la Habana, etc., en siete buques, hasta 36 millones de duros. El alimento de la guerra abundaba en todos los puertos del reino, y, sobre todo, en Cádiz. Las colonias enviaban presentes considerables; y, para dar una idea de la riqueza de la aristocracia comerciante y propietaria de la América española, citaremos la suma que en la ciudad de Méjico reunió para España su Arzobispo en agosto de 1809. Ascendía á 2.955,435 pesos. Hubo negociante ó propietario que contribuyó con 200,000, y uno, entre ellos, se suscribió por 400,000.»

A tal punto llegó el desprendimiento de los españoles respecto á los subsidios en metálico del Gobierno inglés, que al iniciarse la guerra de Austria, en 1809, traspasaron á aquel Imperio los que se les destinaban, y hasta permitieron que la Inglaterra negociara con igual destino la enorme suma de 3 millones de pesos en nuestros puertos de América, con gravísimo perjuicio para los intereses comerciales del país. Escribía Mr. Canning al Marqués de Wellesley: «El Gobierno británico tiene la mayor satisfacción en ver, no sólo que no hay estipulación alguna que la ligue con esta nación (el Austria), sino que el Gobierno español se ha manifestado tan propicio al Imperio, que pospondrá todas las consideraciones favorables á sus intereses al socorro de las necesidades más apremiantes de la Corte de Viena.» Los españoles prefe-

rían, con efecto, la cooperación de los austriacos en el Danubio al material de guerra que aquellos subsidios pudieran proporcionarles; generosidad poco común y estéril entonces al celebrarse el armisticio de Znain y la paz de Viena.

Y no se diga que más tarde se manifestara la Gran Bretaña más generosa con la Regencia que lo había estado antes con la Junta Central; porque ni aun quiso garantizar nuestros empréstitos si no le franqueaba el comercio directo con las provincias de Ultramar bajo un derecho de 11 por ciento sobre factura, proposición que, justamente rechazada por gravísima, produjo la ruptura de cuantas negociaciones se habían entablado, é impidió las sucesivas.

Pero, lo repito: ¿cómo había de inundarnos de oro la Inglaterra cuando no lo tenía ni aun para sus mismos ejércitos y propias necesidades?

Y, si no llegáis á creerlo, oíd lo que ese Mr. Canning, que os acabo de citar, añadía en su escrito al Embajador inglés: «Hacen impracticable ese tratado varias circunstancias: primera, la entrada del metálico de América en España, la cual la hace, por fortuna, *independiente* de los socorros exteriores; segunda, la continua escasez de dinero que sufre la Inglaterra, haciendo que la extracción de la más pequeña suma se mire como asunto de la mayor importancia. Estas dos circunstancias han alterado de tal modo la situación respectiva de las dos naciones, que los ingleses, hasta que podamos proveernos de metálico en América, necesitaremos contar,—escuchad bien, Señores,—con el auxilio del Gobierno español para hacer que lleguen á nuestras manos en dinero los fondos necesarios con que pagar el Ejército de la Península, comprando el metálico por medio de letras de la Tesorería.»

Y si eso no os convence todavía, leed la magnífica obra de Londonderry, y veréis que en 1809 el Ejército inglés carecía de útiles de campaña, de calzado y de dinero, y que á todos los regimientos se les debían algunos meses de paga; que en 1810 lo que más affligía era la escasez de dinero, hallándose los cuerpos sin víveres y sin metálico en un país como Portugal, donde no se podía adquirir nada si no se pagaba; que en 1811 continuaba la falta de pagas, de trasportes y de víveres; y que en 1812, al darse la batalla de los Arapiles, el Ejército tenía en caja 20,000 duros, con cinco meses de atraso en las pagas, y viviendo los oficiales con la ración tan sólo.

¿Cómo, pues, había de dar la Inglaterra lo que no tenía?

En cuanto á lo del material de guerra y equipos facilitados por los

ingleses, yo os podría dar razón desde el número de los cañones, que ninguna falta hacían en esta tierra clásica del hierro y el bronce, hasta el de las suelas de zapatos que nos fueron enviadas, fatigando así vuestra benévola atención. Pero, con decirnos que entre las armas vinieron miles de chuzos, comprenderéis que la Inglaterra no las tenía de fuego en cantidad suficiente para las necesidades de aquella guerra. Y al contar las varas de paño y de lienzo, las mochilas, gorros y sombreros, las botas y zapatos, los equipos todos y enseres, y pensando que todo fué religiosamente pagado, comprenderéis también la inmensa ganancia que proporcionaría ese auxilio á la industria inglesa, paralizada hasta entonces por el bloqueo continental que nosotros y los portugueses fuimos los primeros en romper en Europa y América.

Y volvamos á las operaciones militares, en que hacen hincapié los anglomanos para arrebatarnos la gloria de la guerra de la Independencia.

Descansado el Ejército inglés, y repuesto en las márgenes del Guadiana de los trabajos de la campaña de Talavera, con la abundancia de víveres que antes negaba y hubo, por fin, su General en jefe, de agradecer á la Junta de Extremadura en un elocuentísimo despacho, se había trasladado al valle del Mondego, cogiéndole en Vizén la noticia del sitio puesto á Ciudad-Rodrigo por el mariscal Massena.

La plaza española capituló el 10 de julio de 1810, después de una defensa heroica, *de yacer todo por tierra y destruído*, según la frase del hijo mimado de la victoria, *no quedando una sola casa intacta*; y cuando su gobernador Herrasti supo que ni los ruegos del Marqués de la Romana y los de las autoridades, ni aún los del Gobierno español, bastaban para que lord Wellington, situado en Celórico desde el 27 de abril y desde el 25 de junio entre el Agueda y el Coa, acudieron en su auxilio. Ruegos, consejos, representaciones, las quejas de los moradores y alendaños, hasta las iras de D. Martín de la Carrera, que, indignado, se separó del Ejército inglés para siempre, movieron su corazón á un arranque cual á otro inspirarían el valor y la desgracia de aquel noble pedazo de la tierra española. Su misión, bien claro lo decía siempre, era la de defender á Portugal; manifestando una vez á la junta de Extremadura «que no estaba en poder suyo el hacer lo que deseara; y particularmente como la seguridad del Reino de Portugal fuese la principal misión que se le había confiado, no podía distraer de ella las fuerzas que eran necesarias para el cumplimiento de los demás objetos sobre que se le tenía llamada la atención.»

Y ¿queréis saber el efecto que aquella conducta produjo en el pueblo español? Pues oíd al mismo Wellington nueve días después de la pérdida de Ciudad-Rodrigo: «Yo estaba perfectamente convencido de que la caída de Ciudad-Rodrigo produciría un resultado fatalísimo y sumamente bochornoso para nosotros; pero nunca esperé que ese suceso hiciera tanta impresión en los habitantes de Castilla como parece haberlo hecho, y temo que la mayoría de ellos, con su confianza de costumbre en las murallas y en su propio valor, hayan recogido sus bienes muebles en aquella plaza y los hayan perdido. No debo pensar otra cosa por el obstinado silencio que guardan con nosotros desde tal acontecimiento. No recibimos una sola carta de España, ni un aviso en estos últimos diez días; y los oficiales que operan por los flancos del ejército, me dicen que no sólo no pueden procurarse noticia alguna, sino que apenas logran encontrar quien les lleve sus cartas. Esto, añade, no es para animar á nadie.»

De la rendición de Ciudad-Rodrigo, á la vista de lord Wellington, hasta la vuelta del ilustre caudillo del Ejército británico á la línea del Coa, pasaron diez meses, empleados en la gran campaña, que tuvo principio en la sierra de Busaco y terminó con la defensa de las famosas líneas de Torres-Vedras, los varios trances de la retirada de Massena y su revés, por fin, de Fuentes de Oñoro, el 16 de mayo de 1811. No es ésta la ocasión de juzgar aquellas operaciones, salvadoras de la independencia de Portugal, aunque más á costa de sus naturales, que hubieron de sacrificar cuanto amaban, hogar, hacienda y sosiego, que de los ingleses, que sufrieron muy pocas bajas, pero beneficiosas también á España en cuanto á que la pérdida de Lisboa hubiera comprometido aún más la suerte de nuestros ejércitos, empujados de todas partes por los numerosísimos refuerzos que la paz con Austria permitía á Napoleón enviar á la Península. No he de negarlo, no; pero de eso á conceder que aquella campaña, en que no se dió una sola batalla decisiva, lo fuera para nuestra patria, hay mucha distancia. Como el Portugal por Massena, fueron invadidas nuestras Andalucías por José en persona y Soult, Víctor, Sebastiani y cien y cien generales, que, con ejércitos como nunca vistos desde las irrupciones alárabes, pudieron llegar sin contrarresto á las orillas del mar en Málaga, Algeciras y Cádiz. ¿Vencieron por eso la resistencia española? ¿Lograron siquiera doblegar la constancia de nuestros padres, y menos someterlos á su imperio?

Nada de eso: entonces, por el contrario, dió España la prueba más concluyente de la fuerza que atesora, sólo superada por la que revela

la sucesión interminable de las luchas civiles posteriores, que ni la agotan, ni siquiera la enflaquecen; tal es su vitalidad, y tal el carácter férreo, obstinado y ardiente de sus hijos. Cádiz, sitiada por los ejércitos más formidables, blanco de un bombardeo para el que se inventaron máquinas de un poder hasta entonces desconocido, sepulcro que parecía, de toda esperanza de salud para la patria; fué cuna de su regeneración política y social, templo de las leyes que, al aspecto de las legiones enemigas y con el estruendo de los proyectiles que sobre él reventaban, salieron, en las expansiones del patriotismo y la confianza de la victoria, más y más sabias, enérgicas y salvadoras para la nacionalidad española. Podrían esas leyes resultar después deficientes para unos; como inspiradas, en concepto de otros, por un espíritu exageradamente reformista, producto de ideas que condenaban, traídas del código revolucionario de la Convención francesa; pero nunca dejarán de ser la expresión de un pueblo á quien la violencia de que era víctima y su valor y pertinacia singulares le provocaban á alardes de una independencia que ningún otro se había atrevido á hacer como él.

En aquel largo asedio de más de dos años, una sola acción intentó la división auxiliar inglesa que se había establecido en la isla de que Cádiz forma parte; y esa acción, la de Chiclana, en marzo de 1811, resultó completamente ineficaz, no produciendo sino quejas y recriminaciones, expedientes inútiles, y celos y nuevas discordias entre las naciones aliadas. La acción eminentemente salvadora por lo gallarda y pertinaz y gloriosa, fué la de los españoles; la del Duque de Alburquerque, en un principio, por lo oportuna, la de las demás tropas de la guarnición y de los voluntarios de la ciudad hercúlea después, y siempre la del Gobierno y la de los egregios legisladores, cuya entereza nunca se doblegó al peso de la responsabilidad y en cuyos ánimos no pudo tampoco abrirse paso el pavor que en otras partes infundían la furia y las bombas francesas.

España llevaba, pues, más de tres años de combatir sola una invasión preparada con la ocupación de las mejores plazas de guerra y el establecimiento de los ejércitos enemigos en Lisboa y Madrid; esto es, en los puntos centros de toda acción política y administrativa. Antes de dispararse un tiro emigraban ó se veían reducidas á la esclavitud las dos familias reinantes en la Península, estorbo, que pudiera ser, para el establecimiento sólido y tranquilo de la ocupación francesa: las mejores tropas se hallaban lejos ó sometidas á la vigilancia del enemigo, impotentes de todos modos; y la máquina toda gubernamental, sin

medios de funcionar más que con órganos é instrumentos puestos en sus manos. Y no me negaréis, Señores, que la intervención de Inglaterra había sido hasta 1811 nula, más que nula, puesto que las campañas de John Moore y de Wellesley, en la Coruña y Talavera terminadas, lo que habían logrado era demostrar la ineficacia, hasta entonces, de una alianza que con tan inútiles esfuerzos se iniciaba.

Lo que esa intervención había obtenido era, sí, la independencia de Portugal; quiero decir, la libertad de sus leales habitantes del yugo que la Francia les quería imponer, porque seguiría pesando sobre ellos el más suave, es verdad, de su vieja protectora, sensible, con todo, por verse explotados en sus intereses y empequeñecidos en su dignidad. Y como la misión principal del ejército inglés, la única según antes habéis oído, era la de sacar á salvo la independencia de Portugal, que era de tan vital interés para el Reino Unido; hay que convenir en que el éxito más completo había coronado sus esfuerzos. El ejército de Junot había desaparecido de aquella noble tierra, aun cuando fuera para servir, pocos meses después, contra los españoles; Soult, había huído de ella, empujado también á la nuestra; Víctor vió paralizada en Talavera su acción, que, combinada con la del mismo mariscal, Duque de Dalmeida, la de Ney y Mortier, amenazaba ejercerse nuevamente en las regiones lusitanas del Tajo y del Duero; Massena, en fin, el hijo mimado de la Victoria, retrocedía de Torres-Vedras, mas perseguido tan sólo hasta Fuentes de Oñoro. Esto es, que la frontera española venía á ser el límite impuesto á la acción y á las aspiraciones del triunfo de las tropas británicas. Portugal parecía representar la arena cerrada, el circo en que los nuevos gladiadores, galos y británicos, iban á dirimir la grave y trascendental controversia de su supremacía, hacía veinte años puesta á discusión en cien campos de batalla.

Pero ese éxito, tan completo como acabo de decir, ¿se hubiéra obtenido sin la cooperación, por su lado, de nuestros compatriotas?

Porque, sin la acción de España, Junot hubiera tenido excelente camino para su retirada de Vimeiro, guardado por las guarniciones francesas de Estremoz y Elvás; Soult y Ney no vieran sus ejércitos necesitados de nueva y lenta reorganización sin la lucha tan activa y afortunada de los gallegos; no llegara Wellington á Talavera sin su unión con Cuesta y sus combinaciones con Venegas; y en Torres-Vedras había españoles, los del Marqués de la Romana y el Conde de España, é interceptaban la comunicación y los convoyes de Massena, el Empeinado, Merino y Sánchez, que hasta le privaron, además de una gran

parte de la Artillería que le estaba destinada, de municiones, víveres y noticias. Hay que tomar en cuenta estas circunstancias para no plantear exclusivas en una acción tan combinada como la de los ejércitos aliados en la guerra de la Independencia, en queninguno de ellos puede atribuirse para él solo la gloria del triunfo sin manifiesta injusticia; debiéndose, por el contrario, á causas y efectos en que todos tuvieron proporcionalmente su parte. ¿Por qué los ingleses lograban mantenerse en Lisboa y no en Nápoles, ni Walkeren, á pesar de componerse la segunda de aquellas expediciones de 80,000 hombres de mar y tierra?

El año de 1811 ofrece un carácter singular, debido á muy diversas condiciones de situación política en el resto de Europa y de gestión militar en la Península. Parece que era tiempo aún de que la Francia intentase un esfuerzo supremo para concluir ya la lucha cuya duración debía desesperar al Emperador. Y, sin embargo, no hubo en ese año, ni en los primeros meses del de 1812, acción alguna cuyos resultados fueran decisivos para el de lucha tan larga y reñida. Las de Chiclana y Fuentes de Oñoro, ya lo he dicho, no sirvieron para obtener el levantamiento del sitio de Cádiz á que iba dirigida la primera, ni para la reconquista de Ciudad-Rodrigo y la entrada de las tropas británicas en Castilla, á que parecía provocar el fracaso de Massena al pretender el avituallamiento de la plaza de Almeida, abandonada al día siguiente por los franceses. La batalla de la Albuhera, con ser tan gloriosa para los aliados que, lo mismo ingleses que portugueses y españoles, procuraron excederse á sí mismos compitiendo en bravura y firmeza, no pudo impedir que un mes más tarde se reunieran Soult y Marmont en Badajoz, cuyo sitio hubo necesidad, así, de levantar dos veces.

Y era que Napoleon se resistía á intentar ese esfuerzo supremo, de todo punto necesario, á que acabo de referirme, engolfada su mente ya en el gigantesco proyecto de humillar de nuevo á la Rusia, apesadumbrada de unos tratados como los de Tilsit y Erfurt, que tanto perjudicaban á su comercio con el bloqueo continental, y tanto habrían de lastimar los intereses y el orgullo de la nobleza moscovita. No podía dar entrada en su entendimiento, privilegiado y todo, á la idea de que la guerra de España hubiera de ser tan seria y trascendental que le vedara entregarse, sin su feliz acabamiento, á los grandes proyectos que acariciaba desde su elevación al Imperio. Era en su sentir muy suficiente el envío de Massena para echar al mar, como solía decir, á los ingleses, únicos que consideraba capaces de trastornar sus planes manteniendo vivo el espíritu de independencia en las demás naciones de

Europa. Los refuerzos que envió á España fueron, con eso, de corta consideración, suponiéndolos más necesarios para la organización del grande ejército que preparaba, que, por lo mismo de ser tan abigarrado, compuesto como iría de tropas de tan diverso origen y nacionalidades tan distintas y hasta rivales, debería reconocer un núcleo francés, tan robusto como homogéneo, para mejor asimilarse en su acción á las demás, é imponerse, en caso necesario, á ellas.

Lord Wellington no se mostraba tampoco, de su parte, lo interesado que debía por el pronto término de la guerra en España. Al aparecer en Extremadura por abril de aquel año, creía haber ya obtenido de la Regencia el mando de las provincias españolas alendañas de Portugal, solicitado por su hermano el Marqués de Wellesley, ministro inglés cerca de nuestro Gobierno, «para emplear,—así decía,—con utilidad los recursos que presentaban y combinar acertadamente las operaciones de la guerra.» Temerosa la Regencia de la responsabilidad que pudiera contraer, presentó con desusado ceremonial á las Cortes la pretension del diplomático inglés, que naturalmente había de serle negada, hallándose los diputados bajo la impresión del reciente suceso de Chiclana y de la impasibilidad manifestada por el Lord ante las catástrofes de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, sucedidas á su vista y al alcance de su poderoso ejército. La repulsa debía producir su efecto en ánimo tan susceptible y altanero; y la guerra continuó varia y sin resultados decisivos por ninguna de las partes beligerantes; perdiendo los aliados á Badajoz y ganando á Almeida, restaurando el Portugal, pero sin aprovechar la victoria por detenerse en la frontera de España hasta bien entrado el año de 1812.

«Durante ese período, el de 1808 á 1812,—dice Duverine en su *Ensayo histórico sobre el espíritu de reforma política en España*,—la cooperación del Ejército inglés fué dirigida más bien por medidas de prudencia y previsión que por un sistema de vigor; contentándose con proteger el Portugal y conservar casi continuamente la línea del Tajo, comenzando á operar con mayor energía en el curso de 1811 para el sitio de Ciudad-Rodrigo, que fué tomada de asalto por el Ejército anglo-portugués al mando de Wellington.»

De entonces data, Señores, y sólo de entonces, la acción auxiliar de las tropas inglesas en España, acción directa y verdaderamente eficaz que es de nuestro deber agradecerles con toda la efusión de corazones españoles, ya lo sabéis, hidalgos y generosos. Ciudad-Rodrigo y luego Badajoz caen en su poder: no os detengáis á escuchar los lamen-

tos de sus infelices moradores, mucho peor tratados que los enemigos por el aliado libertador. Salamanca es testigo de la esplendorosa victoria con que el valor británico parecía poner la causa española á punto de acabar su triunfo; tampoco os molestéis en juzgar los errores que la produjeron por haber el enemigo precipitado la persecución. Madrid se ve libre de sus enojosos huéspedes de cuatro años, aún cuando por pocos días. España entera va á respirar, así lo creen muchos, el aura de su independencia, tan costosa como deseada. Pero, señores, fábrica sin cimientos pronto se derrumba; y la del triunfo de Salamanca, sus mismas ruinas lo dicen, no los tenía bastante sólidos.

Y digo *ruinas*, porque dos meses después las tropas inglesas volvían muy deprisa y acosadas de cerca á los mismos cantones de que habían salido; lo cual prueba que no se bastaban para vencer, y que no es á ellas tan sólo, ni á los recursos abundantes, como dice Napier, de la Gran Bretaña, á quienes se debió el éxito de aquella lucha. Habían logrado indirectamente el levantamiento del sitio de Cádiz, y no fué poco, sin necesidad de la marcha sobre Sevilla que Wellington pregonaba, sin haber pensado en ella aún cuando la anunciase á su mismo Gobierno después de la reconquista de Badajoz; pero la Asamblea de Fuente la Higuera era indestructible. ¿Quién había de combatir en campo abierto á Suchet, Soult y el Intruso reunidos? Y, al avanzar los dos últimos en combinación con Souham á la cabeza de 80,000 hombres, volvieron las cosas en Castilla al mismo ser y estado que antes de la batalla de los Arapiles.

Eso que Suchet había quedado en Valencia, donde se le consideraba necesario para consolidar su conquista tan lentamente alcanzada. Más de dos años había empleado en ella. Rechazado en 1810, cuando creía conseguirla fácilmente, le había sido necesario emprender el sitio de cuantas fortalezas se encontraban en el camino, por su flanco ó á sus espaldas, hasta las de Cataluña próximas al Ebro. Y expugnadas, una tras otra, Tortosa, Lérida y Tarragona, así como el Montserrat, todas metódicamente y según los procedimientos recomendados en el arte militar, seguros pero lentos, había llegado á Sagunto y Valencia á fines de 1811, cubierto de gloria, pero sin poderla arrebatarse á un pueblo y unas tropas que le obligaban á gastar tanto tiempo para tan corto camino. ¿Le habían hecho detenerse en él los ingleses? No había visto ni uno, y cuando aparecieron la división siciliana de Maitland y la mallorquina de Withingan, mucho más numerosa, era en principios de 1813, al fijarse ya la tornadiza fortuna en favor de la coalición que había de destruir

el imperio napoleónico. La división siciliana y su nombre está revelando su composición: constaba de 4,000 hombres, naturales de la isla italiana, con jefes ingleses: ¿qué peso, pues, había de echar en la balanza de los destinos de España en Valencia y Cataluña? Así es que en la acción del 13 de abril del citado año en Castalla, españoles formaban la mayoría de los combatientes, y de españoles fué la casi totalidad de las bajas, por más que dirigiese el combate un Murray, si afortunado en él, desgraciadísimo en el ataque á Tarragona que terminó, perdiendo toda la artillería de sitio, *vergonzosa y atropelladamente*, como dice nuestro Conde de Toreno, nada hostil á los ingleses.

Arrojó de Valencia á Suchet lo que á José de Castilla y las provincias de la izquierda del Ebro, la marcha de los sucesos en el Norte de Europa, que exigía cuantos recursos pudieran quedar á Francia en su seno y en los demás teatros de la guerra, no sólo en fuerzas, de las que salieron en algún número de España, sino en personalidades eminentes como Soult, Bessiéres y otros generales distinguidos que se creyeron más necesarios en Alemania.

Porque la intervención de la Inglaterra, valiosa y todo, como ahora se dice, no fué tampoco la única que se ejerciera en favor de España para la grande obra de su independendencia y la ruina del coloso que pretendía arrebatárnosla.

Yo voy á declarar con toda ingenuidad, y luego á poner de manifiesto con la imparcialidad en que debe inspirarse el historiador si ha de ejercer honradamente la noble misión á que está llamado, cuáles fueron las causas determinantes de la victoria con que la suerte coronó los esfuerzos de los españoles. Me parece que los datos que vengo aduciendo prueban hasta la evidencia que la primera de esas causas está en la gallarda determinación de nuestros padres de no someterse á la voluntad, entonces omnipotente, del emperador Napoleon, ni á la furia, tampoco, de sus soldados, tenidos hasta la de Bailén por invencibles. Pero dentro de esa causa hay otra esencialmente militar que ejerció una influencia poderosa é innegable: la del aislamiento en que operaron los Ejércitos franceses. Más que de discurrir y convencer con el discurso, es, la presente, ocasión de demostrar, mejor que con argumentos que, siendo míos, se han de tener por apasionados, con pruebas aducidas por autoridad respetable y como tal reconocida. Y como escolio y explicación de tal concepto, decisivo quizás en el éxito de la guerra de la Independencia, hé aquí un párrafo de la obra de Vacani, que elocuentemente expone y demuestra de manera, en mi sentir, irrefutable, los motivos y el

resultado de la profunda división que produjeron en las operaciones de las tropas francesas la naturaleza del suelo peninsular y la ausencia de Napoleon. «Cortada,—dice,—como está España por anchos ríos y cadenas de montes muy elevados y que se extienden hasta el mar, donde también se descubren vastas llanuras deshabitadas é incultas; divididas, sobre todo, sus provincias por costumbres, leyes y carácter distinto, no es maravilla el que los ejércitos extranjeros que en ella operan encuentren tantos obstáculos para la debida armonía en sus maniobras que puede decirse que la mayor parte de las veces han combatido sin plan alguno, hasta el punto de ser la guerra de España un tejido informe de varias guerras, ejercitadas por jefes diversos, independientes unos de otros, y en provincias separadas por límites naturales y políticos. Tal fué siempre en las primeras campañas el aislamiento del ejército de Cataluña del más próximo de Aragón; el de éste de los de Castilla, y el de los de Asturias, Galicia, Portugal, Extremadura y Andalucía entre sí. Que si, por el contrario, se hubieran dirigido todos á un solo objeto, esto es, á evitar el contacto de los ingleses con las varias posiciones españolas de la costa, á romper y dispersar toda reunión nacional amenazadora en el interior, aún cuando alguna vez hubiesen operado sin acierto los jefes, sus maniobras habrían ofrecido el aspecto de armónicas, así en la ofensiva como en la defensiva, lo cual únicamente hubiera sucedido fijando el emperador Napoleon un solo plan y conservando constantemente, ya estuviese en París, ó al otro lado del Rhin, el mando supremo para las operaciones generales en esta parte de Europa.»

Hasta aquí Vacani.

Pero al partir Napoleon, entregado el mando á su hermano, ni lo hábil ni lo severo que era necesario para dar unidad á las operaciones militares é imponerse á las voluntades caprichosas y dispersas de los generales franceses, cada cuerpo de ejército tiró, como vulgarmente se dice, por su lado, y ni el de Aragón se entendió con su vecino de Cataluña ni aún con los de Castilla y Navarra, que le servirían para comunicarse con la Corte, centro de la ocupación francesa, y con el Imperio, fuente de su prestigio y de su fuerza. De Portugal no se tenían ni noticias, y sólo de vez en cuando comunicaban Andalucía, Extremadura y Castilla. ¿Cómo lograr así la sumisión total de la Península?

La segunda causa, y aquí está, Señores, la clave de la fábrica cuyas bases me propongo establecer en esta conferencia, es la guerra de Rusia. El apoyo del Czar á Napoleon desde el tratado de Tilsit, punto de arranque de todos los proyectos del nuevo César sobre España y Por-

tugal, había desaparecido; el que le prestaba aquel congreso de soberanos de Erfurt envolviéndole en nubes de incienso, cual dioses del Olimpo á Júpiter tonante, se desvanecía con su fracaso de España, que nadie de ellos esperaba, y con aquella retirada que, como el incendio del Kremlim, les hacía vislumbrar un rayo de esperanza para su propia independencia y la de sus desgraciados pueblos, unos y otros sometidos á la sola y despótica voluntad del objeto antes de sus adulaciones. Las proporciones que alcanzó aquella lucha que, siendo afortunada, daría á Napoleon el dominio sin contrapeso alguno de Europa, llevó á Rusia las fuerzas disponibles de la Francia, las de sus feudatarios y aliados; y el desastre de que fué seguida, llamando para su reparo cuantas aún se hallaban preparadas en aquel camino de desolación, de nieve y fuego y sangre, dejó los demás teatros de la lucha general, provocada por la insaciable ambición suya, sin ese recurso supremo, único decisivo en crisis como aquella: el de los refuerzos oportunos y el de las reservas.

«Cosa bien notable,—decía Napoleon en Santa Elena con aquella frase oriental tan de su gusto,—cosa bien notable: los obstáculos que me han hecho fracasar no proceden de los hombres, sino de los elementos. En el Mediodía me ha perdido el mar, y el incendio de Moscou y los hielos del invierno me han perdido en el Norte. Así, el agua, el aire y el fuego, toda la naturaleza y nada más que la naturaleza. Hé ahí los enemigos de una regeneración universal, dispuesta por la naturaleza misma. ¡Los problemas de la Providencia son insolubles!!!»

Y más adelante añadía el Emperador: «No es su resistencia (la de los españoles) ni los esfuerzos de los ingleses los que les han proporcionado su independencia, sino mis faltas y mis lejanos reveses. Es, sobre todo, la de haber llevado todas mis fuerzas á mil leguas de ellos para verlas perecer allí, porque nadie me podrá negar que si, al entrar yo en España, el Austria, sin declararme la guerra, me hubiera consentido permanecer allí cuatro meses más, todo hubiera terminado...»

«¡Mis faltas!» Esa es la causa de sus reveses. Porque todo era extraordinario en aquel hombre. Si grandes los pensamientos y los éxitos, inmensos fueron también los errores que cometió, y á ellos se debe el que no cayese muda y postrada á sus pies la Europa entera. ¿Qué mayores que los de las guerras de España y Rusia? La una sirvió de ejemplo á la otra; y el patriotismo de los españoles, provocando el de los rusos, obtuvo por fruto la compensación de nuestra debilidad con la fuerza que daba á los aliados la división de las legiones, hasta entonces incontrastables, del enemigo.

El Beresina, con efecto, y el Niemen, eran abismos que atraían y se tragaban los últimos recursos de la Francia, ya flaca y esquilmada, las tropas que, repasadas las rojas aguas, escenario de catástrofe tan horrenda, habrían de arrostrar aún la defección de muchos de los que iban allí como amigos y camaradas, esperanzados, sin embargo cual ya he dicho, y dispuestos á sacudir en la primera ocasión el yugo ó la tutela del tirano, su dominador.

Y así se vió aquí en la campaña de 1813, cuando sin esfuerzo alguno, sin riesgo ni contratiempo, con la sola amenaza de un movimiento envolvente, estudiado en la elocuentísima lección del año anterior, el ejército aliado cruzaba el Ebro para combatir en Vitoria los restos de una invasión que era imposible mantuviera el centro de la Península por el abandono en que se la dejaba. En Alemania era donde iba á decidirse la suerte del imperio napoleónico; y los ejércitos, mejor dicho, los esqueletos de ejércitos franceses de España, según la frase de Gouvion Saint-Cyr, si peleaban todavía, más que por sostener la ocupación de nuestro territorio, lo hacían por espíritu de honor militar, y por impedir, aunque en vano, fuese hollado por el extranjero el suelo sagrado de la patria. Vitoria, Sorauren y San Marcial son los últimos grandes episodios de la guerra de la Independencia en España, batallas mal preparadas por el enemigo, peor reñidas y, sí instructivas, más como circunstanciales que por lo que pudiéramos llamar su estructura clásica. La primera, esto es, la de Vitoria, representa en el campo francés la defensa de sus trofeos de seis años, del botín con tanto afán recogido en una guerra en que, aparte de las costumbres militares introducidas por los franceses en su Odisea por la Europa entera continental, constituía el único fruto sacado de ella de entre las ensangrentadas ruinas de nuestro suelo; del decoro, por fin, de un cetro ya tronchado y que se consideraba no adquirido con la gloria que pudiera hacerlo respetable y respetado. Era el esfuerzo hecho por un atleta para tomar postura digna en su caída. Sorauren y San Marcial significan el cumplimiento de un deber sacratísimo en la Milicia, el de salvar, no las plazas de Pamplona y San Sebastián, pues por perdidas las tenía el mariscal Soult, sino sus respectivas guarniciones, á fin de que pudieran retirarse sin experimentar la dura ley de los rendidos ó capitulados, cuando de una tenaz resistencia sólo gloria podrían reportar, no la utilidad de que tan necesitada se veía la Francia para mantener incólume su suelo.

Y ojalá hubiera acontecido; porque no tendría yo esta noche que despertar en vuestra memoria la lúgubre y bochornosa de aquel día

31 de agosto, en que la ciudad de San Sebastián quedó reducida á miserables ruinas, manchadas, más que con la sangre de nuestros infelices compatriotas, vertida á torrentes, con la soez y bárbara y repugnante hazaña de los que se decían aliados y amigos, casi hermanos, según pregonaban su abnegación por la causa española. El Conde de Toreno, al suponerla propia tan sólo de enemigas y salvajes bandas venidas del Africa, no la ennegrece bastante; porque los almohades de Ben Jussef, vencedores de Alárcos, eran tratables, humanos, y hasta piadosos, comparados con los hijos de la Gran Bretaña, en los asaltos de Badajoz y San Sebastián. El incendio de una ciudad amiga; el sacrificio, bárbaro asesinato, de los moradores que salían con los brazos abiertos al encuentro de los que tomaban por generosos libertadores suyos; las violaciones horrendas de las hijas en el regazo de sus madres, como dice el célebre historiador, y es verdad, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por do quiera; el robo de las casas y el saqueo de los templos; no son obra de salvajes en tierra amiga: lo son de la maldad más refinada, de la indisciplina más brutal, fruto de aquellos *enormes crímenes*, según la justa calificación de su caudillo, que, desde que entraron en España iban los soldados ingleses comiendo más con sus aliados que con sus enemigos. Para éstos, todo género de consideraciones, y ahí tenéis la historia de Napier, su agradecido admirador, y los Despachos de lord Wellington; para los españoles, el desprecio más soberano, y en ocasiones, como las que ya les iba proporcionando la marcha de la guerra, el pillaje, la destrucción, deshonor y muerte. Aquella, que hoy admiráis, perla del Océano, meciéndose en su azulada concha, blandamente recostada en la euskara montaña cubierta de verdor eterno, y nacida para ofrecer paz y ventura en su hospitalario seno, hecha por su misma hermosura y su fatal destino imán de la guerra, de sus furores y estragos, sería hoy montón informe de ruinas sin el patriotismo de los egregios varones que, con semblante todavía lívido y cubiertos de luto, decidieron ocho días después en Zubieta la reedificación de su querida ciudad y su renacimiento al comercio y las artes que tanto la engalanaban antes de catástrofe tan horrible.

Y esto se hacía en presencia, puede decirse, casi á la vista, de los soldados españoles, que en Vitoria fueron los que tanta parte habían tomado en aquel, más glorioso que difícil, triunfo; que en Sorauren iniciaron la acción y mantuvieron el campo hasta la llegada de los ingleses á la línea de batalla; que en San Marcial, por fin, fueron los únicos sostenedores de un combate en que se estrellaron el valor francés y

el talento de su general en jefe, el mariscal Soult, aquel Duque de Dalmacia, cuyas dotes de gran capitán son en la pluma de Napier comparables con las de los más ilustres de la antigüedad.

No negaban entonces, por supuesto, los ingleses, el mérito de nuestros compatriotas, que eso quedó para después con los celos y la emulación que despiertan el tiempo y las alabanzas extrañas; y, para demostrároslo, me vais á permitir, mejor dicho, á dispensar, que os traiga á la memoria una anécdota que cien veces escuché de labios de mi padre, soldado de Alba de Tormes, de Vitoria y San Marcial.

Unos días después del asalto de San Sebastián, y mezcladas en su nueva guarnición tropas españolas é inglesas, se amotinaron éstas por falta de víveres, de que tantos consumían. De tal modo habían destruído la ciudad, sus depósitos y almacenes; en tales proporciones habían derrochado lo poco que quedaba y lo que llevaran consigo, que los ingleses padecían hambre, pero protestando, y los españoles se mantenían del bacalao que aquéllos despreciaban, podrido en el incendio.

Avisado el Lord, que campaba junto al Bidasoa, acudió al *glacis* de la plaza, encontrando á sus soldados en el mayor desorden, muchos borrachos y no pocos de ellos hasta desnudos.

Wellington se lamenta en sus Despachos del estado de sus súbditos por aquellos días. «El hecho es, dice en uno de 28 de setiembre al general Giron, que yo mando á los más infames (*coquins* los llama, pues el despacho original está en francés) de la tierra en todas las naciones del mundo, y se necesita una mano de hierro para mantenerlos en orden y todo género de informaciones para descubrirlos.»

Wellington los arengó con el laconismo y la severidad que le caracterizaban. Les echó en cara su indisciplina y les presentó como ejemplo de abnegación y de sobriedad la de los españoles, que se satisfacían con alimentarse de lo que ellos desechaban, no teniendo otro rancho que el de un bacalao malsano que un inglés rechazaría por repugnante y asqueroso. Pero al oír eso se adelantó á la fila, en que formaba, un sargento, y con voz entera y en no muy respetuoso tono le expuso que, si los españoles soportaban sin quejarse tantas privaciones, era porque el patriotismo se las imponía, peleando por los fueros de su independencia y los objetos de su amor y veneración; pero que los ingleses combatían y derramaban su sangre mediante un contrato, entre cuyas primeras condiciones estaba consignada la de una alimentación sana y abundante, de que carecían, y un sueldo que no se les abonaba con la puntualidad convenida. Y el Lord, sin contestación que dar, sino apelando

á los sentimientos de honor, conjurándoles, como dice Napier después, en su nombre, á resistir tantas privaciones, y prometiéndoles pronto remedio, picó espuelas y se alejó de aquel campo de Agramante entre las protestas de sus soldados y la mayor admiración de los españoles que presenciaban escena tan edificante.

No la extrañaréis vosotros, conociendo la organización del ejército inglés; pero sí lo que vais á oír inmediatamente.

El ejército aliado penetró en Francia, y con él entraron varios cuerpos españoles. Sabéis que en la guerra las represalias son difíciles de evitar; y, si no justo, porque la venganza nunca lo es, era disculpable que los tantos años robados y maltraídos tomaran su desquite al invadir la tierra de sus provocadores y tiranos. A pesar de eso, ingleses fueron y entre ellos algunos oficiales los primeros en darse á los excesos mismos que habían cometido en San Sebastián, españoles muy pocos y pertenecientes á las guerrillas que acompañaban al ejército. Los ingleses fueron, sin embargo, enviados á Inglaterra, y los españoles simplemente ahorcados. Y para que no se reprodujeran escenas parecidas, una vez ganadas las márgenes de la Nivelles, en que la sangre de nuestros soldados se mezcló en abundancia con la de los ingleses, casi todo el cuarto cuerpo del ejército español recibió la orden de establecerse en la frontera. «Previendo Wellington,—dice un historiador,—cuán imposible se hacía durasen las cosas en el mismo ser (la admirable resignación de nuestros compatriotas sin queja ni desmán notables), resolvió tornasen los españoles al país nativo por huir de futuros y temibles daños, y también por no necesitar entonces de su apoyo y auxilios, decidido á no llevar muy adelante la invasión comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del Norte.» Sólo quedó con los ingleses la primera división del mando del general Morillo que tomó parte tan gloriosa en aquella campaña, á la que por fin fueron llamadas otra vez las demás del cuarto cuerpo y las del de reserva de Andalucía, para contribuir con su número y su valor á la conclusión de la guerra en la tan celebrada batalla de Tolosa de Francia.

Terminada, como veis, la narración histórica de las operaciones militares de nuestros aliados los ingleses en la Península, permitidme, Señores, ofreceros algunas consideraciones que necesito añadir á las anteriormente expuestas para el amplio desarrollo del tema propuesto en esta ya larga conferencia.

Quien sólo examine las historias inglesas de la época, caerá fácil-

mente en el lazo tendido por sus autores á la buena fe del lector, sorprendido del brillo de aquellas grandes batallas, hechos culminantes, aunque pocos en número, de la guerra de la Independencia. Nadie, al leer ó al escuchar su narración, se detiene á reflexionar sobre las causas, unas próximas y otras lejanas, de tan estrepitosos sucesos: bajo la impresión de su terrible aparato y deslumbrado por el fulgor que producen el choque y la gloria de sus efectos, se resistirá á descender, hasta desentendiéndose de la forma, siempre tan seductora, á romper el tejido de sofismas en que esa narración lleva oculta la verdad histórica. Para nadie mejor que para los autores de esas historias parece escrita la frase, que vais á oír, de César Cantú. «Y efectivamente,—dice en su *Discurso sobre la Historia Universal*;—exagerando ciertas particularidades; callando otras por medio de diestros subterfugios; haciendo que aquí brille una luz mientras allá se recarga una sombra; admitiendo como incontestables las tradiciones que convienen á nuestro propósito, al paso que se desencadena la crítica contra las que no nos convienen; cubriendo el vacío de los hechos bajo el aparato de los sistemas; ridiculizando una virtud, al mismo tiempo que se oculta un delito con el velo de una agudeza; no es difícil presentar á Juliano el Apóstata como un héroe y á Gregorio VII como un loco; elevar á las nubes á Diocleciano, que renuncia al imperio del mundo, y atribuir á cobardía el mismo acto en Pedro Celestino.»

Con decir, así, que los Generales españoles recordaban con sus jactanciosos discursos la gárrula arrogancia de Don Quijote, y con sus hechos las hazañas de Sancho, siquier esos Generales se llamen Romana, el de la retirada de Dinamarca; Palafox y Alvarez, los defensores de Zaragoza y Gerona; Castaños, el vencedor de Bailén; Alburquerque, el salvador de la isla gaditana; los reñidores Cuesta, Blake, La Carrera, y Menacho, Herrasti, Morillo, Santo Cildes, Mendizábal, Freire, y cien otros cuyos hechos os vendrán, á cada palabra mía, á la memoria; con añadir, para hacer gracia y entre los crédulos con éxito, que era raro el de ellos que pudiera mantenerse á caballo, aun cuando se les hubiera visto asaltando á la infantería francesa á la cabeza de sus escuadrones; un Lumley, un Napier ó un Hamilton creen que se hace la opinión sobre la nulidad de esos Generales, así como sobre el valor, el talento, hasta el genio de los ingleses, el de aquel Duque de hierro, principalmente, en quien se pretende acumular todas las glorias de la guerra de la Independencia. De ese modo, y asegurando con el aplomo con que ellos saben hacerlo, y con la buena fe que los distingue, que los españoles no revelaron en aquella lucha arrojo, ni abnegación ni patriotismo, y que carecían, ade-

más, de los recursos materiales más necesarios, podían esos historiadores decir á coro lo que anteriormente expuse: que «los abundantes socorros de la Inglaterra y el valor de las tropas anglo-portuguesas mantuvieron solos la guerra, y que la energía de Lord Wellington, resistiendo la furia de los franceses y contrarrestando la debilidad y la ineptitud de tres Gobiernos, salvó á la Península.»

Y ved qué de consecuencias no pueden sacarse de tal manera de exponer los hechos y de razonarlos. Un historiador portugués moderno, valiéndose de los mismos argumentos de Napier ú otros muy semejantes, y del de que los portugueses componían una gran parte, si no la mayor, de las tropas de la Gran Bretaña en la Península, viene, de razonamiento en razonamiento y de deducción en deducción, á pretender para ellos casi exclusivamente el honor de aquella guerra.

De modo que, descendiendo por esa escala, habríamos de acabar por deber nuestra independencia á un Berersford que regía á los portugueses, á un Pack, y á otros de los que dos años antes habían rendido sus espadas y banderas en Buenos Aires ante un puñado de marinos españoles y unos cuantos blandengues.

No: los libros ingleses podrán decir lo que quieran; el despecho inspirará á los historiadores franceses la idea de, asintiendo á las de sus eternos enemigos, manifestar un desdén, á veces ultrajante, á nuestros heroicos padres, declarándolos impotentes para resistir el aspecto sólo de sus águilas; pero hay una cosa mil veces más elocuente que esos libros, mil veces más persuasiva que esas ideas: la opinión de los pueblos, formada en la escuela de la experiencia y de la desgracia. ¿Es que la impopularidad que llegó á tener la guerra en España entre los franceses se debió á los resultados de las batallas de la Coruña, Talavera y Salamanca, tan estériles como hemos visto? ¿No influiría más en la opinión general del pueblo francés el espectáculo de una nación toda levantada en armas y cuyos habitantes no mostraban al invasor más que semblantes torbos, siempre amenazadores, el hierro que había de herirle en vez de la mano, y sepulcros por hospedaje, aquel pelear de todos los días y de todas las horas con hombres impalpables pero que mataban, y con ejércitos que, al mes de aventados y destruídos, volvían de nuevo á su vista, dispuestos á combatirlo y rechazarlo?

Y ¿qué es eso sino el resultado de una opinión unánime y de la resolución inquebrantable de sostenerla con las armas y la fuerza que dan la razón y la justicia en contienda tan santa?

Esa es, en efecto, la causa primera determinante del éxito alcanza-

do por los españoles; sigue á ella en influjo la guerra de Rusia y, después la intervención inglesa, más eficaz que por la fuerza de sus armas, por la moral que daba á España una potencia invulnerable en su seno y cuyas flotas mantenían libre nuestra comunicación con América y las Filipinas.

La victoria de las armas aliadas para sacar á salvo la independencia de España y Portugal acabó por ser completa, tan decisiva como brillante.

Siete años duró la lucha, y ninguna se ha visto más encarnizada en los tiempos modernos, llegando al de 500,000 el número de los imperiales muertos en ella, según Lemiére, Proudhon, y otros de sus compatriotas, por el recuento, sin duda, de los que cruzaron la frontera en Irún, Roncesvalles, Canfranc y la Junquera.

Ese cálculo da lugar á otro del mayor interés, elocuentísimo en nuestro propósito de esta noche: el de los franceses que perecieron á manos de los españoles, y el de los inutilizados por las tropas británicas. No fatigaré vuestra atención con detalles, siempre enojosos en estudios de la índole del presente, con la exposición de las bajas causadas por el ejército aliado en cada una de las batallas reñidas con el enemigo; sumandos que nos darían el total deseado; no: con dároslo en una sola cifra, obtendréis cuanto vosotros y yo podemos necesitar en nuestras recíprocas observaciones. Porque, al saber que esa cifra total no pasa de la de 80,000 hombres entre muertos en los combates y á consecuencia de ellos, y entre los prisioneros é inutilizados temporalmente para la guerra, vendréis en conocimiento de los muertos é inutilizados por los españoles y de la diferencia también entre la acción de unos y otros en esa parte, ya que no esencial, muy interesante en nuestro patriótico objeto. Ya que no pretenda atribuir al número, tan sólo, de las bajas causadas á los franceses en área tan vasta, el éxito de aquella guerra, tampoco he de renunciar á tomarlo como un dato más, no del todo baladí, en mi concepto, é insignificante para la resolución de problema tan complejo y trascendental.

Y ¿quién mató ese número enorme de franceses? «La Justicia de Dios brotando en ira,» como diría un gran poeta de este Ateneo, y la de un pueblo ofendido en los sentimientos más hondamente arraigados en el corazón humano: los de la religión, la patria y la familia, los del orgullo de raza, de la dignidad personal, de la arrogancia ingénita en los españoles, justificados por una historia de las más envidiables de Europa.

Vulnerados esos sentimientos de la manera y en la forma groseras que lo habían sido, clamaban venganza; y, no pudiéndola satisfacer nuestros padres por el camino de las grandes batallas, que le habían interceptado la ignorancia, más aún, la torpeza de sus gobernantes y la perfidia de los que se decían sus aliados y protectores, tomó el de todo espíritu animoso herido y desarmado, herido por la espalda, sin otro escudo que su corazón y sin más armas que el honor y el temor de perderlo. El que se sintió fuerte, sin distinción de edad ni estado, empuñó las primeras que pudo haber á la mano, blandiéndolas en las esquilmadas filas del ejército ó en las guerrillas según su educación, sus aficiones ó necesidades; el anciano, sin desalentarse por sus achaques, utilizó su experiencia aconsejando á la juventud los medios más eficaces para ofender; el sacerdote, su influjo, entonces omnipotente, para comunicar su ardor con las predicaciones más conmovedoras; y la mujer puso en juego todas sus pasiones y sus artes para dar noticias á sus allegados, desorientar al enemigo y sacrificarlo. Á impulso de tantas y tan diversas y activas fuerzas, ejercitadas, lo mismo que en el campo de batalla y en las ciudades y plazas de guerra, en las montañas, sus rocas y desfiladeros, en los caminos y los palacios ó chozas, alojamiento del invasor, éste se encontró muy pronto diezmado, con el desaliento en su ánimo y la flaqueza en sus fuerzas, sin descanso jamás para el espíritu y el cuerpo. Y la guerra de España se hizo tan aterradora para el soldado francés, y tan impopular en el seno de sus familias, ausentes y todo, que llegó á hacerse su cesación arma, en Francia, tan general como temible para el Imperio.

Dice Duvérine en su ya citado *Ensayo histórico*: «En 1812 cambió el aspecto de la guerra, y los franceses se hallaron reducidos poco á poco á la defensiva hasta el momento de evacuar por completo el territorio español. Uno de los obstáculos verdaderamente invencibles que se opusieron al poder de Napoleón, fué la guerra llamada *de guerrillas*, que no consentía reposo alguno á las tropas francesas é interceptaba de continuo los convoyes y las comunicaciones. Francisco Espoz y Mina, Juan Díez Porlier, Juan Martín Díaz (conocido por *el Empecinado*), fueron los jefes más importantes de aquellos cuerpos francos que, en toda la extensión de la Península, hicieron perder á los franceses más soldados que las grandes batallas. En vano daban y ganaban batallas; en vano ocupaban sus tropas las plazas fuertes: la rebelión se sostenía en todas partes. Si fuerzas considerables se dirigían á un lado, por otro, menos guarnecido de tropas, se sublevaba de nuevo el país: tal diferencia hay

entre una guerra emprendida por intereses políticos y una verdaderamente nacional.»

Es muy extraño que Duvérine no tome aquí en cuenta la cooperación inglesa. Extraño en el sentido de no considerarla como factor importante para el éxito de la guerra, tratándola, por el contrario, como habréis observado antes y observarán principalmente los lectores de su obra, con un desdén que da á conocer la poca importancia que la concede. Pero allá va un voto de excepción, el del mismo Emperador, que no se cansaba de repetir más tarde: «Los españoles desdeñaron el interés para no ocuparse sino de la injuria; se indignaron á la idea de la ofensa, se sublevaron á la vista de la fuerza, y todos corrieron á las armas. Los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor. Nada tengo que decir á eso sino que han triunfado....» Para los ingleses, en su cooperación, no ha hallado Napoleon otra frase que la avalore sino la siguiente: «Esa combinación (la de la guerra de España) me ha perdido. Todas las circunstancias de mis desastres vienen á enlazarse con ese nudo fatal: ha destruído mi moralidad en Europa, complicado mis dificultades y *abierto una escuela á los soldados ingleses. Yo soy quién ha formado el ejército inglés en la Península.*»

Si no temiera cansar vuestra atención, aun os ofrecería testimonios, tan elocuentes como ese, de historiadores autorizadísimos, de generales, sobre todo, que como Kellermann, Hugo, Lannes y otros muchos, pudieron fundar su opinión en la experiencia de aquella guerra; pero me satisfaré con el recuerdo de una polémica en que se nos hizo también justicia de una manera verdaderamente caballerosa. Mr. Martin, coronel de un regimiento de coraceros de la Guardia en el segundo Imperio, insertó hacia fines de 1861, en el *Spectateur Militaire* unos artículos sobre los voluntarios ingleses, organizados por entonces, en que, para demostrar la corta utilidad que ofrecerían para la defensa de la Gran Bretaña, sacaba á plaza nuestros guerrilleros, y haciendo suyas las temerarias apreciaciones de Napier, atribuía también á las tropas inglesas y sólo á ellas el éxito de la guerra de la Independencia.

Encargado yo de contestarle en *La Asamblea del Ejército y de la Armada*, le hice, por primer argumento, observar que, «dicho aquello por un francés, que no veía más que guerrilleros en las tropas españolas, equivalía á confesar que 50,000 ingleses (número que Mr. Martin concedía, aun siendo en realidad muy inferior) vencieron y obligaron á repasar el Pirineo á más de medio millón de hombres de los ejércitos imperiales.»

¿Sabéis lo que contestó el coronel Martin después de cambiar la frase de Napier por la de que «A las tropas regulares de la Inglaterra y de España, para quienes las guerrillas no fueron sino auxiliares insignificantes, hay que atribuir la gloria de la independencia de la Península?» Pues oid: «Los ejércitos franceses fracasaron en la Península, á pesar del valor y las virtudes militares de que dieron tantas pruebas, porque los triunfos de los ejércitos son efímeros, y la opinión pública en definitiva alcanza siempre la última victoria. «Ya lo hemos dicho,—añadía el distinguido coronel:—no es ante las guerrillas ante las que tuvieron los franceses que repasar los Pirineos. Y ahora añadiremos: no es tampoco ante los ejércitos de España, ni ante los 50,000 ingleses de Wellington, por grandes que hayan podido ser la constancia de los unos y la habilidad de los otros: el ejército francés tuvo que retroceder ante la injusticia de su empresa; cedió ante un poder superior á todos los ejércitos del mundo, el poder del derecho. Y debía fatalmente suceder así, porque la independencia de un pueblo luchando contra el yugo extranjero no será jamás sino cuestión de tiempo; que hay una moralidad necesaria en las luchas de esa naturaleza, y, como de la opinión pública, la victoria deber ser del más justo.»

Y ahora me diréis, Señores: «¿Qué hubiera sido de España si Napoleón, antes de engolfarse en las estepas moscovitas, acudiera en persona á sofocar con todas sus fuerzas una sublevación, que desde los primeros momentos se presentó tan general como decidida?»

Os diré con toda sinceridad: los ejércitos, lo mismo los ingleses que los españoles, se hubieran como evaporado á su presencia, sin fuerza para resistir el huracán que los impelería á las plazas del litoral; habría ocupado las más importantes y cuantas localidades representaran riqueza, administración, estado social y político; y, entre ellas, Lisboa, que no reúne condiciones de defensa contra un sitio en regla. Cádiz hubiera podido resistir por su situación especial y su topografía, acumulando allí los medios que le ofreciera la Nación y los que sus aliados se apresurarían á suministrarle, principalmente por el mar. Y eso bastaba, porque el país habría extremado sus esfuerzos, manteniéndose levantado en armas, cortando las comunicaciones, atacando los convoyes y los puestos débilmente fortificados, y negando sus frutos y sumisión y piedad al invasor; haciendo, en una palabra, imposible la ocupación tranquila que exige la conquista si ha de ser sólida y eficaz. ¡Cuestión de tiempo! como acabáis de oír en el elocuente escrito del coronel Martin

Los sacrificios habrían sido de todo género, infinitos y cruentos; pero ahí está la historia, que no necesito recordaros, de nuestra patria, para comprender en qué número y de qué naturaleza los ha sabido hacer siempre que se le ha provocado á ello.

Sin acudir á sus páginas, apelad, Señores, á vuestra conciencia, y veréis cómo brota de ella la idea generosa del desapropio de los españoles, de su abnegación, del orgullo, mejor dicho, de la vanidad, que constituyen su carácter. Registrad los pliegues más apretados de vuestro corazón, y hallaréis en la savia amarga que en ellos se esconde la ira patriótica que, como de los de nuestros padres, arrancará de vuestros labios su noble y tremebundo grito de *¡Guerra y venganza!*





IN VERITATE
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU
BIBLIOTECA
GIL MUNILLA

FERNANDO VII EN VALENÇAY.

FERNANDO VII

EN

VALENCAY.

TENTATIVAS

ENCAMINADAS Á PROCURAR SU LIBERTAD,

POR

DON JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE,

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.



MADRID:

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ,

San Miguel, 23, bajo.

1880.

FERNANDO VII

VALLINCY

ESTADO

DE LOS REYES CATOLICOS

DOY JOSE ANTONIO DE ARTEAGA

DE LOS REYES CATOLICOS

MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE LOS REYES

DE LOS REYES CATOLICOS

FERNANDO VII EN VALENÇAY.

TENTATIVAS ENCAMINADAS Á PROCURAR SU LIBERTAD.

I.

“¿Y sufrireis, valientes españoles,
“Podrá vuestro tiernísimo cariño
“Consentir que su príncipe Fernando,
“Su estimado Fernando, esté cautivo?
“No; ya creo escuchar: *Ea, corramos;*
“*Volemos todos para darle auxilio,*
“*Y de la esclavitud á libertarle,*
“*Puesto que por vosotros la ha sufrido:*
“Vamos, pues, de tropel.....”

(D. F. S. Filobasilio en la EPÍSTOLA
HEROIDA DE FERNANDO VII.)

Así se escribía, y esos eran los sentimientos que expresaban los españoles en 1808, época de un entusiasmo superior, en mucho, al de los tiempos antiguos de la nacionalidad ibérica, en que, sin embargo, llegó ésta á excitar la admiración de sus enemigos por el valor brillante, la constancia incansable y la sublime abnegación de nuestros predecesores.

Y es que ahora, á un igual patriotismo, pues que se veía

del mismo modo amenazada la independencia nacional, se unian el fuego de la religion, ardiendo apénas en el politeismo helador de la antigüedad, y el arraigado y hondo sentimiento monárquico envuelto en sus llamas desde que altar y trono habian corrido una suerte, y, juntos á la vez, alcanzado el triunfo en ocho siglos de lucha tan gloriosa como sangrienta.

A la discordia ibérica, á aquella falta de union de las tribus que se repartian el territorio de la Península sin saberlo defender del disciplinado adversario que lo habia invadido, tan diligente como sábio y tan tenaz como previsor, sustituyó la España de 1808 la unidad de miras más perfecta; y, si bien hubo de apelar á la fuerza del personalismo, carácter inalterable de nuestra raza, tan nocivo en ocasiones como útil y fructuoso en otras, se valió tan enérgica y hábilmente de él, que, en tan grave conflicto, sacó incólumes, por fin, honor y religion, libertad, pátria y monarca.

En el desórden, además, de las pasiones populares, excitadas por la conducta falaz del enemigo y el peligro que corrian objetos tan caros; en el caos que verdaderamente producian la ignorancia de los más, sin otro guía que sus impulsos patrióticos respirando venganza, ambiente sólo de sangre y de violencias, y el escepticismo de no pocos, tan recelosos de la explosion ruidosísima que los aturdia como de la glacial habilidad del terrible invasor ante quien veian postrarse temblorosa la Europa toda, no faltaron hombres bastante serenos para calcular el fruto que podria sacarse de aquel entusiasmo contra un adversario empeñado en tan distantes y desproporcionadas empresas. Y entre esos hombres pensadores que, por la historia del pueblo español, comprendian el alcance de sus esfuerzos, si se le dirigia con acierto, surgieron algunos que emplearon su valor y sus talentos en deshacer, ora con la astucia, ora con la espada, el encanto que rodeaba al coloso, su encarnizado enemigo.

El Bruch y Valencia, Bailén y Zaragoza vinieron á darles la razon con una elocuencia que produjo asombro general, una verdadera estupefaccion. Un ejército reducido, puede decirse que á la nada, léjos de la pátria su parte más florida, en Portugal y Dinamarca, y un pueblo que se creia sumido en

la abyeccion más honda, se atreven á arrostrar la fuerza, hasta entónces incontrastable, de las primeras tropas del mundo, la resisten y vencen; y el astuto político é insigne capitán, el grande Napoleon, vé por primera vez, en su larga carrera de victorias, defraudados sus cálculos de ambicion, y sus armas empañadas por el vencimiento.

Nuestros lectores recordarán, de seguro, la venganza que de sus primeras derrotas tomó el Emperador en la segunda campaña de 1808, que, sin confiar en sus tenientes, hubo de dirigir personalmente, así como las varias y más importantes peripecias de una lucha que, por lo encarnizada y larga, se hizo excepcional entre todas las napoleónicas. Conservarán tambien en su memoria las artes por él usadas para poner al alcance de su autoridad la familia real española, dispersándola despues, á fin de, con la discordia, tenerla bajo su vigilancia tan desarmada como dividida. Lo que es posible que ignoren es alguna de las varias tentativas que se pusieron en vía de ejecucion para arrancar á Fernando VII de su cárcel de Valençay, á que habia sido relegado en Mayo de 1808 tras las abdicaciones forzosas de Bayona.

Al referirse á asunto, por tan diversos conceptos interesante, es raro el que saque á plaza otro proyecto que el frustrado del coronel Kolli, la relacion de cuyas desventuras en las Memorias que dió á luz en 1823, por lo gráfico de las descripciones y el sentimiento que despierta en el ánimo de quien las lee ó escucha, hace pensar si la conoceria Silvio Pellico al escribir su libro admirable de «*Y miei prigionieri.*»

No fué aquella, sin embargo, la primera ni la última de las tentativas planteadas con el exclusivo objeto de devolver á la pátria la persona de su desgraciado monarca: otras tuvieron un principio de ejecucion que se vió interrumpida ó fracasó por accidentes tan extraños, casos tan raros y fatales, que casi, casi, hacen creer en altos é indiscutibles decretos para que los sucesos llevasen la marcha que más pudiera convenir á los resultados verdaderamente providenciales que dieron.

La presentacion de dos de esos proyectos es lo que nos proponemos en el presente escrito, cuya memoria y cuyas pruebas permanecian guardadas en el interesantísimo archivo

del duque de Zaragoza, nuestro generoso amigo, el más completo que exista respecto á documentos que puedan importar al renombre de su insigne fundador y á la historia de los admirables sitios que, al principiar el siglo, sufrió la heróica ciudad del Ebro.

Si nieblas hay en la historia pátria, no es de las ménos densas la que encubre la estancia del tan *deseado* monarca en Valençay, que, para los aficionados á lecturas apasionadas y de efecto, tuvo, despues de algun tiempo, más de voluntaria que de forzosa. Napoleon fué el primero en crear esa idea con hacer públicos los partes y las cartas, de invencion exclusiva de sus satélites, en la, desde entónces más que nunca, célebre residencia del antiguo obispo de Autun, príncipe ya de Benevento. Los enemigos políticos de Fernando extendieron despues esa opinion, ahogando con su intencionada incredulidad las declaraciones del verdadero baron Kolli, á quien todo el mundo vió en Madrid, si atendido por el soberano, más considerado aún por el representante inglés, su mejor fiador.

Esa y otras cuestiones, á ella referentes, serán, además, objeto de este escrito, en que procuraremos tambien demostrar que, si no por su belleza, los versos que lo encabezan son dignos por su sentido del recuerdo que de ellos hacemos, y aún de pasar á la posteridad más remota, como muestra del espíritu de aquella época, por mil conceptos memorable.

II.

Desde ántes de cruzar el Bidasoa Fernando VII, dieron los españoles pruebas de la repugnancia con que le veian ponerse á la merced de hombre cual Napoleon, artificioso hasta lo sumo y devorado por ambiciones para cuya satisfaccion no reconocia freno de ninguna clase, moral ni práctica. Si en Madrid no, porque la falacia de Murat y de Sabary

tenia á todos fascinados ó llenos de temor, en Vitoria y en Irun se intentó, ¿qué decimos? se comenzó á ejecutar el proyecto de, á mano armada ó apelando á la fuga, impedir un paso, en concepto de los más, indigno de la magestad del monarca castellano. En Vitoria, el pueblo llegó á cortar los tirantes del coche en que iba á partir el rey; y en Irun se tenia preparado un barco para trasladarle á un puerto español libre de la presencia de las tropas francesas y de sus coacciones, por consiguiente, y de su influjo. Pero los torpes consejeros del inexperto príncipe lo decidieron á dejar la tierra natal, que no habia de volver á ver hasta despues de seis años de estrecho y bochornoso encierro.

No hacia dos horas que la habia abandonado, y el encuentro, harto tardío, de dos de sus cortesanos que le salieron al camino, le ponía de manifiesto su falta de experiencia, la inepticia de los de su séquito y el amor y la cordura de su pueblo. Se veia cogido en un lazo que, al llegar en Bayona á la presencia de Napoleon, comprendió le ahogaria, de ponerse á la obra, por otro lado hercúlea, de romperlo.

«Príncipe, es necesario optar entre la cesion y la muerte;» le dijo el César, árbitro ya de sus destinos; y D. Fernando, léjos de su pueblo, abandonado, peor aún, con el anatema de sus padres, no vió salvacion posible sino en la resignacion ó el disimulo.

Erale verdaderamente fácil este último recurso, por carácter y por educacion.

Receloso ya de por sí y retraido; con el apartamiento en que se le tenia de los negocios públicos y hasta del cariño de sus padres; sospechando no haber sido natural la desgracia, reciente aún, de su esposa la princesa Antonia, y viéndose rebajado ante la figura, entónces descollante, del favorito, objeto, así como del ódio, de la adulacion de casi todos, altos y bajos, ¿qué de extraño se enseñorearan de Fernando la astucia, el disimulo y aquella frialdad de corazon de que tanto se le acusa? Si toda la historia de aquel monarca rebosa de actos en que se muestran estas condiciones suyas, tambien podrian ponerse de manifiesto causas y causas que las provocaran, y habria mucho que discutir para echar la culpa

sobre los que la mereciesen; sobre el rey, si obedecía á su índole, ó sobre los que pudieron obligarle á dejarse llevar de ella.

La educacion vino despues á completar la obra de la naturaleza. Sus ayos y maestros, lo mismo que cuantos le rodeaban, llevados por sus deberes ó atraídos á su lado por ser, despues de todo, un sol que, más tarde ó más temprano, habia de entrar en la órbita que le marcaban su nacimiento y sus destinos, sufrían, como él, de los desdenes de la fortuna; y en sus lecciones y en su conducta le mostraban sólo caminos de ódio y de rencores, enseñándole, sin embargo, á ocultarlos á sus enemigos con las sombras de una hipocresía, disculpada por su situacion verdaderamente excepcional. No brillaban, además, por sus talentos y dejábanse arrastrar de sus pasiones, que aparecerian mezquinas al disfrazarse con un disimulo que ellos llamaban prudencia y resultaba falacia que habria de comunicarse á su egregio discípulo.

La educacion, pues, y la índole se unieron para formar á Fernando VII, cuya debilidad de carácter, ántes y despues de reinar, bien manifiesta, así en la causa del Escorial como en la entrega de la espada de Francisco I, no halló compensacion en condiciones de dulzura y espontaneidad que, ya que no un soberano capaz de regenerar la nacion, lo hiciese padre afectuoso y anhelante por la felicidad de sus vasallos.

Tenia espíritu de justicia que reveló en los períodos, por desgracia, breves, de plena libertad para ejercerla; la menor contrariedad le llevaba, sin embargo, al despotismo ó á la abyeccion, extremos que, segun las circunstancias, se explican por esa debilidad que acabamos de atribuirle y que hace tambien comprender el disimulo á que se creia obligado si habia de eludir, lo mismo que ántes el ódio y las intrigas de sus enemigos de la córte, las ambiciones, despues, y las severidades de Napoleon. Las cartas que éste cometió la indignidad de publicar al ver que le era negada por la suerte la conquista de la Península, ¿qué son sino apelacion de la fuerza que se hacia al jóven príncipe en el Escorial y en Bayona? Siendo ineficaz la resistencia, apeló D. Fernando al disimulo, á lo que hombres, despues, sin temor á compromisos ni peli-

gro alguno pudieron calificar muy cómodamente de cobarde resignacion.

El pueblo español contestó, sin embargo, al desvío de los padres del que tomó por su ídolo, á las persecuciones del privado y á los manejos de los partidos con un amor de que muy pocos monarcas han sido objeto, amor que le impidió ver los defectos de D. Fernando, y todo para, vengándole, vengarse á sí mismo de su propia humillacion.

Fué con la familia real á Francia D. José de Palafóx y Melcy, un exento de guardias, adicto acaloradísimo de Fernando, que habiendo tomado alguna parte en la revolucion de Aranjuez, con el tio Pedro quizás, su íntimo amigo el célebre conde del Montijo, fué, despues, de los que con el marqués de Castelar estuvo encargado de la custodia de Godoy en el castillo de Villaviciosa de Odon. No bien comprendió lo triste y difícil de la situacion en que habian colocado á su rey la inexperiencia propia y los consejos de sus más próximos servidores, se lanzó á discurrir caminos y á buscar recursos con que sacarle de ella. El de la fuga, desechado pocos dias ántes, fué el único que encontró; y se dedicó á procurárselo por sí y por sus amigos y compañeros con más actividad y celo, á lo visto, que sigilo y prudencia.

Oigámosle en una biografía suya inédita, cuyo autógrafo se nos ha proporcionado, produccion indubitable de su ingenio, así por la letra, que es bien conocida, como por el estilo que le caracterizaba:

«Quando S. M., dice, fué llevado á Bayona, marchó á
»Irun acompañado del conde de Belveder y negoció con su
»hermano D. Francisco, con el cónsul actual de Bayona
»Iparraguirre y con otros la libertad de S. M., disponiendo
»para ello paradas de caballos y gente desde las fronteras por
»la parte de Vera, Zumbilla, etc., en la direccion de Aragon
»hasta Zaragoza; y habiendo sido descubierto por Napoleon,
»fué buscado en Irun y perseguido por brigadas de gendar-
»mes que en todas direcciones por aquellos montes salieron
»á su alcance, cuya vigilancia supo burlar disfrazado atrave-
»sando sólo por medio de las tropas francesas que habia en
»Navarra, andando de noche sin guia ni conocimiento de

»caminos, siempre disfrazado, ayudado únicamente de la
 »fidelidad de los dignos párrocos de varios lugares y de otros
 »honrados vecinos que encontraba y á quienes interesaba
 »con solo el relato de la traicion y perfidia que Napoleon
 »estaba cometiendo en Bayona: al atravesar el camino real
 »de Pamplona y á cuatro leguas no más de esta plaza, ya
 »ocupada por los franceses, fué sorprendido por un destaca-
 »mento bastante numeroso de caballería francesa á la sazón
 »que estaba informándose de un pobre anciano de la direc-
 »cion que podria tomar para el primer pueblo de Aragon, y
 »creyó entónces tocar á su última ruina porque como los
 »gendarmes le venian al alcance y tenia que detenerse mien-
 »tras pasaba aquella tropa, era más que probable que le al-
 »canzasen; pero quiso Dios que aquel buen anciano le sal-
 »vara haciéndole pasar por medio de un barranco y aprove-
 »char un claro que la columna formaba entre dos escuadro-
 »nes y dirigiéndole por una vereda extraviada le puso en
 »salvo, habiendo logrado tomar tan buena direccion, que sin
 »tropezar llegó á un pueblo de Aragon donde ya acabaron
 »sus sustos y compromisos.»

Puesto el rey en marcha para Valençay, aún se proyectó en Burdeos proporcionarle la fuga; pero la imprevision de los comerciantes encargados de fletar el buque donde habria de verificarse la hizo imposible, y hubo D. Fernando de continuar su viaje al histórico castillo, poco ántes adquirido por Talleyrand precisamente con dinero español, con el que dicen le habia Godoy enviado para hacerse perdonar su imprudente proclama de 6 de Setiembre de 1806.

Calificáronlo algunos de sus nuevos moradores de verdadero presidio; tan sombría era su fábrica, tan miserable el pueblo en que se levanta y tan árido y triste el campo que lo rodea. Hasta los habitantes les parecieron záfios, y feas y sucias las mujeres; exceptuando, sin embargo, la *castellana*, dama tan discreta y traviesa como linda, y las *damiselas* de que se les presentó rodeada, bando de inocentes palomas á los ojos de la juventud inexperta, y cebo que se arrojaba para descrédito y perdicion de nuestros príncipes, bastante precavidos, con todo, para no morderlo.

Pero se obedecia á un plan verdaderamente diabólico, ya fuera dirigido á matar los fueros de independenciam y los deseos de libertad en los egregios prisioneros, ya á corromperlos y mostrarlos luego al mundo indignos del amor y de las esperanzas de los españoles; y no se perdió ocasion de conseguirlo hasta convencerse los proyectistas y sus instrumentos ó cómplices de que era inútil su porfiada tarea de engaño y difamacion.

Se hicieron ir maestros de baile y de música, alguno de los cuales resultó ser un espía, todo para que, con pretexto de formar parejas, fueran dos de aquellas señoritas á las habitaciones de los príncipes; y se dispuso un teatro donde se representasen piezas francesas y españolas. A lo primero se ocurrió haciendo bailar á dos de la servidumbre real con don Fernando y D. Cárlos; y á lo segundo con una negativa rotunda que dejó desconcertados á los inventores de tales far-sas. Y no debe chocar aquel primer expediente, pero sí el que no se acudiese á él para evitar cualquier desaire en lo de las comedias españolas, porque tenemos á la vista una carta autógrafa de la princesa, primera mujer de Fernando VII, en que se ponen de manifiesto las aficiones en ese punto y los medios usados para satisfacerlas en la córte de España. Fué escrita en Aranjuez el 18 de Febrero de 1804 á una dama en el mismo idioma italiano y la ortografía con que la trasladamos á este escrito para dar más carácter al de su ilustre autora. Dice así en uno de sus interesantísimos párrafos: «Mi
»figuro secondo la vostra descrizione che il Carnevale a Car-
»tagena sia stato molto divertito dicono che a Madrid da mol-
»te anni non se sí era visto un simile tanti balli che si sono
»stati ma questo per me e lo stesso che niente giaché il nos-
»tro Carnevale e stato molto triste per tutto divertimento i
»d'ultimi giorni fussimo al quarto dell' Infante D. Cárlo a
»vedere una comedia rappresentata dalle sue genti figuratevi
»a me che sono abituata a vedere cose buone su veri teatri
»che mi parvero queste comedie ed un baletto che gli uomini
»facevano da donne cosa molto freda... etc.»

La carta ofrece interés más vivo despues bajo el punto de vista de la vigilancia que, sin duda, se observaba en la córte

respecto á la princesa, regularmente por razon de la amistad, que se ha hecho histórica, de su familia con Inglaterra; pero refiriéndose á asuntos ajenos al presente escrito, hemos creido no deberla transcribir íntegra reservándola para otra ocasion más oportuna.

No es del caso tampoco, ni conduce á resultado alguno, el recordar ahora la vida que hacian los ilustres prisioneros en Valençay. La única libertad que disfrutaban era la de pasear por el parque del castillo y unos bosques próximos, pero siempre acompañados del duque de Benevento, ó del gobernador, personaje que sólo tiene parecido con aquel sir Hudson Lowe señalado por la Providencia para vengar á Fernando VII de la perfidia y crueldad de su apresador y tirano. Cualquiera comprenderá con ese dato y el conocimiento de la localidad, alguna de cuyas condiciones, la de su poblacion, hemos apuntado, la monotonía y tristeza de una existencia en que no cabian más excitaciones, para distraerla, que las de las noticias que subrepticamente pudieran recibirse de los acontecimientos que, cada dia más asombrosos, se sucedian en la patria. Pero llegaban tan rara vez y, aún entónces, tan desfiguradas, bien para que pasasen entre carceleros tan vigilantes, bien por la dificultad de interpretarlas en las siempre variadas formas en que habia necesidad de trasmitirlas, que sólo mucho despues de recibidas y comparándolas con las que allí se les daba, era posible juzgarlas en toda su verdad y proporciones.

Alguna visita, disfrazada con dirigirse á los de Benevento, recibieron los príncipes al poco tiempo de su arribo á Valençay; y la más importante, sin duda, fué la de la mujer y la cuñada del general Bellegarde, el *áulico* austriaco negociador del armisticio de Leoben.

En sus simpatías por D. Fernando ó en su inclinacion á la causa española, ocurrió á aquellas señoras la idea de proporcionar la fuga al rey, y se la propusieron al marqués de Ayerbe, que por ausencia del duque de San Carlos desempeñaba entónces las funciones de mayordomo mayor; pero ¿cómo admitir oferta que presentaba caracteres tan marcados de impremeditada y temeraria? «Temiendo que me quisieran vender, decia el marqués á un su amigo en carta que despues vió la

luz pública, no admití el partido.» É hizo perfectamente, porque ninguna garantía podían ofrecerle unas damas cuyo origen y conexiones eran más que suficiente motivo para ser espías, si, con efecto, iban de buena fé en su generosa resolución.

De modo que á los tres meses de los gravísimos sucesos de Bayona, decisivos para la suerte de la monarquía española y la de su representante legítimo en la dinastía borbónica, eran ya cinco las ocasiones en que se habia ideado la en algunas, si no en todas, difícilísima empresa de arrancarle de las garras de Napoleon, sin que llegara á intentarse por considerarla, á veces, inmotivada y, á veces, impracticable.

En la época de la última de esas ocasiones se recibió en Valençay la noticia de la campaña, gloriosísima para los españoles, de Bailén, y de la retirada subsiguiente de los ejércitos invasores á la margen izquierda del Ebro, con el Intruso y su córte de franceses y afrancesados á la cabeza.

Cuando D. Fernando tuvo aquellas noticias, prorumpió, al decir del marqués, ántes citado, de Ayerbe, en aquel texto de David: *Pater meus et Mater mea dereliquerunt me, Dominus autem asumpsit me*, que se le oyó repetir por muchos dias. Y ese fué su único desahogo, porque la vigilancia de Benevento le hacia temer cualquier atropello, de hallarle enterado y regocijándose de los sucesos de España, tan favorables á su causa. Nunca era más necesario el disimulo; y no desmintió Fernando VII en aquella ocasion la fama que ya habia empezado á llevar de usarlo hábilmente y que su madre fué la primera en esparcir por el mundo. Lo llevó á punto que el mismo Benevento, y con eso está dicho todo, le disculpó ante Napoleon que le acusaba de procurar su evasion de Valençay, alabando la dulzura y conformidad suya y de los Infantes, la facilidad con que se prestaban á cuanto se les proponia, el cuidado por que nadie de su comitiva se alejase del castillo, la bondad de su carácter y la solidez de sus principios. Hasta llegó D. Fernando á escribir á Napoleon suplicándole se pasara por Valençay para tener el gusto de verle; mas negóse á ello el nuevo César disculpándose con la precipitacion del viaje, prosiguiéndolo á París desde Nantes, donde habia tenido la conferencia con Talleyrand.

Si todavía se necesitaran más pruebas del esmero que se ponía en no provocar las iras de Napoleon, de quien, después de la tragedia del duque de Enghien, se temía cualquier atentado, y de cómo se procuraba apartar toda sospecha de connivencia con los españoles en los esfuerzos que hacían éstos para sacudir el yugo odioso que quería imponérselos, nos las suministraría este otro párrafo del escrito, tantas veces citado ya, del marqués de Ayerbe, que demuestra, á la vez, la profunda reserva que se habían impuesto, lo mismo que los regios huéspedes de Valençay, los servidores suyos de todas categorías. «Estaba mandado, dice, que nadie hablase de las cosas de la Península, ni manifestase vivos deseos de volver á ella, y eran tales el cuidado en ocultar las cartas y noticias que se recibían, y la union y conformidad de ideas de toda la comitiva, que á pesar del continuo roce con la familia de Benevento, se guardó siempre el secreto más profundo. Así es que sin huir de los franceses huíamos de su confianza, y persuadidos de que estábamos rodeados de espías, nos recelábamos de todos sin aparentar recelos. Negábamos las noticias que sabíamos, y para deslumbrarlos más los acosábamos con preguntas sobre el estado de los asuntos de España. Lo que hay más de admirar es la conducta que observaron hasta los lacayos y cocineros, pues en diez meses no hubo una borrachera, una riña, un altercado, ni una queja de ningun individuo español de la comitiva.»

Y aquí realmente empieza la historia que nos hemos propuesto revelar, de dos proyectos formados en España para sacar á Fernando VII de su prision, proyectos envueltos hasta ahora en el más hondo misterio.

Mejor que nuestras noticias los pondrán en claro los notables documentos archivados, según ya hemos dicho, en la riquísima colección que conserva el duque de Zaragoza, legadosle por su insigne padre que tuvo la fortuna de, importándole tanto, hallar quien se los guardara por todo el tiempo de su largo cautiverio, ocultos á la vista, aunque muy al alcance de los enemigos de su gloria.

III.

Cuando, derrotado el ejército español de Reserva en los campos de Tudela, se veía á los franceses asomar á las puertas de Zaragoza para ponerla sitio por segunda vez, y á la division Gazan, aunque vencida frente al Arrabal en el combate del 21 de Diciembre de 1808, estrechar el bloqueo que, como operacion preliminar se habian sus generales propuesto, bajaba por el Ebro una barca que se deslizó, desatendida de los enemigos, en las sombras de la noche.

Del cargamento de aquella barca se formaba, pocos dias despues en tierra, un corto convoy compuesto de tres mulos, encorvados bajo el peso de algunos cajones que, al parecer, debian llevarlo enorme. Dirigíalo un mozo tan ágil y resuelto como la generalidad de los de su oficio en aquella tierra clásica de los arrieros y espolistas, é iba caballero en el mulo de delante uno con todas las apariencias de hombre no hecho á tales trotes ni semejantes cabalgaduras. Lo comun de tales espectáculos en dias como aquellos, de desórden, y cuando se estaba verificando una emigracion numerosa de los pueblos amenazados de la invasion francesa, hicieron pasara inobservado el convoy, cuyo destino nadie hubiera podido ni remotamente presumir, áun conociendo su valiosa carga.

Su marcha no debió ser interrumpida hasta Lérida, al ménos, donde, en vez de seguir el camino trillado de Barcelona ó el de Tarragona, que entónces frecuentaban los alzados en armas por la causa nacional, hubo de tomar el angostísimo y accidentado de Francia por el valle superior del Segre. La gente allí, como toda la de la montaña, es levantisca; habia apellidado guerra desde que pudo descubrir los ambiciosos proyectos de Napoleon y sus traidoras artes,

reveladas en la ocupacion de las fortalezas de Barcelona y Figueras; y con el triunfo repetido del Bruch y los del Ordal y Gerona, héchose orgullosa, exigente y hasta suspicaz y atropelladora. Los mulos llegaron, con todo, á Oliana sin obstáculo alguno; siendo por primera vez detenidos en aquella villa, como nos lo va á decir en estilo cancilleresco y llano el siguiente curioso é importante papel que revela el origen y el destino de aquel misterioso convoy.

Dice así:

«Don Ignacio Martí y Vidal, escribano público por S. M. »(q. D. g.) del Juzgado Real ordinario de la ciudad de Barcelona y su distrito, residente en el dia en la de Urgel. = »Certifico: que entre los papeles de la Junta de Gobierno de »esta dicha ciudad de Urgel, que se me han puesto de manifiesto, se halla original del dia 21 de Enero de 1809, »dirigido á la misma por SS. EE. D. Tomás de Veri y don »Teodoro Reding, con motivo del depósito (que) se expresará, »de una porcion de dinero y otros efectos que conducia el »Oficial Real comisionado D. Ventura de Malibran (Malibran »debe decir), y tambien la factura con el recibo á su continuacion, que firmaron á favor de dicha Junta, en cumplimiento del referido oficio de SS. EE. el Canónigo D. Pedro »Dachs y el Doctor D. José Estany, en la villa de Pons, »tambien originales, siendo á la letra, lo uno despues de lo »otro, como sigue: Enterado de cuanto V. S. me participa »en oficio de 13 de este mes, y hecho ya público el tránsito »de D. Ventura Malibran, cuya comision, por cierta y perentoria que fuese, queda frustrada por la publicidad; de »acuerdo con el Excmo. Sr. D. Tomás de Veri, Vocal y »Representante de la Junta Central Suprema, prevenimos »á V. S. que pasa á esa ciudad el presbítero D. Pedro Dachs, »Canónigo de Guissona, con escolta de tropa para recibir y »conducir á esta plaza los seis cajones de oro y de plata que »conducia Malibran; así como los papeles interceptados á »éste y los demás efectos, sean comestibles ú otros que se »hubiesen ocupado. Los entregará V. S., pues, al referido »Dachs, agregando á la escolta de tropa alguna de paisanos »de confianza, ó bien migueletes, que en su venida le salven

»de toda detencion por los somatenes. D. Ventura Malibran,
 »deteniéndose por ahora en esa ciudad, podrá escribirme sus
 »sucesos é intenciones, como el destino á donde desde *haí*
 »desea dirigirse; y remitiéndome el pliego por mano ó V. S.
 »recibirá por la misma mi contestacion á *cerca* de su marcha,
 »con seguridad de su persona, encargándome yo de dar aviso
 »de la novedad de su detencion á los jefes ó personas que lo
 »*embiaban* y que autorizaron su comision. Todos los papeles,
 »dinero, chocolate y demás efectos, conviene vengan en la
 »misma forma y disposicion que fueron encontrados. Dios
 »guarde á V. S. muchos años. Tarragona 21 de Enero de
 »1809.=Tomás de Veri.=Teodoro Reding.=A la Junta
 »particular de gobierno de Seo de Urgel.=Nota del dinero
 »que el Oficial Real comisionado D. *Bentura* Malibran deja en
 »poder de la Junta de la Seo de Urgel depositado hasta su
 »oportunidad: contenido en seis cajones con *espresion* de las
 »monedas de que se compone. A *saver*:

«CUÑO NUEVO.

» 1.260	onzas de oro en doblo-		
	»nes de oro de á....	80	Rs. vn.
» 137	id. en medias onzas de		
	»oro de á.....	160	rs.
» 329	id. en onzas de id. en		
	»español.....	320	rs.
» 85 ³ / ₈	id. en especie de escu-		
	»dos de.....	40	rs.
» 7 ¹ / ₂	id. en durillos de.....	20	rs.

»Son 1.818 ⁷/₈ onzas de oro en las mo-
 »nedas *espresadas*.
 »6.389 pesos fuertes en plata
 »columnaria.»

«CUÑO VIEJO.

»	46	onzas cortadas antiguas		
		»de valor de.....	320	Rs. vn.
»	2	id. sin cortar.....	id.	id.
»	2	onzas en medias on-		
		»zas de.....	160	rs.
»	52 $\frac{1}{2}$	id. en doblones de....	80	rs.
»	31	id. en escudillos de....	40	rs.
»	192 $\frac{1}{2}$	id. en durillos.....	21 $\frac{1}{4}$	rs.»

«Urgel en Enero 12 de 1809. = Ventura Malibran. = Como
 »comisionados de los Excmos. SS. D. Tomás de *Vera*, re-
 »presentante de la Suprema Junta Central del Reino en este
 »Principado de Cataluña, y D. Teodoro Reding, Capitan y
 »Comandante general de esta provincia, y en vista y debido
 »cumplimiento de esta Ilma. Junta de Gobierno de la ciudad
 »de Urgel, los seis cajones de dinero que dejó en depósito se-
 »guro de esta Santa Iglesia Catedral D. Ventura Malibran, con
 »la cantidad y suma que contiene la factura de moneda que
 »precede firmada por el mismo, de la cual nos damos por en-
 »tregados, seguros de que es la misma en su género, número
 »y especie que quedó depositada en el dicho archivo-catedral
 »de cuatro llaves, de las cuales, dos han tenido dos señores
 »canónigos, y las otras dos dos, individuos locales de esta
 »Ilma. Junta, personas todas cuatro de la mayor graduacion
 »y confianza, segun que así se nos ha manifestado, y por no
 »retardar el despacho de nuestra comision en el recuento mo-
 »lesto de las monedas de dicha factura, y á más, damos por
 »recibidos de cuatro á seis durillos veinteros, que, liados en un
 »papelito, se pusieron en un saco de moneda de plata por el
 »expresado Malibran, dentro de uno de los cajones, por ser
 »partida que traia fuera de ellos; y, por último, hemos recibi-
 »do, y nos damos por entregados de otros tres cajones, los
 »dos forrados de *ule* negro, y otro más pequeño de madera,
 »sin forro, y todos clavados, que contienen chocolate; cuyos

»efectos y dinero forman todo el depósito de Malibran. Y para
»resguardo de dicha Ilma. Junta, que ha procurado tan pronto
»despacharnos, damos á continuacion de la factura original
»este resguardo y *recibo* que firmamos á favor de ella en esta
»hora de las once de la mañana, y dia veintisiete de Enero
»de mil ochocientos y nueve, en esta ciudad de Urgel, ha-
»biendo sacado copia simple de la dicha factura y de este re-
»cibo para nuestro gobierno: todo en cumplimiento de la
»órden de veintiuno del corriente del presente año, dada por
»sus Excelencias. = Pedro Dachs. = Doctor D. José Estany. =
»El Ilmo. Sr. Presidente y Junta de Gobierno de la ciudad y
»partido de Urgel, en vista del pedimento que antecede del
»Oficial Real D. Ventura Malibran, certifica constarle por ru-
»mores y relaciones populares que, con motivo de conducir el
»dicho Oficial Real á la villa de *Puicerdá* para un objeto muy
»interesante al Real servicio cuatro cajones de plata en pesos
»fuertes, dos de oro en varias especies, y tres de chocolate,
»en tres mulos, fué detenido á últimos del mes de Diciembre
»del año próximo pasado, en la villa de Oliana, por la justi-
»cia y Junta de Gobierno de la misma, por sospechas de la
»procedencia del dinero y extraccion *ácia* á la frontera, hasta
»que la Junta corregimental de la ciudad de Cervera, á que
»pertenece dicha villa de Oliana, acordase lo conveniente en
»vista de la representacion que le dirigió: Que habiendo dado
»cuenta de todo la dicha Junta corregimental al Excelentísimo
»señor Capitan General de este Ejército y Principado, el señor
»D. Teodoro Reding, por medio de su comisionado el señor
»D. José Estany, acordó el expresado señor Capitan General,
»en vista de los documentos que le manifestó el referido comi-
»sionado, despues de un maduro exámen, y de acuerdo con
»el Excmo. Sr. D. Tomás Veri, Representante de S. M., la
»Junta Central en este Principado de Cataluña, que no se pu-
»siese el menor embarazo á tan importante comision, y que la
»dicha Junta corregimental interpusiese todos los medios para
»adelantar al Comisionado en su empresa, en atencion á que
»venian corrientes todos los documentos, segun resulta del
»oficio original de fecha 5 de Enero último, que se presentó á
»esta Junta, y de que quedó copia certificada en el archivo:

» Que hallándose comisionado el referido Estany por los Exce-
» lentísimos Señores Representante y Capitan General de este
» Principado, para acompañar al dicho Malibran á la villa de
» Puigcerdá con gente armada, igualmente los caudales que
» conducia, despues de haber sufrido algunos insultos al paso
» por el pueblo de Coll de Nargó, fué detenido tumultuariamen-
» te por el pueblo amotinado en la villa de Orgañá, intentando
» asesinar al referido Malibran, y abrir uno de los cajones de
» moneda que traia, segun se refiere en el oficio original que
» con fecha 9 del pasado Enero dirigió á esta dicha Junta el refe-
» rido comisionado, implorando su auxilio para poder continuar
» su viaje y contener á los pueblos que estaban alborotados:
» Que en su vista y de otro oficio del Excmo. Sr. D. José de
» Palafóx y Melci, Capitan general del reino de Aragon, en
» fecha 20 del pasado Diciembre, que desde Orgañá le acom-
» pañó el citado Comisionado; se acordó que en la mañana del
» 10 del mismo Enero pasase á dicha villa de Orgañá el Capitan
» de este tercio D. Gervasio Fonoll y Mages, vocal de la Junta,
» con 50 migueletes armados para auxiliar al Comisionado y
» Oficial Real, y ponerlos á cubierto de cualquier atropella-
» miento é insulto popular: Que habiendo llegado á esta ciu-
» dad en la tarde del 11 del mismo Enero los referidos comi-
» sionados y Oficial Real con la escolta que queda indicada
» sin haber sufrido el menor insulto en los pueblos de su trán-
» sito desde Orgañá á esta ciudad, sin embargo de hallarse las
» gentes amotinadas, se presentaron uno en pos de otro á esta
» Junta, para informarla del objeto de su comision y de los in-
» sultos que habian sufrido: Que concluida la declaracion que
» se tomó al citado D. Ventura Malibran, dijo: que con mo-
» tivo de la detencion á que se le precisó en la villa de Oliana
» y demás ocurrido en su viaje, recelaba haberse hecho tan
» pública su comision ó, á lo ménos, su direccion con los cau-
» dales á Puigcerdá, que no dudaba habria tambien llegado su
» noticia á la frontera de Francia, y que por lo mismo concep-
» tuaba muy arriesgado el continuar su viaje hasta Puigcerdá
» con los caudales, rogando, en consecuencia, á esta junta tu-
» viese á bien guardar en depósito los referidos caudales, á que
» accedió precediendo un formal recuento, depositándolos en la

»tarde del dia 12 del citado Enero en el archivo capitular de
»esta Santa Iglesia como paraje el más seguro y proporciona-
»do, segun resulta de las actas y acuerdos de esta junta que
»firmó el mismo Malibrán: Que en este estado, en 13 del mis-
»mo Enero, dió esta junta parte de todo lo ocurrido al Exce-
»lentísimo Señor Capitan General de este Ejército y Principa-
»do para su noticia y conocimiento y con fecha del 16 al de
»Aragon, expresando que el caudal quedaba depositado en
»ésta á su disposicion, y que el expresado D. Ventura era en
»concepto de esta Junta digno de su confianza y de todo des-
»empeño. Que con oficio de 21 del citado mes los Excmos. Se-
»ñores D. Tomás de Veri y D. Teodoro Reding previnieron á
»esta Junta que habiéndose hecho público el tránsito del refe-
»rido D. Ventura, cuya comision por cierta y perentoria que
»fuese quedaba frustrada por la publicidad, entregase al pres-
»bítero D. Pedro Dachs, canónigo de Guisona, los seis cajones
»de oro y plata que conducia Malibrán para llevarlos á la plaza
»de Tarragona: Que en debido cumplimiento del expresado
»oficio se hizo formal entrega por esta Junta á las once de la
»mañana de 27 del pasado Enero á los Sres. D. Pedro Dachs
»y D. José Estany, comisionados por sus Excelencias de los
»seis cajones de dinero y tres de chocolate que formaban todo
»el depósito de Malibrán mediante el resguardo correspon-
»diente (que) firmaron á continuacion de la factura original que
»dejó á esta Junta el expresado Malibrán y queda en esta se-
»cretaría. = Y para los fines que puedan convenir al dicho don
»Ventura Malibrán se le libra la presente certificacion firma-
»da por el Ilmo. Señor Presidente y dos vocales y autorizada
»por el infrascrito secretario. En la ciudad de Urgel á 1.º de
»Marzo de 1809. = Francisco, Obispo, Presidente. = Manuel
»Escala, Canónigo. = Gregorio Morelló, Canónigo Magistral.
» = De acuerdo de la Ilma. Junta de Gobierno. = Dr. José
»Marquez, secretario. = Como es de ver de sus originales que
»quedan entre los dichos papeles que se conservan de la ex-
»presada Junta, de que doy fé, á que me remito. En cuyo
»testimonio á pedimento de dicho Sr. D. Ventura de Mali-
»brán, Intendente honorario de Provincia en comision, doy el
»presente en estas cuatro fojas de papel del real sello cuarto

»en la dicha ciudad de Urgel, corregimiento de Puigcerdá, en
 »el Principado de Cataluña á veinte y cuatro dias del mes de
 »Diciembre del año de mil ochocientos y trece=y demás
 »efectos.=Este añadido, y el enmendado: han vale.=El
 »testado por no vale.=En testimonio de verdad.=Ignacio
 Martí y Vidal.»

El manuscrito termina con las palabras siguientes, de letra, indudablemente, del general Palafox y con su rúbrica, bien conocida: «Es copia literal.»

Tal es el precioso documento hasta ahora oculto en el archivo del duque de Zaragoza y que, en medio de su oscuridad, dice tanto del patriotismo de quien llevó el primero ese título glorioso. El que sin antecedente alguno lo lea y sin el conocimiento de las gestiones que nunca dejó el general Palafox de hacer para conseguir la libertad de Fernando VII, no descifrará, de seguro, los conceptos misteriosos que ese papel encierra. Pero discurra sobre la significacion que pueden tener ciertas palabras que haya leído y que habrán excitado su curiosidad; remonte su imaginacion á aquella época y observe, con la memoria de los actos de patriotismo que ejecutaron en ella los españoles, los desvaríos, hasta quijotescos, á que se entregaron, y llegará á comprender que sólo á la empresa caballeresca de recobrar la persona del *deseado* monarca, iba dirigido el Sr. Malibran con la preciosa carga de sus mulos. ¿Qué comision, si no, puede ser esa que el general Reding y el centralista Veri calificaban de muy importante y dirigida á un objeto, que tambien se dice muy interesante, del real servicio? Encaminándose á Francia un agente de Palafox, del que habia tenido que huir de Bayona, sospechado ya de buscar recursos y despues preparar medios para la fuga del rey, ¿á qué iria cargado de oro sino á sobornar las gentes que le custodiaban en Valençay?

La categoría, despues, de Malibran, su clase y destino, hacen improbable su eleccion para instrumento en un objeto criminal, para un atentado contra Napoleon, por ejemplo, ni para producir sublevaciones en Francia, los sólo fines á que pudiera destinarse tan importante suma, si es que, aun así, bastara para ellos.

Hay, pues, que convenir en lo fundado de nuestras presunciones de que Malibran y su convoy fueron enviados por Palafóx con el único objeto de sacar á Fernando VII de su encierro de Valençay.

Se conoce que servia el chocolate para desorientar á las gentes, haciéndolas suponer que los otros dos mulos llevaban carga como la que Malibran les mostraria en primer lugar; y si, como de los del soconusco, se hubiera dado la reseña de los cajones del dinero, es de suponer que ahora sabriamos á qué atenernos en ese punto.

El plan, sin embargo, no podia ser más descabellado; y, al fracasar en España, Malibran se salvó de un trance á todas luces funesto y desastroso. Pensar que tal convoy podia llegar incólume á un centro considerable de poblacion, á Tolosa ó Perpiñan, por ejemplo, donde el Comisionado, segun le llama el manuscrito, pudiera establecer la base de sus intrigas y operaciones, es el mayor de los absurdos. No mucho despues que Malibran, salió de Inglaterra con igual objeto un hombre apasionado de toda clase de aventuras, el coronel Kolli, experto en fingimientos para abrirse paso por entre ciudades extrañas cuajadas de policia y hasta por entre los ejércitos enemigos sin otras armas que el conocimiento de los idiomas y libras esterlinas, el oro inglés á que Napoleon atribuia todos sus reveses. Pero lo primero que hizo fué desembarazarse de todo estorbo y, reducido su tesoro á diamantes, presentarse en todas partes sin bultos ni equipajes que pudieran infundir la menor sospecha. A pesar de tantas precauciones, pagó su temeridad con una prision de cuatro años en la torre de Vincennes, costándole mucho, además, sincerarse con el Gobierno británico que le habia confiado mision tan delicada y peligrosa. Una policia vigilantísima espiaba á cuantos discurrían por Francia sin un objeto para todo el mundo evidente, sin traza alguna de inverosímil ni de doble; y, en vez de esperanzas de éxito, lo que debían abrigar los emprendedores era el convencimiento de que empeorarian la suerte del egregio cautivo. Lo que queria Napoleon eran motivos para hacer más y más estrecha la prision de D. Fernando ó quizás deshacerse de él; y nada podia servir á sus proyectos

mejor que una intentona de fuga de parte de los huéspedes de Talleyrand. Y la prueba está en que se trató de inducirlos á ella por falsos mensajeros, á quienes defraudó en sus artes el receloso y sutil talento del monarca español. Áun así, y ya que no por aquél, se buscó por un camino opuesto, por el de hacer manifiesta al mundo la repugnancia del rey á abandonar ocultamente el lugar de su destierro, el desacreditarle ante su pueblo, atribuyéndola, no á su habilidad, sino á la satisfacción de su estado y al propósito de no volver al trono de sus mayores más que por la voluntad del grande emperador, su protector y amigo.

Terminado este capítulo y en camino ya para la imprenta, por haber resultado inútiles cuantas gestiones se habían hecho en Aragon y Cataluña para hallar un rastro siquiera del héroe de tan extraña aventura, una casualidad, felicísima para el autor de este escrito, le hizo encontrar en la Biblioteca Nacional, no papeles, como se figurará el lector por el momento, sino un empleado dignísimo de la misma, la persona, bien apreciable por cierto, del hijo del aquél, como veremos, valiente, desinteresado y novelesco personaje.

Se ha corrido, pues, el velo que cubria á un hombre que habrá excitado en el lector de este episodio histórico una curiosidad ardiente y las simpatías más vivas. El origen, las condiciones de carácter y la historia de D. Ventura Malibran, nos son perfectamente conocidos, y, con importantes datos, podemos publicar documentos que demostrarán, además, la misión que le fué confiada en Diciembre de 1808, y lo fundado de los que, de razonamientos nuestros, pasan á ser argumentos irrefutables, como apoyados, que se verán, en hechos y en escritos elocuentísimos.

D. Buenaventura Jacobo de Malibran habia nacido en Montluis, plaza, como todos saben, próxima á nuestra frontera, en la Cerdaña francesa. Era su familia una de las más ilustres del país, la de los marqueses de Leuville, que los revolucionarios franceses despojaron despues de sus cuantiosos bienes, dispersándola hasta hacerla desaparecer en el cada-halso ó en la emigracion.

El único que se salvó fué el protagonista de esta historia,

que, por aquel tiempo, aparece ya sirviendo en la administracion española de las colonias americanas, como haremos ver inmediatamente en uno de esos escritos á que acabamos de referirnos. Su comportamiento allí le atrajo recompensas merecidas, y la consideracion y afecto de sus jefes, que no se cansan de elogiarle en sus comunicaciones y certificados; como en la Península siguió desde 1808 prestando en los ejércitos, particularmente en el primero que operaba en Cataluña, servicios tales que entónces y despues le valieron grandes distinciones de nuestro Gobierno y del de la restauracion de Francia. Establecido en Puigcerdá, á donde se le ve dirigirse con inclinacion marcada, por la proximidad, sin duda, á Montluis, proporcionó á los generales noticias sumamente útiles; en su servicio administrativo-militar fué incansable para procurar al ejército cuanto necesitara, y la direccion general de hospitales le dió repetidamente las gracias *por la prudencia, rectitud, celo y demás excelentes cualidades que atesoraba para el cuidado de los militares enfermos*. No rehuia jamás los peligros; por el contrario, los buscaba, con temeridad acaso; pues así como un certificado manifiesta haber sido Malibran herido en un combate naval contra los ingleses, otro dice que lo fué gravemente en la accion de Sallagosa el 29 de Octubre de 1810, á la vista puede decirse de las torres de su ciudad natal.

Obtuvo y desempeñó destinos que otro hubiera hecho lucrativos, así en la administracion colonial como en España, donde fué Comisario en el ejército, Contador principal de Granada despues, é Intendente de las nuevas poblaciones de Sierra Morena; pero así como no parecia despreciar las distinciones honoríficas que le gustaba ostentar en el pecho, se mostró siempre tan desinteresado que no hay un sólo documento, de los que aún conserva su hijo, en que no resalte su desaproio y generosidad.

Se conoce que llevaba escritos el juicio que habria formado de los sucesos en que tomó parte y el de los hombres que conoció, pues tenia recomendado á su hijo D. Juan, el que hemos tenido la fortuna de conocer, el secreto sobre los papeles que le pertenecian hasta que el tiempo y la prudencia consin-

tieran su publicacion; pero en sus últimos dias, hácia 1842, por una de sus no raras excentricidades, quemó ocho legajos muy voluminosos, de los que sólo reducidos fragmentos pudo salvar mañosamente otro, el menor, de sus hijos.

Esos fragmentos son los que ha visto el autor de este escrito; pero con tal fortuna, que casi todos son de los referentes á la expedicion de D. Ventura Malibran en 1808, y han venido á demostrar lo fundado de los razonamientos anteriormente expuestos en cuanto al objeto, meritorio, si no prudente, de ella.

Hé aquí uno de esos documentos, el que nos hará ver, en primer lugar, qué persona era la á quien se confiaba mision tan peregrina y aventurada. Dice así:

«D. Francisco Tadeo Calomarde, Oficial mayor de la Secretaría del despacho universal de Indias, Secretario de S. M. con ejercicio de decretos, Caballero de la Real y distinguida órden Española de Carlos III, del consejo de S. M. y Secretario general de la Real órden Americana de Isabel la Católica.»

«Certifico que D. Ventura Malibran, Intendente de provincia, comisario ordenador de los Reales Ejércitos y administrador de Puigcerdá, fué comisionado en el año de mil setecientos ochenta y ocho por el Virrey de Santa Fé quando apenas habia cumplido veinte años de edad, para ir á las provincias del Choco para acopiar la Platina y remitirla á Cartagena. Lo que verificó á su costa y sin recompensa alguna.»

«Que en el mismo año se le confirió la expedicion de los negros que se destinaron á las referidas provincias, la que igualmente verificó á su costa y sin remuneracion, como lo acredita el oficio de Virrey de aquel Reyno, su fecha seis de Abril de mil setecientos ochenta y ocho, en el que se vé el acierto y desinterés con que desempeñó ambas comisiones.»

«Que en el año de mil setecientos noventa y cuatro, prefiriendo los intereses del Real servicio á los propios, tomando aquéllos y dejando éstos, embarcados en la Balandra de la Real factoría (que consistian en seiscientos quintales de café), se dirigió á Puerto-Rico desde Santo Domingo con

» pliegos interesantes para aquella Isla, en cuyo intermedio le
» apresaron los enemigos el cargamento que tenia embarcado.»

» Que en el mismo año salvó de naufragio la Urca de
» S. M. Santa Librada, socorriéndola con su buque en la si-
» tuacion de haber barado el primero que se salvó, al paso
» que el suyo quedó muy maltratado por los abordages que
» sufrió de la Urca, á impulsos de la fuerte marejada; lo com-
» puso á su costa y lo abilitó en términos capaces de conducir
» las Pólvoras y demás pertrechos de Guerra que se remitieron
» de Puerto-Rico á Santo Domingo sin recibir el menor esti-
» pendio ni ayuda de costa por esta delicada é importante ex-
» pedicion, como lo era en tiempo de Guerra.»

» Que en el año próximo de mil setecientos nobenta y siete,
» viniendo de América en la fragata de S. M. Santa Elena
» tomó á su cargo la direccion de un cañon, á cuyo lado reci-
» bió dos heridas en la pierna y pié izquierdo, sin que éstas
» le hiciesen abandonar su puesto, en cuyo estado fué hecho
» prisionero por un navío y una fragata inglesa; y además de
» la total pérdida de sus equipages, sufrió la de ciento setenta
» y siete mil reales que trahia bajo partida de registro, que-
» dando reducido al estado que es consiguiente á esta des-
» gracia.»

» Que en mil setecientos nobenta y ocho, satisfecho S. M. de
» sus particulares méritos, distinguidos servicios y graves
» pérdidas experimentadas en utilidad de su Real persona, se
» dignó nombrarle Teniente Gobernador y Oficial Real de la
» provincia del Citará en el Chocó, que desempeñó hasta fin
» del año de mil ochocientos y seis que regresó con licencia á
» España, donde los ha continuado, y para que el expresado
» Malibrán haga constar estos servicios donde le combenga le
» doy la presente á su instancia, firmada de mi mano y seña-
» lada con el sello secreto de dicha secretaría universal de
» Indias. En Palacio á doce de Abril de mil ochocientos
» quince. = *Francisco Tadeo de Calomarde.*»

Aunque de fecha anterior, existe otro certificado que adelanta más y donde ya aparece la comision á que se refiere este escrito, si no tan explícita como la que estamparemos despues, lo suficiente para confirmar la opinion ántes emitida

sobre el destino de los fondos sacados de Zaragoza en la difícil y crítica situación del principio de su segundo sitio. Hélo aquí:

«D. José de Texada y Ruiz, Oficial mayor de la Secretaría
»del despacho universal de Indias, Secretario del Rey con
»ejercicio de decretos del Consejo de S. M. y Regidor hono-
»rario de la Heróica é Imperial villa y córte de Madrid, certi-
»fico que por los libros, asientos y minutas que paran en los
»archivos de la referida Secretaría universal, consta que don
»Ventura Malibran desempeñó en el Virreynato de Santa Fé
»varias comisiones acerca del descubrimiento, afirmacion y
»laboreo de la Platina, muy importantes al Real servicio, en
»premio de las cuales se dió orden de S. M. al Virrey D. Pe-
»dro Mendinueta para que le colocase como merecia, y que
»lo ejecutó nombrándole Oficial Real del Citará en el Chocó,
»cuyo empleo desempeñó seis años con el mayor celo y exac-
»titud hasta que en el de 1806 se restituyó á España, en don-
»de hizo muy señalados servicios, por los que fué recompen-
»sado con los honores de Comisario Ordenador de los Reales
»Exércitos; que habiendo emprehendido en la guerra última
»el sacar de Valençay á nuestro amado soberano, siguiendo
»esta importantísima y delicada empresa con la anuencia y
»consentimiento del gobierno y el auxilio de nuestros Ge-
»nerales, como consta de sus certificaciones, fué premiado
»su heróico valor y celo por la Junta central en 28 de Di-
»ciembre de 1810, con los honores de Intendente de provin-
»cia y el sueldo de 24.000 rs., como acredita el Real decreto
»y título de su nombramiento; y finalmente, que calificados y
»aprobados todos sus relevantes méritos y servicios, se sirvió
»S. M. conferirle la administracion de la aduana de Puig-
»cerdá en el principado de Cataluña, á peticion suya para que
»descansase de sus anteriores fatigas, como todo resulta más
»extensamente de los expedientes que se han tenido á la vista
»y á los que en caso necesario me refiero; y para que conste
»donde convenga doy á pedimento de la parte la presente fir-
»mada de mi mano, autorizada y sellada con el sello secreto
»de la referida Secretaría en Palacio á diez y ocho de Marzo
»de mil ochocientos quince.—Como Secretario del Rey Nues-
»tro Señor, *Joséf de Tejada y Ruiz.*»

El documento, sin embargo, que revela, no sólo el cometido confiado al celo de Malibran, sino los pasos dados anteriormente por él y la parte que tomaron en su preparacion y se disponian, al parecer, á tomar en adelante ilustres personajes que ni mencionados se hallaban todavía en estas páginas, es el que facilitó á Malibran el general Palafóx á poco de haber éste vuelto á España de su estrecho encierro en la torre de Vincennes. En él se descubre, de un modo concluyente ya, el misterio en que, sin el feliz encuentro del hijo del señor Malibran, hubiera permanecido envuelto un servicio tan importante y meritorio. Dice así:

«D. José Rebolledo de Palafóx, Melci, Bermudez de Castro, Eril, Bardaxi, Borja, Moncayo, Figueroa de Velasco, Osorio, Espes, Gurrea, Urries y Marta, etc. Caballero de la ínclita orden de San Juan de Jerusalem, Comendador de Montachuelos en la de Calatrava, Regidor perpétuo de la M. N. M. L. I. C. y H. villa de Madrid, Académico honorario de la Real Academia de Valencia y de la de Nobles y Bellas Artes de Zaragoza, Capitan general de los Reales Ejércitos y del Reyno de Aragon, Presidente de su Real Audiencia, etc., etc., etc. = Certifico: Que D. Ventura Malibran fué llamado por el señor Conde de Montijo para conducir á París pliegos á manos al Excmo. señor Duque de San Carlos con el objeto de formar un plan relativo á proporcionar la libertad á nuestro amado Soberano, la que habiéndola evacuado pasó á Valençay, y acordó con el señor Conde de la Campaña los medios para realizarlo, y habiéndoseme presentado en Zaragoza, y comunicado el proyecto, le auxilié con cuantos medios juzgué oportunos para su pronto y buen éxito, entregándole para el efecto quarenta y un mil duros que busqué en veinte horas, con cuya cantidad me dijo habia suficiente, y embarcándose con ella por el Ebro, y llegado á Lérida fué detenido por el pueblo y la Junta, que viéndolo con una crecida cantidad de dinero hácia la frontera en unas circunstancias tan críticas, é ignorando el alto objeto á que iba destinado, le creyeron espía; y á no ser por el general Doile, que se hallaba en dicha ciudad, y garantizó á la Junta y pueblo de su conducta y persona, su suerte hubiese sido

»desgraciada, pudiendo lograr, por mediacion de dicho gene-
 »ral, continuar su viaje, hasta que fué detenido y preso se-
 »gunda vez en Oliana, sufriendo mil vejaciones, siendo por fin
 »sentenciado á muerte, por cuya razon y la de no ser víctima
 »de la barbarie popular se vió en la necesidad de descubrir á
 »las cabezas de motin su proyecto; por cuyos incidentes, y el
 »de hallarse el pueblo de Oliana inmediato á la frontera, le
 »manifestó el Conde de la Campaña convenia suspender por
 »entónces proyecto tan interesante por el estrépito que habia
 »causado; y habiendo hecho dicho Malibran las gestiones con-
 »venientes para el reintegro de los quarenta y un mil duros,
 »dejando su honor á cubierto, pasó á la Seo de Urgel á su-
 »plicar á la Junta, autoridad inmediata, se hiciese cargo de
 »dicha cantidad, de la que precedido el exacto recuento, hizo
 »la más escrupulosa entrega, cuyos hechos me constan. Y
 »para que pueda acreditar donde le convenga, y á su solici-
 »tud, doy la presente en Madrid á veinte y dos de Julio de
 »mil ochocientos catorce. = *Joséf de Palafóx y Melci.*»

Y no decimos más, porque harto elocuentes, muchísimo más que cuanto pudiéramos añadir, son los documentos que acabamos de hacer conocer á nuestros lectores.

En cuanto al principal, cuya publicacion es el objeto de este escrito en el presente capítulo, el que posee el Sr. Malibran es igual en su fondo al ya estampado, sin otra diferencia que las del encabezamiento y final, suscritos y autorizados en diversas fechas y por distintos notarios, como copias, que son, del original que debia existir en La Seo de Urgel; siendo anterior en cerca de cuatro años la existente en el archivo del duque de Zaragoza.

IV.

Si ocasion podia presentarse que ofreciera, ya que no probabilidades, algun asomo, y nada más, de esperanza de éxito, es la que vamos á revelar en este capítulo del presente escrito, ignorada hasta ahora como las anteriores que en él hemos mencionado. Un drama horrible que entraña todos los caracteres del romanticismo más calenturiento, impidió llegara esa ocasion á aprovecharse; circunstancia que añade al sentimiento de su malogro, el de la suerte infausta de los actores, víctimas de su patriotismo y de su acendrada lealtad.

El más ilustre de ellos, D. Pedro Jordan María de Urries, marqués de Ayerbe y Lierta, el mayordomo mayor interino del rey Fernando, el que en el capítulo II hemos citado, recibió en Abril de 1809 la órden de volver á España bajo pena de confiscacion de bienes, la misma que se imponia á otros varios de la servidumbre de S. M., el duque de Féria, el marqués de Guadalcazar, los Sres. Correa, Ramirez, Molina, Amézagga, Basadre, Cisternes, Artieda y, por fin, el célebre cura Ostolaza que tanto predicó y escribió, y tanto dió que hablar en Cádiz, dentro y fuera de las Córtes.

«Quál me quedaria con su lectura (la de la órden que se
»decia emanada del gobierno español). escribe el mismo Ayer-
»be en su carta tantas veces citada, figúreselo vuestra merced,
»amigo mio, que yo no sabré pintárselo. ¡Qué tropel de ideas
»tristísimas me asaltaron repentinamente! La consideracion de
»mi pobre familia, cuya ruina y proscripcion venia tácitamente
»firmada en el decreto; la escandalosa iniquidad de los que lo
»dictaron, la crueldad con que humillaban y afligian á aque-
»llos señores tan poco dignos por su clase como por su ino-
»cencia de este infame tratamiento, y más que todo, el verme

»precisado á dexar al rey, en quien hallé constantemente un
 »tierno amigo, que siempre me daba este nombre, y á quien
 »habia prometido acompañar hasta el sepulcro, hirieron de
 »tal modo mi imaginacion, que por largo rato estuve sin sen-
 »tido. Luego que pude busqué á Féria, Artieda y Amézaga,
 »que se quedaron trastornados con la noticia. Pero era preciso
 »dar parte á los amos, y yo, haciendo el mayor esfuerzo por
 »serenarme, pasé á ver á S. M. mientras Féria avisaba á su
 »hermano. Ya el Rey habia notado mi conmocion cuando el
 »infante D. Cárlos entraba en la sala. Refirióles la novedad,
 »y empieza una escena de llanto y desesperacion, más fácil de
 »concebirse que de expresarse. ¿Y quién podrá encarecer la
 »afliccion del infante D. Antonio cuando supo la amarga no-
 »ticia?»

«Cisternes habia sido su único consuelo en aquel destier-
 »ro: no se habia separado un sólo instante de su persona:
 »habia aprendido todas las labores de manos en que se ocupa-
 »ba S. A. por ayudarle en ellas, y en fin, era más que amigo,
 »y si es posible, más que hijo suyo. Considere vuestra merced
 »quál seria su desconsuelo en aquel lance. Yo sólo puedo
 »decir, que no bastando mis fuerzas á presenciarle por más
 »tiempo, tuve que salirme de la sala casi acongojado.»

«Pasé desde allí á concertar con D. Albergt los asuntos rela-
 »tivos al viaje, y el número de criados que debian quedarse.
 »No pude ménos en la exaltacion de mi cólera de echarle en
 »rostro su mala fé, y la perfidia de su trato en términos bien
 »claros y terminantes; pero él es tan poco delicado, que
 »no tuvo á bien darse por ofendido. Insté por que se queda-
 »ran Artieda, Ramirez, Ostolaza y Cisternes, sugetos que
 »ni son militares, ni tienen en España bienes que embargár-
 »seles. Mas él contestó diciendo que habian de ser personas
 »de inferior clase, y que justamente Artieda y Ostolaza ve-
 »nian ya nombrados entre los que debian partir. El Infante
 »D. Antonio pidió á Basadre, y tampoco se le dió gusto.
 »Quedáronse, pues, con el rey el Contador D. Antonio More-
 »no y Pedro Collado; con el Infante D. Cárlos D. Pedro
 »Moreno, y con el Infante D. Antonio, el barbero y un bar-
 »rendero, y además dos cocineros y tres lacayos.»

Conviene mucho conocer estos pormenores para estimar en su justo valor el carácter, en esta ocasion mezquino, del excelso emperador émulo de Carlomagno, y la justísima represalia con que seis años despues vengaba el cielo los atropellos cometidos con un príncipe que, no ofensas ni desaires siquiera, sino obsequios y hasta humillaciones habia dirigido al que no se cansaba de llamar su protector, buscando sin cesar su alianza política y áun de familia.

La entrada de los ejércitos franceses en España y la conducta observada con nuestra familia real son, en la historia de Napoleon, borrones que, como otros varios, no lograron lavar sus célebres declaraciones de Santa Elena, donde, despues de todo, sólo ideas estrechas le inspiraron el vencimiento y el despecho. Aquel talento portentoso se habia hecho para la accion en un mundo tan vasto como el que llegó á crearse en derredor suyo con ella; al eclipsársele su estrella y en el retiro y la soledad, le abandonó tambien la filosofía de que tantos alardes le gustaba hacer en la fortuna.

¿Por qué se quejaria el hombre á cuyo lado dejaban próceres y generales, filósofos y escritores, cuando él tan sólo acordaba á un infante de España la compañía del barbero suyo y de un barrendero?

Ayerbe, al salir de Valençay, se dirigió por Auch, donde se le detuvo varios dias, á Pamplona; fugándose de allí al valle del Roncal segun el manuscrito que vamos á copiar, á su casa por la carta á que nos hemos tantas veces referido «á tomar »aliento, como en ella acaba diciendo, para emprender de »nuevo cuantas fatigas fueren necesarias, y su Pátria y su Rey »quisieren exigirle.»

Es indudable que el marqués de Ayerbe abrigaba en su pecho un corazon rebosando de lealtad y patriotismo, porque, fuese desde el seno de su familia, fuese desde la capital de Navarra, no hay duda en que se presentó en el Roncal al general D. Mariano de Renovales, uno de los más ilustres defensores de Zaragoza, que burlando la vigilancia de los que con otros muchos le llevaban prisionero á Francia, se habia puesto á la cabeza de una gran partida de patriotas en los altos valles de Aragon y de Navarra. Tan estrechamente

se unieron y asociáronse con tal calor para la ejecucion del pensamiento que Ayerbe habia concebido, que los veremos por mucho tiempo á los dos corrér juntos cien aventuras hasta prepararla con el mayor número de probabilidades posible, siendo ella por sí tan difícil y arriesgada. El peligro, sin embargo, se presentó para Ayerbe, como para Malibran, donde ménos lo esperaban, y fracasó el proyecto de uno y otro por la insensatez y la violencia de los que más interés debian tener en que se llevase cumplidamente á cabo. Pero no anticipemos noticia alguna que arranque al manuscrito en cuestion la novedad y la importancia que, por el contrario, debemos hacer que brillen y sorprendan en cuanto dependa de nosotros.

El manuscrito contiene, como dice su título ó encabezamiento, las «Diligencias practicadas sobre la identidad de la »persona del Excmo. Sr. D. Pedro Jordan María de Urríes, »marqués de Ayerbe y Lierta, y traslacion de sus huesos á »esta ciudad (Zaragoza). Año de 1815.»

Se conoce que debió pedirse al general Espoz y Mina alguna informacion sobre la muerte del marqués, porque la primera de las *diligencias* consiste en una contestacion al oficio dirigido por el insigne guerrillero desde Sangüesa el 5 de Marzo de 1813 al alcalde de Lerin, D. Ambrosio Iguereco. Este respondió el 9 de aquel mismo mes que allí no se tenia noticia de tal muerte, ni constaba el nombre del prócer aragonés *en las partidas de defuncion* (difusion dice) *de los cadáveres encontrados en su jurisdiccion.* «Sólo habia podido averiguar »que por el mes de Octubre del año de 1810 fueron encontra- »dos dos cadáveres desfigurados y en los huesos únicamente »enbultos en un monton de estiércol en un corral de don »Miguel Cabrera, sito cerca de la muga de Andosilla, que »denotaban ser personas de suposicion por haber hallado en »dicho corral dos pares de estribos de madera, dos bocados »de freno de cavallería mular, dos sombreros anchos de los »que usan los manchegos, y un pasaporte todo hecho pedaci- »tos, que reunidos éstos se vió ser dado en la Coruña á 17 de »Septiembre del citado año de 810 por el Señor Renovales á »Josef Martin que pasaba de comision á Navarra y Castilla.»

Nadie debió creer que uno de aquellos dos cadáveres pudiera ser el del marqués de Ayerbe, porque la segunda *diligencia* lleva la fecha de dos años despues, la del 22 de Enero de 1815. Pide en ella Ambrosio Nasarre, vecino de Zaragoza, que el conde de Ezpeleta (virey que era de Navarra) «se sirva mandar á qualquiera Escribano, que lo sea de S. M., que requerido que sea por el Exponente sin excusa y bajo la responsabilidad de su persona reciba y autorice las diligencias y deposiciones que sean necesarias al objeto,» que no es otro, como supondrán nuestros lectores, que «identificar los dos cadáveres que en el mes de Octubre de 1810 se hallaron embueltos en un monton de fiemo, en un corral de D. Miguel Cabrera, término del lugar de Lerin, y en cuya parroquia están enterrados.»

El de Ezpeleta puso al pié con su firma: «Como se pide.»

En documento del dia siguiente 23 de Enero, pide el mismo Nasarre al provisor eclesiástico de Pamplona, y éste lo otorga, que se haga la exhumacion de los mencionados cadáveres, enterrados en Lerin, «á fin, dice la tercera *diligencia*, de hacerles los correspondientes oficios, y sufragios, y trasladarlos á sus respectivas parroquias.»

Esto supone ya que el Nasarre sabia quiénes fueron en vida los dos muertos y hasta lo habria manifestado al provisor de la diócesis, aunque sólo verbalmente á lo visto, pues de otro modo no hubiera aquella autoridad permitido la exhumacion y ménos la entrega de los cadáveres al exponente. Y no tiene nada de extraño porque la *diligencia* cuarta aparece evacuada en Enero de 1812 y revela ya una gran parte del misterioso drama á que se refiere todo el protocolo. Vamos, por lo tanto, á copiarla íntegra.

Dice al márgen: «Pedimento de D. Felipe del Barrio, cura de Ezcaray, para tomarle declaracion al arriero Josef Gallo.»

Y continúa en lo ancho de la plana: «D. Felipe del Barrio y Gordoia, Presbítero, cura beneficiado en la iglesia parroquial de Santa María de Ezcaray, ante Vd. como más haya lugar en derecho averiguar el paradero de dos hombres que á últimos de Septiembre del año pasado de 1810, vinieron en mi compañía desde la Coruña hasta mi casa de Ezcaray,

» los que al parecer eran arrieros bien acomodados, el uno que
 » se llamaba tío Lorenzo, de edad de 40 á 50 años; y el otro
 » de 25 poco más ó ménos, y se llamaba Josef, los que trata-
 » ron con Josef Gallo de esta vecindad, para que los acompa-
 » ñase hasta lo interior de la Navarra á donde se encamina-
 » ban: Por lo que=A. V. S. suplica se sirva mandar tomar
 » declaracion al referido Josef: *Primero*, si es cierto que dichos
 » dos hombres á los dos ó tres dias de su arribo á dicha mi
 » casa, salieron de ella en compañía de Francisco La-Camara,
 » vecino de Zorraquin, hasta el pueblo de Santurdejo, distante
 » una legua del de Ezcaray, en donde los encontró cuando
 » venia á buscarlos en órden de lo tratado anteriormente, y
 » que desde allí el referido Francisco se volvió á Ezcaray, y
 » el declarante los acompañó: *Segundo*, que diga y confiese
 » hasta dónde los acompañó y lo que sepa sobre su parade-
 » ro, etc.; todo lo cual á Vd. suplico y pido que á continua-
 » cion mande se me dé testimonio de la confesion de dicho
 » Josef, por ser justicia. Cenicero y Enero de 1812: Felipe
 » del Barrio y Gordoia.»=(Al márgen «Auto»)=Y continúa
 en el mismo renglon: «Como se pide: en este papel comun
 » bajo la reserva ordinaria; así por este su auto lo decretó,
 » mandó y firmó el Sr. Narciso Emperanza, Alcalde y Justicia
 » ordinaria de esta villa de Cenicero y su jurisdiccion en ella á
 » 29 dias del mes de Febrero de 1812 años de que yo el Escri-
 » bano doy fee.=Narciso Emperanza.»=(Al márgen «Notifi-
 cacion»)=«Ante mí Pedro Hermosilla=En dicha villa y
 » expresado dia, mes y año, yo el Escribano hice saver y no-
 » tifiqué el auto anterior á Josef Gallo en su persona doy fee=
 » Hermosilla.»=(Al márgen «Declaracion del arriero Josef
 Gallo»)=«En la villa de Cenicero á los 29 dias del mes de
 » Febrero de 1812 años, ante el Sr. Narciso Emperanza, Al-
 » calde y Justicia ordinaria de ella y su jurisdiccion, en cum-
 » plimiento de lo mandado en el auto anterior, pareció á de-
 » clarar Josef Gallo, vecino de esta villa, á el qual por ante
 » mí el Escribano tomó su merced y recibió juramento por
 » Dios Nuestro Señor, y una señal de cruz en forma de dere-
 » cho para que so cargo de él diga la verdad en lo que la su-
 » piere y fuere preguntado, y habiéndola hecho el susodicho

»bien cumplidamente lo ofreció así y por el tenor de los ca-
»pítulos del anterior escrito dixo lo siguiente: = Al primer ca-
»pítulo dixo: Que por el tiempo que refiere el pedimento, los
»dos hombres que expresa la pregunta, el uno que oyó llamar-
»se tio Lorenzo y el otro Josef: á los dos ó tres dias que estu-
»vieron en la casa de D. Felipe Barrio en la villa de Ezca-
»ray, salieron de ella en compañía de Francisco La-Camara,
»vecino de Zorraquin, hasta el pueblo de Santurdejo, distan-
»te una legua del dicho de Ezcaray, en donde el testigo los
»encontró, pues iba á buscarlos á virtud del viage que ante-
»riormente tenían tratado, y que de allí dicho Francisco La-
»Camara se volvió para la de Ezcaray, y el declarante quedó
»en compañía de ellos. = A lo segundo *dixo*: Que en aquel
»mismo dia los acompañó á dichos tio Lorenzo y Josef hasta
»la villa de Azofra, donde durmieron aquella noche, y que al
»dia siguiente salieron de ella los tres juntos, y llegaron á
»esta villa siendo el medio dia, y salieron de ella, y fueron á
»dormir á la villa de Mendavia: Que al otro dia (siendo lunes)
»y le parece entrado el mes de Octubre, salieron para su viage
»que llevaban, sirviéndoles siempre de guia y criado, pues
»así lo habían tratado, y lo fué para la villa de San Martin,
»que yendo su camino delante se encontraron con dos solda-
»dos armados de acavallo, que no conoció á ninguno de ellos.
»y que éstos les dixeron que á dónde se iba, y les respondi-
»ron á cargar de Aceyte de Enebro, que entonces les pidieron
»los pasaportes, y el tio Lorenzo y el Josef cada uno enseña-
»ron el suyo, uno francés y otro español, que entonces dichos
»soldados empezaron á hechar ajos, tratándolos de traydores,
»que les dieron sus razones, y estando algo sosegados que el
»declarante el Josef, y el tio Lorenzo les dixeron si se los ofre-
»cia alguna cosa, que respondiendo dichos soldados que nó, si-
»guieron su camino, y habiendo andado como un quarto de
»hora, vieron como dichos soldados corriendo con sus cava-
»llos volvieron para ellos, y llegando donde estaban, les di-
»xeron alto ay, ajo, que entonces el declarante aquietándolos
»les dixo, que les dixeran si se les ofrecia alguna cosa, que
»les respondieron ajo, adelante, que si no te quito la tapa de
»los sesos, que anduvo un poco, y lo pusieron en la esquina

»de un Corral que allí habia, y á los dichos tio Lorenzo y
»Josef los entraron en dicho Corral, sin que él viese lo que
»hacian; que pasado un rato, todos salieron de él, diciendo
»los soldados que habian de ir á Calaorra, donde estaba un
»Comandante, que les hicieron seguir el camino, y en él
»contaron al declarante que en el Corral les habian quitado
»los dineros de las volsas, que habiendo andado como una
»legua, los pararon en otro Corral de la jurisdiccion de Lerin,
»y donde á todos tres les quitaron todo el dinero que llevaban
»hasta el que llevaban escondido, dichos Lorenzo y Josef, en
»los lomillos de sus cavallerías, y últimamente un relox, y
»que tratándolos de traydores, y enfurecidos atropellaron con
»sable en mano contra los dichos Lorenzo y Josef, tirándoles
»á cada uno de ellos una cuchillada, de la que caheron en
»tierra muertos: Que luego dixeron al declarante qué era de
»aquellos hombres, y les dixo, era un pobre arriero de Ceni-
»cero que andaba ganando su vida para mantener su pobre
»familia: que iba con los dos que allí estaban en tierra, á
»acompañarlos hasta Sangüesa; pues le habian dicho que por
»enseñarles le pagarian bien su viage y trabajo; que con esto
»se apaciguaron y dexaron la vida al declarante diciéndole
»que los otros eran traydores, que con esto se volvió en aquel
»dia para la villa de Sesma, con las mulas de dichos cadáveres,
»donde contó el pasage á Ramon Morral en dicha de
»Sesma y que éste le dixo, y consoló para que no se aflixiese
»por nada, porque en este tiempo acontecian muchos lances
»como el que le contaba; que acabado de hablar le dixo que
»cenase, que no pudo hacerlo por lo asustado que se hallaba,
»que tomó una gícara de chocolate, y que saliendo de aquella
»villa, la cebada que habia hechado á su ganado, la quedó á
»deber á dicho Ramon, diciéndole le dexaba aquellas dos mu-
»las que eran de los cadáveres que le habia contado, para que
»las vendiesen, y del valor les hiciesen los oficios á que lle-
»gasen; que con esto se vino el declarante, en union del dicho
»Ramon, para la villa de Mendavia, pues le hizo el favor de
»acompañarle por lo intimidado en que se hallaba. Que es
»quanto puede declarar, y la verdad para el juramento hecho
»en que y esta su declaracion siéndole leida se afirmó, ratifi-

«có, expresó ser de edad de 29 años, y no firmó porque dixo
 »no saver, lo hizo su merced y yo el Escribano en fee de
 »ello. = Narciso Emperanza. = Ante mí, Pedro Hermosilla. =
 »Concuerta á la letra con las diligencias en razon, que origi-
 »nales por ahora quedan en mi poder, y oficio á que me re-
 »fiero, y en fee de ello, y lo mandado en el auto anterior yo
 »Pedro Hermosilla, Escribano del Número y Ayuntamiento
 »de esta villa de Cenicero y su jurisdiccion doy el presente
 »que signo y firmo en estas tres ojas de papel comun, baxo
 »reserva ordinaria, por no haber llegado á la Administracion
 »de esta villa el sello correspondiente á 1.º de Marzo de
 »1812. = Pedro Hermosilla.»

Esta diligencia necesitaba otra complementaria que revelase los nombres de las víctimas de Lerin, sin lo cual el drama quedaba destituido del interés que precisamente habia de darle el conocimiento de la calidad y condiciones de ellas. Y, con efecto, aparece inmediatamente despues un certificado de D. Felipe Barrio, cura, como ya saben nuestros lectores, de Ezcaray y depositario de una gran parte, si no de todo el secreto que encerraba el viaje, hasta ahora inexplicable, de los que habia encomendado á la lealtad y á la direccion de José Gallo, el arriero de Santurdejo. Nadie podia tener mayor interés que el digno sacerdote en justificar su eleccion y las condiciones en que dejaba salir de su casa al prócer aragonés y su compañero de aventuras, comprometidos, á su sentir, en la arriesgadísima de alarmar los altos valles de Navarra y Huesca, recorridos ya para entónces por los valientes de Espoz y Mina que tenia en ellos su refugio más seguro en las grandes avenidas de sus enemigos los franceses.

Pero no anticipemos conceptos que distraigan de la lectura del documento que aquí tiene ya el carácter de urgente. Dice así:

«Certifico yo el Infrascripto Cura Párroco Beneficiado de
 »la Iglesia Parroquial de esta villa de Ezcaray, que el que
 »en esta declaracion, y pedimento que hace cabeza se dice
 »tio Lorenzo era el Sr. D. Pedro Jordan María de Urríes,
 »Marqués de Ayerve, porque me lo confió el Sr. Mariscal de
 »Campo D. Mariano Renovales en la Coruña á principios de

»Septiembre de 1810, encargándome que hasta esta mi casa
»lo cuidase y acompañase, y que desde ésta, procurase diri-
»girlo hasta su destino por el camino mejor, y con persona
»que yo conociese de providad. Me consta ser el dicho tío
»Lorenzo el Escmo. Sr. Marqués de Ayerve por confesion
»y confianza que él mismo me hizo en el camino, manifes-
»tándome que su objeto el alarmar los valles de Roncal y
»Salazar; en su compañía venia un jóven Capitan que decia-
»mos Josef, y segun se insinuaron conmigo era del Regimien-
»to de Osuna, y el tal emparentado con alguna casa de la
»Grandeza de España. No tengo duda alguna que el precita-
»do con el supuesto nombre de tío Lorenzo era como llevo
»dicho el Sr. Marqués de Ayerve, pues además de havérmelo
»confiado el mismo Señor en diversas ocurrencias en nuestro
»viage, y el Sr. Renovales quando me encargó lo cuidase,
»su fisonomía conviene con la que todos dicen ser del referi-
»do Señor; á saver, de una estatura de cinco piés poco más
»ó ménos; cara larga, y apoyada de viruelas, color vajo, nariz
»grande, y un poco torcida, y tomaba bastante rapé. El
»referido Señor Marqués y su compañero salieron de la Co-
»ruña en trage de arrieros, montados en dos mulas de aparejo
»redondo, y en este trage llegaron hasta esta mi casa, desde
»aquí, deseando que el Señor Marqués continuase su viage
»con alguna más comodidad se dispusieron lomillos, y unos
»estribos de madera, pero el vestido del Señor Marqués era
»el mismo que sacó de la Coruña de chaqueta parda de paño
»de Taraçona, y sombrero ancho, y chato: Que á pocos dias
»de haber salido de esta mi casa, se corrió la voz de que
»habian sido asesinados en el monte de Lerin por dos solda-
»dos montados, y que habiendo tomado algunas medidas para
»averiguar si era cierto el hecho, hallé que lo era en realidad,
»y que sus cadáveres se sepultaron en la Parroquial de Lerin,
»y que las mulas en que iban las dexó el arriero Josef Gallo
»en Sesma en poder de Ramon Morraz, con el objeto de que
»con su importe se les hicieran sufragios; la muerte se veri-
»ficó el 1.º de Octubre de 1810. Es todo lo que puedo decir
»en verdad y para que conste lo firmo en Ezcaray y Enero 28
»de 1812.—Felipe del Barrio y Gordoia.»

Y sigue un certificado del escribano de Ezcaray Basilio de Mata para la identificacion de la persona de D. Felipe del Barrio como tal párroco de Ezcaray. Declara despues «que
»hallando casualmente al D. Felipe en la villa de Prado-
»luengo distante tres leguas de esta de Ezcaray, al paso que
»venia de Búrgos, y él de la Coruña, á donde me consta que
»fué hácia el mes de Julio ó Agosto de 1810, extrañando yo
»dos hombres que le acompañaban, vestidos de paño pardo
»y en trage como de arrieros, y observando se explicaban
»bien en su conversacion, la hice con D. Felipe, y éste en-
»tónces me confió vaxo sigilo que el uno era el Señor Mar-
»qués, y el otro un Capitan ú Oficial de graduacion, los
»quales le habia recomendado el Sr. D. Mariano Renova-
»les, para venir por este País, y que de él tomasen direccion
»al valle de Roncal á levantar la gente cuya comision
»trahian.»

No queda, pues, duda de que los asesinados en el monte de Lerin eran el marqués de Ayerbe y un oficial, cuyo nombre nadie sabe hasta ahora, si bien se le cree persona de calidad por su nacimiento y conexiones. Y cuantas diligencias siguen en el manuscrito sobre el reconocimiento del corral, teatro del sacrificio de aquellos dos mártires del patriotismo; el levantamiento de los cadáveres reducidos á esqueletos, con las camisas todavía que llevaban en vida, *con mangas de alba*, dicen los declarantes, y con las señales de haber tenido *tufa de pelo cortado á lo Tito*, algunos otros objetos esparcidos, como estribos, bocados, sombreros y pasaportes, roto el uno y entero el del tío Lorenzo; la declaracion del cirujano de Lerin D. Andrés Gonzalez certificando haber padecido muerte violenta los reconocidos en el corral, y el testimonio, por fin, de la exhumacion y entrega de los dos cadáveres al varias veces citado Sr. Nasarre; todos esos documentos, repetimos, muy importantes para la informacion á que sirven de gran esclarecimiento, pierden su interés al lado del que vamos á copiar inmediatamente, último del manuscrito y el que lo cierra con la revelacion completa y oficial del misterio en que hasta ahora se hallaba envuelto, para la historia, drama tan original como sangriento y doloroso.

Dice así:

«D. Mariano de Renovales, Mariscal de Campo de los Reales
 »Exércitos, etc., etc. = Certifico: Que hallándose el Excelentí-
 »mo Señor Marqués de Ayerve prisionero en Valençay con el
 »Rey Nuestro Señor D. Fernando VII, fué conducido á la ciu-
 »dad de Pamplona por los franceses, en mil ochocientos nueve,
 »con el designio de que tomase partido por el Rey Josef, y con-
 »tribuyese por su parte á la pacificacion del reino de Aragon,
 »de que era natura, desde cuya ciudad fugó el expresado año
 »en trage de calesero, á tiempo que yo me hallaba mandando
 »en el valle de Roncal, y fué á presentarse á la Junta central
 »que residia en Sevilla en aquella época, y manifestó el plan
 »que tenia para sacar de la prision á S. M., el que adoptado
 »por dicha Junta, tuvo á bien comisionarlo para que realizase
 »dicho proyecto, y habiéndoseme presentado en Cataluña,
 »en 1810, para que le auxiliase, se dieron varios pasos al
 »efecto; pero noticiosos de que el Gobernador de Tarragona
 »se iba á echar sobre los intereses que conducia del Gobierno
 »para la empresa el bergantin de guerra el *Palomo*, nos vimos
 »en la precision de embarcarnos y seguir nuestro viage á
 »Cádiz, ya para dar cuenta al Gobierno, y ya para seguir otro
 »camino, como en efecto se verificó, realizando nuestra sali-
 »da para la Coruña en Junio de 1810, desde donde empre-
 »dió su marcha por tierra, llevando en su compañía á un Ca-
 »pitan llamado Wanastron, hácia mediados de Septiembre de
 »dicho año, y aunque llevaba pasaportes del Gobierno, tomó
 »allí otro mio vaxo el nombre de Lorenzo, cuyo apellido no
 »tengo presente, y salió en trage de arriero, en compañía de
 »D. Felipe de Barrio y Gordoia, Cura de Ezcaray, quien me
 »comunicó la desgraciada suerte que les habia cabido, despues
 »de tres meses y medio, hallándome yo en la costa de Canta-
 »bria, y que habian sido víctimas por el Rey y por la Patria
 »en el reino de Navarra, cerca de Lerin. En este intermedio
 »nafragó el bergantin *Palomo*, acosado en un fuerte tempo-
 »ral en el puerto de Vivero, reino de Galicia, pereció su tri-
 »pulacion y los intereses, documentos y demás que conducia;
 »y para que conste á los fines que convenga, doy ésta á soli-
 »citud de la Excelentísima Señora Marquesa de Ayerve. =

»En Madrid á 30 de Marzo de 1815.=Mariano de Renovales.»

¡Cuántos sacrificios del género del ofrecido por el marqués de Ayerbe á la lealtad y á la gratitud de su Señor, más que Monarca, amigo y compañero suyo de infortunio, no habrán quedado sin la recompensa siquiera de ser conocidos y admirados del mundo! La época era de hacer gala de patriotismo y del entusiasmo que despertaba, del delirio, de la embriaguez que producía el sólo nombre del jóven soberano, alzado sobre el pavés por encima de tantas desdichas como se le habian hecho sufrir, de tantas ignominias como con él habia devorado el pueblo español que, por lo mismo, miraba en él extasiado el escudo de su honra y el principio de su regeneracion. Como mil hazañas ejecutadas en la soledad y el desamparo de esas batallas, puede decirse personales, que se reñian en aquellos sitios de memoria perdurable que recuerdan los de Numancia y Calahorra, ó en los ásperos montes, abrigo muy antiguo de la independencia patria, ¡cuántas muestras no han quedado ignoradas de lealtad, ocultas por la modestia de los que las dieron ó por la envidia de los que no eran capaces de darlas! ¡De cuánto patriota no sabemos el ir y venir, como el de Ayerbe, con la misma abnegacion y corriendo iguales riesgos para no quedar rezagado en la arrebatada marcha de trabajos y sacrificios en que la nacion entera, unánime y resuelta, se comprometió hasta abismar al enemigo en los últimos términos del Atlántico!

En la mision generosa que se habia impuesto el marqués de Ayerbe intervino tambien uno de esos séres, hoy olvidados del mundo, si es que llegó á conocerlos, á apreciarlos en todo su valor y mérito. Junto á los papeles de que se trata en el presente escrito se encuentra otro, manuscrito tambien, de letra al parecer de la misma época de los anteriores y que se refiere al mismo asunto. Lo dejó sin firma una de esas personas á que acabamos de hacer alusion, incansable, por lo que en él se lee, en la tarea arriesgadísima de ir por todas partes levantando el espíritu público.

Lo daremos tal como se encuentra misteriosamente reservado y anónimo en el archivo del duque de Zaragoza.

«Relacion, así se titula, de las causas que ocurrieron en el
 »asesinato que se hizo en la muerte del Sr. Marqués de
 »Ayerbe.»

Y dice lo siguiente: «Por el mes de Agosto 1810, á virtud
 »de comision que me confió el Gobierno en la ciudad de Ca-
 »diz, pasé á la de la Coruña á las órdenes del General Reno-
 »váles á continuar las referidas comisiones que habia obteni-
 »do en la ciudad de Zaragoza á las órdenes del Excmo. señor
 »D. Josef Palafóx en aquella tuve noticia, se hallaba el dicho
 »Sr. Marqués de Ayerbe, y en su consecuencia pasé á visi-
 »tarle y aquél le manifestó que por la confianza que de este
 »tenia, era indispensable le acompañase para evacuar cierta
 »comision que dicho Gobierno tenia reservado, siendo indis-
 »pensable su compañía, como á buen práctico y largo conoci-
 »miento que de todo aquel terreno tenia el exponente: le con-
 »testó el que representa esta instruccion, deseava complacerle,
 »pero no podia servirle respecto la urgencia con despachar su
 »comision personal: por esta imposibilidad habló el referido
 »Sr. Marqués con el expresado General Renováles, y para
 »que no se demorase la comision de aquel, en lugar del expo-
 »nente, le confió le acompañase un Cura Párroco de la villa
 »de Azcaray llamado D. Felipe Barrio: el exponente salió de
 »la Coruña á su comision sobre unos cuatro dias despues de
 »haberlo verificado el Marqués con aquella compañía; y de-
 »seoso de saver el rumbo y camino que habia tomado, pasó
 »por dicho lugar de aquel Párroco, halló á este en su casa y
 »le informó que dicho Sr. Marqués habia salido ya de aquel
 »pueblo disfrazado en compañía de un hombre natural de Ce-
 »nizeros que con sus borricos continuaron su camino: el ex-
 »ponente con el deseo y cuidado que tenia por saver el cami-
 »no que llevaba el Marqués, siguiendo su camino, se informó
 »de varios Alcaldes de aquellos pueblos, y tambien en todos
 »los pasos que tiene en toda aquella parte el rio Ebro, y no
 »pudo adquirir noticia alguna del paradero de aquel ni del
 »hombre que le iba acompañando: en este estado, insistiendo
 »en el mismo deseo de apurar el paradero de aquel y por el
 »mismo encargo particular que le habia hecho dicho Sr. Ge-
 »neral Renováles, pasó el exponente al valle Roncal, á la

» casa donde positivamente sabia devia haber hecho mansion
» el Marqués, y le informaron no se havia presentado hasta
» aquel dia, ni savian de su paradero: evacuada que fué dicha
» mi comision y entregada á toda satisfaccion al expresado se-
» ñor General Renováles, instruido éste por mí de ignorar el
» paradero del Marqués, pues que á vuelta de ella estuvo el
» exponente por segunda vez en la casa del referido Cura Pár-
» roco, ratificándose éste no havia podido saver más del para-
» dero de aquel ni era fácil pareciese, porque el hombre que
» le hiva acompañando hacia algunos dias se le havia presen-
» tado y echo relacion haberle salido en el camino que está
» entre Miranda y Lerin, dos soldados de caballería, les pidieron
» los pasaportes, y vistos, no se contentaron con esto, pidie-
» ron el dinero que llevaban, y pareciéndoles muy poco, regis-
» traron é hicieron pedazos las jalmas de los borricos, donde
» hallaron una gran cantidad de monedas de oro; y que no
» contentos los soldados con este hallazgo, trataron y realiza-
» ron no solamente la muerte del referido Sr. Marqués, si que
» tambien de otra persona que hiva en compañía de éste y
» cuyo asesinato havia ocurrido el 1.º ó 2 de Octubre del mis-
» mo año de 1810, y que dicho arriero, segun su relacion ha-
» bia salvado su vida con sus muchos ruegos, lloros y súplicas;
» todo ello segun relacion de éste al referido Cura queda ma-
» nifestado; el exponente instruido de esta relacion de aquel
» Párroco, la trasladó acto continuo á noticia de su General
» D. Mariano Renováles, para que en el asunto se tomasen
» las providencias que fuesen conducentes, á poco tiempo ha-
» biendo pasado á la ciudad de Calhaorra, tratando de varias
» conversaciones con un tal Andrés, que ignoro su apellido,
» se habló de lo ocurrido con el expresado Marqués, y este
» me dixo pocos dias antes que dices de haber sucedido la
» desgracia llegaron aquí dos soldados de á caballo, y me pi-
» dieron quatro duros, y en los dias que citas lo ocurrido vol-
» vieron á esta ciudad y me devolvieron los quatro duros, cam-
» biaron algunas monedas de oro, y desaparecieron de ésta se
» puede sospechar que sean estos, le dije, callemos y á su
» tiempo veremos, es quanto devo y puedo decir en el parti-
» cular.»

Y aquí termina este papel, que no deja de ofrecer interés, pues que confirma las noticias anteriores y aún las amplifica por la estancia de su autor en Calahorra.

Cuando se remonta al estudio de aquella época, verdaderamente de hierro, y se somete á un análisis la composición de las guerrillas españolas, piérdese uno en las dudas que le asaltan sobre la conveniencia de esa clase de fuerzas populares. Es necesario convencerse de la verdad de los grandes servicios que prestaron á la patria en su combinación ó amalgama con los ejércitos regulares, nacionales ó aliados, para aceptarlas como buenas y aún admirarlas. Porque, aún sin otras cualidades, revelan tal virilidad en el cuerpo general de la nación, tanta abnegación y tanta energía en sus miembros, virtudes de tan varia naturaleza, militares y cívicas, que se acaba por enorgullecerse uno de pertenecer á esa raza de héroes, siquiera hayan de declararse parecidos á los de las más remotas edades por su rudeza y su afición á la vida léstrica, esencialmente primitivas, por aquel espíritu de venganza, no sabemos si ibero ó arábigo, y la inclinación, por fin, á imponerse á todo el mundo, amigo ó contrario, antigua también como el corazón y la fuerza.

Pero hay que establecer grandes diferencias entre las guerrillas, primero, y los guerrilleros; entre los mismos guerrilleros después, y entre los guerrilleros sujetos ó no á una autoridad superior dotada de la fuerza necesaria, por supuesto, para hacerse respetar. Y entonces, y sólo á favor de un estudio detenido y concienzudo, deja de abominarse de un estado militar en que pueden tener lugar violencias como las ejercidas con Malibran ó crímenes tan horribles como el cometido en la persona del noble y leal marqués de Ayerbe.

V.

Aquí en rigor debiera concluir este trabajo, dirigido á publicar documentos tan curiosos como los trascritos anteriormente en él, si no consideráramos como oportuno y útil completarlo con el exámen de otro libro aquí citado y que, una vez leído con atención, ha de echar por tierra algunas de las opiniones que se han extendido por el mundo, altamente ofensivas á la reputacion de Fernando VII. ¡Harto asendereado sale en los escritos de sus contemporáneos el tan debatido monarca, para que no le concedamos, exentos ya de toda pasion, la justicia que merezcan sus actos buenos ó malos, acertados ó erróneos!

Nos referimos al libro del Baron Kolli, que recuerda, ya lo hemos dicho, el proyecto que, para sacar á Fernando de su encierro, acarició el gobierno de la Gran Bretaña, confiándolo á aquel ilustre aventurero, provisto largamente de recursos, con inteligencias en Francia, y el ayuda posible de las escuadras de su nacion.

Conocido, sin embargo, de tantos, y para no desnaturalizar el presente escrito, dedicado, segun acabamos de decir, á la presentacion de datos hasta ahora ignorados, más que á narrar las desventuras del célebre coronel inglés, nos proponemos discutir la conducta del monarca cuya libertad intentó tan temeraria como caballerosamente.

Admitidas por el duque de Kent y el Gobierno inglés sus ofertas de apoderarse de la persona de Fernando VII y conducirlo á la escuadra del Estrecho, de donde podria trasladarse á España, el baron Kolli se embarcó en Plymouth el 28 de Febrero de 1810, provisto de sellos, estampillas, pasaportes, itinerarios, de cuantos documentos franceses habian de franquearle el paso por el Imperio. Llevaba, además, las

cartas reales y los documentos justificativos que consideró necesarios para que el ilustre prisionero de Valençay diese crédito á su mision y confiara en él para aventurarse á paso tan grave como el de sustraerse á la vigilancia de sus carceleros.

Despues de mil contrariedades que el mar le opuso en estacion tan borrascosa, el Baron tomaba tierra la noche del 9 al 10 de Marzo, en la bahía de Quiberon, con un tal Albert de Saint B..... á quien habia conocido en Anveres, y que muy pronto habria de separársele por falta de salud ó de buen deseo, y volvérsele á reunir en París, pero defraudando ya las grandes esperanzas que por su celo, su actividad y abnegacion anteriores le habia hecho concebir para aquella nueva y peligrosísima empresa

Uno de sus primeros cuidados, él mismo lo dice, fué el de discurrir por las inmediaciones de Valençay, para reconocer el lado más accesible del parque, y las ventanas de la pequeña habitacion del rey. Así logró fijar su plan para cuando reuniera los demás elementos que le eran necesarios, y pudo luego trasladarse á París para mejor procurárselos. Pero cuando ya tenia el dinero disponible en especie, habia dirigido los caballos á Orleans, y á Tours una berlina que desorientase á la policia sobre el camino que habia de seguir con el rey, y *miraba con la mayor seguridad acercarse el momento decisivo*, se vió sorprendido en su pequeña vivienda é inmediatamente trasladado á la presencia del celeberrimo duque de Otranto, y luego al torreón de Vincennes, mudo testigo de la agonía de tantos y tantos mártires entónces de la lealtad monárquica. Allí conoció á los generales Blake, Zayas, Lardizábal, O'Donnell y Palafox, «aquel Gonzalo moderno, dice, terror de los guerreros, entónces menos generosos que los moros, y no menos extraviados por el fanatismo político; Palafox, el valiente defensor de Zaragoza,» y á otros varios patriotas españoles encerrados en los más inmundos calabozos, en venganza de los rudos escarmientos por su valor y constancia aplicados á la furia francesa, hasta entónces incontrastable.

La estancia de Kolli en la funesta torre duró cerca de

cuatro años, desde el 24 de Marzo de 1810 al 7 de Febrero de 1814 en que fué llevado á Saumur, dónde permaneció hasta el 16 de Abril siguiente, dia de su libertad con aquellos mismos, O'Donnell, y Lardizábal que habia conocido ántes, y Miranda, Romrée, Marcó del Pont, Mina el jóven, Abad, Camino, Vargas y muchos otros ilustres franceses y alemanes, prisioneros, como nuestros compatriotas, de las armas imperiales ó víctimas del espíritu vengativo y del despotismo de Napoleon.

No es, sin embargo, la historia de los infortunios de Kolli lo que nos importa ahora; es la de la negra intriga á que dió lugar su prision contra el cautivo de Valençay, el tan deseado rey de los españoles.

Se confesó tan pronto, cual vulgarmente se dice, que, al prenderle, ántes de sufrir el interrogatorio á que lo hubo de someter el jefe de la policia imperial en París, manifestó paladinamente al esbirro encargado del registro de la casa que habitaba en el bosque de Vincennes, su nombre, su calidad y la mision que se le habia confiado. «Yo he sido enviado, le »dijo, por el gobierno británico á libertar á S. M. C. Fernan- »do VII, Rey de España y de las Indias, víctima de la usur- »pacion y del despotismo de Bonaparte y su prisionero en »Valençay.» Esta declaracion que alejaba de Kolli la sospecha de un crimen á que pudiera atribuirse su presencia en Francia, sospecha á que quizás debió el ser delatado por la persona que le inspiraba mayor confianza, despertó en el Gobierno imperial la idea de utilizarla contra la persona misma por quien parecia su autor buscar un sacrificio tan ruidoso como espontáneo y noble. Y Kolli fué, puede decirse, enterrado en vida en un calabozo hondo y lóbrego del castillo de Vincennes, y se inventó otro Kolli con su nombre y título nobiliario, con los mismos papeles que se le habian cogido, justificantes irreprochables de la mision que llevaba, y con todas las luces y noticias que dejó recoger al astuto Fouché de su hábil interrogatorio al, entónces, torpe y quijotesco inglés.

El supuesto baron se presentaba, con efecto, en Valençay el 6 de Abril, esto es, á los trece dias de haber sido preso el verdadero. Se conoce que no queria darse tiempo al descubri-

miento de la intriga, y se ponía en ejecución inmediatamente de urdida. Conocida la afición del infante D. Antonio á las labores de manos, el pretendido Kolli, fingiéndose tornero, logra acercársele y, despues, hablarle del proyecto que allí representaba llevar; mas no así al Rey, á quien, por más que lo procura, no consigue ver siquiera.

Y de esto, y de la denuncia del supuesto proyecto de rapto, y de una carta que se inventa ó no se inventa, pero que, de todos modos, no significaria nada en caso tan extraordinario, se forma en París un proceso que se publica en el periódico oficial del imperio; y algunos españoles, por afrancesados ó por enemigos de Fernando, se valen de eso para echar sobre él cuantos borrones pueden acumular el ódio ó la pasión política.

Pero decimos nosotros: «lo que los imparciales vemos como torpe enredo que el más miope descubre en el exámen de esa misma publicacion infame llena de inexactitudes, de errores y contradicciones, ¿no lo descubriría ó lo temería, al ménos, un hombre tan astuto, tan suspicaz y receloso como Fernando VII? Y, descubierto ó presumido, ¿qué le tocaba hacer al desventurado príncipe, temeroso de la perfidia de Napoleon, ejemplo vivo de ella desde su fatal viaje á Bayona, y ante tantos otros como habia visto de la crueldad y de las ambiciones del *grande hombre*; qué le tocaba hacer, repetimos, sino fingir la indignacion que se le atribuye y redoblar las protestas de sumision y de afecto con cuyo recuerdo tanto se le quiere rebajar en el concepto de sus vasallos y compatriotas?

Dice un libro, el más autorizado contra Fernando y que se atribuye á D. Estanislao de Cosca Bayo: «Colly permaneció »encerrado en Vincennes hasta la caida de Napoleon, en »cuya época pasó á España y obtuvo de Fernando un privilegio para introducir harina en la isla de Cuba con bandera »extranjera bajo la condicion de que desfigurase el hecho, »en la parte que tocaba al rey, en las Memorias que despues »publicó en Francia. Aquí un agente de policía descuella al »lado del monarca denunciador del que juzga venido á libertarle.»

Para que se comprenda el poco peso que tiene este cargo,

no hay sino reflexionar, y esto lo haria Fernando, que no tenia nada de tonto, y lo habrán hecho los lectores de la «Historia de la vida y reinado» de aquel soberano que lo contiene; no hay, repetimos, sino fijarse en que cuanto pudiera exponer Kolly sobre las escenas de Valençay al presentarse allí su homónimo, habria de recibirse por el público con la sospecha de que, no habiéndolas presenciado, podrian ser una pura invencion suya, siéndole, por lo tanto, necesario aducir pruebas como las que estampa en su libro, no poco ofensivas, algunas, para los que se prestaron á facilitarlas en sus escritos ó declaraciones.

El Sr. Bayo prefiere dar crédito al *Moniteur* de 1810, á pesar de lo burdo de la trama urdida en sus columnas para inducir á los españoles al desprecio de su soberano; y lo copia de las Memorias de Nellerto, aquel canónigo Llorente, servidor humilde de Godoy y afrancesado despues, que no aprecia en su obra más documentos que los dirigidos á desacreditar á los españoles más leales, y los que puedan disculpar su apostasía política.

¿Qué se queria? ¿Lo que buscaban Fouché y Savary y, sirviéndose de ellos, el emperador Napoleon? ¿Se hubiera tenido por rasgo de verdadero carácter, por acto generoso y hábil, el de aceptar los servicios de un impostor para caer en las redes de la policia imperial y parar en la torre, ya que no en los fosos de Vincennes, de tan funesta recordacion para todo miembro de una familia soberana? Hubiérase entónces gritado «¡Al torpe, al mentecato!» que comprometia con sus sandeces á un pueblo admirable por su lealtad, huérfano así, y desarmado en la lucha generosa que sostenia.

Que, como nosotros, lo pensó la mayoría de los españoles, lo demuestra un papel que tenemos á la vista y refleja la opinion que, aun desconociéndose los hilos de tan negra intriga, se formó al parecer en el *Moniteur* las noticias á que nos venimos refiriendo. «El suceso Kolly, dice en uno de sus párrafos, tiene muchos visos de fabuloso; será cierta su primera parte, esto es, que lleno de nobles sentimientos intentaria libertar á Fernando de sus prisiones; pero ¿dónde cabe que Fernando delatase á quien se disponia á ser su libertador? ¿Y

» quiere hacernos creer Bonaparte, que Fernando obrase tan
 » vilmente contra un héroe como Kolli, contra una persona
 » de tan nobles sentimientos, y de un alma tan superior? No,
 » no es posible. O fué todo trama inicua suya y de sus satéli-
 » tes de España para presentar delincuente á los ojos de la
 » nacion á Fernando, ó efectivamente Kolli emprendió la he-
 » róica obra y por uno de aquellos casuales accidentes fué des-
 » cubierto: de cualquier modo que sea, nosotros no sabemos
 » más en este punto que lo que sus periódicos nos han con-
 » tado: ¿luego qué seguridad hay de este hecho? ¿Y por qué
 » humana razon dándola por cierto se ha de suponer de modo
 » alguno delincuente á quien nos consta su noble y alentado
 » corazon, sus patrióticos y firmes sentimientos, sus miras
 » en favor de su desgraciado reino, y, en una palabra, su ca-
 » rácter, que sólo cedió á la ciega obediencia de su augusto
 » padre?»

Y lo que en ese papel, que por sus reimpresiones revela lo en boga que estuvo, se trasluce en las discusiones de las Córtes y en todos los periódicos del tiempo; el recelo con que se acogieron en España las falsas declaraciones del *Moniteur*, estampadas en despique de los reveses que los españoles hacian experimentar 'á Napoleon en los campos de batalla.

Y esta última idea nos lleva á otra de distinta índole, tambien sacada á luz en varios é importantes escritos de la época y debatida entónces y despues con juicios muy diversos, segun el criterio y el partido político de sus autores. Nos referimos á lo de si el cautiverio del monarca fué ó no prevechoso á la defensa nacional.

Nosotros lo consideramos como sumamente útil; más aún, como decisivo para el éxito de la guerra de la Independencia. Veamos si logramos demostrarlo.

Una de las causas más influyentes para el levantamiento de los españoles contra Napoleon fué, á no dudarlo, el conocimiento de la perfidia usada con el jóven é inexperto soberano al conducirlo á Bayona. Los pretextos elegidos y las artes que se pusieron en juego, sublevaron el sentimiento de nuestro pueblo hasta hacerle romper en el grito de independencia que, repetido por los ámbitos de la Península, gene-

ral, unísono y rebosando de ira en todos ellos, produjo la resolución, también unánime, de nuestros compatriotas y, con ella, la ruina del coloso. Él mismo lo decía después en Santa Elena. «Esa desgraciada guerra de España me ha perdido; »ha dividido mis fuerzas, multiplicado mis esfuerzos, atacado »mi moralidad.... Los españoles despreciaron su interés pa- »ra sólo ocuparse de la injuria; se indignaron á la idea de la »ofensa, se sublevaron á la vista de la fuerza, y todos corrie- »ron á las armas. Los españoles en masa se condujeron co- »mo un hombre de honor.»

¿Hubiera sucedido otro tanto presente el rey y dirigiendo una resistencia, cuyo éxito no se debe, ciertamente, á la unidad del mando en los momentos de iniciarse la lucha, los decisivos, sin duda alguna, para su continuación tan porfiada y gloriosa?

El ejemplo de los reyes de Nápoles y Portugal habría, así lo creemos, contagiado á Fernando como inficionó á la corte de su padre, puesta ya en movimiento para Cádiz al estallar el motin de Aranjuez. Aun de otro modo é impedido el embarque; hasta suponiendo en Fernando y sus ministros una iniciativa tan enérgica como puede esperarse de un gobierno, interesado, cual nadie, en la ejecución de sus providencias, ¿cómo suplir á aquel movimiento espontáneo, uniforme y rápido que por intuición maravillosa arrancó de tantas y tan diversas y distintas voluntades, unidas, tan sólo, por la común ofensa y el peligro de lo que todos estimaban más que su propia vida? Hubiera sucedido que puesta de manifiesto la debilidad del rey y la falta de cualidades para el mando en sus ministros, las provincias, al triunfar en la primera campaña, hubieran querido imponerse al Gobierno central, y, no pudiendo lograrlo por las distintas condiciones del antiguo y sólido que habrían encontrado en vez del en que ellas se hicieron representar, hubieran, dándose por burladas en sus esperanzas, desmayado en la defensa que con tan rara perseverancia continuaron hasta su decisivo y feliz término. Habriase dado ó no lugar á la representación de esas mismas provincias en las Cortes, si es que lo permitía la influencia de los partidos contrarios, apoyados naturalmente por la corte

siempre refractaria, como es de suponer y se vió despues, á las reformas liberales. Y se hubiera anticipado la era de las luchas políticas que ensangrentaron más tarde el suelo pátrio, iniciadas, sin embargo, en la Asamblea de Cádiz desde sus primeras sesiones; y, debilitado el prestigio del poder real, divididos el pueblo y el ejército, cesando en su admiracion y en sus auxilios los aliados, y acreciendo los enemigos sus esfuerzos con el espectáculo de nuestras querellas y la debilidad que producian, España hubiera tenido, como las demás naciones de Europa, que someterse á la ley del entonces, y sólo así, afortunado vencedor. Las transacciones siempre han sido más fáciles entre los altos poderes que entrañan una autoridad raras veces disputada, que entre las muchedumbres empujándose al capricho de los más audaces y sin responsabilidad alguna ni aún ante la historia. Obrando por sentimiento las masas, no negocian jamás: lo que hacen al encontrarse impotentes para sostener sus pretensiones, es ceder paulatinamente y retirarse de la lucha, hasta sin previo convenio ni mandamiento de nadie.

Napoleon conoció esto mismo despues, aún cuando ya tarde. Decia lo siguiente, que sacamos de un curioso libro que lleva por título el de *Napoleon juzgado por él mismo, por sus amigos y enemigos*: «Convengo en que no acerté al secuestrar al jóven rey en Valençay, sino que debí dejar que lo conociese todo el mundo para desengañar á los que se interesaban por él. Cometí, sobre todo, el error de no consentir su continuacion en el trono. Las cosas hubieran ido de mal en peor en España, y yo me hubiera adquirido el título de protector del viejo soberano dándole asilo en mi imperio. El nuevo Gobierno no hubiera dejado de comprometerse con los ingleses, y yo habria podido declararle la guerra, tanto en mi nombre, como fundado en los poderes que recibiera de Carlos IV. España, entónces, habria confiado á su ejército la suerte de la guerra y, al verlo batido, hubiérase la nacion sometido al derecho de conquista.»

Si no en tal extension, algo de eso hubiera regularmente acontecido en España, á semejanza de lo que fuera, de ella, vió el mundo en las guerras napoleónicas, en vez de aquel alarde

que todas nuestras clases se esmeraron en ofrecerle como presente de una generacion, que por su valor y su pertinacia queria mostrarse rival de las más antiguas en tan brillantes cualidades.

Esta es nuestra conviccion, al ménos, y no como fruto de cálculos que pudieran resultar aventurados, por nuestros ó por carecer de fundamento; porque no bien circuló por el país la noticia, aunque inventada, de lo sucedido en Valençay, cuando desde los constituyentes de Cádiz hasta el último español, negándose á darla crédito, se apercibieron, por si resultaba cierta, á resistir las consecuencias que de ella se deducian, las de la humillacion del rey, su libertad condicional y las nuevas alianzas que habrian de suponérsele, todo lo más depresivo á su honor y al de la nacion entera.

En ese papel, uno de cuyos párrafos acabamos de copiar, firmado con tres iniciales F. P. M. que suponemos correspondan á Francisco Palafóx y Melcy, por decir en él su autor que fué testigo de las escenas de Bayona, como de la servidumbre del rey é individuo de su guardia; en ese papel, repetimos, en que se hacen toda clase de protestas en favor de Fernando VII y hasta se amenaza á los calumniadores con la pluma y con la espada, hay otro párrafo que dice lo siguiente: «¿Se ha de dar por hecho lo que todavía no se »sabe y se han de suponer malas las intenciones de quien »quizás viene á ser nuestro redentor? ¿Y qué sabemos si Fernando en ese caso aprovecha esta ocasion que se le presenta, y á trueque de libertarnos, se arriesga á presentárenos »con el disfraz contrario, porque no halla otro medio para »ello? Mas (si lo que no es creible por ningun estilo) viniese »decidido contra la nacion, hostilícesele entónces, yo soy el »que lo digo: téngasele por enemigo, y consérvese la integridad de la nacion.»

Y esto era en defensa de Fernando VII; porque, como ántes hemos indicado, los diarios de sesiones, los periódicos y los folletos, alocuciones y proclamas que se publicaron en el supuesto de que la trama urdida con motivo de la prision del verdadero Kolli habia producido una transacción entre el Rey y el Emperador, rebosaban de ira y de amenazas contra

el mismo en cuyo favor se hacian tantos y tan costosos sacrificios.

Afortunadamente para él y para la nacion toda, el prisionero de Valençay, en vez de entablar tratos con su apresador, continuaba siendo su víctima y no dispensándose ni una de las molestias con que se seguia mortificándole. Separado de la mayor parte de sus servidores más celosos, se le escaseaban tambien los recursos más indispensables para su sostenimiento decoroso en aquel triste encierro: escatimándosele hasta el punto de no recibir más que 1.000 francos mensuales para todos sus gastos particulares. Y caso raro en quien ha sido tachado de gastador en todo género de distracciones hasta suponérsele dilapidador del tesoro público para satisfacerlas; en un libro existente en la Biblioteca real y que contiene las cuentas originales y firmadas de Valençay, se observa que, mientras los infantes D. Antonio y D. Cárlos se permitian pedir cantidades superiores á la de su consignacion y estaban siempre en deuda, D. Fernando no solicitó, ó al ménos no obtuvo ni un sólo mes otra suma que la indicada de los 1.000 francos; rasgo digno de tenerse en cuenta en un personaje á quien se ha hecho blanco de toda clase de tiros personales y políticos.

Porque es imposible hallar en la historia de nuestra monarquía soberano sobre quien se hayan descargado golpes más rudos ni con mayor saña y encarnizamiento. Se ha entablado una como puja de á quién podia acumular acusaciones más duras y epítetos más bochornosos sobre todos los actos y sobre todas las palabras de Fernando VII. Hay libros enteros dedicados al sólo objeto de entenebrececer su memoria y á la sola tarea de, recogiendo frases suyas, las que, por supuesto, puedan desacreditarle más como soberano y como hombre, presentarle cual rey inepto y sér despreciable y cobarde. España, por las ideas que era natural abrígase en sus circunstancias y las de su tiempo el rey y por sus procedimientos que la educacion habia en él de hacer inquisitoriales, y América, sobre todo, por el trabajo de su emancipacion, incesante durante el reinado turbulento de Fernando y tenido por el más eficaz dirigiéndolo contra la personalidad que

representaba la nacion y la metrópoli, vomitaron libros y folletos y hojas y caricaturas que no tendian sino á herir al que aquí podia imponerse por su autoridad á los partidos políticos y allí hacer valer derechos innegables é intereses sacratísimos. En esas publicaciones no se concedia al rey una sola virtud, una cualidad siquiera: el fin era ofrecerlo á sus pueblos como un mónstruo en holocausto á la moral ofendida y al patriotismo ahogado por sus violencias y arbitrariedades.

Y hemos de confesarlo: á pesar del tiempo trascurrido y de tantas desventuras como han pesado sobre el país, no se vé llegar el de la justicia para D. Fernando en casi ningun concepto. No hay voz que se atreva á sincerarle; y los que lo intentaron, viviendo él, cayeron, aunque en opuesto sentido, en la misma exageracion que el mundo y la crítica tomaron por baja y vituperable lisonja ó por ideal político reaccionario y ageno ya al espíritu de los tiempos modernos. De modo que distan mucho todavía de poder ejercer sus fueros la razon y la imparcialidad histórica; y los períodos de paz relativa en que la autoridad pudo ejercitarse y producir sus lógicos resultados continúan desconocidos de los más, si no desfigurados por la pasion y el rencor. Aquel largo y último en que llegó á regularizar la gestion financiera tan perturbada ántes y despues en nuestra patria, y á crear el pequeño pero brillante ejército que, para desmentir á los detractores de Fernando, resultó ser, despues de muerto éste, el más leal defensor de su augusta hija, representante de las ideas liberales; aquel período, volvemos á decir, por tantos llamado nefasto y abominable, ha sido, como los anteriores, tratado sin la fria imparcialidad que merecia. Y ahora, como entónces y como ántes, no se ha tomado para nada en cuenta la posicion de aquel rey combatido siempre, de niño por sus mismos deudos, de adulto por los enemigos de la patria, y de hombre por los de sus ideas políticas y de sus intereses personales. Se le ha pedido sinceridad cuando se urdian las intrigas más negras para perderle; valor cuando se le veia aherrojado por una fuerza incontrastable para los más audaces y robustos, buena fé, últimamente, con los que trabajaban por escatimarle sus fueros y llegaron y á abrumarle con sus insultos y

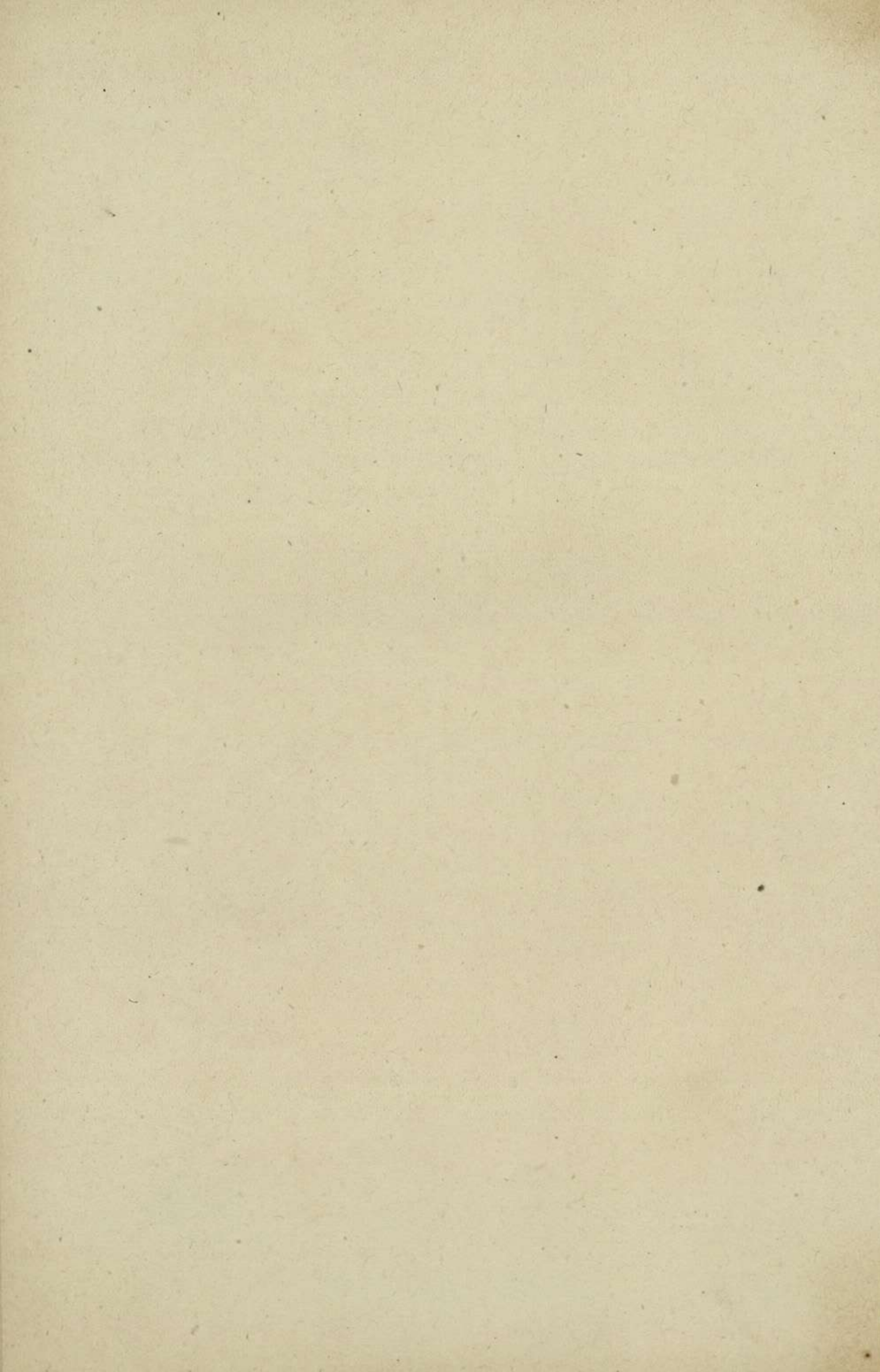
atropellos. ¡Cuántas veces repitieron los ecos de Palacio aquellas serenatas cuya letra era un tejido de dicterios á cual más groseros y crueles! Y sus autores y sus cómplices, los que tanto echaban de ménos en el soberano la sinceridad y el carácter y la buena fé, ¿brillaban por esas cualidades? ¿Se resignaban pacientes ó se mantenían dignos en su retraimiento? ¿No tornaban á conspirar como ántes; unos adulando el poder, para mejor herirle, y otros pugnando por introducir la guerra civil en la patria? El rey conspiraba por mantener su autoridad, ni más ni ménos que ellos por conquistar la libertad civil y su independendencia de espíritu; y si alguno tenía entónces derecho á reclamar de sus adversarios en política esa buena fé, tanto parece que debia ser para el que poseia que para los que laboraban por novedades que aún no habian recibido la sancion de la experiencia.

Si no admite disculpa la ingratitude de D. Fernando para con muchos de los que se sacrificaron por él en la guerra de la Independencia, la tiene el decreto de 4 de Mayo de 1814, más que espontáneo en el rey, sugerido por la nube de consejeros que se le fueron abocando desde su entrada en España, entre los que el cardenal Borbon, Palafóx y Copons, que defendian la Constitucion y las Córtes, quedaron en una minoría verdaderamente microscópica. No pocos de los grandes de la comitiva real, varios generales á la cabeza de sus respectivos ejércitos, un pueblo inmenso que de todas partes acudia á vitorear á Fernando como rey absoluto, y hasta un número considerable de los mismos diputados á Córtes, los de la célebre representacion de los Persas, fueron desde Cataluña y Aragon, en las juntas de Daroca, de Segorbe y Valencia, disponiendo el ánimo del rey á las medidas que, de conciliadoras en el texto de aquella disposicion desventurada, pararon en las violentas y arbitrarias realizadas en Madrid los dias 10 y 11 de aquel mes de triste recordacion.

Pero ¿qué más prueba de lo disculpable de aquel decreto que el tiempo trascurrido despues hasta el establecimiento sólido ya y permanente de las reformas liberales en nuestro país? El mismo D. Fernando lo pretendió con la parvedad, por supuesto, que es de suponer en su índole y en sus incli-

naciones; pero, á su decreto de 10 de Agosto, contestó el Consejo de Castilla *con su acostumbrado detenimiento*, con el de los seis años que faltaban para el de 1820. Esta nueva etapa de tres años nada ménos, revuelta y sangrienta, logró extender más las ideas nuevas, sin que arraigasen, con todo; dando, por el contrario, á España dias, aún, de luto y de vergüenza, sin que el mismo rey consiguiera, hasta mucho despues, dulcificarlos, á pesar de los que, contradiciéndose para su justificacion posterior, llegaron á buscar en el hermano de su legítimo monarca quien los secundase mejor que él en su empeño eterno del más grosero despotismo. Fué necesaria otra etapa en que, preparado convenientemente el terreno, puede decirse, y templado el juicio en el crisol de la experiencia y de las desgracias pasadas, se pudiera, como se consiguió al fin, vencer para siempre las que, por lo tenaces, parecian inacabables resistencias de un pasado, cubierto de sangre y de tinieblas y que no volverá por fortuna á ejercer su letal influjo en nuestra ya bastante asendereada pátria.

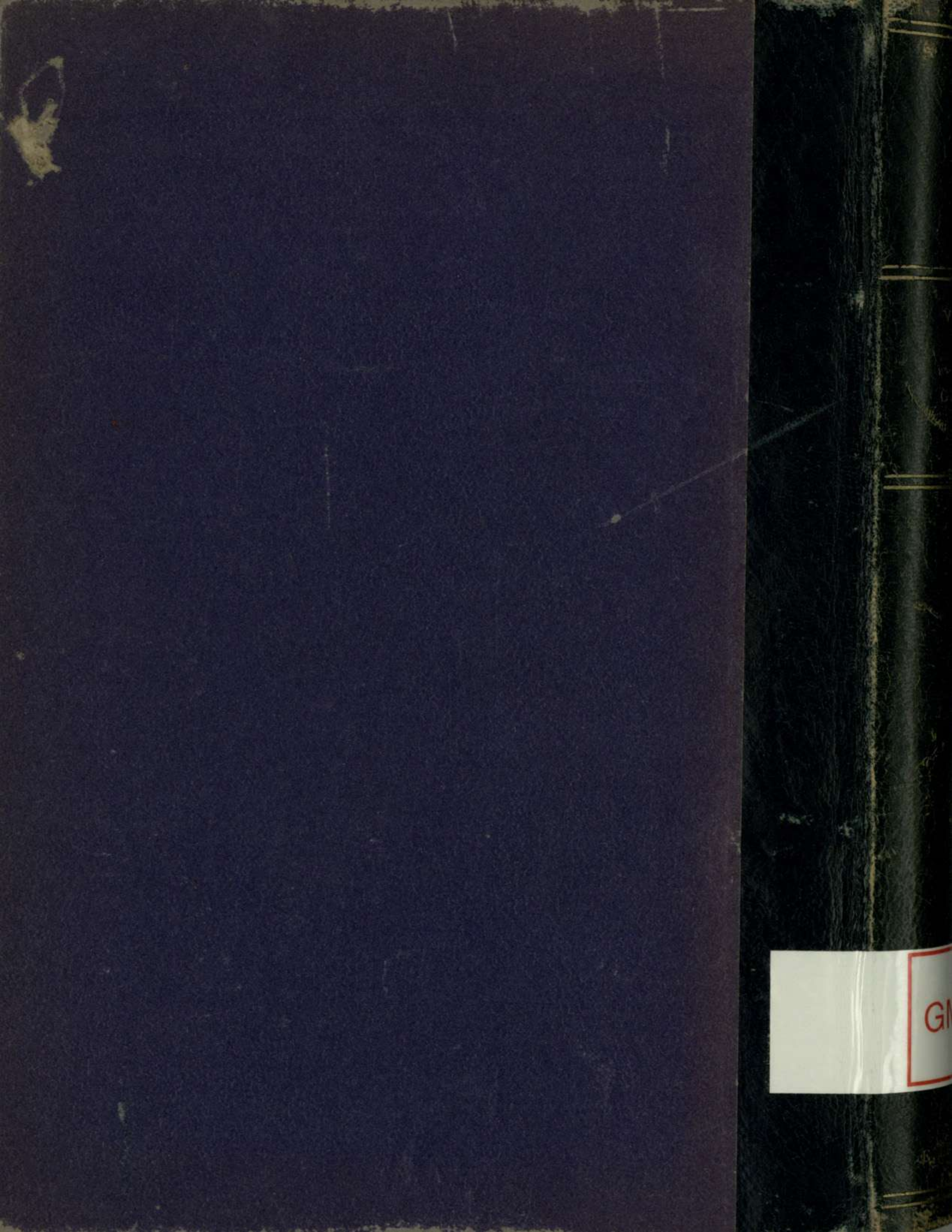




FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7103208



GM